

FELIX DE SALM SALM



MIS MEMORIAS

SOBRE QUERETARO Y MAXIMILIANO.

Salm Salm, Felix, Principe
de, 1828-1870
FELIX DE SALM SALM

—•••—
MIS MEMORIAS

SOBRE

QUERETARO Y MAXIMILIANO

OBRA TRADUCIDA DEL INGLES

POR

D. EDUARDO GIBBON Y CARDENAS

BIBLIOTECA DE MEXICO.



MEXICO

TIPOGRAFIA DE TOMAS F. NEVE

Santa Clara y Cinco de Mayo

1869

Es propiedad del editor.



Salisbury
Genl.

PROLOGO



EN el codicilo del último testamento del Emperador de México, Maximiliano, se encuentra la cláusula siguiente:

“§ 15. Quiero que se escriba una relacion histórica de los tres años de mi residencia en México, y período preparatorio; el que se escribirá con la ayuda de aquellos documentos que están guardados en Inglaterra y en Miramar.

“Deseo que el ex-ministro D. Fernando Ramirez y el Príncipe Félix de Salm Salm tengan la bondad de emprender esta obra.”

Aunque estaba yo impuesto del hecho de que se hacia mencion de mi persona en varias partes del último testamento del Emperador, solo estuve seguro de ello por uno de los testigos que lo firmaron. Ni el contenido del último testamento, ni aun siquiera las disposiciones tocantes á mi persona, se me comunicaron, y en vano me esforcé en Viena y otras partes, para obtener una copia de este. Al fin creí que seria mejor recurrir para mas informes al Ma-

yordomo Mayor de Su Majestad el Emperador de Austria, jeneral príncipe Constantino Von Hohenlohe, y suplicar á su Alteza me indicase por qué medios podia yo obtener acceso á los documentos, que necesitaria para llenar el deseo del Emperador Maximiliano, como espresado en su último testamento, y de cuyo deseo se me habia informado por casualidad.

En contestacion á mi carta del 22 de Julio de 1868, recibí del Príncipe la carta siguiente:

“Viena, Julio 29 de 1868.

“Alteza:—Tengo el gusto de contestar á la agradable carta de Vuestra Alteza, fecha 22 del corriente, y es muy cierto que su difunta Majestad el Emperador Maximiliano espresó su deseo en su último testamento de que la historia de los últimos tres años de su gobierno en México fuese escrita por Vuestra Alteza y el ex-ministro D. Fernando Ramirez.

“Mas como sin embargo, la publicacion del último testamento de su difunta Majestad solo tuvo lugar en el despacho del Ministro de la Casa, y la ejecucion de los arreglos tocantes á este último testamento pertenecen á las obligaciones de la oficina del Gran Mariscal, pensé que seria propio enviar la carta de Vuestra Alteza al Gran Mariscal, conde Kuefstein, para que se tome mas en consideracion.

“Al mismo tiempo aprovecho esta oportunidad para reiterar á Vuestra Alteza, las espresiones de mi mas alta consideracion.

HOHENLOHE.

“A Su Alteza el Príncipe Félix de Salm Salm etc.
—Castillo de Anholt.”

“P. D.—Como esta carta me ha sido devuelta por el correo como una que no debe entregarse, la mando ahora á la direccion del Consejo Rumpin Bocholt, que me han indicado es el procurador jeneral de Vuestra Alteza. Al mismo tiempo aprovecho la ocasion de enviar copia de la contestacion que entretanto recibí del Gran Mariscal conde Kuefstein.

“De órden superior,

A. IMHOF,
I. R. Consejero de Corte.”

La carta á que se hace mencion en esa posdata, es la siguiente:

“Viena, Agosto 14 de 1868.

“Al contestar á la amable carta de Vuesta Alteza, del 22 de Julio de 1868, tengo el honor de decirle:

“La asercion hecha en la carta que aquí devuelvo, del Príncipe de Salm Salm, es correcta; pues la cláusula 15 del Codicilo de su difunta Majestad Maximiliano de México (que aunque no estaba firmado se ordenó fuese publicado por Su Majestad el Emperador nuestro mas augusto soberano), se lee como sigue:

“Quiero que se escriba una relacion histórica de los tres años de mi residencia en México y el período preparatorio; el que se escribirá con ayuda de aque-

llos documentos que están guardados en Inglaterra y en Miramar.

“Deseo que el ex-ministro D. Fernando Ramirez y el Príncipe Félix Salm Salm tengan la vovdad de emprender esta obra.”

En consecuencia de esto, el pedido del Príncipe Salm Salm para que se le permita dar una ojeada á los documentos respectivos, *está suficientemente fundado*, pero el que se conceda su pedido depende de la voluntad de Su Majestad, pues acorde con el artículo 29 de los estatutos de la Casa Imperial, ninguna publicacion ó ejecucion de un último testamento puede hacerse sin prévio consentimiento del cabeza de la mas Ilustre Casa Imperial. Como Su Majestad en carta autógrafa del 10 de Setiembre de 1867, ordenó la publicacion del último testamento de su hermano, de fecha 5 de Abril de 1864, “*con omision de la direccion contenida en aquel último testamento, tocante al nombramiento de un executor de aquel último testamento,*” es posible que Su Majestad pueda tener algun inconveniente justo, contra la inspeccion por lo *menos de todos los documentos* confidentiales de Estado referentes á los tres años de la *época gubernativa*, y el período preparatorio. Por lo tanto, parece indudable que el deseo de Su Majestad en este respecto, debia ser de todos modos averiguado.

“Pero no está en las facultades del despacho del Gran Mariscal el solicitarlo, pues los documentos á los que se podia hacer referencia en este caso, nunca han estado en poder de esta oficina, y de ningun-

na manera tienen que ver con sus transacciones, y la administración de este ministerio á esto se limita.

KUEFSTEIN.

“A su Alteza I. y R. el Mayor Jeneral, príncipe Constantino Von Hohenlohe, Mayordomo Mayor de Su Majestad.”

Solo el amor que en mi corazon conservo á la memoria de mi desgraciado Emperador, haria de ella un deber sagrado para mí el llenar del mejor modo que pueda crear mi capacidad, todos los deseos expresados por él en su último testamento; este deseo se aumenta mas, conociendo yo cuán ansioso estaba él de ser debidamente juzgado por la posteridad. Esto sin embargo, es solo posible con el conocimiento de todas las circunstancias que no es fácil adquirir, mientras ciertas transacciones sean un secreto y que los documentos que á ello se refieren queden en manos de personas que tienen un interés particular en evitar su publicacion.

El emperador tenia estos documentos en muy alta estimacion, y viendo que su posicion en México era bastante precaria en la época en que se fué la Emperatriz á Europa, y cuando se hallaba rodeado de traidores, no creyó que estos documentos estaban bastante seguros en México y se los confió á la Emperatriz para que se guardasen con seguridad en Europa.

No tengo una idea cierta del contenido de estos documentos; pero sabia cuán inquieto se hallaba

Maximiliano con respecto á ellos cuando recibió la noticia de la enfermedad de su consorte y que me pidió urjentemente tomase posesion de ellos, si era preciso “con revolver en mano,” y que con ellos escribiera la historia de su gobierno.

En el último testamento del Emperador está afirmado que estos documentos estaban en Inglaterra y Miramar, pero un gran personaje á quien escribí sobre esto, me contestó tocante á estos documentos y especialmente á la correspondencia entre el Emperador de los franceses y el Mariscal Bazaine:

“Se dice hoy dia, que el Papa es el depositario.

Es probable que estos documentos estén repartidos en Inglaterra, Miramar y Roma; mas solo tenia seguridad con respecto á aquellos de Miramar, por cuyo motivo comencé á dar pasos en esa direccion. Con qué éxito? ya se verá por las anteriores cartas.

Todavía no sé bajo qué medidas ulteriores me decidiré; pero creo que tengo razon en esperar que Su Majestad el Emperador de Austria apoyará con buena voluntad mis esfuerzos para vindicar la memoria de su hermano.

Ignoro quién sea el que tiene á su cargo esos documentos en Inglaterra. Se dice que están en manos de Su Majestad la Reina; pero antes de que tenga informes mas seguros no creo que sea propio el hacerme el intruso con solo un simple derecho con Su Santidad el Papa ó con su Su Majestad la Reina de Inglaterra.

Suponiéndome que seria agradable á la familia

Imperial de Austria recibir tan pronto como sea posible una relacion auténtica de los últimos meses del Emperador, escribí, estando aun en la prision de Querétaro, una narracion de ellos y se la envié al Ministro de Estado en Viena, Baron Beust. A esto no recibí contestacion, y cuando despues tuve el honor de una audiencia con Su Majestad el Emperador, tampoco hizo recuerdo alguno sobre ello.

Como probablemente trascurrirá muchísimo tiempo antes de que me vea en estado de escribir la historia del Gobierno del Emperador Maximiliano, y como he recibido de varios personajes la insinuacion de que se esperaba hiciera una publicacion tocante á los acontecimientos de Querétaro, me resolví á dar á la luz pública tal narracion con ayuda de mi diario.

Esto lo hubiera yo efectuado mas antes, á no haber sido detenido prisionero en México hasta el 13 de Noviembre de 1867, y si tambien despues de mi arribo á Europa no hubiera tenido que aguardarme varios meses por la llegada de mis papeles.

En cuanto á estos papeles siento decir que muchos de ellos se perdieron, parte durante la ocupacion de Querétaro por los liberales, y parte durante mi prision. Siento especialmente la pérdida de unos que estaban guardados en un baul que habia confiado al cuidado de un oficial liberal, cuando repentinamente se me trasladó de una prision á otra. Cuando recibí mi baul todos mis papeles habian desaparecido, aunque no habian tocado una suma de dinero que estaba allí.

Con respecto á lo verídico de mi narracion, me refiero al testimonio del jeneral y ex-ministro de la Guerra, D. Severo del Castillo, mi estimado amigo y compañero en la desgracia, lo mismo que al de mi otro amigo y compañero en el sufrimiento, el jeneral Escobar, hombres de elevado honor y tenidos en gran concepto por todos. Estos señores, que por largo tiempo vivieron conmigo en una misma celda de la prision, me hicieron muchas esplicaciones tocantes á aquellas cosas de las que solo tenia una idea imperfecta, y completaron mi narracion con hechos bien conocidos, dándome pormenores auténticos.

Con respecto á mi juicio relativo á las personas que tomaron parte én los eventos que ocurrieron en la tragedia de Querétaro, debo decir que en jeneral son el resultado de conversaciones que se versaron entre el difunto Emperador y yo.

Aunque ha trascurrido mas de un año desde la muerte del Emperador Maximiliano, y el interés del público en esta tragedia se haya un tanto disminuido, y aunque otros se me hayan anticipado en algunos pormenores, no obstante, espero que esta narracion simple y verídica de un testigo ocular, no se tendrá por supérflua.

En ella se encontrará la verdad de todo lo ocurrido, pues habiendo pasado bajo mi vista muchos de los sucesos que en este libro refiero y consultado documentos para rectificar mi juicio respecto de otros en los que no tuve participio, mi narracion tiene mayor interés que cualquiera otra de las publicadas. Está escrita con conciencia, y las aprecia

ciones que ella haga de los acontecimientos y los hombres son justas y desapasionadas. En mi escrito no cabe la mentira, porque siendo como es una relacion histórica que precede á la obra que se sirvió encomendarnos en sus últimos momentos el infortunado Emperador Maximiliano, tiene que resplandecer en él la verdad desnuda.

Obedeciendo el augusto mandato de mi soberano sacrificado en Querétaro el 19 de junio de 1867, escribo esta narracion, despues de trascurrido un año desde que los sucesos acaecieron, para dar así lugar á que se calmaran en mí y en la jeneralidad los sentimientos de indignacion que nos causó el sacrificio del jóven monarca; porque el historiador tiene el deber de defenderse de sus afectos y de sus intereses para hacer resplandecer la verdad.

Quiera el cielo que el libro que ahora publico sea de utilidad á la historia.

FELIX SALM SALM.

Korschack, en el Lago de Constanza, Setiembre de 1868.

MARCHA A QUERETARO.

DURANTE la gran guerra civil en Norte-América, serví á los Estados-Unidos desde 1861 hasta el final de ella; primero como coronel y jefe del estado mayor de la division alemana, despues como comandante de un rejimiento, y mas tarde como jeneral de brigada y gobernador civil y militar de la Georgia del Norte, bajo S. B. Steedman, comandante de la division.

Despues de que acabó la guerra fuí recomendado por veintiseis senadores para un destino en el ejército regular de los Estados-Unidos, pero nunca me encontraba á gusto en ese país, y me horrorizaba la idea de tener que llevar una vida triste y ociosa en alguna pequeña guarnicion mas allá de los confines de la civilizacion. He sido soldado desde mi tierna infancia; y habiendo sido educado en la Casa de Cadetes de Berlin, llegué á ser oficial todavía siendo muy jóven, y participé del servicio activo en la guerra de Holstein, á consecuencia de la cual tuve el honor de ser condecorado, recibiendo ademas del rey de Rusia una

espada de honor, con las palabras «Fuer Japferkeit,» (1) grabadas en ella.

Para decir la verdad, era soldado con toda mi alma y la guerra era mi elemento. Y lo que de ella habia visto en Europa y América solo me sirvió para hacerme mas deseoso de ensanchar mi esperiencia; y me resolví á ofrecer mis servicios al Emperador de México, Maximiliano, por cuya persona y empresa civilizadora siempre habia sentido grandes simpatías.

Como no era yo personalmente conocido al Emperador, tenia que proveerme con testimonios relativos á mi capacidad militar, y con cartas de recomendacion de personas influentes. Lo primero lo conseguí con la mas amistosa voluntad del Presidente de los Estados-Unidos y los generales bajo á cuyas órdenes habia hecho la campaña; cartas de recomendacion me fueron dadas por el ministro prusiano en Washington, baron Gerolt, el ministro francés, marqués de Montholon y el ministro de Austria, baron de Wydenbrack, quien bondadosamente escribió una carta al Emperador Maximiliano para que le fuese entregada á él por el conde Jhun, ministro de Austria en México.

De esta manera preparado, como me imaginaba, suficientemente, me embarqué para México en Nueva-York, el 20 de Febrero de 1866, acompañado por el capitan baron Von Groeben, un pariente lejano mio, y el cual habia sido mi ayudante en la guerra de los Estados-Unidos.

A mi llegada á México el Emperador no se hallaba allí; pero solicité por medio de una carta un empleo en el ejército, y el secretario imperial del gabinete, Mr. Pieron me aseguró que el Emperador estaba muy inclinado á

(1) Por valor.

acceder á mi solicitud, pero que se demoraba mi nombramiento por los esfuerzos del conde Jhun, que retenia aun la carta que habia recibido para el Emperador. Cuando el ministro de Prusia en México, baron Von Magnus, le interpeló tocante á las razones de su oposicion contra mí, contestó: «El Príncipe ha sido recomendado como el príncipe Eugenio de Saboya podia haberlo sido: no podia haber sido mejor; pero está en contra de mis principios el recomendarlo.» A sus esfuerzos y á los del jeneral Conde Jhun, su pariente, y el comandante de las tropas austriacas se le debió el que ningun prusiano encontrase destino en aquel ejército.

Cuando fuí despues invitado junto con el baron Magnus, á comer con el Emperador, Maximiliano le dijo al baron que se habian puesto en juego muchas intrigas para evitar mi nombramiento, y que aun se habia llegado hasta decir que no era yo el príncipe Salm Salm, sino un impostor.

Las bondades y esfuerzos del ministro prusiano triunfaron al último, sin embargo, conquistando toda oposicion: y el 1º de Julio de 1866 fuí nombrado coronel del Estado Mayor y agregado á la plana mayor del jeneral francés Neigre, el que mandaba la llamada division auxiliar, que se componia de una brigada francesa, los cuerpos austriacos y belgas y las tropas de la ciudad y Valle de México.

Como la princesa, mi esposa, intentaba seguirme á México tan pronto como tuviese un empleo en el ejército, el Emperador me concedió licencia para traerla; y me dirijí á Veracruz, adonde caí enfermo del vómito, siendo por poco víctima de él.

La salida de Nueva-York de mi esposa se había diferido, y en camino á los Estados-Unidos la encontré en la Habana, y al momento regresé con ella á México.

Poco despues de nuestra llegada uno de los ministros propuso se entrase en ciertas negociaciones con el gobierno de los Estados-Unidos relativos al reconocimiento del Emperador, y como mi esposa y yo estábamos bien relacionados con el Presidente, los senadores y miembros del Congreso, se nos dieron órdenes para ir con esta mision. Para los gastos que pudieran ofrecerse, debiamos llevar consigo dos millones de pesos en oro, bajo la direccion del Consejero de Estado Von Herzfeld ú otro alto funcionario.

Antes de que este negocio se arreglase, las aungustiosas noticias de la enfermedad de la Emperatriz llegaron. El Emperador se marchó á Orizava, y todo este negocio se hizo á un lado tan pronto como las circunstancias materialmente cambiaron.

Una vida ociosa me era sumamente desagradable; y de corazon deseaba el servicio activo en el campo. Supliqué al ministro de la guerra, me permitiese acompañar en calidad de voluntario, á un cuerpo belga al interior.

Marchamos por Pachuca á Tulancingo, adonde relevamos á un destacamento del cuerpo austriaco, mandado por el teniente coronel Pollack, el que debia ir en ayuda de Jalapa: el 12 de Noviembre á las cinco de la mañana se marchó. A las once de la mañana ya se habia ante Tulancingo presentado el general liberal Martinez con seis mil hombres.

La ciudad no estaba fortificada, y nuestras tropas solo ascendian á ochocientos hombres del cuerpo belga, y ochocientos mexicanos: y su comandante el coronel Vander

Smissen envió á tres indios con letras ocultas en cigarrós, al teniente coronel Pollack, suplicándole regresase y nos ayudase á atacar al enemigo. El bizarro coronel consultó á sus intrépidos oficiales, y galantemente se resolvieron á no aceptar la invitacion.

Demasiado débiles para emprender cualesquiera cosa contra los sitiadores, tuve el cuidado de fortificar el lugar, tanto como lo permitian las circunstancias.

Mientras de esta manera me ocupaba, se me informó que el coronel Peralta que mandaba el 6º de caballería mexicana en la ciudad, se hallaba en comunicacion con el enemigo. Como mis pruebas no eran suficientes para condenarlo, se tomaron medidas para evitar malas consecuencias.

Habia fortificado el palacio del obispo y una iglesia, de tal manera que nos sirviese como de trinchera. Las tropas mexicanas estaban acuarteladas en el palacio, y las belgas en la iglesia, desde donde todas las fortificaciones del palacio podian flanquearse. Habia, ademas, puesto una mina bajo el edificio, hecha por un número competente de sargentos belgas, y que volaria todo, dado el caso en que los mexicanos hiciesen traicion.

Las medidas tomadas por nosotros parecian haber impresionado al enemigo, que no se atrevia á atacarnos, pero sin dejar por eso de pretender tomar la ciudad de un modo menos peligroso.

El 1º de Diciembre recibí de un modo misterioso una carta del coronel liberal Braulio C. Picazo, en la que me suplicaba fuese solo y desarmado á la hacienda de San Nicolás el Grande. Bajo su palabra de honor me prometia seguridad, diciendo que él igualmente se hallaria allí solo y sin escolta. La hora de la cita era á las ocho de la

mañana siguiente. Después de haber consultado con el coronel Vander Smissen, me resolví á correr el riesgo de esta incitante aventura.

En efecto, á la mañana siguiente me dirigí á la hacienda, solo, y armado únicamente de un pequeño revolver que llevaba en la bolsa. Al llegar á la hacienda me sorprendí bastante de encontrarme allí con dos avanzadas, pero al pasarlas sin muestra de desconfianza me saludaron respetuosamente.

El coronel Picazo era un caballero muy bien educado: hablaba varios idiomas con fluidez, y tenia todas las maneras de un hombre de mundo. Me aseguró que la causa del Emperador era perdida, y lo que es mas, me trazó todo el estado de los negocios de una manera nada lisonjera, pero que desgraciadamente era cierta. Después se esforzó en inducirme á persuadir al coronel Vander Smissen á que rindiese la plaza, en cuyo caso me pagaria veinte mil pesos.

Como sabia que semejantes ofertas se hacen con frecuencia en México, y que no se trataba de ofenderme, me conformé simplemente con rehusar su propuesta, á lo que el coronel me contestó que si en el término de cinco dias no nos rendiamos, se nos atacaria con diez mil hombres: Contesté que tendriamos gusto en recibirlos. Todo el negocio fué discutido con un vaso de coñac y un puro.

Al despedirme, el coronel me acompañó hasta el patio, me cerró la mano, y regresé á la ciudad, conforme con haber escapado así, pues habia visto en la hacienda un destacamento de treinta caballos.

No tuvimos, sin embargo, oportunidad de mostrar nuestro valor en esta ocasion; pues á fines de Diciembre reci-

mos la orden del Mariscal Bazaine de entregar Tulancingo al jeneral Martinez.

El jefe del estado mayor de este jeneral, el coronel Cruz, vino el 27 con bandera de paz para arreglar la rendicion. Le ví en su mano la misma orden que habiamos recibido, y firmada en nombre de Bazaine, por el coronel Boyer, jefe de estado mayor del ejército expedicionario francés. El coronel Cruz no hacia secreto de que habia estado entendiéndose amistosamente con los franceses, y que con respecto á esta retirada, á propósito se hicieron á un lado.

Las tropas del jeneral Martinez avanzaron en esa misma noche cerca de nuestras fortificaciones.

Igualmente se nos informó que un jefe notable de guerrilla, cuyo nombre era Carbajal, habia llegado con una banda de ochocientos hombres, de Huachinango, y el coronel Vander Smissen dió órdenes para que ningun oficial ú hombre fuese fuera de las barricadas. El capitan Jimerance del cuerpo belga, que deseaba decir adios á una señora amiga que se hallaba fuera, pasó las trincheras á las diez de la noche, y fué atacado y herido por las guerrillas de Carbajal, y tomado prisionero. Al suplicar se devolviese al oficial, Carbajal contestó que lo haria si se le permitia que primero entrase á la ciudad. El coronel Vander Smissen le dijo que podia detener al desobediente capitan, el que no obstante fué puesto en libertad, á peticion del cónsul español, y enviado á México.

A las siete de la noche el coronel Peralta, á quien ya hemos nombrado, se presentó en el alojamiento del coronel Vander Smissen pidiendo órdenes con referencia á la marcha de la mañana siguiente. Su manera inusitadamen-

te nerviosa se echó de ver por todos los presentes, y cuando se hubo ido, el coronel Vander Smissen me dijo: "Hay verá vd. como se pasa con el enemigo; pero para ello estaré preparado."

Se le habia ordenado á Peralta, que formase con su caballería la vanguardia, y una compañía del cuerpo belga recibió órdenes de seguirle de cerca; su capitán tenia instrucciones para hacer fuego sobre los mexicanos tan presto como intentasen pasarse al enemigo.

A las seis de la mañana siguiente, el cuerpo belga y la infantería mexicana, bajo las órdenes del coronel Campos, un verdadero oficial y en quien se podia fiar, se hallaba listo en la plaza del mercado, cuando derepente vimos venir á todo galope y con espada desenvainada al primer teniente Goslich, el único oficial alemán empleado en el 6º de caballería mexicana. El coronel Peralta, que habia ordenado á su rejimiento estuviera listo á las cuatro de la mañana, suplicó al teniente Goslich le fuera á ver: entonces le informó que intentaba pasarse con su rejimiento á los liberales, y que él podia considerarse como prisionero. El teniente guardó silencio puesto que nada podia hacer; pero cuando despues de un rato el coronel se volvió á hablar con un oficial, sacó su sable, metió espuelas á su caballo, y empuñando la hoja sobre su cabeza, logró pasar ileso por enmedio de todo el rejimiento, y llegó en salvo á la plaza del mercado.

Peralta, sin embargo, no era el único miserable que se habia desertado: otro perro aun mas valioso que este, Jimmy el perrito consentido de mi esposa, no parecia. Mi esposa me acompañó en todas mis campañas en Norte-América, y con frecuencia habia participado por mu-

chos meses de mi tienda de campaña. Se había juntado conmigo en México, y por supuesto su Jimmy también, puesto que nunca la había abandonado durante toda la guerra en América. Mas en lugar de hacerse á esos sonidos guerreros, había traído consigo la aversión mas intensa contra cualesquier sonido que se asemejase á tiros de cañon ó ruido de tambores. Cuando por consiguiente llegó á la plaza del mercado, y oyó los tambores y vió tantos cañones, se metió de corriendo á nuestro antiguo alojamiento en casa del vice-cónsul español, Sr. Gayon, y no creyendo que había un criado digno de tocar su precioso pellejo, mi señora insistió en que yo fuese por él.

Cuando salía yo de la casa con mi zancudo favorito debajo del brazo, no fuí muy agradablemente sorprendido, al ver ante mí á un oficial del enemigo con cinco hombres, quienes de acuerdo con el convenio debían haber entrado en el momento en que nosotros salieramos. Sin embargo, nada sucedió; los hombres del enemigo me saludaron, y me reuní con mis tropas.

Media hora despues de abandonar á Tulancingo, nuestra retaguardia fué atacada por los ladrones de Carbajal, quienes, sin embargo, se retiraron despues de haberles hecho algunos muertos.

En Tulancingo el cuerpo belga había ya recibido la órden por la cual se desbandaba, y al mismo tiempo la oferta del Mariscal Bazaine de proveer el pasaje de estos hombres á Europa, que fué aceptada con gusto por la mayor parte. Cuando llegamos á Buena-Vista, que se halla en el camino entre Puebla y México, se nos previno nos quedáramos allí, hasta nueva órden.

■ En la noche del 2 de Enero de 1867, se nos informó que

el Emperador pasaria por el lugar en su tránsito de Orizava á México la mañana siguiente; y estuvimos listos para recibirle.

El Emperador iba en una carretelita con cuatro mulas blancas y estaba acompañado por una escolta de los lanceros y húsares del cuerpo austriaco que iba á ser desbandado en México, é igualmente iba un destacamento de zuevos franceses á caballo. Con el Emperador estaban el jeneral Márquez y su estado mayor, el coronel Schaffer, el coronel Lamadrid, el capitan Von Groller, de la fragata austriaca «Elisabeth,» el padre Fischer, y el doctor Basch, su médico.

El jeneral D. Leonardo Márquez es un hombre pequeño y alegre, con el cabello negro, ojos negros y vivos. Usa una barba poblada, para ocultar una cicatriz que le desfigura en la mejilla de una herida de bala. Su atroz crueldad ha hecho que le den el nombre del «Alva de México,» que merece demasiado. Como antiguo jefe del partido de la Iglesia, era íntimo de todos los padres. Aunque en extremo valiente soldado, es un jeneral mediano, pues no tiene idea alguna de los movimientos estratégicos. Su superior conocimiento era la organizacion de tropas.

El coronel Lamadrid, un oficial muy apto y muy amable que mandaba el rejimiento de cazadores á caballo, fué muerto una semana despues en una espedicion á Cuernavaca.

El coronel Schaffer habia servido antiguamente en la marina austriaca, bajo las órdenes del Emperador, cuando aún era Almirante mayor; era muy íntimo con él: siempre estaba á su lado.

El padre Agustin Fischer es un caballero corpulento,

muy inteligente, é igualmente ambicioso. Hacia solo pocos dias que habia sido nombrado «Secretario de Gabinete» del Emperador, y estaba vestido de paisano. En cuanto á su moralidad circulaban singulares rumores, y era bien sabido que aunque era clérigo, tenia muchos hijos en varias partes del país.

Cuando el Emperador, despues de las noticias del estado lamentable de la Emperatriz, se fué á Orizava, y los franceses y americanos esperaban á cada momento su abdicacion; Márquez, Miramon, y el padre Fischer, le siguieron á ese lugar, y lograron persuadirle á que se quedase.

Márquez y Miramon prometieron que el partido de la Iglesia le asistiria suficientemente con tropas y dinero, si solo se apoyaba enteramente en sus súbditos mexicanos. Estos fueron demasiado libres con su palabra de honor.

El Emperador conocia muy bien el carácter incapaz de semejantes promesas, y tal vez no hubiera sido inducido por ellas á quedarse, á no haber conocido el padre Fischer su carácter noble y desinteresado, y pintádole con los colores mas oscuros la condicion futura de sus amigos en México despues de su partida del país.

El Emperador por lo tanto se resolvió á no abdicar, con gran consternacion del Mariscal Bazaine y del jeneral Castelneau, quienes habian sido enviados en mision especial por Napoleon III, impidiendo todo su plan para arreglar los negocios con el gobierno liberal, representado por el jeneral Ortega.

Tal vez el padre Fischer tenia buenas intenciones para con el Emperador; pero los intereses de la Iglesia Romana tenian el primer lugar en su estimacion.

El doctor Basch es un caballero modesto y sumamen-

te inteligente, excelente médico y muy adicto á la persona del Emperador. Subsecuentemente fué nombrado médico en jefe de todos los hospitales de Querétaro, y se sacrificó dia y noche á sus honrosos deberes.

El cuartel jeneral Imperial se hallaba en Ayotla, á siete leguas de México: allí me fuí á caballo, y despues de haber solicitado por medio del padre Fischer una audiencia, recibí autorizacion del Emperador para formar un rejimiento de caballería con voluntarios europeos de la lejion belga y otros.

El 6 de Enero marchó la lejion belga por Rio-Frio, Puente de Texmelúcan y San Martin á Puebla, á donde hicieron entrega de su batería rayada y de sus excelentes mosquetes al jeneral Douai. Me sorprendí demasiado cuando mas tarde encontré en poder de las tropas del jeneral liberal Porfirio Diaz estas mismas armas!!!!

La lejion belga marchó despues á Veracruz, adonde se embarcó para Europa el 20 de Enero de 1867.

Habia acompañado la lejion belga hasta Puebla con la esperanza de procurar hacerme de reclutas para mis nuevos rejimientos. Se me presentaron sin embargo, algunos obstáculos en esta empresa por una circular de Mr. Hooricks, secretario de la Legacion belga, en la que se prevenia á los belgas contra los esfuerzos que se hicieron para persuadirlos á que se quedasen en México, necesitando el gobierno belga de sus servicios.

Un documento semejante se publicó por el encargado de negocios de Austria, baron Lago, é igualmente muchos austriacos hicieron todo lo que pudieron para evitar que sus paisanos se alistaran.

Viendo que me era imposible levantar un rejimiento, re-

gresé á México, y supliqué al Emperador por conducto del padre Fischer, me emplease en alguna otra parte en servicio activo. El padre me hizo promesas. Le fuí á ver todos los dias y continuó con sus promesas, pero mis negocios nada adelantaron.

El conde Khevenhüller y el baron Hammerstein, dos valientes austriacos, tuvieron mejor éxito en el levantamiento de tropas.

Bajo grandes dificultades el conde organizó un rejimiento de húsares, y el baron un batallon de cuatrocientos ó quinientos hombres.

Al fin llegó el 5 de Febrero, dia que debia librar á México de los franceses, sus tiranos libertadores. Era una de esas mañanas mexicanas claras y brillantes; toda la poblacion se hallaba en las calles, y con una escitacion agradable. La retirada de los franceses era un feliz evento para todos, pues se habian hecho odiar de todos los partidos. No necesito hablar del comportamiento del Mariscal Bazaine; ha sido ya apreciado en muchas publicaciones. Obraria de acuerdo con sus instrucciones; pero si así fué, no solamente lo hizo con su modo peculiarmente brutal, sino que probablemente sobrepasó aquellas en muchas cosas, segun convenia á su ambicion ilimitada y rapaz.

Los oficiales franceses imitaban al Mariscal, y su arrogancia y avaricia eran intolerables. La espedicion mexicana era para ellos un cambio agradable, y preferible á una triste vida de guarnicion en Francia. También era buena oportunidad para enriquecerse; no les importaba nada Maximiliano ni las declaraciones de las intenciones humanitarias ó civilizadoras de su Emperador. Despreciaban á los mexicanos con la arrogancia francesa, y dia á dia insultaban á los

habitantes de la ciudad. Los caballeros que en la banqueta no se hacían á un lado con presteza eran empujados á la calle; y las señoras que se aventuraban á salir eran insultadas con sus viles importunidades. Los oficiales del ejército imperial mexicano preferían ir en traje de paisano, puesto que los oficiales y soldados franceses no contestaban á su saludo.

Muy temprano por la mañana los innumerables balcones de México estaban llenos con señoras de negros ojos, el rebozo puesto con coquetería sobre la cabeza y el hombro izquierdo. Yo estaba con mi esposa en el balcon del Hotel de Iturbide, en la calle de San Francisco: además de nosotros se hallaban allí el conde y la condesa de Seguíer y varias señoras de los oficiales franceses. Los franceses se pusieron en marcha á las nueve de la mañana; pasaron por la Alameda, calle de San Francisco, Plateros y Plaza de Armas, frente al Palacio Imperial, á salir por la garita de San Antonio: á su cabeza iba el Mariscal Bazainé, seguido de un brillante Estado Mayor; ni una palabra amistosa ni un solo adiós recibieron los odiados opresores: la jente les veía pasar en silencio, y las hermosas mujeres desde los balcones veían con risa de desprecio á los guapos oficiales que con coquetería se volvían á verlas. El Emperador no salió al balcon cuando pasaron, pero no podía menos de ver trás de la cortina á los soldados de su traidor aliado.

Cuando los soldados pasaron frente al Hotel las señoras francesas agitaban sus pañuelos y gritaban con éxtasis: —¡Que ejército tan brillante! con semejantes soldados se puede conquistar el mundo.—Y lo harán.—Dejadles regresar á la «belle France, y marcharán hasta Berlin y le tomarán á

la bayonette.» Yo no hice caso de su charla, pero solo deseaba estar en Berlín para encontrarles allí.

Un día despues evacuaron la Ciudadela, pues la guarnición requeria tiempo para destruir cuarenta cañones, junto con las municiones. Seis cañones rayados y cuatro mil granadas fueron enterradas con precaucion para que los liberales mas adelante las desenterrasen. Este designio fué sin embargo revelado, y cayeron en manos de los imperialistas. Puedo asegurar que Bazaine ofreció poner á México en manos del jeneral Porfirio Diaz, pues el mismo jeneral me lo dijo en Noviembre; pero Porfirio Diaz rehusó, agregando que esperaba tomar la ciudad él mismo.

Al día siguiente, la jente de México se alarmó de nuevo sériamente por la aparicion en las calles de muchos soldados franceses. Eran, sin embargo, desertores del ejército. De esta manera el Mariscal perdió en su camino á Veracruz, nada menos de seis mil hombres, que en su mayor parte pertenecian á la lejion extranjera. El Mariscal los reclamó y el jeneral Márquez le contestó que podia venir por ellos él mismo.

Siendo urgente deseo de Napoleon el inducir al Emperador Maximiliano á que abdicase y volviese á Europa, el Mariscal hizo todo lo posible para obligarlo á ello, ayudando á los liberales. No solamente les entregó muchas ciudades y armas, sino que puso cuantos impedimentos le fueron posibles para la organizacion de un nuevo ejército, en el cual fué ayudado por los ministros de Austria y Béljica.

Se hallaba el Emperador, despues de la partida de los franceses, en una posicion sumamente precaria; pero Márquez hizo todo lo posible para hacer valer su palabra á lo menos hasta el punto de esforzarse hasta lo último en

la organizacion de nuevas tropas, mientras el padre Fischer emitia palabras consoladoras al oido de Maximiliano, y el gabinete prometia doradas imposibilidades.

En cuanto á los planes del Emperador nada se sabia; pero en la noche del 12 de Febrero corrió la noticia en México, que se pondria á la cabeza de todas las tropas disponibles y saldria á la mañana siguiente á juntarse con Miramon en Querétaro, adonde igualmente se esperaba que los jenerales Castillo y Méndez estarian. Con todas estas tropas unidas era su objeto tratar de evitar la concentracion del enemigo en el Norte, y su avance sobre México.

Tan pronto como supe esto, fuí á ver al baron Magnus, el que confirmó la noticia; le suplique que sostuviera mi solicitud de que se me permitiera acompañar al Emperador. Estaba dispuesto á ello, pero no lo logró. Mi solicitud fué rehusada, pues el Emperador habia prometido dejar á todo extranjero atrás y depender exclusivamente de sus súbditos mexicanos. Márquez y sus camaradas temian la influencia de los alemanes sobre el Emperador, y aun tal vez sus conocimientos superiores en la ciencia de la guerra.

Cuando la mañana siguiente fuí despertado por el ruido en la calle demasiado conocido de la marcha de las tropas, salí, y pronto me convencí que en realidad se habia dejado atrás á todos los extranjeros—hasta la única batería rayada que poseia el ejército.

El Emperador se unió á sus tropas fuera de la garita á las seis de la mañana, y comenzó su marcha á Querétaro. En camino á su próxima jornada (el 27 de Febrero de 1867) fué atacado por las guerrillas de Fragoso, quienes no obstante fueron pronto derrotadas.

Me parecia en contra aún de lo natural el que no acom-

pañase yo al Emperador en su expedicion, y estaba sumamente triste. Tan temprano como era conveniente, fuí otra vez á ver al baron Magnus esperando encontrar algun consuelo.

En esta ocasion no fuí chasqueado. El ministro me dijo que el jeneral D. Santiago Vidaurri debia reunirse al Emperador en el lugar de su primera jornada (Cuautitlan) y que tal vez consentiria en llevarme consigo. Por consiguiente, me apresuré á ver al jeneral, el que me prometió agregarme á su Estado Mayor, si podia procurar una autorizacion con ese fin, del Ministro de la Guerra.

Con esta contestacion volví al baron Magnus, quien mandó que me llevase su coche á ver al ministro. Pero el cochero desgraciadamente dió con la rueda contra un poste, y rompió la lanza. No hicimos caso alguno de este mal agüero y continuamos nuestro camino á pié. El ministro de la Guerra dió la órden requerida con mas prontitud de lo que esperábamos, y á la una de la tarde me presenté en la casa del jeneral.

El jeneral D. Santiago Vidaurri era un hombre alto y delgado, como de sesenta años, que en nada parecia mexicano, pero que se asemejaba, tanto en su apariencia externa como en sus modales, á un norte-americano. En mi opinion, era el hombre mas notable de todo México, sin exceptuar á Juarez mismo. Por muchos años habia sido uno de los jefes principales del partido liberal y frecuentemente se habia batido contra Márquez y Miramon. En aquel tiempo era gobernador del Estado de Nuevo-Leon, y el órden de su Estado era la admiracion de todo México. El correo iba con toda regularidad allí, y aún hasta dinero se podia enviar con seguridad sin escolta alguna.

El jeneral Vidaurri estaba disgustado con el Estado de anarquía en México, á la que no veía probabilidad alguna de que terminase. Tenia además dificultades personales con Juarez, y se pronunció en favor del Emperador Maximiliano, de quien esperaba lo que á él le parecia la cosa mas esencial, la restauracion de un gobierno formal. Como él era hombre muy prominente y muy popular, el haberse pasado con el partido imperial tuvo gran influencia en los habitantes de su Estado, y muchos hombres y oficiales respetables siguieron su ejemplo. Como no se pronunció por el partido clerical, y permaneció siempre liberal, los partidarios de Márquez tal vez desconfiaron de él y le mantuvieron lejos del Emperador. Sin embargo, un hombre de su influencia y talento no podia ser echado en el olvido y pocos dias antes de que saliese el Emperador, mandó llamar á Vidaurri. Debía acompañar al Emperador á Querétaro, para que de allí se fuese rumbo al Norte adonde era tan bien y tan favorablemente conocido, para organizar allí los Estados política y militarmente, y para cuya empresa hombre mas á propósito no se podia encontrar en ninguna parte.

El jeneral era igualmente un excelente sugeto, y especialmente bondadoso y amable conmigo, lo que al principio causó algun celo entre sus compañeros, quienes me miraban con frialdad. Debo hacer una escepcion en favor de un robusto capitán alemán, llamado Willman, que por mas de veinte años habia sido el ayudante, ó por mejor decir, «el todo,» del jeneral. Le he visto aún dar bola á las botas de este. Habia sido antiguamente relojero y me imagino, que era de Suabia: el malísimo alemán, en el que conversaba conmigo, tenia al menos un acento muy fuerte de Sua-

bia. Era un bueno y bastante activo compañero, que hacia todo lo que podia para servirme y asistirme. Siempre estábamos con el jeneral el coronel D. Indalecio Vidaurri, hijo suyo, yo, y el factotum capitán.

El jeneral debia ser escoltado por un destacamento de los húsares de Khevenhüller, mandado por el capitán Echeagaray, y los tenientes Pacolouski y Koehlig; y un destacamento de caballeros de la frontera, la mayor parte de ellos hombres que habian acompañado á Vidaurri desde el Norte.

Debiamos dejar México á la una de la tarde, pero se demoró nuestra marcha hasta las cinco, por no poder haberse hecho el ánimo el ministro de la Guerra de deshacerse del dinero que debia llevar Vidaurri al Emperador. Ayudante tras de ayudante habia sido mandado por él: al fin le trajeron á las cuatro y media.

Para persuadir al Emperador de que se quedase, los ministros habian sido aun mas extravagantes en sus promesas que Márquez, Miramón y el padre Fischer.

Prometian montañas de oro y pusieron ante el Emperador unas representaciones financieras ficticias, que le deslumbraron, y que él creyó eran ciertas; no siendo gran financiero. Sin embargo, todo el dinero que pudieron conseguir los ministros al Emperador para su campaña fueron unos 50,000 miserables pesos.

El jeneral Vidaurri fué en un coche hasta la garita, á donde montó su caballo. Fué recibido con grandes aclamaciones por un gran jentío en las calles, que demostraba la popularidad de este hombre distinguido. En nuestra marcha fuimos tambien atacados por las guerrillas, pero los húsares las hicieron con huir sable en mano.

Cuando llegamos á Cuautitlan, despues de media noche encontramos todos los alojamientos ocupados por las tropas, y todas las provisiones consumidas por ellas. Me acampé en el gran patio de una hacienda con los oficiales alemanes de húsares, y nos vimos obligados á conformarnos con una cena de bizcochitos duros y agua fria.

A las seis de la mañana del dia siguiente, las tropas estaban listas para marchar. Cuando me vió el jeneral Vidaurri, me estrañó de una manera amistosa, por no haber participado de su alojamiento, lo cual no habia hecho por temor de importunarle.

El Emperador fué recibido por las tropas con grande entusiasmo. Montó en un hermosísimo caballo pinto, con silla y cabezadas mexicanas; llevaba una casaca de jeneral sin charreteras, pantalon oscuro y unas botas que le llegaban hasta las rodillas; sombrero anchomexicano. Estaba armado de espada, y dos revolvers en la silla. Tenia siempre en su mano un telescopio de campaña muy simple; (el que mas tarde me dió como un recuerdo) y con el cual con suma preferencia, escudriñaba el país que tenia á su vista.

Al correr el Emperador la línea, el jeneral Vidaurri y yó nos hallábamnos en la ala derecha. Al acercarse á nosotros le dió la mano á Vidaurri, y al verme á mí se sonrió, y exclamó:

—Salm, cómo vino vd. aquí?

—Vuestra Majestad, no me quizo traer consigo—le contesté—y como no me quise quedar de ocioso en México, le supliqué al jeneral Vidaurri me trajera con él.

El Emperador advirtió:—Ya sabe vd. las razones por las cuales rehusé su pedido; sin embargo me alegro mu-

cho de ver á vd. aquí. Con esto me cerró la mano de un modo muy amistoso, y siguió adelante.

Nuestra marcha nos trajo primero á Tepeji, y por la primera vez tuve la oportunidad de admirar el orden mexicano de marchar. Los intervalos entre las diferentes tropas eran muy grandes, y se hacian aun mas grandes por su pesadísima y mal tirada artillería, que las obligaba á detenerse á cada momento. Si hubiéramos tenido ante nosotros á un enemigo europeo, esta circunstancia podia haber llegado á ser fatal, tanto mas cuanto que nuestros flancos no se hallaban cubiertos de otra manera, sino con un ejército de mujeres y criaturas, que siguen á todo ejército mexicano, y quienes ademas estan escoltados por una bandada de perros cobardes, horribles y de mala ralea.

Hasta qué punto se puede depender de un ejército mexicano, se infiere de la circunstancia de que los soldados están todo el dia cuidadosamente vijilados por sus oficiales, y siempre encerrados durante la noche en las haciendas, para evitar que se deserten.

El Emperador iba acompañado del jeneral Márquez, su cuartel-maestre jeneral, con su propio estado mayor, que se componia de jente sin ninguna capacidad ó habilidad. La única escepcion era el mayor Guillermo Von Montlong, quien antiguamente habia servido en el cuerpo austriaco y llegó á ser oficial del gabinete del Emperador, y tenia que servir de ayuda al secretario del gabinete.

El jefe del estado mayor del jeneral Márquez, era el mayor Waldemar Von Becker, antiguamente oficial ruso, y á quien Marquez habia encontrado en alguna parte en Europa, y que habia estado servicio español y en la guerra de Márruecos. Era hombre intelijente y agradable,

pero en cuanto á sus conocimientos militares, muy poco puede decirse. No son dignos de mencionarse los oficiales mexicanos en el estado mayor de Márquez.

Con el jeneral Márquez tambien estaba el coronel D. Miguel López, que fué á Querétaro á reasumir el mando de su regimiento de la Emperatriz, que habia sido trasladado á esa ciudad.

Lopez quien á causa de su negra traicion ha dado su infame nombre pasa siempre á la Picota, es hombre largo y corpulento, de unos treinta anos, y no parece mejicano. Su redonda cabeza está cubierta con pelo rubio algo ralo en el centro, y puesto de tal modo que cubre todas las imperfecciones por medio de un mechon de pelo de uno de los lados; su bigote y corta perilla igualmente rubios. Parecia muy bien con su chaqueta encarnada de húsar, adornada de negro, y tanto más cuanto sus modales eran caballerescos y elegantes. Además de portar varias órdenes mexicanas, estaba condecorado con la Cruz de oficial de la Legion de Honor. Siempre estaba perfectamente bien montado en caballos americanos, y toda su apariencia hacia una impresion favorable.

El Emperador estaba igualmente acompañado por un miembro de su gabinete, D. Manuel García Aguirre, Ministro de Gobernacion. Es un caballero de apariencia aristócrata excelente y honrado, y era un verdadero y fiel amigo del Emperador. Sumamente religioso, y cuando mas tarde estuvo conmigo en la prision, siempre ayudaba la misa.

Los ayudantes del Emperador eran el coronel D. Pedro Ormaechea, sobrino del obispo Ormaechea de Tulancingo, y el teniente coronel D. Agustin Pradillo. El capellan de

cuartel general, D. Luis G. Aguirre; el médico del Emperador, doctor D. S. Basch; y su secretario particular, D. Luis Blasio. Además de esos señores, el Emperador tenía consigo un cocinero húngaro y cuatro criados mexicanos.

Se había dicho que el monto total de las tropas que acompañaban al Emperador era de diez mil hombres; y me encontré sumamente chasqueado al observar que solo tenía mil seiscientos hombres y diez y ocho cañones.

Estaba compuesto este pequeño ejército de destacamentos de once cuerpos diferentes. Las mejores tropas entre ellos eran las Guardias Municipales de la ciudad y Valle de México, á pié y á caballo; los Exploradores del Valle de México y el pequeño destacamento del regimiento Khevenhüller. Mandaba todas las Guardias Municipales el coronel D. Antonio Diaz, y los de á pié el teniente coronel D. Joaquin Rodriguez, el soldado mas valiente que jamas he visto. A los exploradores los mandaba un español, el capitán D. Antonio Gonzalez. Estos y los Guardias Municipales formaron durante toda la marcha á Querétaro, nuestra vanguardia, y con ellos siempre estaban el Emperador y el general Márquez. La mitad de las tropas eran reclutas mexicanos inespertos, que se inclinaban mas bien á ganar su vida desertándose, que peleando.

El dia 14 de Febrero marchamos á Tepeji del Rio y el 15 á San Francisco Soyaniquilpam, y de allí el 16 á Arroyozarco. A las siete de la mañana, á media legua de San Miguel Calpulalpam, fuimos á dar con las avanzadas del enemigo, quienes presto se retiraron á un desfiladero al otro lado del pueblo, posicion sumamente fuerte, que no habria podido ser forzada por nosotros, si hubiera sido defendida por un enemigo mejor.

Nuestras tropas hicieron alto para almorzar en el pueblo, bajo las precauciones de costumbre, y despues de una hora de descanso, el Emperador se puso á la cabeza y nos condujo al ataque.

Despues de una pelea ligera pero viva, la Guardia Municipal de á pié se lanzó á tomar las alturas á la derecha, bajo las órdenes del valiente Rodriguez, mientras tanto nuestra artillería hacia fuego con granadas contra un cerro cónico á su izquierda, el cual no podiamos atacar de otra manera por falta de tropas. Aunque este fuego de la artillería algo contuvo al enemigo, no evitó el que hiciera sobre nuestras fuerzas que atacaban, causándonos algunas pérdidas entre ellas. Sin embargo, Rodriguez tomó las alturas y el desfiladero despues de una pelea que habia durado una hora.

El Emperador siempre se hallaba en medio del combate, y se distinguia por su sangre fria. Estaba yo cerca de Su Majestad, cuando oí á alguno que lloraba; dí una mirada, y ví que procedia del pobre cocinero húngaro. Una bala fria de las alturas le pasó por entre el labio superior y le tiró algunos dientes. Los dientes han de haber sido fuertes pues se le quedó la bala en la boca, y el cocinero, á quien no gustaba el sabor del plomo, la escupió con todo y dientes. A consecuencia de esto sus facultades se descompusieron por algun tiempo.

Cuando hubimos pasado el desfiladero conquistado, nuestro flanco izquierdo fué atacado por unas guerrillas que se presentaron en los llanos. El destacamento de los Exploradores y otro del 9 de caballería, bajo el mando del mayor Malburg avanzaron para arrojarlos, y yo tomé parte en el ataque. Uno de los del enemigo á quien perseguí,

saltó una muralla de piedra, cayendo del otro lado con el caballo. Salté tras él la cerca inmediatamente, para hacerle prisionero, pero se levantó y me apuntó con su carabina á tres pasos de distancia; solo tuve tiempo para hacerle fuego y le envié una bala á la cabeza, que le entró por el ojo derecho. Aunque cayó muerto boca abajo, los soldados que me habian acompañado le metieron sus lanzas y le dieron de balazos en el cuerpo, acorde con la mala costumbre mexicana.

El enemigo se retiró y no nos volvió á molestar de nuevo en nuestra marcha á Querétaro. Habiamos tomado un número de prisioneros á quienes el general Márquez queria fusilar en el acto, pero el Emperador lo prohibió. Corrió la voz, sin embargo, de que Márquez les habia fusilado en secreto durante la noche, y esto está en consonancia con su carácter.

A la mañana siguiente salimos á las seis de Arroyozarco á San Juan del Rio, y de allí al Colorado, que solo dista cuatro leguas de Querétaro.

Durante la marcha me llamó el Emperador con frecuencia á su lado y conversó por algunas horas conmigo. Habló tocante al estado general de las cosas, de sus esperanzas y miras, y me hizo algunas comunicaciones confidenciales.

Durante estas horas pasadas al lado del Emperador tuve buenísima oportunidad de observar á Márquez, quien generalmente marchaba solo, absorto en pensamientos, que no podian haber sido de un carácter inocente ó agradable, puesto que su semblante tenia una espresion hastante siniestra.

Cuando el Emperador queria bablarle, Márquez generalmente no oia sino hasta la segunda ó tercera llamada, y

entonces parecia como una persona que acaba de despertar de un sueño. Su cara se demudaba al momento con una expresion de benevolencia desagradable y exajerada, y se acercaba al Emperador como un perro zalamero.

OCUPACION DE QUERETARO.

LLEGAMOS frente á Querétaro el 19 de Febrero, á las diez de la mañana. Esta ciudad siempre habia sido muy amiga á la causa del Emperador, y la noticia de su llegada produjo entre sus habitantes una escitacion sumamente agradable. Viejos y jóvenes, hombres y muchachos, salieron á encontrarle á la Cuesta China, cerro bastante elevado al Sur de la Ciudad, y á cosa de 800 métrós de la casa del peaje de la garita de México. El Emperador y su pequeño ejército fueron aclamados por la gente con un entusiasmo que sentian en el alma.

La guarnicion marchó entre la Cuesta China y la garita, y á su cabeza iban los generales Miramon, Escobar, el prefecto de la ciudad, Mejía, Castillo, Arellano, Valdez y Casanova y un gran número de otros oficiales. Miramon y Escobar saludaron al Emperador con un discurso adecuado, y él contestó de la misma manera.

Terminado esto, el Emperador entró á la ciudad, que estaba adornada con banderas y otras cosas y se dirigió al

Casino á donde se alojó. Al entrar á este lugar, su caballo falseó, lo que desde muy remotos tiempos ha sido considerado como de mal agüero, pero nadie notó gran cosa de esto, en medio del júbilo escitante de esa hora.

Pronto despues recibió el Emperador al alto clero y autoridades de la ciudad y un gran número de oficiales le fueron presentados. Despues prosiguió á la Catedral á pié, adonde se cantó un solemne *Te Deum*.

Antes de continuar mi narracion creo seria conveniente decir algunas palabras sobre los personajes que aquí encontraron al Emperador y que debian hacer un papel interesante en la tragedia subsiguiente.

D. Miguel Miramon era el mas importante entre todos. Como he dicho antes, habia sido uno de los gefes mas prominentes del partido clerical y aun presidente de la República á los veinticinco años. Era ahora hombre buen mozo de cosa de treinta y cuatro ó treinta y cinco años, de estatura mediana, de cuerpo y maneras elegantes, con el pelo, bigotes y piocha oscuros. Hombre de gran viveza, estrechamente ambicioso, muy valiente y atrevido, pero no general científico, y estratégico bastante mediano.

De Orizava, adonde en compañía con Márquez y el padre Fischer indujo al Emperador á quedarse, se fué á mediados de Diciembre de 1866 á México, reunió á toda prisa quinientos ó seiscientos hombres y con estos y con una batería, marchó rumbo Norte al Estado de Zacatecas, para impedir al enemigo que concentrase sus tropas y que avanzase con ellas sobre Querétaro y México, segun intentaba. El general D. Severo del Castillo habia recibido órdenes de él para que se moviera en la misma direccion y cooperase con él y el general D. Tomás Mejía, el cual se

había visto obligado á abandonar á San Luis é igualmente se hallaba en marcha rumbo á Querétaro.

La capital del Estado de Zacatecas del mismo nombre, era entonces el lugar de residencia del Gobierno Republicano: Juarez mismo se hallaba en la ciudad. Esta oportunidad era demasiado halagüeña para el jóven intrépido general, quien había aumentado sus fuerzas con algunas tropas que había tomado al pasar por Querétaro, y reclutado en su marcha; resolvió dar un golpe de mano, sin aguardar las tropas de Castillo, que aun se hallaban á alguna distancia.

El atrevido plan surtió su efecto admirablemente. El enemigo en Zacatecas fué sorprendido de la manera mas completa y totalmente derrotado. Muchísimos prisioneros, veinte cañones y un gran número de papeles y documentos importantes pertenecientes al Gobierno Republicano fueron fruto de esta brillante victoria. Por poco se coje prisionero á Juarez, el que se escapó en un coche. Seguramente se esperaba que lo cojiesen, puesto que el Emperador había enviado á Miramon una órden estricta por escrito, para que en el caso que tomase á Juarez prisionero, le tratase de la manera mas amistosa y le enviase á México.

Los Gendarmes Imperiales, quienes en gran parte eran franceses, cometieron algunos excesos, los cuales eran severamente censurados por Miramon siempre que se hablaba de ellos. Entre otras cosas, una de las que enfureció á los liberales muchísimo, fué la de haber amarrado un lazo al pescuezo de un busto de Juarez, y arrastrádolo por las calles de Zacatecas.

Antes de que Castillo hubiera llegado, la ciudad fué nuevamente atacada por una fuerza de los liberales muchí-

simo mas superior, y Miramon se vió obligado á evacuarla á toda prisa.

Dos dias despues de esta retirada y en camino hácia Querétaro y cerca de la hacienda de San Jacinto, fueron atacadas por retaguardia y ambos flancos las tropas de Miramon, por fuerzas superiores bajo el mando de Escobedo. El ataque fué tan repentino, que perdió todo su ejército y artillería, y se contentó con escaparse con unos cuantos oficiales, que tenian caballos lijeros y buenos, hasta Querétaro, adonde se unió á Mejía y Castillo.

Su hermano mayor, general D. Joaquin Miramon no fué tan afortunado. Fué gravemente herido y hecho prisionero. Escobedo le arrastró en su marcha de un lugar á otro, hasta unas cuantas leguas de San Luis Potosí. Allí durante la noche, se dió la órden para fusilarlo. Como el desgraciado hombre se hallaba imposibilitado de andar, fué conducido en un sillón al lugar de la ejecucion, y como que ya se habia oscurecido, fué matado á quema ropa. Para ver si realmente estaba muerto, se encendieron algunos cerillos, pero estos se apagaron varias veces con el viento. El general aun se movia, y algunos oficiales que se hallaban presentes se divirtieron con descargar sus revolvers en su cuerpo. Tenia la cabeza hecha pedazos y el cuerpo atravesado por treinta balas.

En San Jacinto ciento veintitres franceses fueron igualmente cojidos, y entro ellos los que habian ultrajado el busto de Juarez. Por varios dias se les habia tenido en un lugar donde gozaban de bastante libertad; los alegres franceses no tenian presentimiento de la terrible suerte que les aguardaba. Un dia se repartió entre ellos algun rom y se les dijo que se les iba á conducir á otro lugar, pero que

como tenían que pasar por medio del Ejército Liberal, se les vendarian los ojos. Como esto se hace con frecuencia, nada sospecharon y marcharon vendados por media hora hasta que se les permitió que se quitasen las vendas. Entonces se encontraron en un patio interior de la hacienda de San Jacinto, frente á dos batallones de infantería y se les informó que iban á morir de órden del Supremo Gobierno. Era una espantosa y aflictiva escena. Se mataba á diez prisioneros siempre juntos, mientras el resto lo estaba mirando. Los cuerpos, frecuentemente todavía con vida eran echados en un carro y con la sangre escurriendo de este llevaban á los pobres sentenciados, fuera de la hacienda para volver luego por una nueva carga.

Duró esta horrible carnicería, mas de una hora, pues fué interrumpida por un incidente que ilustró aun mas que esta sangrienta ejecucion, la insensible crueldad de esos mexicanos. Los soldados no apuntaban bien, y sucedió que uno de entre una partida de diez, cuyo nombre era Hipólito Rolin no fué dañado por la primera descarga. Dió un salto, tratando de fugarse, pero fué capturado y agregado al próximo lote. En esta vez solo fué lijeramente herido y se escapó. Pero se le cojió de nuevo, se le amarraron los piés y fué fusilado á quema ropa!

Obtuve todos estos pormenores de un oficial liberal, que presenció esta escena, que apenas tiene igual en la primera revolucion francesa.

D. Tomás Mejía era un indio feo y pequeño, muy amarillento, de cosa de cuarenta y cinco años, con una enorme boca y sobre ella unas cuantas cerdas negras que figuraban bigotes. Era hombre honrado y de fiar, adicto al Emperador, muy buen general de caballería y demasiado cono-

cido por su valor personal. Era su costumbre antes de un ataque, tomar una lanza de uno de sus soldados y acometer con ella, entre los primeros, en las líneas del enemigo. Hace años que á los liberales les quitó Querétaro. Al entrar á la ciudad, sus últimos defensores huyeron al primer piso de la Casa del Cabildo. Mejía se presentó ante esta á la cabeza de su caballería. Lanza en mano subió los escalones, y en el salon principal hizo presos á los liberales, dirigiéndose á caballo al balcon, dando con vivas la bienvenida á sus tropas victoriosas.

D. Severo del Castillo es un hombre flaco, bajo de cuerpo, de pelo negro, complexion débil y casi sordo. Hace algunos años tuvo la desgracia de caer en manos de los liberales y el tratamiento rudo que tuvo que sufrir destruyó su salud para siempre. Le enviaron prisionero á la Isla de los caballos, una isla peñascosa en el Pacífico, que es tan mal sana que nadie puede habitarla arriba de uno ó dos años. El lugar es tan estéril, que no produce ninguna clase de alimentos. De tiempo en tiempo carne fresca y harina era llevada á los prisioneros por los pescadores. Castillo pasó todo un año en esta isla. Se habia construido un jacal con nopales, y dormia sobre alga marina. Al fin logró escaparse de este terrible lugar, con la ayuda de un pescador.

Castillo era un hombre honrado, valiente y un amigo de confianza del Emperador. Es soldado enteramente educado, y su sangre fria en medio del combate es sumamente admirable. El temor es tan extraño para con él, que aun en medio del fuego dá sus órdenes con tanta frialdad y serenidad, como si estuviera en un cuarto de su casa. En mi opinion, de todos los generales mexicanos es el mejor estratégico.

Ramirez Arellano es un caballero muy agradable, muy bien educado, de cosa de treinta años de edad, con una tez sumamente oscura y un arrogante bigote negro. Es un excelente oficial de artillería, y mas tarde llegó á ser gefe de toda ella en Querétaro.

En marcha ya, en San Juan del Rio, el Emperador publicó un bando militar que fué leído á todas las tropas en Querétaro. Este bando informaba al ejército que se ponía á su cabeza que anhelaba este dia para poder combatir por dos de las causas mas santas, Independencia y resrauracion del órden. Libres de la «opresion extranjera» y de su influencia, podian hacer todo lo mejor por el honor del pabellon nacional. El 24 de Febrero los jefes de los diferentes cuerpos fueron invitados á comer con el Emperador. Yo igualmente recibí una invitacion y tuve mi asiento junto á López, quien sostuvo una conversacion animada con Su Majestad, que estaba sentado frente á nosotros. López se hizo muy amable en aquel dia, y ninguno de los que le escucharon y observaron, jamás hubiera pensado que este hombre llegaria á ser el Judas de Querétaro.

El 22 marchó el Emperador, acompañado de sus generales, á la garita de Celaya, para recibir al general Méndez, que debia llegar con cuatro mil hombres de Michoacan.

D. Ramon Méndez era gordo y pequeño de cuerpo, con una fisonomía bastante bien parecida, pelo y barba negra y que parecia muy bien con su chaqueta de húsar mnxicano. Llevaba un sombrero como el del Emperador, estaba condecorado ademas de las órdenes mexicanas, con la cruz francesa de oficial de la Lejion de Honor, que además de él, solo la tenian en el ejército Márquez, Mejía, López y el general Calvo. Méndez era un buen partidario, sumamente

valiente é idolatrado por sus soldados, pero desgraciadamente inclinado á la crueldad. Era adicto al Emperador, pero enemigo decidido de Miramon de quien desconfiaba y de quien decia que poco le importaba Imperio ó Emperador, sino sus propias miras y proyectos ambiciosos: opinion generalmente admitida, que no obstante en el caso de Méndez, podia haberse robustecido por envidia.

En la tarde del mismo dia tuvo lugar una revista, mandada por Miramon, de todas las tropas en Querétaro, menos las de Méndez que se hallaban fatigadas por la marcha. Estas tropas ascendian á mil seiscientos hombres bajo las órdenes de Márquez y aquellas que habian venido con Miramon y Castillo; es decir, los batallones de Cazadores del Emperador y Tiradores, el 7º batallon de línea, los restos del 5º, los jendarmes, el 8º rejimiento de caballería, el rejimiento de la Emperatriz (á caballo) y dos baterías de campaña y una de montaña; en total, cosa de cinco mil hombres. Por lo tanto, toda nuestra fuerza se componia de nueve mil hombres y treinta y nueve piezas.

Despues de esta revista, distribuyó el Emperador algunas condecoraciones entre los soldados que se habian distinguido en el combate de la Quemada en el que habia derrotado el valiente Mejía á los liberales en el camino de San Luis Potosí.

El 23 de Febrero se solemnizó una misa y honras fúnebres en memoria del cruelmente asesinado, general Miramon, á la que asistió el Emperador, recibiendo órdenes el ejército de llevar luto por ocho dias.

El 24 el Emperador dividió el ejército de la manera siguiente: Toda la infantería mandada por Miramon. Esta se componia de dos divisiones bajo las órdenes de Méndez

y Castillo. Toda la caballería mandada por Mejía y la artillería por Arellano. A Márquez se le nombró jefe de Estado Mayor, y á Vidaurri se le hizo ministro interino de Guerra y Hacienda, y este comenzó por imponer un préstamo forzoso de sesenta mil pesos, pues el dinero había llegado á ser una necesidad urjente. Los ministros en México habían prometido montones de dinero, poniendo ante el Emperador proyectos financieros muy dudosos. En lugar de los millones que en Orizava habían prometido, solo procuraron mas adelante y con el mayor trabajo los ante dichos cincuenta mil pesos para la campaña de Querétaro, enviándonos solo diez y nueve mil pesos de México que duraron nada mas que unos cuantos dias.

En este mismo dia se tuvo un Consejo de Guerra, en el que se resolvió enviar órdenes estrictas al jeneral Tavera, á quien se habia dejado en poder del mando de la Capital, para que enviase á Querétaro todas las tropas extranjeras que tenia en México, junto con todas las municiones y ambulancias necesarias, y además cien mil pesos. Ya en marcha órdenes semejantes se habian mandado, pero estas habian sido desatendidas por los ministros.

Las tropas que debian ser enviadas de México eran: el rejimiento de húsares del conde Khevenhüller (todos austriacos), el batallon del baron Hammerstein (igualmente austriacos) de cosa de 400 á 500 hombres; los jendarmes de la guardia, bajo las órdenes del conde Wickenburg, los Cazadores de á caballo (todos extranjeros mandados por los mayores Gerloni y Czismadai, é igualmente ocho piezas rayadas.

En la tarde del 25 de Febrero se les pasó revista á las tropas de Méndez. Eran las mejores tropas mexicanas en

el ejército del Emperador, á quien ya habian servido por algunos años, batiéndose independientes de los franceses en el Estado de Michoacan. Estas se componian del 1º, 2º, 3º y 4º batallones de línea, el 4º y 5º regimientos de caballería y una batería de campaña y otra de montaña.

Antes de continuar, preciso es que digamos unas palabras con respecto á la ciudad de Querétaro y sus diversas localidades.

Querétaro es la capital del Estado del mismo nombre y está situado en el lado Sur del pequeño Rio Blanco, que fluye de Oriente á Poniente, y el que abajo de la ciudad dá una vuelta hácia el Sur. La ciudad tiene entre cuarenta y cincuenta mil habitantes, y forma no enteramente un cuadrángulo regular de dos mil cuatrocientos métrros de largo, por dos mil doscientos de ancho. Está fabricado en un valle cuyas opuestas alturas pueden mútuamente alcanzarse á tiro de cañon.

Al lado Norte del pequeño rio están los suburbios de San Luis, con sus jardines que suben sobre un cerro á la altura de ciento cincuenta métrros de elevacion, llamado de San Gregorio. Otro cerro aun mas elevado llamado San Pablo, se estiende hácia al de San Gregorio, en direccion paralela y de él está dividido por un valle de mil á mil doscientos métrros de ancho.

Tras del de San Pablo se eleva el cerro de la Cantera que se estiende hácia el Oriente y que con un vuelo en direccion al Sur, se acerca al Rio Blanco dentro de cincuenta ó cien métrros arriba de la ciudad.

Frente á esta punta de la Cantera sobre la orilla del Sur del Rio Blanco y muy cerca de él, se eleva una cordillera montañosa que se estiende en direccion Sur-oeste, y

forma una curva que alcanza hasta el fin de la parte Occidental de la ciudad, adonde se separa por un llano de ochocientos á mil méetros de ancho. Esta cordillera se la llama el Cimatario, con diferentes nombres para sus diversas partes. Una de estas partes, y la mas elevada, es la Cuesta China, sobre la que corre el camino que viene de México.

En la estremidad Occidental del Cimatario, y mas cerca de la ciudad, hay otro cerro aislado que se llama el Jacal. Al Poniente de la ciudad se estiende un llano, en cuyo centro está un cerro peñascoso y aislado demasiado poblado con nopales, y llamado el Cerro de las Campanas, y á una distancia de cosa de mil y quinientos méetros de la ciudad.

De esta descripcion se trasluce que Querétaro es el peor lugar en el mundo para defender, pues desde los cerros que lo rodean se puede alcanzar cualesquiera casa á tiro de cañon. Solo se podia hacer una defensa con un ejército suficientemente numeroso para poder cubrir esos cerros.

El punto mas elevado de la misma ciudad es su estremidad Sur-oeste, en donde en una roca no muy alta está fabricado el muy estenso colejio de la Santa Cruz, comunmente llamado la Cruz. En la estremidad Sur-oeste está la garita del Pueblito y cerca de ella la Casa Blanca. Entre esta y la Cruz está la Alameda, un lugar no muy grande para pasearse, y que se encuentra en todo pueblo ó ciudad de oríjen español.

El rio que separa á la ciudad de los ya mencionados suburbios de San Luis, es vadeable en varios lugares, y solo tiene un puente al fin de la calle de Miraflores, una de las principales de Querétaro que atraviesa todo el centro

de la ciudad y comienza á la estremidad Nor-oeste de la Alameda. La ciudad tiene muchísimas iglesias, capillas y conventos, y ofrece un golpe de vista sumamente pintoresco.

Hasta el 1º de Marzo se pasó el tiempo haciendo muchas preparaciones y esperando noticias de México. No vimos nada del enemigo y oimos bien poco.

El nuevo ministro de Hacienda trató de regularizar las pagas de los soldados, lo mismo que el departamento de la Comisaría. Esto lo hizo con tanto éxito, que no solamente estaban satisfechos los soldados sino encantados, pues un estado tan bien arreglado de las cosas, era enteramente milagroso en un ejército mexicano.

Como soy mediano financiero, no podia ayudar al jeneran Vidaurri en su onerosa aunque benéfica tarea, y no teniendo ninguna obligacion que hacer, pasé el tiempo lo mejor que pude hasta que el estallido del cañon de nuevo puso mis facultades en juego.

Visité el teatro de Iturbide que está en la calle de Miraflores y adonde algunas comedias españolas se representaban diferentemente y donde mas tarde la tragedia mas triste del siglo debia efectuarse.

Durante estos dias tuvo lugar una corrida de toros en la plaza de estos, cerca de la Alameda. La plaza estaba enteramente llena, yo tambien me encontraba allí. El Emperador no fué á los toros, sin embargo de que antiguamente cuando estaba viajando en España era entusiasta por esta diversion: probablemente no esperaba gran cosa esta vez. Realmente fué una cosa despreciable, aunque bastante sangrienta. Seis caballos salieron heridos, y ni picadores ni matadores mostraron ninguna destreza.

No debo, sin embargo, omitir un incidente medio repugnante, medio risible, que tuvo lugar en esta corrida. Se presentaron dos mujeres en la arena para probar su destreza contra un toro que tenía las cuernos cubiertos con unas bolas. Estas toscas, aunque bastante bonitas mujeres, sin embargo no ganaron mucha gloria: bastante golpeadas y con el traje hecho pedazos se vieron obligadas á huir de la arena, seguidas de las carcajadas irrisorias y los silbidos del público.

El 1º de Marzo pasó el Emperador revista á la caballería de Mejía que para ser tropa mexicana, era excelente. Los caballos parecían sumamente aseados y bien mantenidos, y los uniformes de los soldados mejor que de costumbre. Las mejores tropas entre ellas, eran el rejimiento de Quiroga; la mayor parte de ellos se componia de gente de Vidaurri, quienes se habian batido contra Mejía, hasta que se pasaron con su antiguo gefe al Emperador: despues el rejimiento de la Emperatriz y el 5º

Patrullas de caballería habian recorrido los alrededores de la ciudad para adquirir noticias del enemigo; y de los hacendados y especialmente de los sacerdotes, supieron aunque solo como rumor, que se estaban concentrando masas de liberales en San Martin entre Querétaro y San Luis Potosí, y otros por Celaya á cosa de cuatro ó cinco leguas de Querétaro.

En la tarde del 2 de Marzo tenia que dar un informe al Emperador. Como estaba á punto de dar un paseo á caballo, me invitó á que le acompañase á la Alameda; cuando en camino ya, un oficial le puso en su mano un despacho de México que acababa precisamente de llegar.

Despues de haberlo leído, me dijo: «Mire vd. que gente

esta! (se refería á sus ministros en México) estos señores tienen miedo, y no me quieren enviar ninguna tropa. Dicen que la capital está en peligro. Solo temen por ellos mismos.»

La noticia del avance del enemigo se confirmó el día 4 de Marzo en la tarde, y el 5 al anochecer se le vió concentrarse en el llano al Poniente del Cerro de las Campanas, y se reforzaron nuestras avanzadas. Durante la noche del 5 al 6 de Marzo la guarnición estuvo alarmada, pues se esperaba un ataque al amanecer. La posición que por algún tiempo conservamos, era de la manera siguiente:

El centro y punto culminante era el Cerro de las Campanas, que se inclina con un declive precipitado hácia el Poniente. Aquí el Emperador y Miramon se situaron con un batallón y dos baterías. Entre este Cerro y el de San Gregorio, en donde estaba colocada una batería se hallaba la división de Castillo. A la izquierda del cerro de las Campanas y entre este y Casa Blanca, cerca de la del Pueblito, estaba apostada la división de Méndez, cubriendo de esta manera el camino que viene de Celaya. Entre la Casa Blanca y la alameda estaba formada en columnas nuestra caballería bajo las órdenes de Mejía; su flanco izquierdo cubierto por dos regimientos.

En la mañana se vió mover al enemigo en el llano al Poniente de las Campanas, pero no se intentaba ningún ataque; puramente ocuparon los pueblitos y haciendas de las inmediaciones.

Desde esa vez el Emperador se quedó en el Cerro de las Campanas y durmió esa noche y las subsiguientes, en el suelo, tapado con su plaid, y arriba de él el estrellado cielo. Miramon y Márquez, que estaban con él, hicieron

otro tanto. Se limpió el cerro de los nopales con que estaba enteramente cubierto, y se construyeron algunos parapetos, y cosa de seis ó siete trincheras para cañones.

Los exploradores de á caballo pertenecientes al ejército del enemigo que entonces se componia de diez y ocho mil hombres, mandados por el general Escobedo, se acercaron á nuestras líneas á distancia de quinientos ó seiscientos pasos.

El general Vidauri, que entonces era en el campamento á la vez Ministro de Hacienda y de Guerra, estaba ocupado á manos llenas con el abastecimiento para las tropas, y haciendo arreglos financieros, en lo que no le podia ayudar; por lo tanto siempre me mantuve cerca del Emperador, sin tener ninguna obligacion en particular.

En la mañana del 7 de Marzo se esperaba un ataque con mayor certeza, puesto que el enemigo se dejaba ver engrosando sus fuerzas en el llano. Sin embargo, pronto descubrimos que esto solo era para pasar revista.

Varios generales aconsejaron al Emperador atacase á los liberales saliéndose de esa posicion, con todas las fuerzas disponibles, y él se inclinaba á ello; pero Márquez se opuso á esta empresa, y dijo que el enemigo no aguardaria nuestro ataque en el llano, y que igualmente seria mejor dejarlo reunir todas sus fuerzas para de un solo golpe aniquilarlo.

La sabiduría de este consejo ingénuo al fin me fué esplicada por el ruso ayudante militar de Márquez, quien consideraba mis razones para un ataque inmediato como pedantería.

Los dias subsiguientes trascurrieron esperando un ataque con impaciencia, y con los movimientos del ejército enemigo, en los que no fué estorbado por nosotros.

Nuestro jefe de Estado Mayor, Márquez, debe haberse imaginado que el pequeño río Blanco era suficiente protección para nuestro flanco derecho, pues se olvidó de ocupar el cerro de San Pablo, que dominaba la ciudad. Pronto echó de ver esta omisión el enemigo, que ocupaba la garita hacia el norte, situado al pie del cerro de San Pablo, lo mismo que la capilla en la punta de este cerro, en la noche entre el 8 y 9 de Marzo. Como esta posición podía llegar a ser muy molesta a nuestro flanco derecho, el general Méndez hizo un reconocimiento a viva fuerza en esta dirección, con el regimiento de la Emperatriz y los húsares. Después de una pequeña escaramuza en el valle, entre San Gregorio y San Pablo, se retiró. En consecuencia a este reconocimiento, el general Castillo avanzó con una brigada la mañana siguiente sobre San Pablo, su flanco cubierto por caballería. El batallón de Cazadores, que se hallaba a la cabeza, desde la garita siguió la infantería del enemigo, asaltó el cerro de San Pablo, y su capilla, y se retiró después de haber descubierto del otro lado del cerro a varios miles de infantería. En este ataque el comandante de los Cazadores, teniente coronel Villasana, fue herido.

El Emperador me mandó llamar al medio día. Como había mandado una brigada del ejército de los Estados Unidos, se disculpó al preguntarme si quería aceptar el mando de Cazadores, pues no había ninguna brigada vacante. El cuerpo cuyo mando me ofrecía él, dijo era selecto, y solo podía manejarse por medio de grande energía. Como estaba sumamente cansado de mi posición sin ninguna obligación fija, lo acepté con gusto. Se extendió mi nombramiento inmediatamente y el mayor que estaba encargado del cuerpo, me presentó al batallón.

Fuí bien recibido, tanto por los oficiales como por los soldados, aunque el mayor tal vez estaba algo descontento, pues seguramente esperaba le hubieran ascendido á él. Los cazadores llegaban casi á setecientos hombres, quienes en su mayor parte eran franceses; pero tambien habia alemanes y húngaros y cosa de ciento cincuenta mexicanos. Era un cuerpo desenfrenado, de los soldados más valientes que se pueden encontrar. El batallon estaba colocado en el centro de la posicion del general Castillo, cerca del camino de Querétaro á San Luis Potosí, y fueron agregadas cuatro piezas de á doce.

En la tarde se observaron en el enemigo movimientos rápidos. Las alturas de San Pablo y la Cantera fueron ocupadas por ellos, y lo mismo sucedió con la Cuesta China, adonde eonstruyeron una batería. Nada se hizo para contrarestar estos movimientos, pero se consideró como prudente el que cambiásemos nuestra posicion. El general Castillo se retiró atrás del rio Blanco, y ocupó toda la línea del rio á lo largo de la ciudad. Se envió una brigada de la division del general Méndez al convento de la Cruz, adonde el Emperador estableció su cuartel general, y adonde le siguió su gefe de estado mayor, Márquez. La caballería, bajo las órdenes de Mejía, se mantuvo en su posicion anterior.

A consecuencia de estos cambios, se nos encargó á mí y á mis cazadores de la defensa del puente al fin de la calle de Miraflores.

En esa misma tarde ya cosa de las seis, rompió el enemigo el fuego contra la Cruz, con su batería de la Cuesta China.

Como que la Cruz desde ahora ocupará la parte más

prominente en el sitió de Querétaro, es necesario hacer una descripción de ella.

El extenso convento de la Santa Cruz que está colocado sobre una roca en la estremidad Sur-este de la ciudad, y á la que domina, data desde los tiempos de la conquista, y está fabricado de una piedra muy sólida, contra la cual las balas de cañon hacen poca impresion.

El largo de todo el edificio es un poco mas de seiscientos metros, y su ancho cosa de cuatrocientos. Todo él está cercado de una muralla sólida de piedra. Otra muralla divide la área en dos partes. La parte hácia el Poniente, que tiene doscientos sesenta metros de largo, contiene en su mitad hácia el Norte el convento, la otra mitad al Sur está ocupada por varios patios. La parte Este de la área perteneciente al convento, está ocupada por un gran patio, que seria igualmente rectangular si su muralla al Norte no formase un ángulo saliente. En la muralla hácia el Este, saliéndose afuera está colocado un edificio sólido de piedra, llamado el panteon. Es el lugar donde se entierra en el convento, y en su costado al Sur está una capilla. Como el terreno se inclina de Oriente á Poniente, este panteon, con su capilla se considera el lugar más elevado de la ciudad.

Por esta descripción se verá que la Cruz puede considerarse como la ciudadela de Querétaro.

Cuando el general Márquez arregló la defensa de la Cruz dejó el panteon y su capilla desocupados, y cuando el Emperador y otras personas se manifestaron en contra de esto, Márquez dijo: «Que no conocian al enemigo con quien tenian que ver.» Márquez siempre le habia dicho al Emperador que el ejército de los liberales no era más que una chusma despreciable.

SITIO DE QUERÉTARO.

EL 14 de Marzo es en el sitio de Querétaro un día muy memorable y glorioso. Los movimientos en el ejército enemigo por la mañana, indicaban que se intentaba un ataque general, y este tuvo lugar á cosa de las diez, contra tres diversos puntos: la Cruz, el puente, y la posición entre la alameda y Casa Blanca, cuya última estaba ocupada por la caballería al mando de Mejía. Un cuarto ataque, sobre el cerro de las Campanas fué solo falso.

Tan pronto como las baterías situadas sobre la Cuesta China dieron la señal, fuertes columnas de caballería avanzaron de contra la Casa Blanca y la alameda. Cuando llegaron al llano frente á ellos, Mejía les atacó con su caballería, y con tal impetuosidad, que el enemigo, despues de una corta resistencia, huyó en en gran desórden. Nuestra caballería les persiguió mas allá del cerro Cimatario, el que no ofrece obstáculos á las evoluciones de la caballería, corriéndolos hasta su campamento, cerca de la Estancia de las Vacas, y matando é hiriendo á ciento treinta hombres, y tomando á setenta prisioneros.

Sostenidos por un fuego tremendo desde la Cuesta China, densas columnas de infantería avanzaron ahora contra la parte occidental de la Cruz, y gracias al olvido estúpido ó traidor de Márquez, la desocupada capilla del panteon fué asaltada, las murallas que daban al patio provistas de troneras y la azotea de la capilla ocupadas por soldados, quienes desde su elevada posicion hacian fuego sobre nuestras tropas que defendian el convento.

Antes de que refiera el ataque contra el puente debo describir el terreno. A lo largo del rio hay una calle.

Las azoteas de las casas cerca del puente, se habian parapetado por órden del jeneral Castillo durante la noche anterior. De este otro lado del puente, solo se habia dejado un estrecho paso para desfilarse de uno en uno, levantando una trinchera de adobes. Se construyó un merlon con tres troneras para colocar igual número de piezas de á doce, una de las que barrió con el puente. Del otro lado del Este, en el barrio de San Luis, hay igualmente una calle á lo largo del rio, y allí habia un espacio abierto precisamente frente al puente, á unos cien pasos de distancia de largo. En la extremidad Sur-oeste de este lugar abierto y por lo tanto cerca del puente, se hallaba un edificio estenso llamado meson, albergue para arrieros y gentes de esa clase, y con un corral cercado por una sólida pared de piedra. Delante de las casas frente al puente, y en la parte Norte de este espacio abierto, se encuentra un pozo, y á derecha é izquierda de estas dos calles, no enteramente paralelas, pasa el declive del cerro San Gregorio, en el que los suburbios están fabricados. La calle contigua pasando paralela con el rio, interceptando las dos mencionadas, á la derecha conduce á la iglesia de San

Sebastian y de ella sigue otra calle hasta el río. La iglesia esta edificada en terreno más alto y de la galería de su torre pueden verse directamente las calles de Querétaro, y las balas de los cazadores alcanzan bien hasta allí.

Al darse la señal en la Cuesta China se movieron por las calles columnas de infantería, se formaron en la plaza y avanzaron contra el puente. A distancia de unos cien pasos se les recibió con una lluvia de metralla y bala, que les hizo retroceder al instante y retirarse tras de la iglesia de San Sebastian. Prevenidos ya á consecuencia de la acalorada recepcion que se les hizo en el puente, se movieron por la calle que conduce de la iglesia al río, y adonde está vadeable. Tan pronto como fueron sus intenciones notadas por el general Castillo, recibí órdenes de hacerles frente con mis cazadores, mientras tanto el puente quedaba ocupado con nuestra reserva, el batallon de Celaya.

A paso redoblado marché por la próxima calle que tenia atrás, y llegué precisamente á tiempo para hacer una descarga tras otra sobre ellos, mientras que el cañon del flanco derecho de la batería del puente, les saludaba á metrallazos. Tuvieron que retirarse por segunda vez.

Aunque el enemigo debia habia sufrido pérdidas considerables, de nuevo atacó el puente con doble avidez entre las once y las doce, logrando ocupar algunas casas de las de enfrente, é igualmente el meson de San Sebastian, desde donde mantuvo un fuego bastante vivo, al que contestábamos.

Mientras que se sostenia este tiroteo inútil en el puente, se continuó el combate en la Cruz. Apoyados por las baterías de la Cuesta China, que enviaban sobre la Cruz y sus patios una lluvia de balas y granadas, la infantería que

estaba en el panteon y la azotea de la capilla hacian fuego contra el convento y sobre cuarenta hombres que se habian colocado en una posicion sumamente espuesta, en la bóveda de dicho convento. Estaban estos mandados por un capitan austriaco, llamado Linger, á quien el jeneral Thun solia llamar el capitan de las narices de Bordeaux y cara de «Mayonaise.» Con todo y su notable tez, era un hombre muy valiente, manteniéndose con gran valor en su peligroso puesto, hasta que fué muerto por una bala que le penetró por la frente, despues de lo cual abandonaron sus hombres el puesto. No estando ya impedidos de avanzar por estos, el enemigo trató de introducirse dentro del patio grande protejido por los crecidos y densos nopales con los que estaba cubierto el terreno. Esta proteccion, aunque suficiente á la vista, no lo era contra las balas del convento, y el enemigo de nuevo tuvo que replegarse al panteon.

Al mismo tiempo la caballería del enemigo que estaba frente á la alameda y Casa Blanca, se habia recuperado de la derrota que les habia dado Mejía, y habian hecho un segundo ataque, pero les fué peor que la primera vez. El bravo Mejía, siempre el primero á la cabeza, dió una brillante carga y los rechazó entre los cerros del Cimatarío y el Jacal. Aquí perdieron cientos de muertos, heridos y prisioneros.

Si Mejía se hubiera aprovechado de su glorioso tirunfo para atacar la batería de la Cuesta China por la vanguardia, cuyo ataque se habria apoyado por la artillería de la Cruz, la victoria de este dia hubiera sido aún más completa. Pero creo que el bravo Mejía estaba algo sorprendido del arrojó poco comun del enemigo: por lo menos, le oí de

cir al Emperador que durante todo el tiempo que habia estado batiéndose en México, nunca habia visto á los liberales en tanta fuerza y perfeccion.

Durante la contienda en la Cruz, el Emperador se mantuvo en la plaza de la Cruz espuesto á las balas y metralhas que con abundancia despachaban de la Cuesta China. Todas las manifestaciones resultaron tan inútiles como las que el dia anterior se le hicieron por una diputacion de los generales, quienes le suplicaron no se espusiera tanto. El valeroso Mejía en su lenguaje sencillo dijo: "Considere Vuestra Majestad que si le matan, todos nos peharemos entre nosotros por la presidencia;" pero aunque estas palabras impresionaron al Emperador, dijo que el lugar donde estaba era el que le correspondia.

La suspension en el combate del puente interrumpida únicamente por el fuego que se hacia en las casas, fué de corta duracion. Poco despues de medio dia se vieron grandes masas de infantería formándose cerca de la capilla de la Cruz del cerro, que está mucho mas arriba del declive del cerro San Gregorio, á la estremidad de los suburbios, y al mismo tiempo un cañon rayado de Parrot, fué situado en la calle á la izquierda del lugar frente al puente, comenzando á hacer fuego con granadas contra la batería del puente, barriendo á la vez toda la calle de Miraflores, y alcanzando á ver hasta la plaza de armas situada en el centro de la ciudad, matando allí á varios ciudadanos pacíficos.

Cuando reventaban las granadas en medio de nosotros, mis cazadores orgullosos por su triunfo, se pusieron impacientes. Me rodearon gritándome: "Adelante, coronel, a de-

lante! pronto los despacharemos. Siempre los primeros son los cazadores!”

En Europa, sería difícil poder imaginarse un cuerpo semejante á este. Estos desenfrenados camaradas continuamente estaban peleando entre sí, y tenia que hacer todo lo que estaba en mis posibles para evitar derramamiento de sangre y asesinato; sin embargo, tan pronto como se les conducia contra el enemigo se hacian todos á una, y cada cual se excedia á sus compañeros con hechos arriesgados. Aun los cornetas, muchachos entre catorce y diez y seis años, se salian á veces fuera de la línea, armados con fusil y una caja de cartuchos para cazar “Chi-nacos,” de su propia cuenta.

Contenté á mis cazadores tan bien como pude, prometiéndoles que el momento propicio se acercaba ya; pronto recibí la bienvenida orden de mi brigadier, el jeneral Valdéz, para que removiésemos el molestísimo cañon Parrot, y para que ocupásemos el meson y casas adyacentes, mientras tanto ocupaba nuestro puesto el batallon de Celaya. El rejimiento de la Emperatriz, mandado por el coronel López, recibió órdenes para cubrir nuestro flanco izquierdo.

Pensé que seria oportuno dirigir la palabra á mis impacientes muchachos y les hice un discurso aun de mas efecto que aquellos con los que alentaba á mis soldados en un tiempo en los Estados-Unidos, entonces en un malísimo inglés y ahora en un castellano aun peor. Les dije que no queria oir un solo tiro hasta que lo ordenase, y que el negocio principal tenia que hacerse solo con la bayoneta. Despues de esto los formé para el ataque, teniéndoles bajo cubierto por tanto tiempo como me fué posible. Mientras así lo hize, de hecho se estremecian de impaciencia

lo mismo que una partida de perros de caza esperando la señal. Con estupendos vivas en tanto idioma como los que se hablaron en derredor de la Torre de Babel, y con un "Viva el Emperador" asaltaron el puente y el camino ante ellos. Cuando hubimos llegado á la mitad del lugar recibimos una lluvia de metralla á una distancia como de cincuenta pasos, y ante nosotros descubrimos el peligroso cañon Parrot. Empuñé mi espada, y gritando "Viva el Emperador! á la pieza, muchachos!" nos arrojamos sobre el cañon. Mi mayor, D. Macedonio Victorica, y un mexicano atezado y de cuerpo bajo me seguian de cerca. El valiente liberal que dirigia la pieza con grado de teniente, hizo fuego con su revolver sobre el mayor; y le hirió gravemente: mas este fué su único tiro, pues media docena de bayonetas al instante le fueron enterradas en el cuerpo. Todos los artilleros pertenecientes á la pieza rayada recibieron bayonetazos ó fueron matados con las cajas de los fusiles que se usaron como clavos. El cañon conquistado fué enviado al puente, mientras tanto el batallon de Celaya hacia fuego sobre los liberales que estaban en el meson, y quienes presto se pusieron en salvo fugándose por los jardines arriba del cerro. La infantería que teniamos delante huyó aterrorizada dentro de las casas, de las que cerraron las puertas; yo marché por las calles para desalojarlos, y abrimos las puertas por medio de balazos bien dirigidos.

Se cometieron actos muy desenfrenados en esas casas, que no podia evitar, aunque me esforcé para ello. Los franceses que tenia en los cazadores, enfurecidos por la carnicería de San Jacinto, habian prometido no dar cuartel á enemigo alguno, y menos aún á los francese que estaban sirviendo á los liberales: hicieron valer su palabra de

la manera mas horrible, y me ví obligado á usar de mi sable con algunos de los míos, quienes no querían obedecer mis órdenes, para salvar á aquellos que pedían misericordia. En algunas de las entradas de las puertas estaban los muertos amontonados, y en una de estas casas tuvo lugar una escena singular y cruel. Uno de mis sarjentos, un francés, habia matado á cuatro mexicanos; un quinto, francés, se hallaba de rodillas pidiendo misericordia. Su vencedor, al cargar su mosquete le dijo: "Toda la compasion que te concedo es la de no despacharte como á un perro, si no que te haré el honor de dispararte una bala." Y tras esto mató á su paisano con mucha calma.

La estampida que observé entre las densas masas del enemigo que tenia á la vista, me indujo á seguir mi triunfo. Arreándolos lo mismo que á una manada de carneros, torcí por la siguiente esquina que vá á San Sebastian, y despues, siguiendo la calle que conduce á la cuesta arriba, llegamos á la capilla de la Cruz del cerro, á la extremidad de los suburbios de San Luis. Desde esta eminencia ví que el enemigo se habia formado de nuevo en la capilla de la Santísima Trinidad, que estaba á mi derecha un poco más arriba de San Gregorio. Antes de que lo hubiera logrado, sin embargo, habia yo ya formado mi batallon en línea de batalla, dejando una compañía de reserva, é hice descarga tras de descarga sobre el enemigo quien huyó en gran desórden por la falda del cerro. En este momento ví saliendo de una calle al rejimiento de la Emperatriz bajo las órdenes de López. Le mandé dos oficiales con la súplica de que persiguiese al enemigo, y cuando lo rehusó me dirijí á caballo adonde estaba él, y le volví á repetir mi súplica, pero él me contestó: "Que no podia

esponer á su rejimiento de esa manera, y que el terreno no estaba á propósito para caballería." Si no podía hacer uso de su caballería en ese terreno, no sé de que servia el que estuviera allí. Yo he sido oficial de caballería en Prusia, y por lo tanto sé muy bien donde puede hacerse uso de ella. El paraje no estaba precisamente tan llano como un lugar á propósito para pasar revista á los soldados, pero era accesible.

Como solo tenia órdenes para acallar el cañon Parrot y tomar el meson, lo que se efectuó con buen éxito, no me atreví á seguir más adelante sin aguardar primero órdenes. Por consiguiente envié al teniente Mantecon, mi ayudante, al general Valdés, para dar cuenta de nuestro triunfo y para suplicarle me enviase otro batallon para que tomase y conservase San Gregorio.

El general Valdés, sin embargo, solo me envió sus parabienes, junto con la orden para retroceder y para que pusiera una compañía en el meson; pues el que avanzara mas adelante no estaba de acuerdo con sus instrucciones. Yo por supuesto solo tenia que obedecer órdenes, pero mis cazadores estaban furiosos. Habian matado mas de trescientos hombres!

Hice mencion de un mexicano algo bajo de cuerpo y muy trigueño, quien en compañía del mayor fué el primero que conmigo se halló junto al cañon. Este individuo era muy orijinal, me mostró mucha adhesion y siempre estaba violento porque se le dijera alguna palabra de aprobacion, y se consideraba dichoso si se le daba alguna comision peligrosa. Cada vez que se ofrecia oportunidad, se le salian las lágrimas, lo que formaba un contraste notable con su locura y su valor. Durante el combate me

vino á ver llorando, y trayendo en la mano una cosa que con dificultad reconocí como el cañon de un fusil. "Coronel, me dijo, mi coronel, he hecho mi deber, sí, he cumplido con mi deber; me he hecho acreedor á un fusil nuevo, pues de lo contrario no puedo pelear mas." Alinterrogarle sobre lo que habia hecho con su fusil, me contestó que habia roto su bayoneta al atravesar á un chinaco contra una pared, y la caja de este cuando le voló los sesos á otro; mas el cráneo de un tercero á quien dió con el cañon, probó ser mas duro, y se habia doblado el cañon de la manera que me mostraba.

Habiamos perdido entre muertos y heridos cosa de treinta hombres. Nuestra retirada al puente fué una innovacion completa, y no puedo menos de confesar que sentí alguna satisfaccion cuando los cazadores victorearon á su nuevo coronel. Cuando llegué á un lugar frente al puente, me encontré con M. H. C. Clark corresponsal del *Heraldo de Nueva-York*, quien se entusiasmó tanto al verme que casi me tiró del caballo al darme el abrazo mexicano de costumbre. El Sr. Clark no era americano sino un caballero inglés muy amable, aunque corresponsal del *Heraldo de Nueva-York*, y á quien tuve el gusto de ser útil cuando llegó con el Emperador á Querétaro, y Márquez le mandó saliese de la ciudad de una manera brutal, como un extranjero sospechoso. Habia yo conocido á este señor en los Estados-Unidos, y por lo tanto en sus dificultades recurrió á mí. Al instante hablé al Emperador, el que me dió por escrito un permiso para que se quedase; mientras tanto M. Clark en lo particular me dió su palabra de honor que no tendria comunicacion alguna con el enemigo.

Despues, por poco no es muerto por una bala de cañon

que entró á su cuarto. Con renovados vivas se hizo pasar por nuestra barricada el apresado cañon Parrot, y fué enviado á la Cruz. Los cazadores volvieron á ocupar su antigua posicion. Cuando ví á Castillo y á Valdés ambos me felicitaron por el triunfo, dándome un abrazo.

El enemigo estaba tan sumamente aterrorizado con el severo castigo que le habíamos aplicado, que no se atrevió á mostrarse durante todo el día. Aun San Gregorio quedó desocupado; pero á la mañana siguiente muy temprano habian levantado el parapeto para una batería.

Durante nuestra pelea en San Luis, se trababa igualmente acalorado combate al Sur de este. Además de la batería que estaba en la Cuesta China, el enemigo habia colocado allí dos regimientos de reserva; y en el llano entre la ciudad y el Cerro Cimatario cuatro rejimientos de caballería con cuatro piezas de artillería. Como estas tropas estaban amenazadas por nuestra caballería mandada por Mejía, enviaron por el cerro á su flanco izquierdo otra columna de caballería que los protejiera. Cuando atacó Mejía, el general Miramon mandó de la Alameda alguna infantería con cuatro piezas, que efectuó un brillante ataque, derrotando hasta las reservas del enemigo.

Mientras se hacia esto, los liberales que estaban en el panteon habian recibido refuerzos y avanzaron por el patio grande para atacar el convento. En estos momentos de tanto peligro, la guarnicion de la Cruz efectuó un movimiento decisivo. El valeroso coronel D. Zeferino Rodriguez salió á la cabeza del tercer batallon de línea y no solo desalojó á los liberales del patio, sino que aun tomó el panteon y la capilla persiguiendo al enemigo por alguna distancia

Después de esto se guarneció bien el panteón con tropas, y no lo volvimos á perder durante todo el sitio.

A cosa de las cinco de la tarde el enemigo estaba rechazado por todas partes. Perdimos cosa de seiscientos hombres; pero las pérdidas del enemigo que tenia que pelear á campo raso, se contaban por miles. Además le hicimos cosa de setecientos ú ochocientos prisioneros, entre los cuales un buen número se alistó en nuestro ejército.

Entre las cinco y las seis, el Emperador, acompañado de Miramón, Márquez y su Estado Mayor, visitó las líneas. Por todas partes donde iba le recibían con vivas por el valor con que se esponía y por las amistosas y adecuadas palabras con que confesaba todos los hechos heroicos: todo esto le habia ganado el afecto fanático de los soldados.

Al llegar donde estaban los cazadores, me estrechó la mano, y dió las gracias en un corto discurso al rejimiento, llamándole «los zuavos de México,» á lo que contestaron con gritos de alegría que aturdián.

Durante la noche el batallón de Celaya ocupó nuestra posición: mientras tanto nosotros descansábamos en un lugar menos espuesto; cuando estaba yo allí se presentó un fraile capuchino, el que tenia amarrado con un cordel al cuello la imájen de la Vírgen. Los mexicanos de entre mi tropa, cuyas manos aun no tenían lavadas de la sangre que habían derramado, se precipitaron sobre el padre llenos de regocijo, y santiguándose con devoción besaron la imájen.

Al fin, la noche cubrió con su negro manto la ciudad y al estruendo del cañon y sonido de la fusilería se siguió un silencio pavoroso. Las calles estaban desiertas, y no se oía ni un solo paso. Después de la gran tarea del día, todos dor-

mian, á escepcion de las avanzadas. Aun los relojes no andaban, pues se habia olvidado darles cuerda, y los serenos, que en otras noches anunciaban el tiempo y la hora, roncaban en algun rincon, pues no sabian la hora. Los perros, que siempre arman demasiado ruido en las ciudades mexicanas, habian desaparecido, atraidos por la horrible comida que afuera les habia proporcionado el horrendo dios de la guerra.

En la mañana del 15, supimos por conducto de varios desertores, que los liberales se hallaban en extremo desanimados á consecuencia de las grandes pérdidas que habian sufrido el dia anterior.

Mas animadas y festivas se pusieron con esto nuestras gentes, y cuando mis cazadores ocuparon de nuevo su puesto de honor, se impusieron á consecuencia del zumbido peculiar de los proyectiles que pasaban arriba de nuestras cabezas, que la Cruz enviaba á San Gregorio sus «*carte de visite*» de hierro de la boca de la pieza rayada que les habiamos quitado, y se regocijaron sobre manera.

Todos los oficiales sin comision y los soldados que se habian distinguido el dia anterior, fueron reunidos en la plaza de la Cruz y formados en cuadro con la pieza capturada en el centro. Al batallon que habia vuelto á tomar el panteon, y cuyo valiente coronel habia sido herido gravemente por una bala en el pecho, dijo el Emperador: «Todos ustedes se han portado con tanto valor que no puedo hacer distincion alguna. Por lo tanto, Hemos resuelto condecorar á todo el batallon.» Esto lo hizo poniendo á la bandera del rejimiento una cruz de la Aguila Mexicana.

Los ocho cazadores que fueron los primeros que se encontraron conmigo junto á la pieza, recibieron dos de ellos

la medalla de oro y seis la de plata, por su valor; además de esto, les dieron una moneda nueva de oro de á veinte pesos con la efígie del Emperador grababa en ella.

Antes de la reunion del consejo de guerra que debia efectuarse en la noche, fuí llamado por el Emperador, el que queria oír mi opinion con respecto á lo que conveniria mejor hacerse en aquellas circunstancias.

Dije que creia seria mejor tomar ventaja del desaliento producido en el enemigo por lo ocurrido el dia anterior y dar un ataque contra San Gregorio y San Pablo con toda la infantería, mientras tanto la caballería que cubria nuestro flanco izquierdo batia á la del enemigo que se hallaba frente al cerro de las Campanas, y despues de esto avanzar sobre San Luis Potosí, residencia temporal de Juarez y su gobierno.

Arriesgada y aun loca parecerá á los europeos esta proposicion de atacar á un enemigo cuatro veces mas numeroso y en una posicion fuerte, pero eso será por la falta de conocimiento del modo de combatir del país y del ánimo mexicano. Pueda ser que una derrota tal vez no desaliente á un ejército europeo, pero para un ejército mexicano equivale á una disolucion, aun si sus fuerzas son mayores en número que las de sus vencedores. Es casi imposible hacer que hagan resistencia de nuevo. Tiran las armas y huyen á sus hogares, ó se pasan con el enemigo.

Despues del triunfo del dia anterior y el entusiasmo de nuestras tropas, no tenia la mas mínima duda de que ganariamos una victoria decisiva, y que dispersariamos el ejército de los liberales, especialmente si con presteza le atacábamos antes de la llegada de nuevos refuerzos, que se habia anunciado.

El permitir al enemigo encerrarnos en un lugar situado tan desfavorablemente como lo está Querétaro, que no tenía importancia, ni política, ni estratégica, me parecía no solo ridículo sino aun funesto. Y lo que es mas, no estaba en concordancia con las intenciones del Emperador, ni tampoco con las de Márquez, que á lo menos se puede deducir de la circunstancia que Márquez dejó sin tocar lo mas mínimo todas las haciendas de los alrededores de Querétaro, mientras que el haber asegurado su superabundancia en toda clase de provisiones, habria sido su primer objeto si hubiera intentado sostener un sitio. Cuan ricamente abastecidas estaban estas haciendas, fué experimentado por el ejército enemigo que en su mayor parte se mantuvo por ellas.

Si hubiéramos avanzado sobre San Luis Potosí y el Poniente, y enviado al general Vidaurri al Norte del país á donde su nombre era de tanta importancia, todos los recursos de aquellos distritos ricos, que estaban entonces en posesion del enemigo, habrian caido en nuestro poder y en cortísimo tiempo hubiéramos reclutado un ejército considerable. Veracruz estaba aun en posesion nuestra, y desde la salida de los franceses las rentas de las aduanas eran otra vez del gobierno, razon por lo que teniamos los medios para el sostén de semejante ejército.

Sin embargo, Márquez era de diversa opinion, y su voto era el que tenia mas valor para el Emperador. Después de haberme escuchado dijo que mi modo de ver el caso no estaba de acuerdo con el de Márquez, el cual se habia envejecido en estas revoluciones, y el cual conocia al país y á la gente, y de cuya honradez y lealtad no podia dudar. Márquez habia sido una de las personas prin-

cipales de los que le habian llamado al país, é igualmente Márquez era uno de los que le habian convencido de que se quedase en México, y que no abandonase á su partido y que antes bien probase que podia subsistir sin la ayuda de Francia. Su honor le pedia que mostrase al mundo que no se habia degradado al extremo de llegar á ser el instrumento de otro hombre.

El Emperador estaba completamente enfatuado por Márquez. Aunque era hombre de buen sentido, su carácter era demasiado noble y en extremo puro para dudar de la falta de honradez en los demas. Tanto un Napoleon, como un Márquez, fácilmente manejaban á un carácter como el de él. Márquez llevó adelante su idea y se decidió el que nos habiamos de encerrar en Querétaro.

A cosa de las nueve de la noche (el 15) el enemigo se habia recuperado suficientemente de su pánico para intentar bajo la sombra de la noche otro ataque contra el puente, pero el batallon de Celaya fácilmente lo rechazó.

Estos ataques nocturnos contra el puente se repitieron frecuentemente durante el sitio, pues se consideraba al puente y á la Cruz como las llaves de los puntos mas importantes de la ciudad. Cuando estos ataques tenian lugar bombardeaban á la ciudad con todas sus baterías, á menos que hubiera escasez de parque en el campo enemigo, como solia suceder de vez en cuando. Algunos oficiales de los liberales me dijeron despues que no con poca frecuencia recibian parque por la diligencia, que lo llevaba á Celaya.

No teniamos en la ciudad suficiente cantidad de parque y especialmente de balas para cañon, pero el general Arellano tuvo muy buen cuidado de fabricarlo. Igualmente

estábamos provistos por el enemigo, cuyas granadas estaban sumamente malhechas y la mayor parte no reventaban. Los hombres ó los muchachos que entregaban una granada en buen estado recibían un peso, y por una bala cuatro reales.

El 16 de Marzo el enemigo debió haber recibido nuevo surtido de parque, pues descargaron sobre la ciudad toda clase de proyectiles. Estos bombardeos, sin embargo, llegaron á ser cosa de todos los días, y solo de vez en cuando avivados por alguna escaramuza en las avanzadas. Con alguna frecuencia ví matar en las calles á varios de los habitantes pacíficos y se llegaron á acostumbrar tanto al bombardeo, que en lo general seguían el curso de sus negocios. Las señoras, que al principio se estaban en sus casas, despues salían á tomar su paseo de costumbre por las tardes, y de nuevo ocuparon sus antiguos lugares en el balcon, aunque varias de entre ellas tuvieron que pagar esto con la vida ó con la perdida de algun miembro.

El blanco favorito de la artillería de los liberales era la Cruz y el convento de Santa Clara, ocupado con la maestranza de nuestra artillería; el cerro de las Campanas, la Alameda, la Casa blanca y el puente. El perjuicio mayor tal vez fué el que se hizo en la Cruz y en la casa de correos, que recibieron muchísimas balas que se intentaba fuesen al cuartel general de Miramon que estaba situado en esa misma direccion y lo cual se habia revelado al enemigo.

El teatro y la plaza de toros estaban cerrados, pero ni las bombas ni las granadas pudieron impedir que la gente se reuniera para divertirse. Los cafés estaban llenos y uno de estos (francés) que estaba en la plaza de armas,

era el punto de reunion favorito de todos los oficiales. En este café estaba uno seguro de saber las noticias mas recientes, pues toda persona que venia del combate se dirigia allí tan pronto como estaba libre del servicio para dar y recibir noticias.

Del 15 al 20 de Marzo se empleó el tiempo en fortificar la ciudad tan bien como era posible, pero todo lo que se podia hacer era construir parapetos y troneras en algunos edificios.

Nuestras baterías estaban colocadas en el cerro de las Campanas, entre éste y el puente, en la Cruz, en la capilla de San Francisquito, en la Alameda, Casa Blanca y entre ésta y el camino que va á Celaya. A la derecha del puente, Castillo habia hecho algunas aberturas en una muralla sólida, que no parecian troneras, pero atrás de estas habia colocado piezas de montaña, de las cuales los liberales con gran sorpresa suya, fueron saludados á metrallazos. Entre nuestros generales habia algunos que se consideraron como no suficientemente aptos bajo tales circunstancias, y por lo tanto se les quitó el mando. Entre estos estaban el general de division Casanova y los de brigada Herrera y Lozada y Calvo.

El Emperador me mandaba llamar todos los dias; cuando de nuevo lo hizo el dia 20, me dio el mando de la primera brigada de la division de Méndez, como recompensa, me dijo, por mi comportamiento del dia 14. Era esta una magnífica brigada, y se componia de los cazadores, del 2º, 5º, 14 batallon de línea, el batallon de Tiradores, bajo el mando del coronel D. Carlos Miramón, y el batallon Zamora.

A recomendacion mia, el Emperador dió el mando de los

Cazadores al mayor Ernesto Pitner, el que habia sido capitán en el cuerpo austriaco. Habia caído en manos del enemigo gravemente herido el año anterior en la batalla de Santa Gertrudis. Este combate fué el primer triunfo de los liberales, y les vino á pedir de boca, pues se hicieron de varios millones de pesos que debian conducirse á Monterey. Escobedo, que fué el que obtuvo este triunfo y apresó este dinero, no se olvidó de sí mismo. Por conducto de la casa de Brach y Schöenfeld de Monterey, envió á Inglaterra por cuenta personal cincuenta mil pesos.

En los momentos que marchaba el Emperador á Querétaro, fué puesto en libertad el capitán Pitner, y recibió de Escobedo un pasaporte para Veracruz, en la inteligencia que de allí se iria á Europa. Pero cuando el capitán llegó á Querétaro y vió que el Emperador tenia con él tan pocos oficiales europeos, de nuevo volvió á ofrecer sus servicios. El capitán que habia llegado en traje de paisano, fué tratado de un modo sumamente brusco por Márquez y aun le puso preso como extranjero pernicioso, pero cuando se aclaró el equívoco, le tomó con el grado de comandante y le puso en su Estado Mayor.

El coronel López igualmente recibió una brigada de reserva compuesta de diversas tropas y se le encargó especialmente de la defensa de la Cruz. Parte de mi brigada estaba colocada entre el cerro de las Campanas y el flanco izquierdo de la posición de Castillo, y con ella tenia mi cuartel general. El resto estaba en la Casa Blanca con Méndez, quien habia dejado en la Cruz una brigada y ahora ocupaba la línea de la garita del Pueblito á la capilla de San Francisquito. Tenia con mi brigada una batería

de piezas lisas de á ocho. La pieza tomada el 14 era la única rayada que habia en toda la ciudad.

Mi mayor de órdenes, D. Ramon Robles, ayudante de brigada, era un individuo grueso de cuerpo y algo tonto; además de él, encontré como ayudante á un teniente mexicano, que era tal vez mas inútil. Por lo tanto, tomé á mi ayudante personal D. Julian Mantecon, quien me mostró gran adhesion y á quien yo queria muchísimo. Tenia solo diez y siete años, era sumamente modesto y agradable y hablaba algo de francés. Una ocasion le dije que si me herian ó me mataban podia cuidar mi cuerpo, y desde aquella vez me seguia en el combate como mi sombra y cuando la pelea era muy acalorada siempre estaba á mis talones, y como con los brazos siempre abiertos para recibirme en el caso que me tocase alguna bala. Este valiente jóven nunca pensaba en sí.

El 20 de Marzo tuvo lugar otro consejo de guerra importante y del cual tengo en mi poder el protocolo orijinal, (1) que es el siguiente:

«Protocolo del consejo de guerra reunido en el Fuerte de la Cruz el 20 de Marzo de 1867.

«S. M. el Emperador ordenó un consejo de guerra, consistiendo este de los infrascritos generales, para que se reuniesen en el cuartel general, en el Fuerte de la Cruz de la ciudad de Querétaro, el 20 de Marzo de 1867, á las tres de la tarde. Una vez reunidos los generales, el Soberano dijo:

«Señores: cinco opiniones distintas, con respecto á lo

1 No pudiendo obtener copia de este protocolo, me he limitado á traducir la version inglesa de ésta, hecha por el Príncipe Salm Salm. (N. D. T.)

que se debe hacer en nuestra presente posicion, Nos han sido sometidas hoy por el gefe de la artillería, Nuestro secretario del presente consejo de guerra. No Nos Hemos decidido por ninguna de ellas; pero, fiel á lo convenido en Orizava, cuando el Gabinete y el Consejo de Estado resolvieron que Nos quedásemos á la cabeza del Imperio, Hemos reunido á ustedes aquí, para que sin ocuparos de Nos, sino solo teniendo ante vosotros el bien general y la salvacion de México, propongan á Nos, medidas calculadas á conducir á este fin tan sumamente deseado. Vuestras opiniones con respecto al presente estado del ejército, y las operaciones futuras de la guerra, serán aceptadas por Nos sin vacilacion y se ejecutarán inmediatamente. Como deseamos que esta séria deliberacion sea enteramente libre, Hemos resuelto que entren ustedes en ella sin estar Nos presente, y encargamos traten ustedes esta importante cuestion concienzudamente y en general, como lo exige el honor del ejército y el bienestar de México.»

Despues de esto, se retiró Su Majestad, y el consejo de guerra al instalarse nombró como su presidente á S. E. el general D. Miguel Miramon, comandante en gefe de la infantería. Despues de esto, el infrascrito secretario tomó la palabra, y cediendo á las órdenes del Emperador, se expresó de la manera siguiente:

«Señores: aquí tienen ustedes cinco opiniones diversas de las que ha hablado ya S. M. el Emperador. La primera, propónese una retirada con todo el ejército junto con nuestra artillería y trenes; la segunda solo salva al ejército, pero los cañones quedarian clavados y dejaria todo el material de guerra y medios de transporte; la tercera, continuaria la defensa de la plaza con todo el ejército; la cuarta

se propone dividir en dos partes iguales al ejército; con una continuar la defensa de la plaza, y la otra iría á México, para de allí traer refuerzos para obligar al enemigo á levantar el sitio; y la quinta, se encargaria á una pequeña reserva de la importante persona del Emperador, en caso de desastre, y que uno de sus generales fuese nombrado para mandar en jefe á todo el ejército con órden de atacar el grueso del ejército enemigo.

«Despues de haber comunicado á ustedes estas diversas opiniones, de las que una es mia, debo explicar al consejo de guerra las razones por las cuales se la dí al Emperador.

«Cuando me preguntó Su Majestad si podriamos hacer una retirada con todo nuestro tren y artillería, ó que abandonásemos á estas dos últimas, tuve el honor de declarar al Soberano que la primera proposicion me parecia mala, pero que la segunda aun era peor, pues seria equivalente á una derrota preparada por nosotros mismos con la que desmoralizariamos á nuestro ejército, y de esa manera nos arruinariamos definitivamente, lo mismo que á la causa nacional.

«Si nos viésemos en la necesidad de retirarnos y sobre todo, de clavar nuestra artillería, me parecia, como se lo dije á Su Majestad, que seria preferible dejar aquí una reserva para salvar al Emperador y que se diese el mando de nuestro ejército á uno de nuestros generales, para poder atacar con toda decision el grueso del ejército enemigo. En el caso de que ocurriese una derrota, solo se efectuaría despues de haber tratado de salvar á nuestro país y nuestro ejército, y no como si apareciese como un acto sobre el que nos habiamos resuelto y ejecutado por nosotros. No

creo que hayamos llegado ya al grado de que sea necesario que entreguemos la plaza, pues podemos todavía retirarnos de un modo ó de otro. Aun hay provisiones y forrage para largo tiempo; aunque el estado de parque, despues de un sitio de catorce dias y una defensa heróica como la del dia 17, no es tan satisfactorio como seria de desear, y sin embargo, está aun mejor surtido que cuando el enemigo se presentó, como puede verse por la memoria que someto al consejo de guerra y la que está formada con la exactitud mas escrupulosa. Por todas estas razones, soy de opinion que debe continuarse la defensa de la plaza, y que en un caso extremo sea atacado el enemigo con vigor, en lugar de emprender una retirada infructuosa y peligrosa.»

El general D. Ramon Méndez habló de la manera siguiente:

« Con respecto á la difícil cuestion que se discute, no tengo opinion propia, y por lo tanto, me suscribo á la de la mayoría y haré lo que esta resuelva.»

Despues de él, D. Severo Castillo, gefe de la segunda division de infantería, tomó la palabra y dijo:

« Siempre que haya parque suficiente para cierto tiempo, declaro que no veo peligro alguno y soy de opinion que sostengamos nuestra presente posicion, teniendo en vista esclusivamente su defensa, hasta que llegue el momento en que seamos atacados por el enemigo, en cuyo caso y fuera de duda, será rechazado. Dado este caso, tenemos que arrojarnos nuestras columnas contra el cerro de San Gregorio y aprovechándonos de la confusion de su retirada tratar de tomar su posicion á retaguardia. No juzgo prudente el atacar las líneas de los insurgentes por ahora, pues tanto

en lo tocante á la fuerte posicion ocupada por el enemigo y al corto número de soldados de que podíamos hacer uso con el objeto de dar un ataque, seria de un éxito dudoso. Sin embargo, si este estado de cosas se prolongase indefinidamente las circunstancias variadas, por supuesto variaria igualmente la posicion, como lo exija la necesidad y nuestros mejores intereses.»

El general D. Santiago Vidaurri, ministro interino del departamento de Guerra y Hacienda con Su Majestad, se espresó en los términos siguientes:

«Debemos insistir en la defensa; pero al mismo tiempo destruir la fuerza del enemigo á la izquierda del cerro de las Campanas, y ocuparnos de los medios de desembarazarnos de la presente posicion, sobre todo si las presentes circunstancias llegan á empeorarse.»

El general D. Tomás Mejía, general en gefe de la caballería, declaró:

«Yo estoy porque se continúe la defensa. Si el enemigo mas tarde nos ofreciese una oportunidad para derrotarle, debemos aprovecharnos de ella, y si fuere posible sacar refuerzos de México.»

El general D. Leonardo Márquez, gefe del Estado Mayor, habló como sigue:

«Estoy de acuerdo en todo con la opinion que se acaba de espresar.»

El general D. Miguel Miramon, gefe de la infantería, declaró:

«Yo estoy igualmente de acuerdo con las dos últimas opiniones. Sin embargo, tendremos que ocuparnos con la empresa de derrotar al enemigo en los caminos de Celaya

y San Juanico, y si se prolongase nuestra actual posición atacarlo á viva fuerza en San Gregorio.»

Después que hubo el consejo de guerra decidido de esta manera el continuar la defensa de la plaza y rechazado la idea de abandonarla, y se hubo declarado en contra de una retirada, ya bien con toda la artillería y tren, ó ya bien clavando la primera y dejando lo segundo, el jefe del Estado Mayor se dirigió á las habitaciones de S. M. el Emperador, para informarle que el consejo de guerra había ya deliberado y llegado á un convenio con respecto á las cuestiones á él sometidas.

Entonces el Emperador se dirigió al momento al lugar en donde se había reunido el consejo de guerra. Durante todo esto el Soberano había experimentado grande inquietud. Las dos horas que duró la discusión las pasó Su Majestad lleno de la mayor ansiedad. El, infrascrito secretario se apresuró á someter los diversos puntos del presente protocolo.

Desde que se le hizo saber al Emperador la primera opinión se entregó á una alegría sincera y sin límites. Tan pronto como se le informó de la opinión colectiva del consejo de guerra, el Soberano declaró que aceptaba con gran placer lo que se había decidido. «Nuestros deseos y Nuestras esperanzas,» dijo El, «están de acuerdo con vuestras opiniones. Sin embargo, en duda de si ustedes no tendrían por conveniente una retirada, y considerando la promesa hecha por Nos á vosotros de aceptar libremente vuestra decisión, Hemos pasado dos horas de verdadera agonía. Ahora accedemos no solo á la excelente idea de continuar la defensa de la plaza, sino igualmente á todos los puntos inferiores que se refieren á las diversas opiniones.

Después de una corta discusión se resolvió:

«1. Desembarazar el flanco izquierdo del cerro de las Campanas.

«2. Poner en movimiento á toda la fuerza de guerrillas contra la retaguardia del enemigo.

«3. Llegar á una determinación tocante á la cuestión de si se debían traer refuerzos de México.

«4. El resolver sobre un método sencillo, propuesto por el jefe del Estado Mayor, para proveer la paga del ejército.»

Finalmente, S. M. el Emperador declaró el consejo de guerra como terminado y encargó al secretario del mismo, estendiese el presente protocolo y recojiese las firmas de los generales que formaban el consejo.

MAXIMILIANO, general en jefe del ejército.

El general comandante de la infantería,

MIGUEL MIRAMON.

El general secretario interino de Guerra y Hacienda,
(ausente.)

El general comandante de la caballería,

TOMAS MEJIA.

El general comandante de la segunda división de infantería,

SEVERO CASTILLO.

El general comandante de la brigada de reserva,

RAMON MENDEZ.

El comandante en jefe de la artillería y secretario del consejo,

MANUEL RAMIREZ ARELLANO.

Se verá que Vidaurri y Márquez no firmaron. Por lo

tanto presumo que este protocolo fué firmado despues de que salieron de Querétaro.

El dia 21 el general Miramon fué informado por sus espías, que en el pueblo de San Juanico, á una legua de Querétaro, habian llegado refuerzos, artillería, parque, armas, cuatrocientos carros con provisiones y varias manadas de ganado.

A consecuencia de estas noticias, recibí órdenes de estar con mis cazadores, tiradores, y mi batería en el cerro de las Campanas á las cinco de la mañana siguiente, y que tomase á San Juanico. La caballería á las órdenes de Mejía debia cubrir mi flanco derecho, y el rejimiento de caballería de Quiroga el izquierdo.

Así, pues el dia 22 estuve listo al amanecer. Los cazadores componian la vanguardia, la batería se colocó en el centro, y los tiradores marchaban á retaguardia. Avanzamos sobre el camino de Celaya, el que conduce luego á San Juanico. El camino está plantado de árboles, y á su derecha se encuentra el rio Blanco. A distancia de cosa de diez minutos del pueblo encontramos las avanzadas del enemigo, al que seguimos muy de cerca. La infantería que estaba á la entrada del pueblo se retiró precipitadamente, y la perseguimos hasta un lugar abierto, adonde hizo alguna resistencia. No la dejamos tiempo para formarse; grité “¡Viva el Emperador!” y los cazadores se arrojaron sobre ellos con sus bayonetas.

El mayor Pitner y yo nos encontrábamos á la cabeza: montaba ese dia no mi caballo pinto, sino un pequeño garañon, el que recibió una bala en la cabeza y cayó de rodillas, pero al momento se levantó y siguió adelante. Al enemigo [no le gustó el helado acero y huyó á la enorme

hacienda de San Juanico, que está á la estremidad del pueblo y adonde estaba el cuartel general del comandante en gefe liberal.

El rejimiento Quiroga, que cubria mi flanco izquierdo, y marchaba afuera del pueblo, estaba algo mas adelante de mi columna y llegó antes que nosotros á la hacienda. Efectuó una buena carga contra la caballería que estaba allí, y al mismo tiempo avanzó Mejía en el llano abierto á mi derecha. El enemigo no hizo resistencia y se retiró á los bosques atrás de la hacienda, á la que entramos nosotros. Allí tomamos posesion del despacho del comandante en gefe, con todos sus papeles, y entre ellos un estado de todo el ejército frente á Querétaro. Pero á gran pesar nuestro la artillería y mayor parte de las provisiones habian sido ya repartidas entre el ejército, y solo tomamos veinticuatro carros con maiz, una gran cantidad de armas, muchos bueyes, vacas, cabras, y borregos.

A nuestra derecha estaban cosa de ocho mil hombres de la caballería del enemigo, contra los cuales rompí el fuego con mi batería, que coloqué cerca de la hacienda. Mientras reunimos el botin, protejidos en nuestro flanco izquierdo por el regimiento Quiroga y en nuestro derecho por los tiradores, la caballería de Mejía se colocó frente á la del enemigo á corta distancia, pero ninguno de los dos contendientes se inclinaba á atacar.

Como que nuestra espedicion habia tenido un éxito tan bueno como era posible esperar, comencé mi retirada, quedándome yo á retaguardia con mis cazadores. Adonde hay un puente que conduce sobre un arroyo que cruza el camino de Celaya, me detuve para poder proteger la retirada de Mejía, quien cruzaba el rio Blanco en un vado á mi

derecha. Al mismo tiempo, mi batería que estaba colocada al otro lado del puente, é igualmente la artillería del cerro de las Campanas, mantuvieron al enemigo á una distancia respetable. Al pasar el puente con los cazadores, me encontré con el general Miramon, el cual victoreó al batallón y á su gefe.

En el cerro de las Campanas encontramos al Emperador, el que dió las gracias á sus «Zuavos de México:» yo seguí mi marcha á caballo; (serian entre las doce y la una del dia) me dirigí al ya mencionado café, adonde un diestro veterinario aleman, estrajo la bala de la cabeza de mi caballo. Habia este entrado en direccion oblicua, penetrando arriba del ojo del animal.

A consecuencia del consejo de guerra habido el 20 de Marzo, el Emperador habia resuelto que Márquez, á quien habia nombrado lugar-teniente del Imperio, fuese á México, para de allí llevar á Querétaro todas las tropas que pudiese reunir junto con tanto dinero como fuere posible. Se le prohibió espresamente el que emprendiese cualesquier «golpe de mano» ú otra espedicion, pero estaba ligado á volverse tan pronto como fuera practicable. *Ante todos los generales reunidos, dió Márquez su palabra de honor de volver á Querétaro en el término de quince dias, costare lo que costare.* Con Márquez debia irse el general Vidaurri, el que habia sido nombrado Ministro de Guerra y Hacienda, con la presidencia del Gabinete. Ambos debian ser escoltados por los escelentes rigimientos de Quiroga y el 5º, en su total mil cien caballos.

El 23, poco despues de media noche, salieron Márquez y Vidaurri con su estado mayor y escolta, marcharon entre el Cerro Cimatario y el Jacal y sobre el monte, y to-

mando el camino por Toluca, llegaron en salvo á México. En lugar de Márquez nombró el Emperador al general Castillo ayudante general del ejército y secretario interino de Guerra en campaña. El mando de su division fué dado á mi antiguo general de brigada Valdés. La salida del general Márquez causó grande escitacion en el campamento enemigo, pues se decia que el Emperador se habia ido con él, y tras ellos fué enviada una fuerza de caballería, segun supimos algunos dias despues.

Este dia los liberales fueron considerablemente reforzados por los generales Riva Palacio, Martinez y Carbajal. Este último no era nuestro antiguo conocido de Tulancingo, sino un general de division, que habia sido antes gefe de bandidos. El ejército de los liberales, aumentado por estos gefes ahora, contaba mas de cuarenta mil hombres, con cosa de setenta ú ochenta piezas de artillería, mientras que el nuestro disminuido por los diversos encuentros y por las tropas que se habian ido con Márquez, junto todo solo llegaba á seis mil y quinientos hombres, con cuarenta piezas. Sin embargo, en un tanto fué aumentado por los desertores y prisioneros que se alistaron al servicio del Emperador

En la noche del 23 fuimos informados por un hombre de la hacienda adonde estaba el cuartel general de Escobedo, y á quien habian puesto furioso los liberales tomando posesion de todo lo que tenia, de que habian tenido allí en la tarde un consejo de guerra, en el que se habia resuelto, por mayoría de dos terceras partes, el efectuar un ataque enérgico á la mañana siguiente, pues se suponian que las tropas que se habian ido con el Emperador debian de haber disminuido sobre manera la guarnicion. Desgraciadamente

este individuo no podía decirnos nada tocante á las disposiciones hechas para este ataque.

El 24, por la mañana temprano, el oficial vigilante de guardia en la torre de la Cruz, avisó que el enemigo en masa se movía con infantería, caballería y artillería de las alturas de la Cuesta China hácia el cerro del Cimatario, adonde las columnas liberales tomaron una posición.

A consecuencia de esto, á las diez de la mañana recibí órdenes del general Méndez para que dejase mi posición en el río y que prosiguiese hasta la Alameda, adonde encontré á los tiradores colocados tras de la muralla que cercaba á ese paseo. Frente á esta muralla, en el centro, estaba plantada una batería para tres cañones, y una cuarta se hallaba colocada en la estremidad de la Alameda á mano derecha. Los tiradores no pertenecían ya á mi brigada. El coronel Miramon á quien no agradaba servir bajo el mando de extranjeros, había logrado por influencias de su hermano el que se le formase una brigada de dos batallones.

Ocupé con mi batallón 2º de línea las trincheras desde la estremidad de la Alameda hasta la Casa Blanca, adonde colocó Méndez mi batería, quedándose con el resto de mi brigada en la Alameda.

Todas las baterías del enemigo, después de esto rompieron el fuego contra la ciudad, y á la vez vimos por los movimientos del enemigo en el cerro que se intentaba un ataque contra la estremidad á la derecha de la Alameda.

Una columna como de seis mil hombres, bajo las órdenes del general Martínez, sostenida por el fuego de las baterías, avanzó con resolución. Eran tropas nuevamente llegadas, y

les habían asegurado que tendrían poco trabajo con nosotros.

Avanzando así presentaban muy buen aspecto. Todos ellos llevaban pantalones de dril y chaquetas blancas ribeteadas con paño de diversos colores para mostrar los regimientos á que pertenecían. En acción siempre parecían extraordinariamente limpios, pues era su costumbre el lavar su ropa antes de entrar en combate. Como solo tenían un vestido se les podía ver con pasos elevados en el campamento, con un traje medio ó enteramente *Adamita*, mientras tanto aguardaban se secase su ropa.

A la órden del general Miramon desfilé de la Alameda con mi brigada; pasé un pequeño puente que hay allí, y formé en línea para recibir á los liberales. Les permitimos avanzar hasta que se encontraron á ciento cincuenta pasos de nosotros; mas allí recibieron por tres lados una lluvia tremenda de balas y metralla, que les sorprendió tanto, que muy pronto dieron la vuelta.

Al mismo tiempo el regimiento de la Emperatriz, mandado ahora por un coronel D. Pedro Gonzalez, se arrojó sobre ellos, hizo centenares de prisioneros, y solo se retiró cuando la destrozadísima columna había alcanzado la cima del cerro Cimatario, adonde se encontraba protegida por la gran masa de infantería que se había colocado allí. El llano frente á la Alameda estaba cubierto enteramente con muertos y heridos, cuyos blancos uniformes hacían un contraste notable con el terreno oscuro.

Como se dejaban ver densas columnas de infantería moviéndose á lo largo del Cimatario y hácia su declive occidental, se supuso que intentaba un nuevo ataque contra la garita del Pueblito y la Casa Blanca. Por consi-

guiente recibí órdenes del general Méndez para marchar á estos lugares con mi brigada, mientras tanto el coronel Miramon se quedó en su antigua posicion tras las murallas de la Alameda.

Sin comunicar conmigo, el general Miramon retiró á mi segundo batallon de las trincheras, adonde le habia mandado, y lo relevó con los cazadores. Despues de esto marché en direccion paralela con el enemigo, y cuando hicieron frente en el ancho camino que conduce abajo desde el declive occidental del Cimatario, pasada la Casa Blanca á la garita del Pueblito, yo tambien hice frente. Era claro que el enemigo intentaba atacarnos aquí ahora, y el general Méndez me dió órdenes de defender la Casa Blanca.

Este lugar consistia en un granero sólido de piedra cerca del camino, y próximo adonde estaba el enemigo. El espacio de terreno frente á este, estaba cubierto completamente con nopales. A cuarenta pasos de distancia y atrás de este granero, está la Casa Blanca igualmente fabricada de una piedra sólida, y cerca de ella, rumbo hácia la Alameda, hay un patio ó corral, cercado con una muralla de piedra.

Coloqué el 2º y 5º batallones de línea en el granero y cerca de él y en la Casa Blanca, mientras en la garita estaba apostado el batallon Zamora, adonde igualmente estaba colocada mi batería, y de tal manera que podia barrer el ya mencionado camino del cerro. Guardé como reserva al 14 batallon de línea, y el general Méndez puso al lado de este ciento veinte caballos bajo las órdenes del mayor Malburg.

Despues de una abertura de artillería por ambos partidos, comenzaron á avanzar las columnas de los liberales

á las tres de la tarde. La columna delantera consistia de cuatro mil hombres, y la que de esta seguia, de seis mil.

Las blancas columnas venian por el ancho camino con gran intrepidez; el camino estaba descubierto por ambos lados, y por lo mismo daban lugar á que nuestra artillería descargase sus tiros de la Alameda y la garita sobre las densas masas del enemigo, lo que se hizo con gran precision, especialmente de la garita en donde se hallaba presente el general Arellano.

La sangre fria y valor del enemigo bajo este fuego mortífero, era realmente admirable; mas cuando su columna hubo llegado á cosa de cuatrocientos pasos de distancia de nosotros y le cayó una lluvia de metralla, comenzó á vacilar. Se recuperó sin embargo al instante, y avanzó doscientos pasos mas; y entonces al fuego de nuestra artillería se agregaron las repetidas descargas de nuestra infantería. De nuevo vaciló, y esperábamos verla dar la espalda: eran momentos críticos, y comparando nuestro pequeño número con los miles de ellos, se podia muy bien dar lugar á la duda de lo que podia ser el resultado.

El enemigo se detuvo, pero los oficiales se lanzaron delante de la columna; su valeroso comportamiento de nuevo alentó á los soldados; marcharon á paso redoblado, y lograron llegar hasta el granero frente á la Casa Blanca.

Allí estaba el 2º batallon de línea bajo el mando del coronel Madrigal: me dirigí á él á caballo, y le dije, «La Casa Blanca debe tenerse bajo todas circunstancias, aunque nos entierren á todos aquí, pues con la ocupacion de este lugar, perderiamos la ciudad.» El valeroso coronel me contestó con confianza: «O cede el enemigo, ó todos moriremos aquí.»

Aunque tenía muchísima confianza en el valor del bizarro coronel, sin embargo, temía que se fuera á ver obligado á abandonar el puesto, abrumado por una fuerza superior: mi ansiedad en esos momentos de prueba fué tan grande, que el sudor corria por mi frente, y dí órdenes de avanzar á la reserva.

El lugar adonde habia avanzado el enemigo no era sostenible; tenían que seguir adelante ó retroceder. En ese momento crítico del que dependia el destino de la ciudad, el general Arellano saltó de su caballo, apuntó un cañon contra la masa mas densa del enemigo, y le descargó una lluvia de metralla, que á una distancia tan corta causó una matanza horrible. Al mismo tiempo el valiente mayor Malburg, con su destacamento de caballería, rodeó la casa violentamente, y atacó al enemigo por su flanco izquierdo.

El efecto de la metralla, y el repentino ataque de la caballería, cuyo número probablemente era exagerado, fué demasiado. Los liberales fueron sobrecojidos de un terror pánico repentino y huyeron. No era posible ya contener por mas tiempo á los sôldados del batallon Madrigal. Saltaron del puesto que con tanta bravura habian defendido, y comenzaron con sus bayonetas y con las cajas de los fusiles una carnicería espantosa, junto con la caballería de Malburg, hasta que una fuerza superior de caballería de los liberales se apareció para proteger á la columna derrotada.

El mayor Malburg cojió una bandera, y él con el 2º batallon hizo centenares de prisioneros. Cosa de mil quinientos muertos y heridos cubrian el campo de batalla, que parecia como si una manada de carneros estuviera descansando en él. Tras del granero estaban tendidos en la primera

línea de los muertos diez oficiales del enemigo, entre los cuales se hallaba al bizarro coronel Mercado, que conducía la vanguardia de la columna asaltante.

Nuestras pérdidas fueron, comparativamente hablando, pequeñas, como que la columna liberal nos atacó á la bayoneta, teniendo orden las baterías y las reservas que estaban situadas mas arriba de cesarel fuego cuando nos encontramos muy de cerca. El general Miramon estuvo presente durante el combate, y mantuvo el puesto cerca de la garita.

El entusiasmo de las tropas cuando apareció el Emperador en el campo de batalla fué tremendo. Se dirigió hácia mí y me apretó la mano. Tenia las lágrimas en los ojos, y estaba tan profundamente agitado que no podia hablar. Pero articuló en voz baja tres palabras que me hicieron mas feliz de lo que me podia haber hecho cualquiera condecoracion; palabras que siempre de nuevo encontrarán eco en mi memoria y mi corazon hasta el fin de mi vida. Yo tambien estaba tan sumamente afectado que no pude articular una sola palabra, pero en silencio besé esa mano generosa que en la mia descansaba. Solo aquel que ha experimentado cosas semejantes puede comprender los sentimientos que producen; no se pueden describir.

El coronel Miramon se quedó en la Alameda y fortificaciones que desde allí se estendian hasta la capilla de San Francisquito. Mi brigada ocupó la línea á la derecha desde la Alameda hasta mas allá de la garita del Pueblito. Las demas tropas se quedaron en sus respectivas posiciones.

El general Méndez tenia su cuartel general en la Casa Blanca, y yo ocupaba el mismo cuarto con él. Esto me

proporcionó la mejor oportunidad para hacer un conocimiento mas de cerca de este distinguido gefe. El, Castillo, Mejía, Escobar, y Valdés no pertenecian á esos generales mexicanos que estaban celosos de la parcialidad que me mostraba el Emperador; pues la envidia y el celo no son cualidades exclusivas de los alemanes en América, que están notados de ellas. Mientras que los demas generales me trataban con cierta reserva, los que he nombrado, al contrario no solo me demostraban mucha cordialidad, sino que igualmente miraban con atencion mis sugerencias. Méndez me suplicó indujera al Emperador á que abandonase Querétaro, adonde solo podia perder la vida y el honor. En todas estas conversaciones mostró en contra de Miramon una hostilidad inflexible.

Durante la noche el enemigo habia removido algunos de sus heridos de los que se hallaban mas cerca de ellos. Cuando á la mañana siguiente escuché los quejidos y lamentaciones de los heridos frente á nuestras trincheras, salí acompañado de seis hombres para traer adentro á tantos como fuera posible y llevarlos á nuestros hospitales. cuando me aventuré demasiado léjos, iba por poco á ser prisionero por doce hombres de á caballo del enemigo, los cuales me persiguieron. Corrí por entre los nopales como jamas lo habia en mi vida hecho ántes, y cuando llegué en salvo adentro de las trincheras literalmente caí exhausto. Como que se nos hizo fuego cuando de nuevo salimos con el mismo fin caritativo, no pudimos menos que dejar á los pobres heridos tener una muerte miserable. Si los liberales solo hubieran manifestado el deseo de remover á sus heridos, de todo corazon les hubiéramos ayudado.

Uno ó dos dias despues el olor de los muertos frente á

nosotros llegó á ser tan intolerable, que hice los juntaran durante la noche en montones, y los quemaran por medio de leña puesta en derredor de ellos. El enemigo que ignoraba lo que traíamos entre manos, con furor hacia fuego sobre las ardientes piras funerales.

En la noche del 25 de Marzo, el enemigo hizo de nuevo uno de sus ataques de costumbre contra el puente, y como siempre, fué rechazado. En ese mismo dia ordenó el Emperador que todas las tropas disponibles se empleasen en las fortificaciones. El mismo dirigió en persona la construccion de las de la Cruz, y con frecuencia se espuso á la fusilería del enemigo. Varias casas en ambos lados del rio que estaban ocupadas por el enemigo, fueron en este dia destruidas por nuestra artillería.

Nos hallábamos ya estrechamente cercados por las líneas del enemigo, quien ocupaba aun algunas partes de la ciudad, como se verá por la descripcion que hemos hecho ya. Los liberales igualmente tuvieron cuidado de reponer sus fortificaciones, y con este objeto emplearon mas de mil indios, quienes demostraban no gustarles mucho la tarea y á quienes frecuentemente veia huir cuando nuestras balas de cañon caian entre ellos. Sin embargo, trabajaban mas bien durante la noche.

La ciudad era bombardeada todos los dias, y nuestras trincheras muy de cerca vijiladas por tiradores, quienes hacian fuego luego que arriba de ellos aparecia una cabeza. Entiendo que para este fin estaban empleados los ciento cincuenta americanos, que servian al ejército del enemigo bajo el nombre de «Legion de Honor» y al mando de un coronel Green.

No solo los soldados sino tambien los ciudadanos pacífi-

cos tuvieron que sufrir muchos peligros, y las poco galantes balas no respetaban aun al seco débil. El día 12 fué matada una pobre mujer por un pedazo de granada. Otra mujer que llevaba á su chico segun costumbre mexicana, en las espaldas, recibió una bala por el pescuezo, que mató á madre y á hijo. Desde la puerta de mi alojamiento ví matar á una mujer por una bala: habia traído la comida á su marido. La primera cosa que hizo el miserable sin sentimientos, fué meter la mano al seno de su pobre mujer, no para ver si aun su corazón latia, sino para asegurar el dinero y los cigarros, que siempre ocultan en esa parte de su vestido; despues cargó con el cuerpo sin perder el tiempo en lamentaciones, y aun creo que primero encendió un cigarro.

Durante la noche del 27 al 28 de Marzo, hubo sus escaramuzas por todas partes en la línea. Hacia al amanecer cesó el fuego, y yo me habia quedado dormido sobre las trincheras. Repentinamente al ser sacudido de un brazo por mi ayudante desperté; y aun frotándome los ojos, ví delante de mí al Emperador con un semblante risueño. ¡Oh! tenia una sonrisa tan amable y benévola, que encendió mi corazón. De esta manera, sin más ayudante ú ordenanza, armado solo de su inseparable pequeño antejo, acostumbraba visitar las trincheras durante la noche ó el día. Como que conocia á los oficiales mexicanos, que no solo maltrataban á sus soldados sino que les quitaban parte de su sueldo y ganancias, tenia la costumbre de preguntarles si habian recibido su paga y rancho. Este cuidado produjo excelente efecto, y era tan nuevo y lisonjero á los soldados que por todo esto amaban al Emperador, especialmente como que junto con ellos participaba de todos los peligros y

privaciones. Ofrecí acompañar á Su Majestad, pero rehusó de una manera amistosa y continuó solo su peligroso viaje de inspeccion.

En la tarde el Emperador volvió de nuevo, pero á caballo, seguido de su Estado Mayor, y el enemigo que lo debe haber reconocido cumplimentó á la cabalgata con un número regular de granadas.

Se desmontó en la Casa Blanca y tomó asiento en nuestro cuarto con Méndez, fumando un puro que le habia ofrecido el general. Al partir me dijo que fuese á verlo todos los dias á las dos de la tarde á la Cruz, á menos que una cosa particular me detuviese en las trincheras.

El Emperador consideraba como una deber sagrado el visitar frecuentemente los hospitales, para consolar y alentar á los heridos, para ver que se les cuidase propia y debidamente. Como supo que los cirujanos mexicanos eran bastante negligentes, nombró á su facultativo el doctor S. Basch, inspector general de todos los hospitales, y este señor cumplió con su deber con tanta destreza como celo.

Cuando el general Márquez salió de Querétaro, prometió enviar noticias todos los dias, pero aunque parezca extraño el decirlo, ni un solo mensajero se apareció; sin embargo, el Emperador estaba muy lejos de sospechar de esta circunstancia que ocurría algo malo. El 30 de Marzo se dió lectura á una órden del Emperador, previniendo á todos los oficiales recomendados para ser condecorados á que se reuniesen en la Cruz á las cuatro de la tarde. Todos los coroneles y oficiales subalternos se hallaban allí formados en línea, segun su rango, y frente á ellos igualmente acorde con su rango estaban en etra línea, los generales Miramon, Castillo, Mejía, Méndez, Arellano y Valdés. Por órden especial

del Emperador yo tambien ocupé mi lugar en esa línea.

Todos los señores de la primera línea recibieron la medalla de bronce por su valor, la cual el Emperador mismo ponía al pecho de cada uno, dándoles á la vez el abrazo mexicano. Cuando llegó mi turno y dí las gracias al Emperador, me dijo, «Salm, sabe vd. cuán unido estoy á vd. y cuánto lo quiero. Quisiera hacer mas por vd., mas por ahora no puedo.» Esto se referia, segun despues me dijo, á su deseo de nombrarme general, lo que no podía hacer en su presente crítica posicion, pues esto hubiera causado descontento y celo entre los oficiales mexicanos.

La medalla de oro y plata fué solo dada á oficiales sin comision, y á soldados; la medalla de bronce solo podia ser recibida por oficiales en comision, y el Emperador era menos pródigo con esta condecoracion que con cualesquiera otra. La medalla, que se usa pendiente de un liston encarnado, en el anverso muestra el busto del Emperador, y en su reverso una corona de laurel con esta inscripcion en el centro: *Al mérito militar.*

Cuando los demas oficiales de la segunda fila habian sido igualmente condecorados, y se retiraba ya el Emperador, tomó el general Miramon del coronel Pradillo, quien llevaba las condecoraciones, una medalla de bronce, y acercándose al Emperador, dijo, «Vuestra Majestad ha condecorado á sus oficiales y soldados como en reconocimiento de su valor fidelidad y adhesion. A nombre del ejército de Vuestra Magestad, me tomo la libertad de dar esta muestra de valor y de honor al mas valeroso de todos, que siempre ha estado á nuestro lado en todos los peligros y fatigas, dándonos el mas augusto y brillante ejemplo, distincion que merece Vuestra Majestad, antes que ningun hombre.»

El Emperador estaba sumamente sorprendido y afectado por este noble é ingenioso acto; abrazó al general, aceptó la medalla, y desde aquella vez la usó como su primera y mas estimada condecoracion; pero mientras todos los demas usaban por fuera el busto del Emperador, su medalla solo mostraba la inscripcion.

La misma noche recibió el Emperador el siguiente documento, elegantemente escrito en papel vitela:

“Cuartel general de Querétaro.

“Marzo 30 de 1867.

“Señor:

“El ejército mexicano, que está defendiendo la ciudad de Querétaro bajo Sus inmediatas órdenes, y el cual está representado por los infrascritos generales, suplican á Vuestra Majestad les dé una nueva muestra de Su generosidad, dignándose ornar Su pecho con la medalla destinada al mérito militar. Vuestra Majestad recompensa con esta honrosa condecoracion el prominente mérito de sus generales, gefes, oficiales y soldados, quienes en cumplimiento de sus sagrados deberes se esforzarán en imitar el heróico valor y sacrificio personal con que Vuestra Majestad soporta estos continuos trabajos.

“Jamás Monarca alguno ha descendido de la altura de su trono bajo iguales circunstancias, para soportar junto con sus soldados, como aquí lo vemos, los mayores peligros, privaciones y necesidades que no encuentra igual en el mundo; con soldados á quienes Vuestra Majestad ha

comprendido el modo de dar ejemplos tan palpables de abnegacion personal, patriotismo y conformidad en el sufrimiento. Tanto la nacion á quien Vuestra Majestad se esfuerza en salvar y engrandecer, como la historia imparcial harán alguna vez justicia al Monarca de México, Maximiliano I. El ejército por su parte, contando con el afecto de su Monarca, le ofrece esta medalla del mérito militar.

(Firmado.)

«El general de division y gefe de la infantería,
MIGUEL MIRAMON.

«El general de division y gefe de la caballería,
TOMAS MEJIA.

«El general de brigada y gefe del Estado Mayor,
SEVERO DEL CASTILLO.

«El general de brigada y gefe de la segunda division,
PEDRO VALDES.

«El general de brigada y gefe de la primera division de infantería,

RAMON MENDEZ.

«El general de brigada y gefe de la artillería,
MANUEL R. ARELLANO.

«El general graduado y gefe de ingenieros,
MARIANO REYES.»

En la mañana del 31 de Marzo recibí órdenes de ir á ver al Emperador. Con él me encontré á dos desertores alsacianos que antiguamente habian servido en la Legion Estranjera de Francia. Ambos pertenecian á la artillería liberal, y solo habian llegado frente á Querétaro el dia anterior y su batería estaba todavía con la reserva.

El Emperador me suplicó examinase á estos dos hombres y escribiese lo que dijesen, lo que hice en su presencia. Dijeron lo que la mayor parte de los desertores, y de lo que mas adelante me convencí por mis propias observaciones: que los soldados de los liberales, no solo estaban tratados por sus oficiales de una manera brutal, sino que igualmente en lugar de tener el prometido real diario, solo recibian medio, tal vez una ó dos veces por semana y que todos sus alimentos consistian en maiz (para las tortillas) y frijoles. Antes de un combate, generalmente recibian un real y una copa de licor cada uno. Tambien contaban que los gefes siempre estaban peleando entre sí, que esto no era sin embargo mas que un antiguo vicio mexicano.

Uno de los alsacianos cuyo nombre era Muth (valor), era de estatura elevada, fornido y hombre muy intelijente. Tocante á la posicion que ocupaba en las baterías del cerro de San Gregorio, no pudo sin embargo darnos ningun informe; mas deseando alistarse en nuestro ejército y ganarse nuestra buena voluntad, ofreció regresar al campamento liberal y esforzarse en indagar todo lo que quisiéramos. Prometió volver á Querétaro esa misma noche á las doce. Como no era conocido de ninguno entre las tropas en San Gregorio, fácilmente podia vagar por allí sopretesto de recoger leña.

El Emperador desconfiaba de esta proposicion; pero le hice presente que lo peor que podia suceder seria que no volviese, pues que no podia decir nada al enemigo tocante á la ciudad, que no supiera ya por sus espías en dicha ciudad.

Habiendo consentido el Emperador, dí á este individuo cinco pesos, y le dije que aceptaba su proposicion, pero

que á su camarada lo detenia como prenda y que lo fusilaria si no estaba de vuelta al dia siguiente á medio dia. El Emperador sonriéndose me dijo al oido: «Lo que ciertamente no haremos.»

Despues de esto, conduje personalmente á este hombre hasta nuestras fortificaciones mas avanzadas y dí órdenes á los atónitos soldados de que no le hicieran fuego al regresar de su mision, bien durante el dia, ó bien en la noche.

Me quedé en la Cruz y dí órdenes para que me avisaran al momento si algo particular ocurria. A cosa de las nueve y media de la noche, me fué traído por una patrulla mi alsaciano y dió cuenta como sigue:

No le habia sido posible recorrer todo San Gregorio, pues el haber andado vagando de aquí para allá, habia comenzado á crear sospechas peligrosas, pero habia visto en la estremidad occidental del cerro dos baterías tras sólidas murallas de piedra, protegidas por infantería apostada en el declive Norte del cerro; y además, que habia colocadas dos piezas de montaña en una posicion avanzada cerca de la capilla de la Trinidad. Ofreció, si lo deseaba, conducirme por los jardines de los suburbios de San Luis, al lugar frente á la iglesia de San Sebastian, y de allí á la capilla de la Trinidad y San Gregorio.

Con estas noticias resolvió el Emperador atacar esta posicion durante la noche siguiente, con el objeto de tomar á lo menos las dos piezas que estaban mas adelante. Con este fin mandó buscar á Miramon; mientras tanto regresé á la Casa Blanca, llevando conmigo al valiente alsaciano.

La mañana siguiente á las dos fuí despertado y recibí órden del general Miramon de estar con mis cazadores en

la calle de Miraflores, á las tres, avisar á Valdés que estaba allí y esperarlo á él.

Cuando por consiguiente me hice presente á Valdés, ordenó al batallón de las Guardias Municipales de México bajo las órdenes del coronel D. Joaquin Rodriguez, se uniera á mí, lo mismo que á cincuenta hombres del batallón Celaya, que estaban alojados en el meson de San Sebastian y conocian bien el terreno de alrededor.

El general Miramon llegó á las cuatro de la mañana; entramos á un cuarto adonde ayudado él por un mapa del país, esplicó su plan, el que se modificó acorde con mis sugerencias, despues de lo cual me dió las instrucciones siguientes:

Debia de mandar la salida personalmente. Yo debia ir por el lugar frente al puente y los jardines tras de las casas al lugar frente á San Sebastian, que estaba ocupado por los liberales. Sin hacer caso de los procedimientos del enemigo tras de mí, debia avanzar hasta la capilla y tomarla; además, tenia instrucciones de asaltar las dos baterías en el cerro de San Gregorio y despues limpiar la cima (habló en francés, é hizo uso de la espresion «*balayer*».) Prometió seguirme con una brigada y sostenerme, y que otra brigada perseguiria al enemigo de los suburbios de San Luis.

Al general Miramon parecia agradarle mucho el dar instrucciones para semejantes aventuras nocturnas. Algunos dias antes, me habia ordenado que estuviera con mis cazadores á media noche en la calle de Miraflores, para hacer un reconocimiento á la luz de la luna. Estuve en mi puesto y esperé hasta las tres de la mañana, y como á estas horas ya se habia metido la luna, mandé preguntar lo

que debía de hacer. El ó sus ayudantes se habian dormido sin embargo: esto habia ya ocurrido antes. Los ayudantes de Miramon fueron severamente reprendidos por el Emperador.

Al pasar el puente ví que las tropas para mi sostenimiento se hallaban listas tras de mí. Como que teniamos que pasar por casas y jardines, nuestros criados tenian órdenes de llevar estirando los caballos de los oficiales superiores y ayudantes, tras de la brigada de reserva, hasta que se necesitasen.

Sin causar alarma pasamos por casas y jardines al lugar frente á la iglesia de San Sebastian; allí formé á mis tropas para el ataque, tan en silencio como era posible. Los cazadores juntos con los cincuenta hombres del batallón Celaya se hallaban á la cabeza de la columna bajo las órdenes del mayor Pitner, siguiendo yo con la Guardia Municipal.

Apenas habiamos acabado de formar, se nos descubrió y recibimos el fuego de la iglesia de San Sebastian. Pero como no habiamos de hacer caso de lo que tras de nosotros ocurriera, comenzamos á subir el cerro corriendo. La compañía de liberales colocada cerca de la capilla de la Trinidad huyó espantada, y las dos piezas que habian colocado allí para su resguardo no tuvieron aun tiempo para dispararlas. El mayor Pitner al momento se echó sobre una y el capitan Maier, un tirolés de la primera compañía, sobre la otra, con las piezas capturadas, su parque, caballos y además algun bagaje. Al momento mandé todo esto á retaguardia y les concedí á mis soldados algunos minutos de descanso, pues habian perdido el resuello á consecuencia de la fuerte carrera cuesta arriba.

Hasta aquí nuestro ataque, tan lejos de la primera línea del enemigo les cayó enteramente inesperado, especialmente al general Antillon, quien mandaba allí y estaba alojado en la capilla junto con el coronel Villanueva del Estado Mayor de Escobedo. Ambos oficiales estaban en la cama y tuvieron que correr por los nopales para salvar sus vidas, descalzos y en camisa.

Mientras estaba formando á mis hombres para el ataque contra las baterías mas elevadas, y el dia amaneciendo, ví á dos cazadores arrastrando á una mujer la que con vehemencia se defendia. Dí de cintarazos con mi espada en las espaldas de estos malvados persiguiéndolos hasta sus lugares en las filas. La pobre mujer estaba tan llena de gozo, que me abrazó repetidas veces; pero siento decir, que aun ignoro si era jóven ó vieja, fea ó bonita.

Nuestros criados con los caballos habian logrado seguir nuestra columna, y mucho nos alegramos de tenerlos. Despues de una corta pero indispensable demora, asaltamos San Gregorio. El mayor Pitner iba delante con una compañía de los cazadores, pero al llegar á la cumbre del cerro fué contrarrestado en su asalto por un saludo de metralla y las descargas de dos batallones colocados allí y listos para darnos recepcion. El mayor se escapó con una herida profunda en la parte mas carnosa del brazo, y la pérdida de un boton de su chaleco, tirado por una bala: su gente sufrió mucho de este nutrido fuego. Tuvieron que ceder, y empujados hácia la derecha por un número demasiado crecido, se encontraron separados de mí.

Bajo estas circunstancias, el mayor Pitner pensó seria mejor retirarse abajo del cerro, lo que logró despues de muchísimo trabajo.

El mayor, jóven, algo robusto, sintió demasiado el que su caballo no hubiera igualmente ido, pues esto de correr de arriba á abajo el cerro era demasiado para su robusta constitucion. Se hallaba enteramente exhausto y hubiera caido en poder del enemigo, á no haber su buena suerte conduciéndolo á encontrar una mula de los liberales que lo salvó. Sin mas impedimento alcanzó con el resto de su compañía el rio que vadeó.

El general Miramon que habia prometido seguirme, estaba con su brigada aún en el lugar frente al puente, y baleándose con el enemigo que estaba entre nosotros. Como que no hizo una carga resuelta, por consiguiente no pudo seguirme.

En esto era ya de dia claro, y los liberales estaban perfectamente preparada, y aunque no veia tras de mí á la prometida reserva, me determiné por lo menos á esforzarme á llenar las instrucciones de Miramon, de limpiar San Gregorio.

Por lo tanto hice la tentativa de llevarme las baterías, pero el enemigo que allí nos hizo frente era tan fuerte, su posicion tan ventajosa, y su fuego tan mortífero que nos barrieron abajo del cerro hasta la capilla de la Cruz del Cerro, el lugar que en las estremidades de los suburbios de San Luis he descrito en otra ocasion.

No aperciendo nada de nuestra reserva, y rodeados por todas partes de masas superiores del enemigo, á quien el brillante dia revelaba nuestras fuerzas débiles en numero, creí seria mejor pensar en la retirada antes de que las disposiciones del enemigo lo hiciesen imposible.

Con este fin marché en direccion al Poniente para alcanzar la calle que seguia de las alturas al lugar frente al

puente; la misma en la que se hallaba colocada la pieza rayada que quitamos el día 14 de Marzo. En ese camino tuve que sostener un fuego nutrido en mi flanco izquierdo de las casas á la estremidad del suburbio, y cuando volví la calle, recibí el fuego de frente.

Era bien cierto ahora, que me encontraba en una posición bastante peligrosa que podia llegar á ser funesta, y creo que mi ansiedad por la llegada de la reserva era muy natural. Para violentar esto envié mi ayudante al general Miramon; mas pronto regresó, y me dijo no estaba en los límites de lo posible el llegar adonde estaba el general, pues todos los pasos estaban obstruidos. El enemigo le siguió á los talones y recibió balazos por todos lados. Bajo estas circunstancias no me quedaba otra disyuntiva mas que la de entrar en la calle y correr por ella con tanta precipitación como fuere posible.

El primer obstáculo con el que tropezamos fué un parapeto. Este lo tomamos, y nos arrojamos adelante. Cuando pasamos una calle que se cruzaba con nuestro camino, recibimos balas de ambos lados, y ante nosotros vimos otra barricada. No habia remedio; esta vez recibimos balas de todos lados, y habia que asaltar otro parapeto, y lo asaltamos. Todas estas trincheras al través de las calles estaban construidas de una manera que habia un paso para que se introdujeran los hombres de uno en fila. En el primer obstáculo estaba este bastante ancho para dejarme pasar con mi caballo, pero al segundo, esto fué una imposibilidad y tuve que apearme. El valiente alsaciano Muth y mi criado, siempre se hallaban cerca de mí, y el último se acercó, y atravesó la mano sobre mi pecho para tomar la brida de mi caballo, cuando su brazo fué herido por una bala, que de

otra manera me hubiera entrado en el pecho. Dí mi caballo por perdido, mas el valiente muchacho logró salvármelo, y me alcanzó de nuevo en el puente. En el lugar abierto ante este al fin encontré á Miramon, con las dos piezas tomadas. Se sonrió conmigo benignamente, mas no dijo una sola palabra porque me habia dejado abandonado.

Bajo la proteccion de tropas colocadas á lo largo de la orilla opuesta del rio y los cañones que allí estaban, cruzamos el rio, en estreño oprimidos por las densas masas del enemigo, quienes en vano se esforzaban á entrar con nosotros en la ciudad, lo que no pudieron lograr. La pelea duró en este lugar hasta medio dia; me quedé con mi brigada mista, y solo regresé á la Casa Blanca con mis cazadores la mañana siguiente.

Era cierto que habiamos tomado dos piezas, pero bien caro nos costaron. No podiamos pensar en llevarnos consigo á nuestros muertos y heridos, y estos fueron bárbaramente asesinados. Los liberales que estaban en una casa contigua al rio y enfrente de nosotros, amarraron un lazo al pescuezo de los cadáveres y los descolgaron al rio, gritándonos: "Allí están sus Cab." El valiente alsaciano Muth, que no me habia abandonado durante toda la expedicion fué promovido á cabo en los cazadores.

A haber seguido Miramon con las dos brigadas, como lo habia intentado hubiéramos tomado todo San Gregorio. Los mexicanos no pueden resistir un ataque vigoroso, pero esto fué precisamente por lo que Miramon no intentó nada, como solo mandaba mexicanos, y no á los cazadores, cuya impetuosidad y gritería salvaje ningun enemigo en México podia resistir.

Al general liberal á quien habiamos perturbado en su

ligero sueño, le fué quitado el mando. El coronel del Estado Mayor de Escobedo á quien mas adelante ví, me dijo que ni uno solo de mis hombres hubiera vuelto, á haberme que dado yo diez minutos mas en las calles donde estaban las dos barricadas.

ESFUERZOS PARA ESCAPARSE.

En la tarde del 3 de Abril fuí llamado al lado del Emperador. Habia recibido malas nuevas que eran doblemente desagradables, pues faltaban dos dias para que se cumpliera el plazo en que Márquez habia prometido estar de regreso. Mensagero alguno habia llegado de él, y esto era mas sorprendente, puesto que Márquez mas que nadie se encontraba en estado de enviar noticias, pues podia contar con todos los clérigos que habia entre México y Querétaro. El Emperador comenzó á abrigar sospechas de Márquez, mas cuando algunas palabras se le escapaban á ese efecto, se contenia y decia: "No, no, eso es imposible!"

Nuestras provisiones lo mismo que el parque comenzaban ya á escasearse, y el Emperador no podia menos que confesar que nuestra posicion se hacia mas y mas embarazosa.

Recibir noticias de Márquez parecia ser la cosa esencial y el Emperador me mandó consultase con el general Méndez, cómo hacer esto. Para este fin teniamos que comprar

espías, y Méndez se encontró á una mujer, á un indio y á un oficial. Este último si tenia feliz éxito, debia de ser promovido y condecorado; los otros dos debian recibir gratificaciones considerables. Ninguno de ellos volvió y nunca oimos decir cuál fué su destino.

Durante la noche del 4 al 5 de Abril, el enemigo intentó uno de sus ataques infructuosos contra el puente. El Emperador visitó las trincheras enteramente solo, y en la tarde del 5 le acompañé á dar un paseo á caballo á lo largo de nuestras líneas.

El 5 de Abril era el día que á mas tardar habia fijado Márquez para su regreso, mas no tuvimos ningunas nuevas de él. En la ciudad, sin embargo, se circuló un rumor sobre que habia sido derrotado, mas como esto no se podia investigar de una fuente segura, se consideró ser una invencion de los enemigos de nuestra causa en Querétaro.

El 8 de Abril hubo gran escitacion en la Cruz, pues se habia avisado que se movian masas de tropas enemigas sobre la Cuesta China, y hácia Celaya, y se creia que se acercaba Márquez; pero desgraciadamente no era este el caso.

Bajo estas circunstancias se tuvo un consejo de guerra el 2 de Abril, en el que se hicieron varias proposiciones. Una de ellas era la de romper y pasar por medio de todo el ejército enemigo; mas á esto se opuso Méndez, el cual dijo que tanto como se podia fiar de sus tropas en accion no respondia por ellas en una retirada peligrosa. Despues de esto, todos los generales, menos Miramon, propusieron que el Emperador solo, y con la caballería, rompiera la línea, y se fuera á la Sierra Gorda.

La Sierra Gorda son unas montañas salvajes, á cosa de

ocho leguas nor-este de Querétaro. Están cruzadas de desfiladeros que son de tal naturaleza que no permiten entrada á un ejército si están bien defendidos por unos cuantos hombres. Varios ejércitos de los liberales que se aventuraron á entrar en la Sierra Gorda fueron aniquilados allí en años pasados. Este país salvaje fué la cuna del general Mejía; aquí era rey absoluto y mas popular que ninguno: toda criatura india conocia á Papá Tomasito, y á su primera llamada todo hombre tomaba las armas.

En este distrito tenia aun al general Olvera el Emperador, con mil ó mil doscientos hombres, y allí se podia haber quedado meses enteros para aguardar mejor fortuna ó para hacer preparativos para llegar á la Costa: pero el Emperador declaró que «esto era contra su honor, abandonar al ejército, y que preferiria morir antes de hacerlo así.» Miramon dijo que aun se podia mantener la Ciudad por largo tiempo, y que podiamos aguardar á Márquez; el Emperador era de su opinion, pues Márquez tenia que volver y como de un momento á otro podia llegar, el Emperador resolvió efectuar un ataque tan pronto como fuere posible contra la garita de México tomarla y ocuparla, con el objeto de sostener á Márquez al momento, en el caso que viniere por la Cuesta China.

Al mismo tiempo se tomaron medidas para proveer parque y provisiones, lo que se hizo con bastante éxito, pues el general Castillo encontró algunos depósitos ocultos, y el general Arellano fabricó municiones con mucho ingenio y destreza. Todo el azufre y nitro que habia en la ciudad fué confiscado, aun aquel que tenian en las boticas. El techo de plomo del teatro y las campanas de las iglesias fueron respectivamente trasformadas en balas de fusil y de

cañon. Se hicieron cápsulas de un papel tieso y con mucha limpieza, surtieron perfectamente bien como que el tiempo estaba siempre seco.

Las pendencias entre Miramon y Méndez eran otra causa de temores. Méndez aseguraba que Miramon no estaba de buena fé con el Emperador, y solo trabajaba para sus propios y ambiciosos fines. Llamó mi atención al hecho que Miramon había quitado recientemente á varios oficiales que eran enteramente adictos al Emperador, y los había reemplazado con personas que pertenecian á su partido.

Cuando el dia 10 me hallaba en camino para hacer una visita al Emperador, el general Méndez repentinamente me preguntó:

—«Está vd. de buena fé con el Emperador?»

—«Vaya una pregunta!» le contesté. «Por supuesto que sí lo estoy.»

—«Pues bien, continuó. Entonces dígame vd. de mi parte que haga por salirse lo mas pronto posible de su ratonera, y que se precaba de Miramon. Yo soy indio y el Emperador conoce la fidelidad y adhesion de los indios para con él. Mejía y yo conduciremos en salvo al Emperador á la Sierra Gorda, adonde tendrá su libre voluntad, podrá hacer lo que guste. Si no siguiere este consejo. puede estar seguro de que á todos nos fusilarán.»

Cuando ví al Emperador le repetí literalmente todo lo que me habia dicha Méndez, pero solo me contestó: «El *pequeño gordito* calcula sumamente triste el estado de nuestros negocios, aunque creo que sus intencionesson buenas.»

Para no verse obligado á pronunciar nombres en la conversacion conmigo, que podian oirse, el Emperador tenia la costumbre de sustituir ciertos apodos cuyo sentido solo á

nosotros era conocido. A Méndez se le llamaba *el pequeño gordito*; á Miramon, *el jóven general*; á Mejía, *el pequeño negrito*; y á Castillo, *el honrado*; etc.

El Emperador me comunicó que mandaria por Miramon para arreglar con él un ataque contra la garita, mas no tenia una idea que á consecuencia del urgentísimo consejo de Miramon debia este tener lugar á la mañana siguiente. Pero cuando durante la noche recibí una carta autógrafa de Miramon que contenia la órden para que estuviese con los cazadores en la Cruz á las tres de la mañana siguiente, al momento supe con qué fin se me habia mandado esta órden. Mandé que los cazadores fuesen al instante reemplazados en las trincheras, por dos compañías del 2º de línea, y dí órdenes para que estuvieran listos á las dos de la mañana siguiente.

Cuando comuniqué á Méndez mi órden, se sonrió de una manera peculiar, y dijo: «Por qué siempre ha de ser vd. y los cazadores?» No podia menos que estrañar esto igualmente, abrigando una sospecha de que Miramon tal vez se alegraria de deshacerse de mí, conociendo mi adhesion al Emperador.

Poco despues llegó el Mayor Pitner y me comunicó que los cazadores se hallaban sumamente descontentos. Decian que siempre habian cumplido con su deber, y que lo hacian aun con gusto; pero no le parecia justo que siempre sirviesen de «carnaza para los cañones». Contesté al mayor que no podia hacer presente al Emperador semejantes quejas momentos antes de un combate, pero que mas tarde lo haria yo, si los cazadores cumplieran con su deber, como de costumbre.

El dia 11 de Abril, á las tres de la mañana, estaba con

los cazadores en la Cruz, adonde me hice presente al general Castillo. Tras de mi entró el Emperador y poco mas tarde Miramon. Este último, Castillo y yo nos hallábamos sentados al rededor de una mesa con un mapa delante, mientras tanto el Emperador se paseaba de arriba abajo fumando un puro. Miramon tomó la palabra y me dijo: «Atacará vd. la garita de México, la tomará y la mantendrá vd. Daré á vd. uno de los mejores batallones, el 1º de línea mandado por el bizarro coronel Cevallos. Con los cazadores como vanguardia; saldrá vd. de la Cruz por la tronera de la batería que está al flanco izquierdo y tomará vd. el camino que conduce bajo el acueducto á la garita. Cerca de ese camino y de este lado del acueducto, está una casa ocupada por el enemigo, la que tomará vd. Despues de esto marchará vd. contra la garita de México y la tomará por asalto. Hasta donde he sabido, creo que encontrará vd. allí cuatro piezas y tres batallones del enemigo. Su flanco derecho estará cubierto por el rejimiento de la Emperatriz bajo el mando del coronel Gonzalez, y los húsares á las órdenes del capitan Pawlowski, quienes marcharán por el camino que conduce á la garita.»

Una mirada al mapa mostrará á cualesquiera, aun á una persona que no entienda mucho de operaciones militares, que estas disposiciones eran sumamente defectuosas. Por lo tanto me tomé la libertad de observar al general Miramon, que un ataque por dos batallones contra cuatro cañones y tres batallones en un puesto fuerte, seria una empresa algo difícil, y propuse que se me permitiese el avanzar por el camino que se le designaba á la caballería. Fuerzas de infantería podian cubrir mi flanco izquierdo marchando por el camino de allí, y la caballería proteger mi derecha

moviéndose por otro camino que conduce á la garita pasada la capilla de San Francisquito.

El general Miramon dijo, no obstante, que no tenia mas infantería á su disposicion, y que siguiese yo las instrucciones dadas.

El general Castillo que todavía vive, recordará esta conversacion. Miramon me dijo que lo aguardara hasta que me diera la órden para avanzar. Coloqué mis tropas tras la de la batería en la estremidad Nordeste de la plaza de la Cruz la que solo estaba ocupada por una pieza de treinta y seis. Despues de una demora bastante larga, vino Miramon y tuvimos que marchar de uno en fila por la tronera del cañon. Cuando hube llegado con sable en mano, ví al Emperador parado allí con el codo apoyado en el parapeto.—«Salm» me dijo, «le deseo á vd. toda felicidad con todo mi corazon; Dios le proteja á vd!»

El tono con que pronunció estas palabras jamás se me olvidará. Me enfervorizó el corazon y me sentia elevado con la idea de que mi Emperador tan altamente venerado, se interesaba en mi persona y se mostraba inquieto por mi vida.

Cuando formé mis tropas para el ataque al otro lado de la batería, se tocaba ya «diana» en el campamento enemigo, y era demasiado tarde para sorprenderle. Ignoro por qué me hizo aguardar tanto Miramon. Mandando como vanguardia á una compañía de cazadores me seguí yo con el coronel Cevallos y el mayor Pitner con el resto de los cazadores, mientras tanto el primer batallon de línea cubria la retaguardia.

Cuando llegamos á la casa mencionada en mis instrucciones, por supuesto nos hicieron fuego desde allí; pero la

primera compañía logró tomarla después de una ligera resistencia. A mi derecha estaba el acueducto que conduce la agua del declive oriental de la Cuesta China á la Cruz, pero que parte había sido destruido por el enemigo en los primeros días de su llegada. Este acueducto es un monumento magnífico de los tiempos de la conquista. Tiene cosa de mil y quinientos metros de largo y sus hermosos arcos alcanzan en varias partes la altura de ciento cincuenta piés. Pasando debajo de este acueducto por el camino que conduce á la garita, nos hicieron fuego á mano izquierda, en donde vimos una muralla sumamente fuerte con troneras, perteneciente á una hacienda frente al edificio de la garita al otro lado del camino. Como no había modo de escalar la pared se originó una lucha muy singular por las troneras que tenían igual altura por ambos lados de la pared. Uno de los cazadores perdió su fusil al introducirlo por una tronera, y nuestros hombres se hicieron de dos fusiles de la misma manera.

En esta vez se distinguió mi alsaciano grandemente, haciendo honor á su nombre de «Muth» (valor). Metió su bayoneta en todas las troneras, y animados mis hombres con este ejemplo, hicieron fuego por las troneras sobre los defensores de dentro del corral.

Mientras de esta manera estábamos ocupados, recibimos repentinamente un fuego muy nutrido de la azotea de la garita y otros edificios. Los cazadores que ante su vista no tenían mas que paredes, y que no se hallaban en su acostumbrado buen humor, se acercaron mucho á la pared y el mayor Pitner en vano se esforzó con su elocuencia para quitarlos de allí. Por lo tanto, supliqué al coronel Cevallos avanzase con su primera compañía á mi dere-

cha, y viendo que esto se efectuaba, los cazadores los siguieron de costado. El fuego con el que se les recibió era sin embargo tan nutrido, que pronto hicieron parada. Bajo estas circunstancias, el coronel Cevallos, el mayor Pitner y yo saltamos á la cabeza de la línea para alentar á nuestra gente, pero solo nos siguieron los tenientes La Roche, Alfonso Marie de los cazadores, mi ayudante y sombra Montecon, el sargento conde Enrique Pototski, Muth, mi criado y cosa de ocho ó diez hombres, parte de ellos de los cazadores y parte del primer batallón de línea.

Nuestra pequeña partida avanzó hasta que llegamos á un fortín en la esquina del edificio de la hacienda que estaba unido á la muralla de las troneras. Aquí cayó el mayor Pitner á mis piés, su sangre salpicándome las botas; le pegaron en la cabeza, pero aunque se quedó atarantado por algun tiempo, no estaba herido de muerte.

Mientras dos cazadores se llevaban al mayor, y yo estaba consultando con Cevallos lo que seria mejor hacer, uno de los del enemigo metió su fusil por una tronera que estaba tras de mí y me apuntó á la cabeza que la tenia solo á unas cuantas pulgadas de distancia de la boca del cañón. El teniente Alfonso Marie observó esto, y tuvo la presencia de ánimo suficiente para agarrarme del pescuezo y echarme al suelo, en ese momento se disparó el tiro. Ciertamente me salvó la vida, y por ello fué condecorado ese mismo dia por el Emperador.

Nuestras tropas no querian avanzar contra fuerzas tan superiores del enemigo protegidas por murallas de piedra que no podian asaltar. El coronel Cevallos y yo resolvimos aunque contra nuestra voluntad el retirarnos, lo que se efectuó con mucho órden, bajo el mortífero fuego del

enemigo. Durante esta retirada fueron gravemente heridos los tenientes La Roche y conde Pototski. Una compañía de los cazadores, bajo el mando del capitán Avisar, el que fué muerto días después, formaba nuestra retaguardia. Nos llevamos á todos nuestras heridos, pero dejamos á los muertos.

Cuando volví á la Cruz encontré al Emperador, á quien le manifesté mi sentimiento de que nuestro ataque no hubiera tenido un éxito feliz. Bondadosamente contestó: «Me alegro por lo menos de que haya vuelto vd.; desde el principio dudaba del éxito.» Mas tarde me dijo que había estado muy inquieto por mí, y cuando llevaron al mayor herido, al principio había creído que era yo.

El Emperador me llevó consigo á su cuarto y me dió el permiso para que me espresase sin restriccion alguna tocante á Miramón. Le espliqué los defectos de las instrucciones dadas por él, y le dije de la manera que me había dejado á la buena ventura, en el ataque del día 1º de Abril sobre San Gregorio.

El Emperador me contestó: «Bueno, pero es necesario que contemporicemos ahora. Cuando esté afuera de esta ratonera yo cambiaré todo y lo haré bueno.» Me invitó para la comida, á la que igualmente asistió López.

A las cinco de la tarde acompañé al Emperador para visitar los hospitales. Nos dirijimos al lecho del jóven conde Pototski cuya pierna derecha había sido amputada por el Dr. Basch. El conde que era un jóven de diez y nueve años, estremadamente buen mozo, había tomado parte en la última insurreccion polaca, bajo Langiewitz, había huido de su patria y alistádose como un particular en los cazadores bajo un nombre supuesto, lo que solo se descubrió

mas tarde. Cuando el Emperador espresó su sentimiento al verlo que estaba tan mal herido, una sonrisa de satisfacción iluminó el semblante del pobre jóven, el que se encontraba sumamente postrado á consecuencia de la amputación. El Emperador lo nombró teniente y le dió la Cruz de Guadalupe, la que solo era usada por oficiales. El jóven herido, besó primero la mano del Emperador y despues la Cruz. No obstante el mayor cuidado el jóven conde murió pocos dias despues, apretando en su moribunda mano y contra su corazon la preciosa cruz.

Durante la noche del 11 al 12 de Abril, de nuevo visitó las líneas el Emperador acompañado solo del coronel López.

El enemigo debe haber recibido parque, pues bombardearon la Cruz á la mañana siguiente, con una energía no usual y durante todo el dia tuvieron lugar escaramuzas en toda la línea. Las provisiones empezaban á escasearse en la ciudad. Los infelices habitantes vivian esclusivamente con maiz, pero las tropas recibian aun con regularidad, además del maiz y carne de caballo ó de mula, café y de vez en cuando aguardiente. Los caballos de la caballería y las mulas de la artillería solo tenian la mitad de las pasturas de costumbre, menos los del rejimiento de la Emperatriz y húsares, que se consideraban como una especie de guardia imperial, y que estaban alojados muy cerca, en el meson de la Cruz, lo mismo que la Guardia de Corps mexicana compuesta de los hombres mas intrépidos que habian sido escojidos de entre toda la caballería mexicana y mandados por el coronel Campos, partidario de Vidaurri.

Cuando Campos y yo estábamos almorzando con el Emperador, el criado solo nos trajo medio pollo asado, un

pedazo pequeño de pan y algunos dulces, que junto con el pan, habían sido mandados á S. M. por las buenas monjas de Santa Teresita. El Emperador mandó pedir mas, pera cuando se le comunicó que no habia, dijo sonriéndose: «Pues señores, este almuerzo no cuenta; vengan ustedes á comer.» En consecuencia fuimos á comer mula asada y preparada en vinagre.

La escasez de provisiones no era la única causa de inquietud; causa mas grande eran las pendencias entre los generales Miramon y Méndez. Cada uno de ellos insistia en que el Emperador arrestase al otro, y yo me temia que el Emperador se preocupase contra Méndez, quien me parecia de mas importancia que Miramon. El primero habia traído sus mejores tropas al Emperador, mientras que Miramon nada trajo mas que su persona, despues de haber perdido todo su ejército á causa de su indiscrecion. Es bien cierto que Méndez era enteramente adicto al Emperador, hubiera por él dado toda su vida, pero me temia que en un momento repentino de cólera (á que los indios están de vez en cuando sujetos), nos abandonaria con sus tropas, que lo adoraban.

El Emperador lo fué á visitar en la tarde del 13. Cuando llegó frente á la Casa Blanca y estaba alzando la pierna sobre la silla para desmontarse, acabando nosotros de salir á su encuentro, reventó una granada precisamente arriba de su cabeza. El, lo mismo que nosotros, no podia menos de saludar al ruidoso huésped con una lijera inclinacion de cabeza, lo que causó bastante risa. En esta ocasion se encontraron chasqueadas las mujeres de los soldados, pues la granada reventó; siempre que nos alcanzaba una granada corrian á hacerse de ella con la esperanza de que no

reventaria como frecuentemente era el caso, para poderla llevar á la Cruz y obtener por ella el precio estipulado.

El dia 15 estuvo encerrado toda la mañana el Emperador con el general Castillo. El resultado de su deliberacion fué la resolucion de enviar al general Mejía con un destacamento de caballería en busca del general Márquez; pero como que Mejía se encontraba en cama y enteramente imposibilitado de montar á caballo, resolvió el Emperador mandarme á mí. Tenia que consultarse naturalmente á Miramon, y él propuso para esta espedicion al general D. Pantaleon Moret, el cual era su amigo personal.

El general Moret, era un jóven agradable, buen mozo, de pelo rubio, pero no tenia nada de soldado. Al Emperador no agradó absolutamente esta sustitucion, mas no queria contradecir á Miramon, y despues de hablar mucho sobre el negocio, se resolvió que fuéramos los dos. Sin embargo, otra nueva dificultad se presentó. Quién habia de llevar el mando? Yo era coronel del ejército regular; Moret era solo teniente coronel con título de general. Todo el negocio molestaba muchísimo al Emperador, pero yo le aseguré que solo consideraba la importancia de la comision, y quedaria satisfecho con cualquiera arreglo, el resultado fué que se decidió que «fuésemos mano á mano» así se espresó el Emperador. Moret fué simplemente instruido para buscar al general Márquez en México ó donde estuviera, y regresar con él y sus tropas á Querétaro; pero probablemente recibió de Miramon instrucciones secretas. Se me encargó á mí oficialmente de la misma tarea, pero recibí además las instrucciones secretas [siguientes, que dictó el Emperador al doctor Basch:

«1. Tres puntos para el cuerpo diplomático.

a. Invitación á algunos de estos señores para que acompañasen á Márquez.

b. Inducir á los Juaristas á proseguir de una manera humanitaria.

c. Hacer saber que el Emperador no cederia voluntariamente si no podia entregar su comision en manos de un Congreso legal.

2. Carta al ministro Murphy. . . . (*)

3. Comunicar el verdadero estado de las cosas solo á Márquez y á Vidaurri, y que hacia seis dias estábamos obligados á comer carne de caballo.

4. Dar al público buenas noticias.

5. Orden al general Márquez *para que ponga toda la caballería á la disposicion del Príncipe.*

6. El Príncipe Salm exigirá al general Márquez una contestacion terminante en el término de veinticuatro horas. En el caso de que no la obtenga, *saldrá el Príncipe con toda la caballería despues de veinticuatro horas.*

7. Si se sale el Príncipe Salm con la caballería, traerá con él lo menos doscientos mil pesos, y el dinero particular del Emperador.

8. Enviará correos con tantas noticias como sea posible y les pagará á cada uno mil pesos.

9. El Príncipe Salm esparcirá la noticia en México de que todos los generales habian suplicado al Emperador abandonase á Querétaro con toda la caballería.

10. El Príncipe Salm influirá en la prensa mexicana y

1 *Nota del Príncipe*—Estas virgulitas aquí y en otras partes figuran en lugar de órdenes que no puedo publicar sin comprometer á algunas personas que viven todavía.

extranjera. El príncipe Salm traerá consigo á todos los redactores del Boletín de Noticias. . . .

11. México se abandonará enteramente si hubiere tropas suficientes para libertar á Querétaro, pero no suficientes para dejar una guarnición en México.

12. Los periódicos, tanto mexicanos como extranjeros, de los primeros desde el 20 de Febrero, y hojas sueltas de los segundos que comienzan desde el 1º de Enero.

13. El Príncipe Salm traerá consigo ya listas, medallas militares y civiles, cruces de Guadalupe, algunas condecoraciones y listón para las órdenes y medallas.

14. El Príncipe Salm arreglará con el padre Fischer ó Vidaurri, sobre fondos secretos para el pago de mensajeros secretos.

15. El Príncipe Salm traerá consigo algunas buenas obras históricas y otras, acorde con la elección del Barón Magnus.

16. El Príncipe Salm especialmente traerá un ejemplar del folleto del consejero de Estado Martínez y uno de los tomos que contienen los discursos y escritos del Emperador, impresos en el despacho del secretario.

17. El Príncipe Salm no olvidará preguntar al general Márquez qué noticias tiene del general Negrete.

18. El Príncipe Salm transmitirá á Márquez ó á Vidaurri cartas confidenciales con instrucciones tocante al general O'Horan.

19. El Príncipe Salm queda autorizado para abrir negociaciones con personas del partido opuesto.

20. El Príncipe Salm se informará con respecto al yate (embárcacion.)

Entre los papeles que se me quitaron mas tarde, y que

por consiguiente no puedo dar verbalmente, se encontraban los siguientes:

1. Autorizacion para arrestar á Márquez dado el caso en que encontrase que los rumores con respecto á su traicion tenian algun fundamento.

2. Autorizacion para arrestar al general D. Pantaleon Moret, si lo creia conveniente.

3. Carta al coronel Conde Khevenhüller en la que al mismo se le ordena siga con sus tropas europeas mis instrucciones, lo mismo que si personalmente viniesen del Emperador y sin hacer caso de ningunas otras órdenes de cualquiera otro.

4. Orden al general Olvera en la Sierra Gorda para que pusiera á mi disposicion toda su caballería.

En una palabra, se me encargaba regresase con todas las tropas, con ó sin Márquez, y socorrer á Querétaro.

Las cuatro cartas para el general Márquez eran las siguientes:

«Querétaro, Abril 16 de 1867.

«El Emperador al general Márquez.

«Mi querido general Márquez:—El Príncipe Salm Salm vá á esa capital para consultar con vd. y otras personas negocios de la mayor importancia. Por lo tanto, Nos recomendamos á vd. considere todo lo que le comunique á vd. como un traslado de Nuestros pedidos, los que ejecutará vd. de la manera que él le diga, y al mismo tiempo cuidará vd. que lo mismo se haga por las demas personas á quienes el Príncipe se dirija.

«Vuestro afectísimo,

(Firmado) MAXIMILIANO.»

127

«Querétaro, Cuartel General en la Cruz,
Abril 17 de 1867.

«El Emperador al general Márquez.

«Hemos dado al Príncipe Salm las instrucciones mas estrictas, que si vd. por razones desconocidas aquí, no se encuentra inclinado á declarar en el término de veinticuatro horas, si puede vd. marchar sobre Querétaro con un número suficiente de tropas para socorrer la ciudad, volverá aquí despues de veinticuatro horas, y en este caso es Nuestro firme deseo y Hemos dado la órden espresa para ello, que toda la caballería de línea ó no de línea en México y sus suburbios ó en el camino entre México y Querétaro, *será puesta á la absoluta disposicion del Principe Salm*, el que acompañado por todas estas tropas y el general Moret, al instante regresará y con la brevedad posible.

«Vuestro, etc.,

(*Firmado*) MAXIMILIANO.»

«Querétaro, Cuartel General en la Cruz,
Abril 16 de 1867.

«El Emperador al general Márquez.

«Mi querido general Márquez:—En el caso de que tenga que volver el Príncipe Salm solo con la caballería le entregará vd. doscientos mil pesos para que los trasmita á Nos.

«Vuestro, etc.,

(*Firmado*) MAXIMILIANO.»

«Querétaro, Abril 17 de 1867.

«El Emperador al general Márquez.

«Al general Márquez:—En el caso que el Príncipe Salm á su regreso aquí *no desease traer consigo al general Moret*, dara vd. á este último por orden de Nos un destino interino en México.

«Vuestro, etc.,

(*Firmado*) MAXIMILIANO.»

El 16 y 17 de Abril se pasaron escribiendo estas importantes autorizaciones y con otros preparativos. Los húsares se habian aumentado con voluntarios de cincuenta á cien hombres, y estos con los exploradores del Valle de México, bajo las órdenes del capitan D. Antonio Gonzalez, debian irse conmigo. Para poder llevarme consigo al valiente alsaciano Muht, lo hice pasar á los húsares. Además de mi sombra el teniente Montecon, el bizarro mayor Malburg y el teniente Bieleck debian acompañarme como ayudantes; igualmente debian ir conmigo un comerciante aleman Mr. Schwesinger, imperialista, el cual deseaba salir de Querétaro y que hasta entonces habia prestado dignos servicios á los hospitales. Tenia órdenes de estar en el cerro de las Campanas á media noche, y si todo marchase bien podriamos esperar llegar á la Sierra temprano por la mañana. Hacia una luz muy clara de luna, lo que no era muy favorable á nuestra espedicion secreta, y sin embargo por otro lado hubiera sido imposible encontrar salida por entre las fortificaciones del enemigo que nos cercaban.

Me despedí del Emperador á las nueve de la noche. Me-

dió la mano y dijo: «Salm he confiado á vd. mucho, pero me encuentro satisfecho con la conviccion de que he depositado mi confianza en buenas manos.» Estaba muy triste al abandonar al Emperador, rodeado como estaba de toda clase de peligros; pero la comision que me habia confiado, prometia salvacion, y no podia menos que hacer lo mejor para corresponder á sus deseos.

Despues de haber cenado en el café francés con los oficiales que formaban mi acompañamiento, me fuí á las once y media al cerro de las Campanas, adonde me encontré listos al rejimiento de la Emperatriz y al 4 de caballería bajo las órdenes del coronel de la Cruz, los que debian ayudarnos en nuestra empresa. De pié junto á una tienda de campaña me encontré á Miramon en compañía del general Moret, el coronel de la Cruz y el coronel D. Pedro Gonzalez. El rejimiento de la Emperatriz me debia seguir, el 4º cubrir mi flanco izquierdo. Al mismo tiempo debia avanzar infantería á derecha é izquierda por los caminos que corren de allí.

Despues de un abrazo, se fué Miramon acompañado de los coroneles, quedándome yo con Moret á quien habia ordenado el Emperador por la tarde que debia ir mano á mano conmigo. Mientras arreglábamos nuestra marcha, comuniqué mi deseo de marchar con mis tropas á la vanguardia, pero Moret me suplicó se la dejase á sus mexicanos, quienes en su mayor parte habian sido guerrilleros que conocian el terreno palmo á palmo. Como que sus razones estaban patentes, convine el seguirle con mis húsares.

Una vez pasado el rio, debiamos meter espuelas á nuestros caballos y seguir adelante sin hacer caso de lo que ocurriera tras de nosotros. En el caso de que nos separáse-

mos por algun incidente, debiamos encontrarnos en un cierto camino tras del pueblito de Santa Rosa, al pié de la Sierra Gorda. De allí nos esforzariamos á encontrar al general Olvera y obrar de acuerdo con él.

Hacia una luna hermosa cuando partimos. Dando vuelta al cerro de las Campanas llegamos al rio. Estaba muy hondo y las orillas muy escabrosas. Teniamos que pasar de uno en uno y de esta manera se perdió mucho tiempo. Mientras que cruzábamos echamos de ver cohetes de luz en el campamento enemigo que indicaban la direccion de nuestra marcha y al llegar á la orilla opuesta, oimos á nuestra derecha é izquierda descargas de infantería que nos sorprendieron, tanto mas cuanto que el enemigo siempre resguardaba ese llano solo con caballería. Parecia como si tuviera el enemigo informes de nuestro plan, y ahora creo lo que entonces no creia, que estábamos traicionados por López, á quien el Emperador confiaba cosas que no debia haber comunicado sino á las personas á quienes concierne.

En vez de avanzar al galope, fuimos despacio y así continuamos por espacio de diez minutos cuando recibimos fuego de frente y ambos flancos, en cuya ocasion me rozó la pierna una bala y á mi caballo otra en la anca. En lugar de avanzar adelante nos detuvimos: envié al mayor Malburg á preguntar lo que ocurría. Se pasó mucho tiempo antes que hubiera regresado, y cuando llegó me dijo que teniamos precisamente delante densas columnas de infantería. Lo mandé al momento á Moret con la urgente súplica de que de todos modos avanzara y que no se cuidase de cuantos cayeran, pero volvió de nuevo Malburg con la súplica del general de que fuese á su lado.

Lo encontré frente á una zanja, lo que no era un impedimento grave, pues los sesenta hombres de la vanguardia la habian pasado. Al preguntarle porque no los habia seguido, el general me contestó que masas de infantería se habian antepuesto entre él y la vanguardia y se lo habian impedido. Ciertamente á distancia de unos ochenta pasos ví infantería frente á nosotros, que nos estaba haciendo fuego. Moret me preguntó lo que debiamos hacer en estas circunstancias, y que si no seria mejor posponer la empresa.

Ví que era ya una imposibilidad absoluta el avanzar por entre las masas de infantería que ante nosotros teniamos, y lamentaba el no haberme quedado todo el tiempo al lado del general, pues de los sesenta hombres de la vanguardia cuarenta llegaron á la Sierra Gorda, segun se me informó despues. Bajo estas circunstancias no quedaba nada, mas que pensar en la retirada, pues el fuego de frente y ambos flancos habia llegado á ser mas nutrido, y al mismo tiempo se nos hacian descargas de dos baterias que estaban á nuestra derecha, pero que no habian estado allí por la tarde.

Jamás en mi vida he estado tan furioso y mortificado como en esta retirada, que se debia á la falta de resolucion del general Moret, y aun mas á la ligereza del general Miramon de haberme hecho cargar con este hombre, cuya ineptitud para semejante expedicion lo era bien conocida. El general Escobar me dijo mas tarde que antes de mi llegada á la tienda de campaña, Miramon habia reprimido á Moret con bastante severidad con respecto á varios errores crasos cometidos anteriormente, y le habia rogado se portase debidamente en esta ocasion, que le proporcionaba para restablecer su reputacion militar. La negligencia de

Miramón era irremisible; pues aunque no tenía gran concepto de él, no puedo descubrir otra razón para que fuera de su deseo el evitar nuestro éxito.

No me es dado describir los sentimientos con que fui á ver al Emperador la mañana siguiente. Al entrar yo dije en voz alta, «Ya sé todo el negocio!» Traté esta vez de inducir al Emperador á que me dejase repetir la tentativa otra noche, y le aseguré que no volvería por segunda vez. Le agradó la proposición.

El 19 de Abril unos quince oficiales escribieron una carta al general Mejía, en la que dieron como opinión suya que no restaba nada que hacer más que rendirse, lo que aconsejaban se hiciera encarecidamente. A la cabeza de estos cobardes oficiales se hallaban el general Ramírez, el coronel Rubio y el comandante Adamí. Estos tres fueron arrestados el mismo día y así se les mantuvo durante todo el sitio.

El Emperador llegó á cerciorarse más y más de lo difícil de su posición, y manifestó el deseo de tenerme siempre á su lado. Ya no me dejaba ir á México y recibí sus órdenes para quedarme permanentemente en lo de adelante en el cuartel general. Creía aun que Márquez se encontraba en camino de vuelta á Querétaro, y Miramón declaró con la mayor seguridad que se podía sostener aun á Querétaro por meses. Por consiguiente en vez de mandarme á mí, me dió órdenes para que buscara alguna persona que emprendiera el ir á averiguar el paradero de Márquez.

Salir de la ciudad no era una imposibilidad para un hombre valiente y discreto, como se comprueba con el ejemplo de nuestra vanguardia.

Para esta aventura no conocía hombre más á propósito

que mi intrépido alsaciano Muth, y por lo tanto le hice la propuesta. Prometí darle dos mil pesos si trasmitia al general Márquez un pedacito de papel escondido en la suela de su zapato y si me traia contestacion, ó por lo menos noticias fidedignas de él. Le dí veinticinco pesos para la bolsa, y salió á su peligrosísima espedicion durante la noche del 20 y 21.

Entre los extranjeros en Querétaro llevados allí por el acaso de la guerra se hallaba un Mr. Wells, norte americano. En camino con un tren de carros y mulas, tuvo la desgracia de encontrar á Mr. Jía, el que consideró por conveniente el llevarlo y á todo su avío con él á Querétaro. El señor Wells era un caballero de mucho talento y muy agradable. En vez de perder el tiempo y la paciencia, lamentándose de su destino, con verdadera versatilidad americana se acomodó á las circunstancias. Para hacerse útil, se agregó á un hospital, y prestó muy buenos servicios allí y con tan buen corazon y voluntad que el Emperador consideró debido el reconocer estos dando á Mr. Vells la condecoracion de la órden de Guadalupe. Quedó estremadamente contento, republicano como era, y usó la condecoracion durante todo el sitio.

El dia 21 fuí nombrado primer ayudante de campo del Emperador, en lugar del coronel Ormachea, el que fué pasado á la caballería no sé por qué. Era estremadamente adicto, y durante todo el combate del dia 14, estuvo de rodillas rogando á Dios por la victoria.

Al otro lado del rio vimos en este dia colgado de un árbol á un hombre que tenia pegado al pecho un pedazo de papel en el que estaba pintado una gran B. 5, para demostrar

que el hombre que habia sido colgado era el 5º de nuestros espías que habia sido capturado.

Durante la noche del 21 al 22 de Abril, fuí despertado por Severo el camarista mexicano del Emperador, con órden de ir á ver á su amo. Lo encontré ya medio vestido, Me dijo que á una persona á quien no nombraba le acababa de informar que Miramon queria arrestarlo esa misma noche. «Aunque por un solo momento no creo esto», dijo el Emperador. «Creo conveniente tomar medidas contra cualesquier necesidad urgente».

Como que el Emperador no hizo mencion del nombre de la persona que le habia traído estos informes, no me gustó preguntar su nombre; pero supongo que fué Méndez.

Dí órdenes á los húsares de estar listos y yo vijilé toda la noche, la que se pasó sin embargo sin ningun incidente.

En la mañana del 22 de Abril, el Emperador mandó por Miramon con quien tuvo una conversacion que duró dos horas. No sé cual fué su objeto; pero cuando dí mi cuenta de por la mañana el Emperador, dijo. «Creo, Salm, que despues de todo el jóven general me es fiel.»

En la tarde vino un hombre al cuartel general, era este pariente de un clérigo de la ciudad, y vivia en la hacienda del Jacal, cuartel general del general liberal Corona, el que mandaba las líneas frente de aquellas que estaban ocupadas por Méndez. Habia escuchado una conversacion entre varios generales.

«Los generales, dijo, se rejocijaban mucho de la derrota de Márquez entre Puebla y México.»

«Eso no es verdad,» dijo el Emperador interrumpiendole; «pues Márquez nada tiene que hacer entre Puebla y México».

El hombre también hizo presente que los generales habían discutido la cuestión de lo que sería mejor hacer con «Maximiliano» y si se debía tomarle prisionero. Todos convinieron en que debía fusilársele; pero algunos de entre ellos espresaron el temor de que el gobierno le perdonaría y le enviaría á la costa.

«Contra eso,» dijo Corona, «tenemos aun un remedio. Puede hacérsele matar por su escolta como al presidente Comonfort.»

El 23 comí con el Emperador, pero nuestras viandas estaban tan sumamente malas que no podía menos de reirse. Le dije que el día anterior había comido mucho mejor con el doctor Basch cuya comida había sido guisada por su criado húngaro.

«Ese mal sujetol!» dijo el Emperador en tono de chanza; «le quitaré á ese servicial criado.» El negocio se arregló, y nuestras comidas en lo de adelante se mejoraron.

En aquellos días de vez en cuando solía comer en el Hotel de las Diligencias adonde por un peso se conseguía caballo ó mula asada, algunos frijoles y tortillas. Generalmente cargaba consigo un pedacito de pan el que era demasiado pequeño para poderlo compartir, pero por el cual se me envidiaba mucho. El Emperador recibía todas las mañanas algún pan de las buenas monjas del convento de Santa Teresita, y de este recibíamos un pedacito el doctor Basch, Pradillo, Blasio y yo.

El general Arellano había estado ocupado dos días erigiendo dos baterías en los ángulos proyectantes cerca del panteón: una cuya dirección era contra la garita de México, y la otra contra una batería que hacia unos días había construido el enemigo en el camino cerca del acueducto con

el objeto de atacar la Cruz igualmente por el lado de Oriente.

Mi posición no me permitía entonces visitar la ciudad; pero por deseo del Emperador, frecuentemente veía al general Méndez el cual estaba de muy mal humor, y á quien me esforzaba en alentar. Con mas frecuencia estaba en compañía del general Castillo el coronel D. Manuel Guzman de su estado mayor, Pradillo y el padre Aguirre. A veces jugábamos una partida de whist con el doctor Basch y los comandantes Pitner y Malburg. De las seis á las siete y media de la noche con regularidad se paseaba el Emperador en la plaza de la Cruz, y el enemigo lo debe haber sabido, pues á esas horas siempre enviaba granadas á la plaza, lo que sin embargo no perturbaba en lo mas mínimo al Emperador. Mas importunado estaba por las pordioseras, especialmente las mujeres de los soldados, las que no querían irse hasta que se les diera algo, y el que se encontraba en compañía del Emperador tenía que vaciarse las bolsas. Durante uno de estos paseos gasté de esta manera veinticinco pesos.

El 24 de Abril á las siete de la mañana ensayó sus nuevas baterías el general Arellano, contra la garita de México, y evidentemente con buen éxito, pues de vez en cuando se callaba el fuego del enemigo.

El Emperador subió al interior de la cúpula de la cruz con el objeto de observar el efecto de nuestros tiros. Con él estaban en el estrecho aposento Mejía, el que de nuevo habia salido afuera por primera vez, Miramon, Arellano, López, Pradillo y yo con mi sombra Montecon; el ayudante de López, y un frances, el capitan Kuries. Las ventanas

de este estrecho aposento se hallaban medio cerradas con adobes.

Una bala de á doce penetró por una de las ventanas y dió contra la pared de enfrente, cubriéndonos á todos de polvo y cal; pero á nadie le sucedió nada. La bala cayó al suelo, y el Emperador dijo que la enviaria á Miramon como un recuerdo, y que mandaria inscribir los nombres de todos los que allí estaban presentes. Miramon, que parecia molinero, se rió mucho de mí, porque me habia puesto por primera vez un uniforme nuevo y porque me dejé en el ojo mi lente empolvado, estrañando por qué no podia ver nada.

El fuego duró hasta las diez de la mañana, cuando se paró por razones de economía.

El cuartel general de Escobedo, quicn mandaba las fuerzas del enemigo, habia estado en el valle entre S. Gregorio y S. Pablo, creo que en el rancho de Jesus María; però desde nuestro ataque sobre S. Gregorio; se habia trasladado á la falda sureste del cerro de la Cantera.

El 25 de Abril fué herido por una granada que le destrozó ambas piernas en la azotea de la Cruz, el coronel Leiza, caballero sumamente activo y amable que pertenecia al estado mayor de Castillo. No quiso que lo asistiera el Doctor Basch, el cual ofreció amputarle ambas piernas, sino que prefirió á un cirujano mexicano que solo le cortó una, y á consecuencia de cuya operecion murió pocos dias despues.

Este dia tuve una conversacion muy larga con el general Castillo con respecto á nuestra presente posicion, y convenimos en unir nuestros esfuerzos con el objeto de inducir al Emperador á que abandonase Querétaro.

El Emperador accedió á nuestra proposicion, mas solo

bajo la condicion de llevarse consigo todo su ejército. Siempre se hallaba perseguido del temor de que no habia hecho bastante para cubrir su honor militar: además, decia aún: «Márquez vendrá todavía.»

Esta esperanza la perdió sin embargo este dia, debido á mi valiente Muth, el cual regresó de su aventura. En el cuarto del Emperador escribí lo que me dijo éste, mas como el original se perdió, solo puedo dar la sustancia de ese documento.

Cuando al abandornar Quéretaro Muth andubo secretamente entre los nopales, repentinamente se encontró con las avanzadas del enemigo apuntándole con los fusiles. Como que la fuga era imposible, hizo señas con su pañuelo y se reputó como desertor. Echó y rajó contra todos y contra todas las cosas de Querétaro, y fué conducido al cuartel general de algun gefe, adonde se encontró con un ayudante de campo aleman, me supongo seria algun aleman-americano, del Estado Mayor de Escobedo, un capitan llamado Enking, cuyo conocimiento tuve la desgracia de hacer mas tarde, segun relataré despues en su debido lugar.

Se sabia bien en el campamento enemigo que habia sido Márquez derrotado por Porfirio Diaz el 8 ó el 9 de Abril en San Lorenzo, un lugar entre México y Puebla; que habia perdido toda su artillería y solo habia escapado con unos cuantos de los «Sombreros chiquitos» como les llamaban los mexicanos á los húsares, á consecuencia de sus sombreros húngaros; y estaba ya sitiado en México.

Igualmente nos trajo la importante noticia de la caida de Puebla, y que tres generales imperiales y cincuenta oficiales habian sido fusilados por los liberales, lo que desgraciadamente probó ser muy cierto.

Muth dijo que los liberales no intentaban de nuevo otro ataque general, pues tenían la confianza de que tomarían pronto la ciudad matando de hambre á la guarnición.

El Emperador le preguntó qué significaba el toque de las campanas en los suburbios, y la diana en las líneas del enemigo que se habían oído días pasados. Hizo presente que esto era causado por las buenas nuevas que en ese día habían recibido con respecto al triunfo obtenido sobre Márquez.

Esto me hizo recordar al general Moret, el cual tuvo el descaro de mandar tocar diana en el cerro de las Campanas cuando regresó de su expedición nocturna que fracasó por ineptitud.

Pagué á Muth cien pesos á cuenta, prometiéndole quinientos ó seiscientos mas para el 15 de Mayo, lo que no se efectuó, siento decirlo, á causa de tristes é importantes eventos.

Las noticias traídas por Muth parecían confirmar al Emperador en su determinación de abrirse paso con el ejército, y al general Castillo se le encargó el trabajo de que por escrito hiciese proposiciones para la ejecución de semejante plan. Mandó buscar á Miramon y le comunicó los informes que habíamos recibido, y su determinación á consecuencia de ellos: me dió muchas órdenes, las que cumplí con ayuda de Mr. Schwesinger, el que hablaba y escribía el español perfectamente bien, mientras que Basch tenía que escribir muchas cartas confidenciales para el Emperador.

El 26 de Abril ya estaban hechos los preparativos para abrirnos paso por entre el enemigo, lo que debía efectuar, se á la mañana siguiente á las cinco. Nadie sabía nuestra-

intencion, escepto el Emperador, Castillo, Miramon y yo.

El Emperador me mandó poner todos sus papeles y archivos en pequeñas baliijas que debian llevar los húsares en los tientos, y el mayordomo del Emperador con puertas cerradas en mi cuarto se ocupó de este trabajo durante todo el dia.

Fuí nombrado por el Emperador gefe de la casa, y puso á mi especial mando tanto á los húsares, como á la Guardia de Corps mexicana. Se me olvidó decir que el comandante de los húsares, capitán Echegaray habia sido pasado á la infantería y su mando se le habia dado al capitán Pawlowski.

Este oficial era un hombre muy fornido, el cual sorprendió una ocasion á los mexicanos grandemente. Los combates de la caballería mexicana generalmente eran la cosa mas ridícula que se podia ver. Ambos asaltantes se detenian á cierta distancia y comenzaban á hacerse fuego mútuamente hasta que uno de ambos partidos satisfecho con lo que habia tenido, echaba á correr, y entonces el otro con gran bulla le perseguia. Cuando los húsares en vez de observar esta costumbre se arrojaron sable en mano sobre los mexicanos, estos se sorprendieron enteramente de tan rudo comportamiento y mucho mas del capitán Pawlowski, que siempre llevaba un sable de reglamento muy pesado y que destrozó á siete con su propia mano antes que se hubiesen recuperado de su sorpresa.

Tenia que preparar todo para nuestra salida, tan en secreto como era posible; y el Emperador que nunca olvidaba nada, mandó que todas las personas cerca de él llevaran en su bolsa un librito de memorias, con el objeto de

poder al instante escribir aun la órden mas insignificante, á lo que él estrictamente se adheria.

Para engañar á los habitantes y al enemigo, quienes sin embargo, conocian nuestra posicion mejor que nosotros mismos, se reunieron á todos los cornetas por la tarde en la plaza de la Cruz, para tocar diana, y al mismo tiempo se repicaron todas las campanas; es decir, todas aquellas que aun no habian sido trasformadas en balas de cañon. Me sentia contento y feliz porque al fin habiamos llegado á una determinacion, y dormí mejor de lo que jamás lo habia hecho antes.

Las disposiciones exactas para el 27 de Abril me eran conocidas; pero de lo que ví, parecia como si á Miramon le importase mas inflijir un castigo severo al enemigo, que cumplir nuestro designio principal.

Mientras que Miramon atacaba al enemigo al pié del cerro del Cimatario; Castillo, que se ofreció á hacerlo debia efectuar un ataque fingido contra la garita de México. Sin embargo, si por casualidad pudiera tomarla sin gran sacrificio, podia hacerlo.

El Emperador debia esperar en la Cruz el resultado del ataque de Miramon. Con él se quedaron los húsares, los Guardias de Corps y el rejimiento de la Emperatriz. Todo se hallaba empaquetado y listo para salir de Querétaro.

Entre las cinco y las seis de la mañana avanzaron al mismo tiempo Castillo y Miramon; el primero de estos sobre el camino que deseaba tomar el 11 de Abril, y el último de la capilla de San Frascisquito.

Con Miramon iba la division del general Méndez, el que en ese dia hizo lo mejor, pues habia notado que el Emperador últimamente le habia tratado con alguna frialdad. A

la cabeza de la columna asaltante estaban como de costumbre, los intrépidos cazadores y en seguida de ellos el batallón de los Guardias Municipales de México. La caballería cubría su flanco derecho.

Al primer asalto del mayor Pitner fué tomada la primera línea enemiga y una batería. El ataque se hizo con tal impetuosidad, que un terror pánico se apoderó de los liberales, quienes huyeron casi sin haber hecho frente. En ese ataque se encontró Pitner con la brigada liberal de Morelia la que estaba mandada por un coronel alemán Carlos von Gagern, cuyo ayudante Mr. von Gluemer, fué hecho prisionero.

Una vez que se encontraron nuestras tropas en la línea del enemigo, era fácil tarea la de arrollarlo, pues estaba flanqueado y se le hacia fuego por la espalda. Los liberales huyeron como una manada de carneros poseidos de un terror pánico. Quince cañones, siete estandartes y quinientos cuarenta y siete prisioneros inclusos veintiun oficiales, una gran cantidad de parque y armas, bagage de los oficiales y provisiones fueron el resultado de este breve combate. La formidable hacienda del Jacal, cuartel general de Corona fué igualmente tomada. El pánico de los liberales fué tan grande, que muchos y entre ellos algunos generales, huyeron hasta mas allá de Celaya, que está á siete leguas de Querétaro.

Castillo igualmente obtuvo buen éxito. Tomó una batería de seis cañones; mas como que la garita y la hacienda frente á esta eran como un fuerte fabricado con sólidas piedras, no era tan sencillo el tomarlas como una trinchera.

Apenas habiamos sufrido pérdidas y el fin de nuestro ataque se cumplió del modo mas glorioso, y fuera de toda

esperanza. Nada nos impedía abandonar la ciudad, pues necesariamente algunas horas habían de pasar antes que Escobedo pudiera enviar nuevos refuerzos de las líneas frente y alrededor de la ciudad. Cualquiera que conozca el modo de guerrear mexicano, sabrá igualmente que cualquier regreso de tropas no era de temerse.

Oficiales liberales mas tarde me dijeron, que su ejército perdió en este día, nada menos de diez mil hombres por la desercion, y que se envió caballería en su busca, para traer por lo menos á algunos de ellos. La derrota fué tan completa y aparecía tan decisiva que algunos de los generales liberales propusieron levantar el sitio y todos admitieron que lo hubieran tenido que hacer, si Miramon hubiera al instante apoyado á Castillo, y la garita de Mexico hubiera sido tomada.

Los pobres habitantes estaban llenos de júbilo. Tan pronto como supieron de nuestro gran triunfo se arrojaron en las líneas del enemigo y se sirvieron de todas las provisiones de boca que allí encontraron. Cuando vió el Emperador que nuestras tropas estaban victoriosas, ordenó que quedase todo preparado en su casa y montó á caballo por el campo de batalla, acompañado de Pradillo, López, yo y los húsares. Las tropas lo recibieron con tremendos vivas. En todas nuestras líneas se tocaba «diana», y todas las campanas de Querétaro proclamaban por todos los alrededores nuestra victoria. Cuando llegamos ví con sorpresa que las tropas de Miramon se retiraban á la Casa Blanca, aunque enemigo alguno estaba ante nosotros, y nada le impedía volver al Cimatario, ocupar la Cuesta China, y desde allí hacer fuego sobre la garita de México; si nada se intentaba ademas del designio primitivo.

El Emperador pasó á caballo por las líneas que habian sido ocupadas por el enemigo, en conversacion animada con Miramon; igualmente visitó la hacienda del Jacal. Durante esta conversacion me supongo que el general Miramon trató de persuadir al Emperador á que por el presente abandonase la intencion de dejar á Querétaro y hacer otra tentativa para aniquilar al resto de las fuerzas enemigas, puesto que se habia hecho con tal facilidad en el lado del sur. La elocuencia del jóven general era mas conveniente, puesto que se hallaba sostenido por un éxito tan estupendo. Se resolvió esta vez que Miramon avanzase á la derecha del Cimatarío, limpiase la cima de la Cuesta China, cruzase el rio, y atacase S. Gregorio. Si este plan se hubiera llevado adelante inmediatamente despues de nuestro triunfo tal vez podia haberse seguido de otro aun mas grande; pero horas enteras habian pasado, durante las cuales nada se hizo. El Emperador no obstante estaba lleno de esperanza, y me dijo: “Despues de todo, Salm, es bueno el jóven general.”

Se há afirmado mas tarde, por el comandante von Goerbitz, un aleman perteneciente al estado mayor de Miramon, que no fué este general sino el Emperador, quien ordenó se hiciera un segundo ataque. Al interrogarlo cómo era que el comandante podia saber lo que habia pasado en lo privado entre el Emperador y Miramon, el comandante dijo que este último habia tenido siempre la costumbre de reunir á sus ayudantes despues de una conversacion con el Emperador con el objeto de comunicarles lo que se habia dicho, ó lo que se habia resuelto.

Pregunté al general Escobar, quien siempre habia estado con Miramon, y negó de plano que este general jamás habia tenido esta costumbre extraordinaria. El general Esco-

bar todavía existe, y estará dispuesto á repetir ahora lo que entonces asegur6. Pero si el comandante von Goerbitz oy6 á Miramon hacer esta representacion, entonces debo suponerme que el general lo dijo así con algun fin particular; pues de una conversacion de él al Emperador sobre este asunto, en la que me hallaba yo presente, se aclar6 que el segundo ataque habia sido propuesto por Miramon. No he entendido mal esta conversacion, pues se lo pregunté al mismo Emperador, y me contest6 que habia entendido bien el asunto.

Antiguamente Márquez era el espíritu maligno del Emperador; -esta vez lo era Miramon: el primero de estos es un traidor vil; el segundo pag6 con su sangre vertida al mismo tiempo que la del Emperador; y mientras no haya pruebas de lo contrario creeremos que Miramon, aunque completamente poseido de ambicion personal, estaba mas bien ciego por sus propias ilusiones, y llevado por su lijereza, que de intento engañaba al Emperador y le aconsejaba mal, con el fin de elevarse con la caida de este.

El general Escobedo aprovech6 mejor el tiempo malgastado por Miramon con una negligencia tan culpable. Tan pronto como vi6 desde su cuartel general en la Cantera á través de la ciudad, el ancho costado del Cimatario cubierto por sus soldados de terror pánico poseidos, envi6 al través del rio á sus mejores soldados para reparar sus pérdidas. Entre estas tropas se hallaba el batallon de Supremos Poderes, la escolta particular de Juarez; la brigada de Nuevo Leon, á las ordenes del coronel Palacio; y aun hasta la escolta de Escobedo, el rejimiento de caballería de los Cazadores de Galeana, quienes portaban rifles americanos Spencer de á ocho tiros.

Eran mas de las nueve de la mañana. Colocó Miramon dos brigadas una á la derecha y otra á la izquierda del ancho camino que conducia de la Casa Blanca al Cimatario; el mismo en el que avanzó el enemigo el 27 de Marzo. Una tercer brigada le siguiá como de reserva, mientras que el 4º rejimiento de caballería, á las órdenes del coronel de la Cruz, cubria el flanco derecho.

Sea porque Miramon habia olvidado adquirir informes tocante á los movimientos del enemigo, ó sea por la embriaguez que el triunfo produjo en él, no sabré decir, pero no habia creido necesario el poner un vijilante en la cima del Cimatario: pero es un hecho que los refuerzos enviados por Escobedo estaban ya cerca de esa cima en el declive opuesto del cerro, cuando nuestras tropas lo empezaron á subir del otro lado. Por descuido habia perdido Miramon la gran ventaja de su posicion, y otra prueba mas de su negligencia fué la de haber permitido que los Cazadores fuesen al ataque con solo dos ó tres cartuchos en las cartucheras. El Emperador, igualmente escitado con el triunfo y creyendo ahora mas que nunca en el genio de Miramon, avanzó en compañía del general.

Cuando nuestras brigadas habian subido las dos terceras partes del cerro, fueron saludadas con un fuego nutridísimo de la cima, adonde habian llegado las tropas de Escobedo. Al mismo tiempo los Cazadores de Galeana dieron vuelta al flanco izquierdo del enemigo y efectuaron un ataque contra nuestro 4º rejimiento de caballería, el que fué derrotado y rechazado sobre la infantería; nuestras tropas hicieron alto. Su embriaguez no habia sido duradera, pues su victoria habia sido demasiado fácil. Y lo que es mas, estaban

ya fatigados con la tarea de la mañana, especialmente con la corrida cuesta arriba para hacer prisioneros.

El fuego desde la punta del cerro, fortalecido por el de ambos flancos de los victoriosos Cazadores de Galeana, quienes en esa ocasión dispararon catorce mil cartuchos, según fui más tarde informado, era demasiado para ellos, y comenzaron á vacilar

En ese momento el Emperador desenvainó la espada y pasó al frente de la primera línea: Miramon estaba á su derecha, yo á su izquierda. Pero el fuego de las alturas fué más poderoso que la elocuencia de sus animantes palabras y su ejemplo; nuestras tropas dieron la espalda al frente, y los liberales avanzaron de sus posiciones. El Emperador fuera de sí, no quería retirarse, y se quedó en el punto en que se hallaba como blanco para cada bala. Que no hubiera encontrado aquí la muerte de un soldado, es de admirarse. El peligro llegó á ser más y más eminente, pues el enemigo avanzaba. Miramon y yo en vano le rogamos se retirase; insistía en quedarse. Al fin le puse la mano en el brazo izquierdo y dije: «Imploro á Vuestra Magestad no se esponga de una manera tan inútil; por su ejército no debe esponer su vida!» Esto tuvo el debido efecto. El Emperador con paso lento volvió su caballo y se dirigió á la Casa Blanca.

El declive del cerro ofrecía en ese momento un espectáculo que me partió el corazón. Estaba cubierto de nuestras tropas fugándose en desorden, perseguidas por los Cazadores de Galeana, quienes mataban á los heridos. En la corta distancia que hay del cerro á la Casa Blanca perdimos doscientos cincuenta hombres, entre ellos al teniente Wols de los Cazadores, el que se quedó en el campo, herido en la

cara. El enemigo hizo la tentativa de perseguirnos hasta la ciudad, y al momento nos siguió hasta la Casa Blanca, que que se habia ocupado como antes. El general Miramon estaba en la azotea de la Casa Blanca; suplicó al Emperador subiese con él allí para que viese cómo los liberales se romperian las cabezas contra nuestras murallas. Miramon no se equivocaba en esta ocasion. El enemigo se detuvo á cosa de doscientos pasos, y cuando fué rechazado un intrépido ataque de los Cazadores de Galeana contra nuestra batería que estaba situada entre las garitas de Pueblita y Celaya, los liberales se conformaron con volver á ocupar de nuevo las líneas que esa mañana habian perdido sus camaradas.

Cuando me hallaba en la azotea de la Casa Blanca con el Emperador y Miramon, pregunté á este último qué medidas habia tomado para la seguridad de la Cruz. Y me contestó: «Hasta este momento absolutamente ningunas.» Habia olvidado la Cruz enteramente y á haber dependido de los liberales la hubieran tomado sin dificultad alguna. Sin embargo, no se le habia dejado completamente sin proteccion. El rejimiento de la Emperatriz hacia el servicio de infantería, y Mejía, que habia ido á la Cruz, empleó á esos hombres que habian venido con las piezas capturadas. Estas, junto con los estandartes y prisioneros, fueron situados en la plaza de la Cruz. Entre estos estaban el ayudante del coronel de los liberales von Gagern, un señor von Gluemer, que en un tiempo habia sido alférez prusiano. Cuando el Emperador le preguntó si era aleman, le contestó con una espresion correspondiente: «Soy americano!» *Civis Romanus sum.*

El Emperador se quedó conferenciando encerrado con Mi-

ramon mas de una hora, y yo me retiré al cuarto de Castillo, el que ya estaba de regreso. Ambos éramos de opinion que no obstante el curso que habian tomado las cosas, aun podiamos cumplir con el propósito primitivo de nuestro ataque, y que el presente momento era mas favorable de lo que mas adelante se nos podia presentar. Salirnos con todo nuestro ejército era practicable por cualquier punto de las líneas enemigas, pero especialmente en direccion á la Sierra Gorda, pues Escobedo habia disminuido esas líneas con haber mandado de allí las tropas que habian rechazado nuestro segundo ataque, mientras que á la mañana siguiente muchas de las tropas derrotadas, probablemente se habrian recuperado de su terror pánico y regresado.

Todo estaba empaquetado y listo, y los dos señores americanos Mr. Clark y Mr. Wells, quienes me habian suplicado no los dejase atrás, con impaciencia esperaban la señal de marcha. Todavía no habia recibido contra orden, pero la prolongada conversacion que el Emperador tenia con Miramón nos tenia inquietos, y temiamos que este ardiente y jóven general induciria á S. M. á quedarse. Por lo tanto fingí negocio en el aposento del Emperador, y al echarme de ver él, dije en aleman: «Me podrá conceder su Magestad el favor de unas cuantas palabras antes de despedir al jóven general?»

«Está bien,» replicó el Emperador, «aguárdeme vd. en el cuarto de Castillo: estaré allí dentro de un momento.»

Pronto se presentó.

«Vuestra Magestad» le dije, me favorecerá con el permiso de hablarle con mas franqueza de lo que me atreviera á hacerlo bajo circunstancias menos precarias que estas?»

«Siempre deseo que hable vd. con franqueza y libertad

conmigo » dijo el Emperador, « aun bajo las mas prósperas circunstancias. »

« Pues bien, Vuestra Magestad » continué « le imploro abandone esta ciudad, adonde ciertamente encontrará su muerte; » y desplegué todas las razones y argumentos que habia discutido con Castillo, y en las que este general me sostuvo hasta lo último.

Pero todo fué en vano. El Emperador estaba enfatuado con Miramon. De nuevo aludió á su « honor militar, » que no le permitia abandonar la ciudad con toda la artillería de grueso calibre.

« Y lo que es mas » exclamó, « qué sucederá con esta desgraciada ciudad que nos ha sido tan fiel; y nuestros pobres heridos, á quienes no podemos llevar consigo? »

Aunque estos escrúpulos hacian honor al corazon del Emperador, no las podiamos encontrar convincentes. Rendir un fuerte, sin hallarse obligado por la mayor necesidad, ó perder la artillería, podrá ir en contra del honor de un comandante ó de un oficial de artillería, y ciertamente es de desearse que semejantes ideas sean como artículos de credo en un ejército; pero no es posible que puedan estar estas en fuerza con un soberano que debe guiarse por otros motivos y no solo por su honor militar. Sin embargo, no se podia persuadir al Emperador, nos dijo que ya habia arreglado otro ataque contra San Gregorio para la mañana siguiente.

« Pues bien » exclamé « si Vuestra Magestad insiste en quedarse y atacar San Gregorio, le imploro no se demore, sino que se haga en el acto, dentro de una hora ».

Castillo opinaba lo mismo, pero en vano; la opinion de Miramon era la que prevalecia, y tuve que dar órdenes á

los húsares y Guardias de Corps para que se retirasen á sus cuarteles. Así terminó el 27 de Abril, que nos ofrecia la última oportunidad de salvacion.

El ataque contra San Gregorio, que se propuso para el 28 de Abril, no tuvo lugar, en parte por la escasez de municiones, pero mas bien porque el Emperador habia sido inspirado con tal confianza por Miramon de un éxito afortunado, que se imaginaba que un dia mas ó ménos no importaba mucho. No se pensó mas en Márquez, y si venia ó no se consideraba ya como bastante indiferente, pues Miramon se sentia suficientemente fuerte para conquistar sin él. Romper la línea era cosa que se podia haber hecho cualquier dia sin mucha dificultad. El enemigo se mantuvo quieto este dia, y nosotros no lo perturbamos.

Méndez echó de ver á una muger frente á sus líneas, que llevaba un sombrero ornado con una pluma, y una arma con la que con furor hacia fuego al enemigo. Yo ya la habia visto en otras ocasiones. Parecia como hija de soldado. Al ser examinada por el general Méndez, dijo que su esposo habia sido matado por los liberales el dia 14 de Marzo, y que queria vengarlo: como que tenia la apariencia de una muger sumamente resuelta, el general la empleó para que saliese y trajese noticias de Márquez, por lo que le prometió darle quinientos pesos.

Regresó despues de pocos dias y dijo que Márquez estaria en Querétaro dentro de dos ó tres dias, pues le habia hablado en Arroyozarco. Pero al examinarla mas de cerca se contradijo de un modo muy sospechoso y se tuvo á bien ponerla presa.

Seria probablemente algun espía del enemigo, á la que

Le hubiera agradado ganar de un modo fácil quinientos pesos imperiales.

Notamos que se hacian contraseñas de las diversas azoteas de la ciudad, y mas tarde oimos decir que habia organizado el enemigo en la ciudad un sistema perfecto de espionage. Habia un escondite de estos espías cerca de la Cruz en las casas ocupadas ya por el enemigo. Aun oficiales liberales en traje de paisanos habian estado en la Cruz. Por supuesto todo esto lo llegamos á saber hasta despues del sitio.

Nuestras tropas se habian disminuido considerablemente á consecuencia de tantos combates, á tal grado habia esto llegado, que la infantería no era ya suficiente para cubrir las trincheras. Aquellas que habia entre la garita de Celaya y el cerro de las Campanas fueron por consiguiente ocupadas por el 4º rejimiento de caballería, cuyos caballos en su mayor parte habian muerto de hambre. Era de sorprenderse que los liberales no atacasen esta posicion.

La escasez de maiz no se sentia menos que la del dinero. Algunos rejimientos de caballería y las yuntas de la artillería no recibieron ningunas raciones y tenian que mantener sus caballos con hojas y ramas cortadas. Los soldados solo recibian media paga y los oficiales casi ninguna.

El 29 de Abril montó á caballo el Emperador conmigo y el coronel López, y recorrió las líneas. No se sentia bien y estaba de mal humor. Comí con él en compañía del coronel D. Joaquin Rodriguez, bastante bien, gracias á la destreza del cocinero, que se le habia quitado al epicúreo Dr. Basch.

El 30 de Abril fué llamado Miramon al lado del Emperador, y como que el incansable general Arellano habia

reemplazado el parque, se resolvió atacar la garita de México en ese mismo día.

El 1º de Mayo se comenzó el ataque á las seis de la mañana por la batería que estaba cerca de la capilla de San Francisquito la que hacia fuego contra la hacienda de Calleja, casi frente á la capilla en las líneas del enemigo, teniendo el fuego tan buen éxito, que fué desocupado el lugar por el Este.

Los cazadores y el batallon de los Guardias Municipales, ambos mandados por el coronel D. Joaquin Rodriguez, lo mismo que la batería de San Francisquito, al instante ocuparon este lugar por entero. La batería rompió el fuego contra la garita de México por una parte, mientras que por otra, la atacó con las baterías que estaban en la Cruz. Arellano dirigió el bombardeo desde el panteon.

Al mismo tiempo salió de la hacienda con sus tropas el coronel Rodriguez y avanzó sobre la garita; el Emperador y yo que desde un ángulo de la Cruz observábamos el ataque, vimos huir por la puerta que daba atrás de la hacienda, cerca de la garita, á soldados, mujeres, caballos y mulas. Nuestro triunfo parecia estar asegurado, cuando cambió la suerte por un accidente. El coronel Rodriguez, uno de los hombres mas valientes que jamás he conocido se hallaba á la cabeza de sus tropas, pero cuando se encontraba á cosa de veinticinco pasos de la garita fué traspasado por dos balas y cayó muerto del caballo.

La muerte de su coronel hizo detenerse á los Guardias Municipales; depues empezó la confusion y al fin la retirada. Allí no habia reserva, y la ventaja ganada no podia seguirse. Los defensores de la garita recobraron su valor y persiguieron á nuestras tropas en retirada, las que car-

garon con el cuerpo de su coronel hasta la hacienda de Calleja. Después de esto hicieron los liberales un ataque contra la batería que había allí, pero fueron rechazados por los cazadores. Sin embargo, se consideró por conveniente abandonar la hacienda y de nuevo retirarse á la capilla de San Francisquito.

Los fuegos de nuestra artillería habían sin embargo hecho buenos servicios; se había destruido la pared del corral perteneciente á la hacienda cerca de la garita, é igualmente habían hecho bastantes perjuicios á la hacienda de Calleja. En esta refriega los cazadores habían tenido tres oficiales gravemente heridos, de los cuales murieron dos. Uno tenía un balazo en la cabeza que le dejó descubiertos los sesos; sin embargo de esto sobrevivió hasta en la tarde.

El coronel de los liberales Palacios, que mandaba en la garita, era amigo del coronel Rodríguez, con quien había estado en Francia como prisionero de guerra. La muerte de Rodríguez fué profundamente sentida por todos; y el 2 de Mayo tuvieron lugar sus funerales solemnes en la iglesia de la Congregación, adonde se sepultaron á todos los oficiales que en la campaña habían sido muertos en batalla ó de sus heridas durante el sitio. El Emperador con todo su Estado Mayor asistió al entierro.

A la sazón el enemigo había recibido nuevas remesas de parque y bombardeaba la ciudad de una manera vigorosa y poco común. Al fin se resolvió en la tarde atacar el cerro de San Gregorio á la mañana siguiente.

Nuestros medios, tanto en dinero, cuanto en provisiones, se hallaban casi exhaustos, y era necesario tomar medidas para hacerse de estos de algún modo ú otro. Por lo tanto

á todos los habitantes de la ciudad se les puso un impuesto acorde con sus rentas, y cada uno tenia que llevar su cuota diaria á determinado lugar á las seis de la tarde. El hombre mas rico de la ciudad, era un comerciante llamado Rubio, tenia que pagar ciento cincuenta pesos diarios. Castillo tuvo la superintendencia de este negocio, y bajo sus órdenes los coroneles Antonio Diaz y Francisco Redonet, estaban encargados de las contribuciones en dinero, y un comisionado llamado Prieto, de las provisiones de boca y forrage.

El 3 de Mayo habia de tener lugar á las cinco de la mañana el ataque contra San Gregorio; pero por razones que ignoro se pospuso hasta las siete, cuando el Emperador, que estaba sumamente incómodo, iba ya á contramandar. Sin embargo, tuvo lugar con dos columnas, las que en su primer asalto de nuevo tomaron la primera línea enemiga; pero como de costumbre, no habia reserva y la ventaja de este modo ganada no podia aprovecharse. Todo se hallaba dispuesto en la Cruz para la marcha, en el caso de ser nosotros derrotados y entrase el enemigo á la ciudad.

El general Arrellano y yo estábamos con el Emperador en la torre de la Cruz observando el ataque. Una bala de cañon pasó por entre la cabeza del Emperador y la del general Arrellano, el que fué levemente herido en la cabeza y hombros por un pedazo de pared. Me hallaba yo tras el Emperador y creyendo que estaba herido lo cojí en mis brazos. Un oficial que estaba en la azotea de la Cruz fué hecho pedazos por otra bala de cañon.

Despues de esto, acompañé al Emperador á la plaza de armas, donde nos pasaron varios heridos cargados. Entre ellos el coronel Cevallos gravemente herido en una rodilla

y el coronel Sousa del batallón Celaya, el que murió esa tarde. Un soldado de este batallón al pasar frente á nosotros solo y con serenidad levantó con la mano izquierda el brazo derecho roto por una bala de cañón y pendiente nada mas de un pedazo de pellejo se lo mostró al Emperador, le hizo un regalo á ese desgraciado y recomendó tuvieran con él un cuidado especial. El casino, antiguo alojamiento del Emperador, fué trasformado despues en hospital para los amputados y los heridos graves.

El Emperador buscó un oficial para que llevase la órden á Miramon de mantener la línea que se habia tomado, hasta que le enviase refuerzos. Como que no habia un oficial á mano ofrecí ir yo, pero el Emperador dijo: «No, no, Salm, busque vd. á otro, pues no quiero que le vaya á suceder á vd. algo.»

El capitán Baron von Fuerstenwaerther fué á ver á Miramon, mas ya fué tarde; la línea conquistada habia ya sido de nuevo tomada por el enemigo.

Este fué el último ataque que hicimos de nuestro lado. Habiamos hecho un gran número de prisioneros que estaban reunidos en el atrio de la catedral y allí fueron examinados. Dijeron que todo marchaba satisfactoriamente en el campamento de los liberales y que desde mucho tiempo atrás hubiera sido tomado Querétaro si los generales no hubieran estado celosos y peleándose entre sí. De eso sin embargo, no habia que sorprenderse. Muchos de entre ellos pertenecian á diversos partidos, y habian sido enemigos toda su vida, y en esta ocasion solo estaban unidos temporalmente para la conclusion del sitio.

TOMA DE LA CIUDAD POR TRAICION.

El general Méndez estaba ya muy disgustado. Declaró que todos estos encuentros habian sido supérfluos, pues solo nos costaban hombres sin traernos la mas mínima ventaja. La única cosa que quedaba que hacer era romper las líneas del enemigo y salirse. Estaba tan sumamente incómodo, que dijo se hallaba enfermo sin estarlo, y se trasladó á una casa en la plaza de la Independencia. El y otros generales tenian la esperanza de que el Emperador se desprenderia de las influencias del ardoroso general Miramon, y el Emperador por otro lado esperaba aun que el general encontraria medios para aniquilar al enemigo y levantar el sitio. Así, entre las esperanzas de ambos que nunca habian de realizarse, el tiempo se deslizó sin que nada decisivo se efectuara, hasta que de dia en dia vino á ser la posicion insostenible.

El dia 4 de Mayo fué otra vez bombardeada la ciudad de una manera terrible; pero esto era ya un incidente de todos los dias.

Los soldados que teniamos en la Casa Blanca echaron

de ver á un buey muy flaco que venia corriendo hácia nuestras líneas, traia entre los cuernos un pedazo de papel, y esto movió bastante la curiosidad de los soldados. Salieron á cogerlo y como que el enemigo no hizo fuego lograron su intento. Fué una chanza de los liberales; en el papel estaba escrito, que nos mandaban algo que comer para que cayésemos con vida entre sus manos. Nuestros soldados enviaron en cambio un caballo igualmente flaco, para que no pudieran alcanzar cuando nos abriéramos paso por entre ellos.

El 5 de Mayo fué dia festivo para los liberales y que celebraron por órden de su Gobierno en memoria del triunfo obtenido en 1862 contra los franceses en el fuerte de Loreto frente á Puebla; á consecuencia de lo cual estos últimos tuvieron que retirarse á Orizava y allí esperar por varios meses refuerzos de Francia.

Estando acostado en mi catre de campaña por la tarde, pasó una bala de cañon por un pasadizo contiguo y echando abajo un pilar que habia allí vino á dar contra la pared opuesta precisamente en el lugar donde estaba mi cama; afortunadamente el choque contra el pilar habia quitado á la bala su mayor fuerza, y por lo tanto resistió la pared.

Cuando me hallaba sentado escribiendo en el cuarto del Emperador con su perrito «King Charles el Baby» sobre las piernas, entró López y en un rincon dijo algo al oido al Emperador. El pequeño Baby, amigable casi con todo el mundo, en esta vez saltó de mis piernas y atacó al coronel por las suyas con una furia inconcebible y no queria sossegarse. El Emperador mas tarde me hizo recordar esta ocurrencia.

Hacia el anochecer se echó de ver gran movimiento en las líneas enemigas, y á las ocho y media comenzó un fuego nutrido de todas las baterías en celebridad del día. Fué realmente un espectáculo raro y maravilloso, al realzar cada proyectil una línea de fuego en el oscuro cielo; el concierto producido por cien piezas de artillería y la esplosion de innumerables granadas; no fué menos impresionable para las personas nerviosas.

Los liberales se habian embriagado con la esperanza de que con las influencias del licor pudieran lograr el ataque tan frecuentemente ensayado contra el puente. Esta vez vinieron con mas furor y avanzaron hasta veinticinco pasos del puente; mas entonces fueron destrozados por las balas y la metralla y huyeron en desórden dejando un gran número de muertos en el campo.

El Emperador permaneció en la plaza de la Cruz durante el bombardeo que duró hasta las diez, y tanto los húsares como los Guardias de Corps se mantuvieron listos.

El día 6 de Mayo fué de descanso en ambos campamentos. Acompañando al Emperador en su paseo de costumbre en la plaza de la Cruz, se quejó amargamente de Márquez y de las contiendas entre sus demas generales. El final de todas sus quejas era sin embargo, «Afortunadamente podemos abrirnos paso cuando nos plazca.» Habló igualmente tocante á sus relaciones con Europa; hizo mencion de los franceses y de su Emperador, pero de ninguna manera con palabras lisonjeras. Lo de mas aprobacion fueron sus observaciones tocantes al Príncipe heredero de Prusia, por quien tenia la mas singular predileccion. Dijo que en el caso que Prusia tuviera una guerra con Francia, acompa-

ñaria al Príncipe heredero, siempre que no hubiera guerra contra Austria.

En este mismo día pagué una visita al general Méndez, á quien hallé en su casa, no físicamente enfermo, pero sí con un humor atroz, y se espresó de un modo que me hizo temer sériamente que sus palabras se seguirían con obras correspondientes. Por consiguiente creí de mi deber el llamar la atención del Emperador con respecto á este asunto. Este día era el sesenta y dos de riguroso sitio.

El 7 de Mayo fueron promovidos varios oficiales por recomendación de Miramon. Me sorprendí bastante no ver entre ellos al comandante Pitner, que se había distinguido tanto en las diversas acciones, cuando comandantes más jóvenes aun y que merecían menos que este, se les promovió. Hablé al Emperador sobre esta injusticia y tuve la satisfacción de saber que el comandante Pitner había sido nombrado teniente coronel ese mismo día, el intrépido mayor Malburg, al fin, igualmente obtuvo la medalla por su brillante comportamiento del 24 de Marzo.

El 8 de Mayo acompañé al Emperador á las trincheras. Cerca de la capilla de San Francisquito adonde vimos á los soldados que estaban guisando nopales. El Emperador les preguntó si les daban su rancho; contestaron que recibían su ración completa de carne de mula, pero menos maíz, café y frijoles que de costumbre.

Entre la capilla y la Alameda teníamos á cosa de ciento cincuenta pasos frente á las líneas un pequeño parapeto que protejía á un mortero. Cuando el Emperador abandonó conmigo las trincheras para irse á este parapeto al momento le hicieron fuego: «Salm, me dijo, quédese vd. aquí y aguárdeme vd.» Pero repliqué: «No puedo permitir que V. M.

se vaya solo.»—«Sí, sí, mando á vd. que se quede aquí.» Por lo tanto, me quedé en el lugar adonde me dejó el Emperador, en el campo entre la línea y el pequeño parapeto, hasta que regresó el Emperador, quien se sorprendió de encontrarme allí, pues habia querido que regresase tras de las trincheras. «Pues bien, dije escusándome: V. M. me mandó que me quedase aquí, y héme aquí.» Sacudió la cabeza sin decir palabra y siguió andando de frente. Siempre se esponia y con frecuencia innecesariamente, pero siempre cuidaba de que esto no se hiciera por personas á quienes él queria.

En camino á casa traté de persuadir al Emperador á que visitase al general Méndez, con la esperanza que esta distincion produciria buen efecto en éste; pero el Emperador se rehusó temeroso de que no convendria á su dignidad. Le dije sin embargo, que el valiente Cevallos estaba en cama y ocupaba el mismo cuarto que Méndez, y que el bizarro coronel que solo podria sobrevivir unos cuantos dias, se sentiria en extremo satisfecho con ver á su Emperador una vez mas.»

El Emperador no me contestó, pero visitó conmigo diversos lugares hasta el oscurecer; despues de lo cual fué á casa de Méndez. Al entrar en le cuarto se dirigió al momento al lecho de Cevallos, y mientras tanto me senté en la orilla de la cama de Méndez, habló algunas palabras de consuelo al moribundo coronel. Despues de esto se dirigió á Méndez, le preguntó cómo se sentia y algunas otras palabras indiferentes por hallarse presente la señora de Méndez y otras personas en el cuarto, y le dijo: «Enviaré al coronel Salm, que tiene que comunicarle á vd. algo mas.»

Despues de haber dejado al Emperador en su casa, vol-

ví á ver á Méndez, á quien me encontré en extremo satisfecho con la visita del Emperador; pero aumentó su alegría cuando le comuniqué que el Emperador al fin habia decidido abrirse paso fuera de la ciudad, y le pregunté su opinion acerca de esto. Méndez me prometió que al dia siguiente estaria bueno, que consultaria con Mejía y que informaria al Emperador del resultado.

El 9 á cosa de medio dia vino Méndez. Habia recobrado la salud y el buen humor, y tuvimos una conversacion larga, tomando una botella de vino. Le dije que el Emperador queria que asistiera á un Consejo de Guerra en el que debia determinarse la manera de llevar este plan á cabo.

El general Miramon, por divertirse, asustó al general Escobedo ese dia; cuya aversion á las balas le era conocida, dirigiéndole descargas de una batería á su cuartel general en la falda del cerro de la Cantera. Era en verdad divertido ver la confusion que causaron nuestros tiros y la presteza con que todos se escurrieron del cuartel general. Pero á Escobedo no le supo bien el chiste de semejante chanza del jóven general y se molestó bastante.

En la tarde acompañé al Emperador á su paseo de costumbre en la plaza de la Cruz, aunque en esos momentos era un lugar algo espuesto. No solo era bombardeada la Cruz con balas y granadas, sino igualmente de las casas que están cerca de la plaza que estaban ocupadas ya por el enemigo, el que desde allí mantenía un fuego nutrido de infantería contra cualesquier persona que se atrevia á salir.

El Emperador tenia hoy un humor triste. Ocho granadas reventaron en su derredor; no se cuidaba de ellas y conti-

nuaba su paseo, pero vió á varios oficiales que estaban sentados en una banca de piedra que está cerca de la entrada del convento, y entre estos al capitán von Fuerstenwaerther y al Dr. Basch que parecían despreciar algo el peligro. Me mandó á que les reconviniera, pero estos se quedaron allí no obstante, probablemente pensando que no sería propio irse, mientras tanto su Emperador se quedaba en medio de una lluvia de balas. Sin embargo, fuí otra vez enviado para ordenarles que se retirasen con presteza.

Cuando volví, el Emperador me dijo: «Salm, no mando á vd. que se vaya, pues sé que esto le mortificaría demasiado. Quedése vd. conmigo.»

Continuamos dando nuestro paseo por cosa de un cuarto de hora. Llovían balas y granadas cerca de nosotros en cantidad poco agradable, pero ninguna de estas quería satisfacer los vehementes y ocultos deseos del Emperador.

En la noche el coronel López pidió permiso para que la caballería, á las órdenes del teniente coronel Jablonski, pudiera ocupar la línea de la Cruz cerca del panteón, para relevar en un tanto el servicio de la infantería. Como que la sujestion del comandante de la Cruz parecía estar fundada en razones, se le concedió este permiso.

Jablonski era mexicano, pero problamente de origen polaco. Era amigo particular de López, con quien tenía mucha intimidad.

El 11 de Mayo las provisiones, tanto para la gente como para los animales, se habían casi agotado. Los caballos y las mulas no tenían ya que comer y tenían que satisfacerse con lo que recogían en las plazas de la ciudad. El rejimiento de la Emperatriz y la Guardia de Corps recibían aun la cuarta parte de sus raciones. Los caballos del Empera-

dor se mantenían con pasturas que López había conseguido en alguna parte; y para los míos tuve que comprar algunos colchones viejos que estaban rellenos de paja, la que hacía picar.

Todavía teníamos vino. Habíamos descubierto un depósito de un comerciante de vinos y confiscándolo para beneficio de los hospitales enviándoles todo el que necesitaban. El resto fué vendido á los oficiales y el dinero se empleó igualmente para beneficio de los hospitales. De esta manera fué adquirida una caja de champaña para la bodega imperial.

A medio día se reunió el Consejo de Guerra en el cuarto del general Castillo. Yo me quedé en el cuarto que estaba junto al del Emperador y éste varias veces vino á comunicarme lo que decían los generales y á escuchar mi opinión.

Se decidió romper la línea del enemigo con nuestro pequeño ejército, *lo que era practicable por cualquier punto que escogiésemos*. Es cierto que el enemigo nos había cercado estrechamente con sus líneas, pero todo su ejército ocupaba estas sin tener ninguna reserva á su disposición.

Para evitar que el enemigo se cerciorase de nuestras intenciones antes de que conviniese, se resolvió armar á tres mil indios de la ciudad los que debían ocupar las líneas mientras tanto evacuábamos nosotros la plaza. Todos los cañones debían de ser clavados por Arellano con escepcion de tres ó cuatro que debían hacer algún ruido. Los indios de cuando en cuando debían igualmente descargar sus mosquetes. Hacia el amanecer, debían tirar las armas y retirarse á sus casas. Esto sin embargo solo se les comunicaría á último momento: por el presente se les hacía creer que

tenían que defender las líneas, mientras nosotros efectuábamos un ataque vigoroso.

El general Mejía se comprometió á organizar á los indios, quienes hacían cualesquier cosa por agradar á su «papá Tomasito,» é igualmente poner en estado servible los fusiles que se necesitaban.

Méndez estaba muy contento, aunque me dijo que podíamos contar con perder la mitad de la infantería por la desercion, pero que llegaríamos á la Sierra Gorda. Los liberales nada harían á la tropa; al momento la alistarían en su ejército, segun costumbre mexicana, pero á los generales en cuanto los cojiesen sin duda los fusilarían en el acto. Me suplicó, sin embargo, no dijese nada al Emperador, por temor de que esto le indujera á abandonar su plan.

Del 12 al 13 de Mayo se pasó el tiempo haciendo preparativos para este gran evento. El Emperador me envió á ver á Mejía para preguntarle hasta qué grado habia progresado con sus indios. Dijo que tres mil de ellos estaban listos, pero que todavía no habia tantos fusiles dispuestos, y por lo tanto suplicó se pospusiera la empresa hasta la noche del 14 al 15, á lo que accedió el Emperador.

En la mañana del dia 14 acompañé al Emperador á los hospitales. Estaba muy conmovido, y con frecuencia repetía, cuánto le podia el hallarse obligado á dejar atrás á los heridos; pero para que no se les dejase sin el cuidado debido, mandó que los doctores y enfermeras se quedaran con ellos.

Que en esa noche intentábamos salirnos, solo era sabido á los generales; pero por qué punto todos lo ignoraban; pues esto debia decidirse en consejo de guerra que se reuniría

precisamente antes de la ejecución del plan; con el objeto de hacer imposible una traición.

En camino de los hospitales á la Cruz el Emperador me dijo que me habia nombrado general, y concedídomé una condecoracion, pero me encargó me reservase esto hasta la evacuacion de Querétaro. El Emperador temia el celo de algunos mexicanos, y no queria escitarlo en esos momentos. Temia especialmente por Miramon, el que con frecuencia le habia pedido en vano nombrase á su amigo Moret general efectivo. Asegura este general haber recibido su nombramiento, no obstante lo que aquí asiento, pero no lo podia enseñar. Todo lo que sé es que el Emperador dijo una vez: «No le he de hacer general.» El general Moret usa tambien la medalla dada por valor, y la Cruz de Guadalupe, pero me consta con toda seguridad que no ha recibido ninguna de estas condecoraciones directamente del Emperador.

Méndez me vino á ver. Estaba de muy buen humor, y prometió arengar á sus tropas antes que atacásemos. Desde la noche del 10 se nos desertaban todas las noches diez ó doce, y al fin cien; sin embargo, un numero superior á este de liberales se pasó á la ciudad durante el sitio. Estos desertores liberales estaban sumamente satisfechos, pues se les trataba y pagaba mas bien que en el ejército de los liberales, adonde igualmente les daban de palos, cuyo modo de castigar se habia abolido en el nuestro.

En la noche del 14 de Mayo todo estaba dispuesto para la marcha. La corta cantidad de maiz que aun nos quedaba fué distribuida entre las tropas del rejimiento de la Emperatriz, los húsares, los Guardias de Corps y oficiales, para que se fortalecieran con un alimento en un tanto regular.

El tesoro del Emperador fué repartido entre Pradillo, el doctor Basch, Campos, Blasio, López y yo. Llevábamos las onzas amarradas á la cintura. Bastante tarde por la noche fué López á ver á Blasio para llevarse el dinero que se le debía confiar. Se puso muy indignado por habersele dejado solo plata, y se resintió de esa demostracion aparente de desconfianza, la que en lo mas mínimo se intentaba, pues nadie desconfiaba de él.

A cosa de las ocho de la noche fuí enviado por el Emperador á ver á López para indagar si estaba todo dispuesto. Se hallaba conmigo Mr. Schwesinger. Encontramos al coronel en casa y contestó sin el mas leve embarazo que todas las ordenes del Emperador se habian ejecutado. A las diez se reunió el consejo de guerra para decidir sobre el punto de ataque; pero Mejía dijo que solo tenia disponibles mil doscientos fusiles, y suplicó se le dieran esperas de veinticuatro horas. Ninguno de los generales se opuso, y Miramon dijo que todavía era tiempo, que una demora mas tendria el buen efecto de hacer al enemigo mas confiado y descuidado. Sin embargo, el Emperador decidió que esta tenia que ser la última demora, y que con certeza tendríamos que abrirnos paso durante la noche del 15 al 16 de Mayo.

Despues que se habian retirado los generales, mandó el Emperador por López, y le condecoró con la medalla al valor. A causa de qué ó por qué hechos, ha sido para mí un enigma. Cuando López se habia ido, el Emperador me comunicó las resoluciones del consejo y agregó: « Sé que vd. no se encuentra satisfecho con esta demora. »

« Señor, contesté: debo confesar que estoy tan poco satisfecho con esta detencion como que no puedo aprobar las

razones de los generales.» Yo hubiera creído que mil^o doscientos mosquetes y cuatro piezas de artillería era lo suficiente para disfrazar el ataque con la boruca.

—Pues bien, dijo el Emperador al despedirme:— un dia mas ó menos no importa. Tenga vd. cuidado que los húsares y Guardia de Corps dejen los caballos ensillados.

Después de haber ejecutado esta órden examiné la casa y no echando de ver nada particular, me dirigí á mi cuarto, de muy mal humor. Para animarme mandé al camarista del Emperador á que me trajera una botella de champaña la que me tomé en compañía de Mr. Schwesinger el que dormia en el mismo aposento que yo. Después de esto me acosté en mi catre de campaña sin desnudarme, colocando el sable cerca de la cabecera y el revolver debajo de la almohada. Cuando desperté en la mañana del 15 todavía no habia luz, eran cosa de las cinco. Oí un ruido pero no hice gran caso, pues generalmente hacian algun ruido por la mañana en la casa. No sospechaba en particular ningun desórden y mucho menos cuando unas cuantas horas antes habia examinado la casa, y debia esperar que cualquier cosa de un carácter alarmante se me avisaria por la guardia.

Repentinamente entró el coronel López á mi cuarto y dijo de un modo extraño y escitado:—Pronto! salve vd. la vida al Emperador; el enemigo está ya en la Cruz! Con esto desapareció sin dar mas explicacion ó aguardar mas pregunta. Cuando me habia fajado la espada y puesto mi revolver en el cinturon, llegó el mayordomo del Emperador Mr. Grill, y me mandó á ver á su amo. En los momentos de seguirle entró el doctor Basch, y preguntó que ocurría.

—Nos han sorprendido. Es preciso que vaya á ver al Emperador. Apresúrese vd. y diga á Fuerstenwaerther que

mande á los húsares monten á caballo y estén listos frente á la Cruz [1].

Cuando llegué adonde estaba el Emperador, le encontré ya vestido y sumamente tranquilo. Entonces dijo:—Salm, nos han traicionado; vaya vd. abajo y vea vd. que los húsares y la escolta salgan. Iremos al cerro y veremos cómo podemos allanar este negocio. Allá voy yo inmediatamente.

Me fuí de prisa á la plaza de la Cruz, y me sorprendí bastante al ver que no habia un solo soldado por ninguna parte; aun la guardia que estaba á la entrada del cuarto del Emperador habia desaparecido. La plaza estaba igualmente desierta y silenciosa. La compañía que tenia que guarnecer la entrada á la Cruz habia desaparecido é igualmente un destacamento del rejimiento de la Emperatriz que debia haber estado allí. Al fin me encontré con el capitán Fuerstenwaerther, y le mandé fuera á ver á los húsares que estaban alojados precisamente al otro lado de la plaza en el meson de la Cruz, lo mismo que á la escolta y que los trajera aquí.

Antes de que hubiera llegado á la entrada de la Cruz ya de regreso, ví casi con la luz de la aurora que se habia derribado un cañon de la batería que estaba allí y cosa de seis ú ocho soldados se subian arrastrándose con precaucion por la parte de afuera de la tronera. Su facha era en extremo sospechosa, y al fijarme detenidamente creí haber reconocido el uniforme gris de los Supremos Poderes. Despues de

1 El Dr. Basch, dice en su obra, "que ensillen," pero esto es un equívoco, pues personalmente habia ordenado que se quedasen los caballos ensillados, pues de otro modo podia saber que despues López habia mandado desensillarlos.

esto apreté el paso hasta la Cruz, y encontré al Emperador bajando la escalera. Tenia su vestido de costumbre, pero llevaba puesto encima un sobretodo, pues la mañana estaba fria y no se hallaba bien, se habia fajado la espada y un revolver en cada mano. El general Castillo iba trás él. Subí de prisa hasta donde estaba el Emperador que era el sétimo escalon, contando desde el pié de la escalera, le quité las pistolas para llevarlas, y en medio de mi escitacion, tomándole por el brazo izquierdo, dije en voz alta:

—Señor, estos son los últimos momentos; ya está ahí el enemigo!

Al salir del zaguan para dirijirnos por la plaza al cuartede los húsares, algunos soldados del enemigo nos detuvieron. Involuntariamente alcé uno de los revolvers del Emperador, pero me hizo una seña, y lo bajé. Al mismo tiempo, dentro del enemigo salió López, y á su lado el coronel liberal, D. José Rincon Gallardo. Este reconoció al Emperador, mas volviéndose hácia sus soldados dijo: «Que pasen; son paisanos.» Los soldodos se hicieron á un lado y pasamos el Emperador, Castillo, Pradillo y yo de riguroso uniforme, y Blasio el secretario de S. M.

Era claro que no se intentaba tomar preso al Emperador, sino mas bien darle tiempo á fugarse. Toda esta manera de proceder era tan sorprendente que al buscar una esplicacion en el semblante del Emperador, comprendió el significado de mi mirada, y dijo: «Ya lo vé vd., el hacer el bien nunca es por demas. Bien cierto es que de veinte personas se encuentran diez y nueve ingratas; pero sin embargo, de vez en cuando, una agradecida. De esto acabo de experimentar un caso. El oficial que nos ha dejado pa-

sar tiene una hermana (ó madre, he olvidado cual de las dos cosas, (1) que frecuentemente estaba con la Emperatriz, la que hizo muchos favores á aquella. Siempre que se le presente á vd. la oportunidad, Salm, haga vdel bien.»

A esto nació la aurora. Cuando pasamos por el meson, aun no estaban listos los húsares. Se envió á Pradillo á decirles que el Emperador les aguardaria en la plaza de la Independencia. En camino allí, nos siguieron dos de la escolta, y Castillo rogó al Emperador montase uno de los caballos de estos y fuese así al cerro; pero rehusó, y mandó á uno de los soldados á Miramon, y el otro á Mejía, con órden de que viniesen con todas las tropas que les fuese posible al cerro de las Campanas.

Un momento despues llegó López á caballo y armado. Suplicó al Emperador se fuese á casa del Sr. Rubio, el banquero, adonde estaria enteramente seguro; pero la contestacion que recibió fué:—Yo no me escondo!—López dió la vuelta y se fué. De repente, como salido de las entrañas de la tierra, se presentó el caballo pinto del Emperador en manos de su caballerango. Presumo que el mismo López le trajo allí, el que evidentemente no deseaba incluir en su traicion la libertad y vida del Emperador.

Es extraño que ninguno de nosotros sospechara que López fuera traidor, aunque todos le habiamos visto al lado del coronel liberal, y estaba libre!

El Emperador aguardó á los húsares, pero estos no lle-

1 N. D. T.—Probablemente seria la marquesa de Guadalupe á la que se referia el Emperador, la que fué dama de honor de la Emperatriz.

garon; mas en lugar de ellos, vimos dando vuelta á la esquina á un batallon del enemigo, y entre los oficiales que iban montando á su cabeza vimos á López otra vez. Tanto Castillo como yo suplicamos al Emperador que montase; pero rehusó, diciendo:—Si vosotros, señores, vais á pié, yo iré tambien.

Cuando los oficiales liberales que iban á la cabeza del batallon reconocieron al Emperador acertaron el paso, y nosotros seguimos andando por la calle del Hospital y los suburbios que están al Poniente hasta llegar al cerro.

Al pié del cerro se agotaron las fuerzas del pobre y delicado Castillo. El Emperador le tomó de un brazo y yo de otro, y de este modo le arrastramos entre los dos, arriba del cerro, el que solo estaba ocupado por un batallon. Hacia ya una luz clara; la mañana estaba sumamente hermosa. Repentinamente oimos dar á las campanas de la Cruz la contraseña convenida que hacia saber que la vil traicion habia tenido éxito, y las «Dianas» por todas las líneas del enemigo contestaban al repique de las campanas con escesivo regocijo.

Apenas habiamos llegado al cerro, cuando las baterías de San Gregorio y Casa Blanca rompieron el fuego contra nosotros. Cuando avanzaron densas masas de infantería hácia este último lugar, vimos nuestras tropas pasarse con el enemigo.

Tras de nosotros pronto llegó Mejía y el coronel Campos, con parte de la escolta y varios oficiales á caballo, y entre ellos mi fiel sombra Montecon, el teniente coronel Conde Pachta, el que una vez sirvió al ejército austriaco, ahora mi gefe de escuadron, y el cual murió en camino á Europa, el teniente coronel Pitner, y otros oficiales, quie-

nes hubieran servido mejor al Emperador quedándose con sus tropas.

El Emperador mandó por Miramon (pero este se hallaba fuera con sus ayudantes) para que juntase todas las tropas que fuere posible. Fué atacado en una de las calles de una manera inesperada, por un destacamento de caballería de los liberales, y el oficial que los mandaba le disparó un balazo en la cara. La bala penetró por el carrillo derecho y salió cerca de la oreja. Fué conducido á la casa de un cierto Dr. Licea, amistad antigua de él, y quien le entregó en manos del enemigo en la tarde de ese mismo dia.

La ansiedad con que el Emperador y nosotros tornábamos las miradas hácia la ciudad puede imaginarse. Esperábamos ver llegar á algunas de nuestras tropas; pero en su lugar nos vinieron noticias de que varios batallones se habian pasado con el enemigo. Al fin echó de ver el Emperador desembocando del suburbio alguna caballería, *llevaban* estos uniformes encarnados, y con lágrimas en los ojos, me dijo en voz alta:—Mirad, Salm, allí vienen mis fieles húsares.—Esto fué un equívoco; era solo un destacamento del rejimiento de la Emperatriz, los que igualmente usaban uniformes encarnados. Los húsares nos habian seguido luego; pero al entrar por una calle, se encontraron con el batallon que habiamos visto en la plaza de la Indenpencia. Entre esta y la plaza de Armas les hizo alto y les mandó rendirse el traidor López. Se vieron obligados á desmontarse de los caballos y se les desarmó, lo mismo que á sus dos valientes gefes Pawlowski y Koehlig. Los viejos húsares estaban muy coléricos, y como que no podian hacer otra cosa, por lo menos no querian entregar los

caballos. Dos húsares mataron á sus caballos, y el resto soltaron los suyos. Al instante echaron á correr por la calle á la caballeriza del meson. Al apriximarse á la plaza de la Cruz, el enemigo que aun no las tenia todas consigo, se alarmó, y creyendo que era un ataque, los pobres caballos fueron recibidos con una descarga.

Uno de nuestros batallones, sin embargo, se acercó al cerro, pero cuando habia llegado á cosa de quinientos pasos de este, pronto dió las espaldas. El Emperador envió á un oficial para persuadirles á que cumplieran con su deber, mas el bizarro comandante del batallon al momento se echó á reir en la cara del mensajero:

El Emperador me pidió hablase á Mejía con respecto á la posibilidad de abrirnos paso para afuera; pero el general declaró que era enteramente inútil intentarlo.

Nuestra posicion en el cerro llegó á ser sumamente difícil. Una tercer batería hacia fuego contra nosotros desde el llano al Poniente, y aquel que nos hacian desde la Casa Blanca habia avanzado á la garita de Celaya, la que no estaba muy lejos del lugar donde nos hallábamos. Era tan nutrido el fuego que el batallon que ocupaba la línea buscó abrigo en las zanjas. Las granadas que reventaban á derecha é izquierda amedrentaron al pobre perrito «Baby,» el que habia seguido á su amo, vino á buscar proteccion conmigo. Este se perdió despues, y cayó en manos del coronel Cervantes, el último comandante de Querétaro, que rehusó vendérmelo, y el que tuvo el malísimo gusto de ponerle el nombre de «Emperatriz.» Intentaba llevármelo conmigo al perrito, y regalarlo á la rrichiduquesa Sofía.

Se dejaba oir en la ciudad un tiroteo aislado de mosquetería. Densas columnas de infantería, seguidas por ca-

ballería avanzaron contra el cerro, y las tres baterías redoblaron sus esfuerzos,

—Salm, dijo el Emperador, ahora es tiempo de que una bala me haga feliz. Pero esa tan deseada bala no quería venir, y el Emperador otra vez se volvió hácia Mejía, preguntándole si era realmente imposible abrimos paso; este se mantuvo en opinion de que era imposible. Entonces el Emperador llamó á Castillo y á mí, y por tercera vez le preguntó á Mejía; pero el valeroso y arrojado gefe, contestó:—Tenemos solo un puñado de caballería y parte de ella es de poco fiar. Vuestra Majestad puede ver lo que hay, y juzgar si nos queda alguna probabilidad. Por mi parte poco me importa que me maten; pero no puedo echarme encima la responsabilidad de conducir á Vuestra Majestad á una muerte segura.

Como añadidura al fuego de las tres baterías, recibimos igualmente ahora fuego de mosquetería por ambos lados, y esto es que en dos partes del cerro ondeaba ya la bandera blanca. El habernos demorado mas hubiera sido una locura, y sometiéndonos á una necesidad espantosa, envió el Emperador al teniente coronel Pradillo con bandera blanca para tratar con Escobedo tocante á su rendicion.

El Emperador, que conservó su sangre fria, sacó de la bolsa un paquete de papeles y dió orden á Blasio y al capitán Fuerstenwaerther para que los quemaran en una tienda de campaña. Qué papeles eran estos? no me lo dijo el Emperador.

Por supuesto que nuestro fuego cesó al instante, pero el del enemigo se mantuvo á lo menos por diez minutos despues de que se hubo enarbolado la bandera blanca.

Vinieron de la ciudad otros batallones de los liberales,

y pronto se cubrió enteramente el cerro con ellos. Después de esto se acercó un destacamento, á la cabeza del cual iba el general Echeagaray, el que avanzó solo y con mucha precaucion.

El Emperador se preparó á recibirlo. Se colocó en el centro. A su derecha se encontraban Mejía y Castillo y á su izquierda yo, y el resto de sus oficiales agrupados detras de nosotros. El Emperador desabrochó su sobretodo para mostrar su uniforme y condecoraciones, y apoyándose en la espada aguardó á que llegase el general liberal.

El general Echeagaray se le acercó cortésmente con la cabeza descubierta, y dirigiéndose al Emperador, dijo:— «Vuestra Majestad,» declarándole prisionero suyo.

Después de unas cuantas palabras, el Emperador dijo queria ver al general Escobedo. Trajeron el caballo del Emperador, lo mismo que los de Mejía, el que ofreció uno de ellos á Castillo. Mi caballo habia caido en manos del enemigo, de suerte que abandoné la línea para proporcionarme uno. Allí ví á un caballerango que tenia por la brida el caballo frison tordillo del Emperador, en el que siempre habia montado la Emperatriz. Al mismo tiempo uno de los liberales que estaba á caballo preguntó al caballerango de quién era ese caballo, y el muy tonto contestó «del Emperador;» con lo que el liberal se lo llevó en mi cara. En vano traté de hacer desmontar á un corneta del regimiento de la Emperatriz, cuando en ese momento mi fiel Montecon comprendió mi necesidad y me ofreció su caballo. Ya lo habia hecho otra vez en batalla cuando fué herido mi caballo. En aquella vez rehusé; pero en esta acepté con placer, y pronto me hallé de nuevo al lado del Emperador.

Nos dirijimos hácia la garita de Celaya. Al pié del cerro vimos á dos mexicanos de á caballo peleándose entre sí probablemente por algun botin. Uno de estos le tiró al otro por el pecho; un chorro de sangre le brotó de la herida por la espalda, pues la bala le habia atravesado el cuerpo.—Mirad; qué cosa tan horrible! dijo el Emperador señalando en direccion donde estaban los dos. Por allí encontramos á un cuerpo de oficiales á caballo. Uno de ellos que estaba bastante escitado, se acercó al Emperador y abrazándole le dijo: saludo á vd. no como á Emperador, sino como Archiduque de Austria, y admiro á vd. por su heróica defensa! Otro oficial se condujo de la manera mas rumbosa y brutal. Apuntó su pistola á la cara del Emperador y á la de los demás oficiales, y tal vez hubiera tirado para inmortalizarse con la infamia matando á Maximiliano, á no haber Escobedo amenazado fusilar á cualesquiera persona que se atreviera á matar al Emperador, dado el caso en que cayera en manos de los liberales. Servia mejor á sus fines el tomarle con vida.

Cerca de la garita encontramos á Escobedo, con su estado mayor y escolta, los cazadores de Galeana. Hicimos ahora alto y pronto se formó un círculo en derredor del Emperador. Fuí separado de él, pero él echó de menos mi ausencia, y me llamó á su lado. Despues de esto volvimos los caballos, y regresamas al cerro.

Aquí ví á Escobedo por primera vez. Es un hombre de cosa de cuarenta años, de estatura mediana pelo y barba negra y tez muy oscura. Usa anteojos, y tiene unas orejas notablemente grandes, las que sobresalen por ambos lados. Es muy amigable, segun costumbre mexicana, pero su cara tiene una espresion traicionera. Antiguamente ha-

bia sido arriero, despues estudió leyes superficialmente, y se unió al partido liberal para quien organizó algunos cuerpos. Tuvo la buena fortuna de sorprender en Santa Gertrudis una columna ausiriaca, la que iba escoltando una regular suma de dinero, y obtuvo alguna influencia política. No es soldado en lo mas mínimo, y tiene buen cuidado de no esponer el cuerpo al fuego.

En el camino iba Escobedo al lado del Emperador. El general Mirafuentes, de su estado mayor, suplicó á S. M. á nombre de su general entregase su espada. Otro general tomó la mia, y los revolvers del Emperador, que habia colocado en mi cinturon.

En el cerro desmontamos. Escobedo invitó al Emperador á que entrase á una tienda de campaña que habia allí, yo le seguí, pues Escobedo tenia igualmente consigo un oficial—creo era Mirafuentes. Además de nosotros cuatro, nadie era testigo de la conversacion que se seguia. Despues de que el Emperador habia estado de pié algunos momentos frente á Escobedo y este habia guardado silencio, el Emperador dijo:—Si se ha de derramar mas sangre, que sea solo la mia! Esta y otras dos súplicas mas hizo el Emperador; la primera con el objeto de que no se hiciera nada á su ejército; y la segunda, el que permitiesen á todas las personas pertenecientes á su casa, y que lo desearen, ir á la costa con el fin de embarcarse allí para Europa. Escobedo contestó que avisaria á su gobierno, *pero que el Emperador y todos aquellos serian tratados como prisioneros de guerra.*

Oficiales del Estado Mayor de Escobedo han negado esto, y es muy posible que el mismo general igualmente lo niegue, para salvarse del baldon de haber quebrantado su

palabra de honor, y estoy dispuesto á jurarlo de la manera mas sagrada, que Escobedo dijo lo que aquí está asentado. Ni le oí mal ni le entendí mal, pues el Emperador aludió con frecuencia á su promesa, y un equívoco por lo tanto no es posible.

Despues de esto fué entregado el Emperador al cuidado del general Riva Palacio, notorio gefe del partido. No sé á qué grado de relaciones estaba él con el Emperador, pero S. M. siempre le consideró mucho, y habia dado órdenes especiales para que se tratase bien, dado el caso que cayera en nuestras manos. El general se portó en extremo bien, y como esto es una escepcion, debe hacerse mencion especial de ello. Debiamos volver á la Cruz, y el general tuvo el buen tacto de no conducirnos por enmedio de la ciudad.

Estábamos escoltados por los cazadores de Galeana. Uno de sus oficiales un aleman-americano, llamado Esting, me habló. Dijo me habia conocido en Norte-américa, adonde habia sido primer teniente de artillería, pero yo no me acordaba de él absolutamente. Me dijo además que mi esposa habia llegado frente á Querétaro hacia ya quince dias y habia solicitado el permiso para entrar á la ciudad. Mas como no se accedió á su súplica, se habia ido para San Luis para obtener el permiso de Juarez el que no podia negársele bajo las presentes circunstancias, y por lo tanto pronto debia esperar su llegada. Este y otros oficiales al servicio del ejército liberal de esta manera me dieron los pormenores respecto á la traicion de López; pero fueron culpados por hacerlo, y callados por sus camaradas.

Al llegar á la plaza de la Cruz encontramos allí una parte de nuestros cazadores ya prisioneros. Al ver al Em-

perador se descubrieron la cabeza y le miraron con una expresión de profunda tristeza, y á muchos de estos veteranos se les saltaron las lágrimas de los ojos.

A la entrada de la Cruz echamos pié á tierra y el Emperador hizo al general Riva Palacio un presente de su caballo y silla de montar. Después se condujo al Emperador á su antiguo alojamiento, que igualmente como los demás cuartos se habian vaciado completamente. En realidad nada habian dejado en el aposento del Emperador mas que su catre de campaña; habia sido abierto el colchon en busca de dinero, además de esto quedaba una mesa y una silla. Parte de los objetos robados, entre ellos el lavamanos de plata etc. etc, y varios papeles, fueron mas tarde encontrados en el cuarto de López. La cólera en la que prorrumpió este individuo la noche anterior cuando vió que se le confiaba plata en vez de oro, basta para caracterizarle.

Un sinnúmero de oficiales liberales llenaron la pieza para conocer á «Maximiliano de Hapsburgo» á quien no pudieron vencer sino por la traicion. Entre estos se hallaban los coroneles D. José Rincon Gallardo y su hermano. El primero es el mismo oficial que habia dicho en la mañana el «Que pasen.» Hablando al Emperador sobre la traicion de López dijo:—«Se sirve de gente como ese para despedirle á patadas despues.» En el corredor frente al cuarto del Emperador habia una compañía de los Supremos Poderes, con un centinela delante de la puerta. En una azotea frente de la puerta en la otra extremidad del cuarto habia otro destacamento de soldados.

Pradillo, el conde Pachta, Blasio y yo fuimos llevados á un cuarto, al que se entraba por esa misma azotea, de uerte que pasando por ella podiamos comunicarnos con el

Emperador. Mas tarde se juntó con nosotros el Dr. Basch. El Emperador le abrazó. A Mejía y á Castillo los alojaron en el cuarto del doctor. Eran las diez de la mañana cuando de nuevo entramos á la Cruz.

La salud del Emperador estaba muy quebrantada con los malos alimentos y otras circunstancias; se habia encontrado indispuerto mas antes y se fué á acostar. Sin embargo, fué visitado por un coronel liberal, cuyo nombre no oí mentar; se sento al lado de la cama del Emperador, y le hizo muchas preguntas tocantes á México y Veracruz, á las que contestó con esa manera franca que tenia. Como que habló demasiado y me temia que fuera á decir muchas cosas que no era necesario supiera el enemigo, me coloqué detrás de la silla del general, y puse el dedo en los labios. El Emperador comprendió, y pronto cambió la conversacion.

Estábamos todos con mucha hambre, como que nada habiamos comido desde la noche anterior. El Sr. Rubio mandó al Emperador hácia el anochecer una comida frugal, pero comió muy poco, y el resto nos lo compartimos.

Los demás oficiales (cosa de cuatrocientos) fueron alojados en la iglesia de la Cruz, adonde estuvieron bastante molestos por los oficiales liberales que iban á clavarles la vista. El teniente coronel Pitner y el comandante Malburg se burlaron del centinela que estaba en la puerta cuyo cuerpo flaco, hambriento aspecto y estado andrajoso les divertia. El coronel Doria, hombre conocido en el ejército liberal como *el sabueso*, lo echó de ver y dijo:—Rianse vds., caballeros; estos individuos todavía están bastante buenos para fusilarlos! Esta observacion en un tanto acertó la alegría de aquellos oficiales. El mando de la Cruz y los prisioneros fué dado al general D. Francisco Vélez.

PRISION DEL EMPERADOR.

En la mañana del 15 se nos despertó ántes de las cinco con el ruido furioso de los tambores en el patio, adonde los soldados se habian ya esmerado en hacer ruido durante la noche. Me asomé, y ví á un oficial liberal, con un tambor colgado al cuello, el que tocaba como loco y al mismo tiempo animando á sus soldados á que secundasen sus esfuerzos.

En ese dia se publicó la siguiente proclama de Escobedo al ejército:

«*MARIANO ESCOBEDO, General de Division de la República mexicana, en gefe del cuerpo del ejército del Norte; y mandando las tropas que operaban sobre Querétaro,*

(1) «Soldados: A vuestro valor, constancia y sufrimientos, debe la República uno de sus triunfos, el mayor que se ha obtenido en la larga lucha que la Nacion ha sosteni-

1 Esta proclama es copia del original. (N. D. T.)

do con los invasores y sus cómplices: la ciudad rebelde de Querétaro, el mas fuerte baluarte del Imperio, despues de una heróica resistencia de dos meses, digna de mejor causa, ha sucumbido. Fernando Maximiliano, el titulado Emperador, Miramon, Mejía, Castillo, y un sinnúmero de generales, gefes y oficiales con toda la guarnicion, son nuestros prisioneros. Faltaria á mis deberes de soldado y traicionaria mi conciencia de hombre libre, de mexicano leal, si callara vuestros heróicos hechos, y vuestros mas heróicos sacrificios. Con la fé del soldado que defiende la independenciam de su patria, sin alimentos y muchas veces sin un solo cartucho, desafiábais la muerte combatiendo sin cejar con numerosas tropas de traidores y extranjeros, provistos de toda clase de elementos de guerra, perfectamente fortificadas y mandadas por los mejores generales del antiguo ejército que por desgracia faltaron á sus deberes, aliándose con los invasores y sosteniendo hasta última hora al extranjero, que otro extranjero, el Emperador de los franceces quiso, colocar en un trono erigido con las bayonetas de sus soldados; pero estos ya no existen: sus restos han huido á Francia á ocultar su vergüenza, cargando con las maldiciones de todo un pueblo, y llevando la triste nueva de que mas de una mitad de sus camaradas, pagaron con su sangre los caprichos de su amo.

Compañeros de armas: nada importa que hombres ambiciosos aspirantes de mala ley, hayan querido disfrazar vuestros hechos; la veraz historia colocará á cada uno en el lugar que le corresponda, y ni los enemigos de la República, ni los que quietos permanecieron en lugares ocupados por los invasores contemplando indiferentes su desgracia, se sobrepondrán á los que como vosotros habeis combatido sin

tregua ni reposo por los sagrados principios de independencia y libertad.

Soldados: en nombre de la República y del Supremo Gobierno, os felicito con toda la efusion de mi alma, y consecuente con el programa que me he trazado, seguiremos hasta afianzar la paz y el órden, y con ellos el porvenir de nuestra patria.

Viva la República! Viva la independencia nacional!

Cuartel general en la Purísima, frente á Querétaro, Mayo 15 de 1867.

«MARIANO ESCOBEDO.»

Inútil me parece agregar una sola palabra á este pomposo documento, el que traduzco para diversion del lector, y con el fin de darle una muestra de la veracidad de Escobedo.

Ademas de esto, el comandante en jefe liberal publicó una notificacion dirigida á los empleados civiles y militares imperiales, para que se presentasen en el término de veinticuatro horas, amenazándoles diciendo que toda persona que no obedeciera dicha órden en el término señalado, seria fusilado sin pleno juicio.

A consecuencia de esto, los generales Escobar, Casanova, Moret, Valdes, el ministro Aguirre y otras personas, se presentaron y fueron alojados en el cuarto de Castillo.

Los generales Arellano y Gutierrez y el coronel D. Carlos Miramon habian logrado evadirse de Querétaro, y el general Méndez, á quien andaban buscando con tezon los liberales, se hallaba aun oculto en la ciudad.

El anciano general Escobar, despues de haberse entregado, fué conducido por las calles con escolta: por allí se en

contró con el traidor López, el que siempre habia estado enemistado con este hanrado general. El cobarde traidor tuvo la vil osadia de dar á su indefenso enemigo un golpe en la cara.

Por la tarde vimos en marcha muchas de las tropas liberales, y oimos decir que todas aquellas de que se podian desprender, se le enviaban á Porfirio Diaz, que estaba sitiando á México.

Escobedo se quedó en Querétaro: como que era enemigo de Porfirio Diaz no queria servir bajo sus órdenes. Fué enviado igualmente á México el general D. Francisco Vélez, y reemplazado por el general Echeagaray, pariente de nuestro comandante del mismo apellido.

El rejimiento de la Emperatriz quedó intacto y enteramente mandado por oficiales liberales. Estos oficiales sin embargo fueron despues matados por su propia gente durante una marcha, y el rejimiento se organizó como guerrilla, con la intencion de mas tarde unirse á algun movimiento de los conservadores.

El general Escobar se habia logrado muchos amigos entre los habitantes de Querétaro; y por ellos sabia todo lo que pasaba. Nos comunicó la triste nueva de que habian sido fusilados ó lanceados 40 de nuestros oficiales el dia anterior. Los soldados les habian colocado contra las paredes de los corrales como por vía de chanza, y les habian mata- á balazos ó lanzazos. Entre ellos se encontraban el coronel de la Cruz, del cuarto de caballería, y el coronel Campos, que habia caido en manos del enemigo, cuando fué herido en el cerro, y al instante le fusilaron.

Hácia el anochecer repentinamente oimos en la Cruz una esplosion; se mandó buscar al doctor Basch, y de él supi-

mos el motivo. En la iglesia donde habia alojados tantos oficiales, estaban esparcidos por el suelo una cantidad de cartuchos: algunos de estos prendieron fuego con los cigarros que por allí habian tirado; al ruido que estos produjeron, los oficiales temerosos de una explosion se agruparon cerca de la entrada. La guardia creyendo que se intentaba un pronunciamiento hizo fuego sobre ellos. Tres ó cuatro oficiales fueron gravemente heridos, y uno de ellos muerto. La misma suerte corrió un oficial de los liberales, que fué herido en el vientre bajo.

Los oficiales liberales con quienes hablábamos no guardaban ningun secreto con respecto á la traicion de López; y entre ellos se sabia, que ahora ejercia este comercio por tercera vez. La primera ocasion fué durante la guerra entre los Estados Unidos y México en tiempo de Santa Anna. El general Escobar me dió el original del siguiente documento, que mostró el general Miramon al Emperador cuando intentó nombrar general á López. [1]

«Estado mayor del ejército.—Sección de Archivos.—Circular.

«Su Alteza Serenísima el general Presidente ordena: que se despida y escluya para siempre del ejército al alférez del rejimiento activo de Monterey y Nuevo Leon, Miguel López, á consecuencia de su infame comportamiento, en Tehuacán, adonde sublevó la escolta de S. E. el Presidente que mandaba en persona á las tropas operando contra el ejército de los Estados-Unidos.

1 No habiendo sido posible obtener copia original de este documento, me limito á traducirlo. (N. D. T.)

Se hará saber esta orden al ejército para que el mismo sepa y se persuada de que si el Supremo Gobierno recompensa á sus buenos servidores; igualmente castiga á aquellos que no merecen pertenecer á la gloriosa carrera de las armas.»

«De orden superior para conocimiento de ustedes y sus subordinados.

(Firmado) QUIJANO.

México Julio 8 de 1854.»

Es difícil comprender cómo podía confiar el Emperador su persona y el punto de la Cruz, á un hombre que tenía semejantes antecedentes. Sin embargo, he observado ya que no creía que López intentaba entregar en manos de los liberales al Emperador. Temeroso de que si lo cojieran lo fusilasen, trató de salvar la vida, y al mismo tiempo hacerse de una buena suma de dinero poniendo en manos de Escobedo la ciudad. El Emperador frustró todos los cálculos y arreglos de este para salvarlo, con su repulsa de esconderse en la casa de Rubio. Un individuo como López, sin honor, no podía imaginarse que todo un hombre y un Emperador pudiera preferir la muerte á una acción que consideraba iba si no en contra de su honor, por lo menos sí en contra de su dignidad.

El 17 muy temprano por la mañana, se nos avisó que estuviésemos dispuestos para ser pasados al convento de Santa Teresita, del que se había echado afuera á las pobres monjas, y cuya orden de religiosas había ocupado ese local durante muchos siglos. En la plaza de la Cruz encontramos á los demas oficiales nuestros. El porvenir incierto que teníamos ante nosotros nos había puesto taciturnos, y en

silencio abrazamos á nuestros amigos. Ibamos escoltados por una fuerza formidable. Un batallon marchaba á la cabeza, y otro cerraba la retaguardia, y dos compañías á derecha é izquierda de las casas. El Emperador iba en un coche con el doctor Basch y el general Echeagaray.

Los habitantes de la ciudad mostraron gran simpatía por nosotros; y muy especialmente las mujeres, las que nos saludaron con lágrimas en los ojos. Cuando llegamos á la entrada del convento de Santa Teresita, muchas mujeres pasaron entre las líneas de la guardia, y dieron naranjas y cigarros á los prisioneros. Las pobres monjas habian tenido el convento sumamente limpio. Habia allí un patio con un corredor alrededor y una fuente en el centro.

El cuarto que ocupaba el Emperador era muy grande, pero estaba completamente vacío. Lo mismo sucedió con el cuarto que se le seguia á este, y adonde se alojó á todas las personas á quienes el Emperador suplicó se quedaran cerca de él. Estos eran el general Castillo, el ministro Aguirre, el coronel Ormachea, el Teniente coronel Pradillo, el doctor Basch, Blasio, el coronel Guzman y yo. Sin embargo, no se nos permitia comunicar con los generales, los que estaban en una pieza seperada, ó con el resto de los prisioneros, los que estaban alojados en otras partes del convento. Como que habiamos perdido todas nuestras cosas, y teniamos por fuerza que dormir en el suelo, el Emperador mandó nos trajeran á cada uno un zarape.

El 18 de Mayo se publicó una lista muy grande de todos los prisioneros. A la cabeza de este impreso, con grandes caracteres, se leia: el Emperador Maximiliano, lo que en lo de adelante en otras publicaciones se cambió en «Archiduque Fernando Maximiliano de Hapsburgo.» La salud del

Emperador se mejoró; pero nos quitaron al general Echeagaray, probablemente porque nos trataba demasiado bien, y en su lugar pusieron al general Rufo Gonzalez, el que antiguamente era jefe de bandidos.

No oíamos nada tocante á las intenciones del enemigo, respecto de nosotros, y corrió la voz de que los liberales estaban fusilando á todo extranjero, cuando fuí llamado á cosa de las ocho de la noche. Me dispuse á recibir lo peor, y mis compañeros no esperaban volverme á ver; pero fué una alarma mal fundada, pues los liberales solo querian algunos informes tocantes á mi nacionalidad y otros asuntos personales. En el patio habia veintidos centinelas que toda la noche daban con toda la fuerza de sus pulmones el «centinela alerta!» de suerte que no podiamos cerrar los ojos.

El 19 de Mayo el general Escobedo, acompañado del general Diaz de Leon y el coronel Villanueva, visitó al Emperador. La visita duró media hora, y todos estábamos sumamente escitados; pero esto solo fué una ceremonia, y nada oimos de positivo. Algunos oficiales del estado mayor de Escobedo me dijeron que se esperaba llegase muy pronto mi mujer.

Durante la noche anterior, el general Méndez habia sido cojido en una casa, y por dinero entregado por su propio criado. Escobedo se alegró bastante de aplicarle la regla que habia asentado en su notificacion. Bajo cualesquier circunstancia se hubiera mandado fusilar á Méndez, pues él habia mandado fusilar en una ocasion á dos generales liberales, Arteaga y Salazar. Con los demas que fueron cojidos mas tarde, no se les aplicó esta órden, por lo menos hasta donde yo he sabido.

La mañana siguiente me hallaba en compañía de otros

cerca de la ventana, cuando por el pasadizo, frente á nosotros fué conducido Méndez. Iba con paso acelerado como de costumbre y fumando un puro. Cuando nos vió se sonrió, y nos dijo adios con la mano. Fué conducido á la muralla esterna de la plaza de toros, cerca de la Alameda, adonde se le debia fusilar por un destacamento de los Cazadores de Galeana.

Es costumbre en México fusilar por la espalda á aquellos que se les considera como traidores por el partido opuesto, en cuyas manos hayan caido. Méndez no queria someterse á aquel insulto, y cuando le obligaron á hincarse, con la espalda hácia las fusiles, dió vuelta en una rodilla en los momentos que iban los soldados á disparar, se quitó el sombrero y gritó; «Viva México!» Cayó boca abajo, herido, pero no muerto, aun estando en sus cinco sentidos, pues con el dedo pulgar apuntó tras de la oreja, suplicando de esta manera que le tirasen allí, á lo que accedió uno de los cazadores. El cuerpo le fué entregado á su mujer. Estos pormenores me los dió el oficial que mandó la ejecucion, antiguamente un barbero suizo que habia desertado de la Legion estrangera (Francesa). No habia olvidado su primer oficio y ofreció rasurarme, por supuesto mediante alguna gratificacion. Por la noche oimos decir que doce de nuestros oficiales de guerrilla habian sido apartados del resto, para ser fusilados en la mañana; pero nunca pude averiguar si esto se hizo ó no.

El 20 de Mayo á cosa de medio dia llegó mi esposa. Sus noticias por cierto no eran nada consoladoras, pues dijo que se trataba de fusilarnos á todos. Tuvo una conversacion larga con el Emperador, en la que le dió bastantes informes especialmente con respecto á la traicion de Márquez,

la que mortificó al Emperador muchísimo mas que la de López.

La opinion general éra que Márquez habia marchado rumbo á Puebla en lugar de Querétaro con la intencion de reunirse á Santa-Anna. Los oficiales alemanes en México, quienes habian querido ir en ayuda del Emperador, habian estado en continua pendencia con él.

Como que el Emperador habia espresado el deseo de que se le alojase con su séquito en una casa sola, mi esposa fué con este fin á persuadir á Escobedo con quien habia hecho ya conocimiento, lo mismo que con los oficiales de su estado mayor, cuando llegó frente á Querétaro, para suplicar le dieran entrada en la ciudad.

A su regreso nos dijo que Escobedo le habia hecho algunas promesas y sacaba por consecuencia de su conversacion que trataba de entablar algunas negociaciones con el Emperador.

Esto salió esacto pues á las cuatro de la tarde el coronel Villanueva perteneciente al estado mayor de Escobedo, suplicó al Emperador se trasladase al cuartel general. El Emperador al principio no queria ir, pero al fin cambió de idea diciendo: «Despues de todo, Escobedo me ha hecho una visita, y yo se la devuelvo;» pero solo lo hacia bajo la condicion de que se le permitiera á mi esposa acompañarlo, á lo que no se opuso el coronel.

El Emperador ofreció el brazo á la princesa, y yo me seguí con el coronel Villanueva. Pasamos por donde estaban los demas prisioneros y estos saludaron al Emperador con gran respeto y amor. Despues subimos á un coche y escoltados por veinticinco hombres de los Cazadores de Galeana nos encaminamos al cuartel general de Escobedo que

Desde la ocupación de la ciudad se había trasladado á la Fábrica y hacienda de Hércules, perteneciente al señor Rubio.

Frente á esta hacienda hay un jardín muy grande y hermoso, al que entramos cerca de una fuente con un tazón, salió Escobedo á recibir al Emperador y con él se dirigió por una vereda lateral, adonde se habían puesto algunas sillas para la comitiva. Muchos oficiales curiosos se hallaban parados cerca de la fuente y alternativamente tocaban dos bandas.

El Emperador habló con Escobedo de su abdicación. Pidió que sus oficiales fuesen enviados á la costa, en cambio de esto daría órdenes para que se entregase á México y á Veracruz.

Escobedo contestó que pondría esto en conocimiento de su Gobierno. Por parte de él, Villanueva el coronel, y por parte del Emperador, yo, debíamos arreglar entre nosotros los puntos de que se había hecho mención en la conversación y ponerlos por escrito.

Hablé por algunos instantes con el Emperador, el que me comunicó sus instrucciones diciendo:—«Haga vd. todo de una manera honrosa, pues preferiría primero morir que degradarme.» Después de esto escribió la siguiente autorización:

«Querétaro, Hacienda de Hércules,
Mayo 20 de 1867.

(1) Autorizo á mi coronel y ayudante de campo, el Príncipe de Salm Salm, para tratar con el señor general

1 Esta autorización la escribió el Emperador en francés.—N. D. T

Escobedo y reconozco los actos hechos por el primero como hechos á mi nombre.

(*Firmado*) MAXIMILIANO.

Mis negociaciones con el coronel liberal se facilitaron por la circunstancia de hablar este el francés muy bien. Convenimos en que mis proposiciones á nombre del Emperador se hicieran con la fórmula de una carta dirigida á Escobedo. Esta carta dice así:

«Querétaro, hacienda de Hércules,
Mayo 20 de 1867.

[1] A S. E. el Sr. General Escobedo Comandante en Jefe de las fuerzas liberales.

General:—Mi Señor y Soberano me ha autorizado para tratar con vd. sobre ciertos puntos, para evitar haya mas derramamiento de sangre en este país.

Para obtener este fin propone á vd:

1. La abdicacion oficial de la corona de México.
2. Promesa solemne de no mezclarse jamás ya en los negocios de México.
3. Orden á sus generales y gefes de rendir las armas y de entregar las plazas fuertes.
4. Orden al comandante de las tropas extranjeras de rendir las armas y de ponerse bajo la proteccion de las fuerzas liberales para dirigirse á Veracruz, con el fin de ser embarcadas.

1 Este documento lo escribió en francés á Escobedo el Príncipe de Salm Salm.—(N. D. T.)

5. Que recomienda la suerte de sus generales y oficiales mexicanos que le han sido fieles, á la generosidad del nuevo gobierno.

6. Que sea escoltado hasta Veracruz con las personas de su séquito por una escolta escogida por vd., general.

7. Que todos los extranjeros que están aquí prisioneros sean trasportados á Veracruz con el fin de ser embarcados.

Tengo el honor de ser, general, vuestro servidor.

[*Firmado.*] PRINCIPE DE SALM SALM,
Coronel ayudante de campo de S. M.»

Antes de que saliera esta carta de mis manos se la mostré al Emperador, que hizo algunos cambios insignificantes, despues de lo cual fué entregada conforme arriba está.

Toda la negociacion duró cosa de hora y media, despues de lo cual regresamos de la misma manera en que habiamos ido á la prision del convento.

El 21 de Mayo oimos decir que doce de los oficiales franceses que estaban al servicio del Emperador y quienes en lo general habian sido empleados como pagadores del ejército, no habiendo prestado ningun otro servicio durante el sitio, habian ofrecido sus servicios al general Escobedo. Como que seria una lástima echar en el olvido los nombres de estos individuos que tuvieron el miserable atrevimiento de hacer semejante cosa, los reproduzco aquí conforme fueron publicados en la «Sombra de Arteaga,» un periódico liberal de Querétaro:—Capitan, Ernesto de Rozeville; teniente, Juan Ricot; capitan, Charles Schmidt; capitan, Henry Morel; capitan, Xavier Gaulfreron; teniente, Félix Rieffers; teniente, Emile Trouin; alférez, Eugen Bail-

by; teniente, Theodore Herraud; teniente, Emile Jejuin; teniente, Víctor Nomei y teniente, Paul Guyon.

Escobedo les contestó en una carta puesta en términos muy severos y despreciativos. Les dijo, «que la causa de los liberales podía combatirse por sí mismos y que no podía aceptar los servicios de gente que á la faz de sus compañeros que estaban sufriendo se atrevían hacer tan infame oferta, y de quienes se podía esperar cuando se presentara otra ocasion igual comportamiento.»

Los pasos dados por estos doce oficiales causaron grande indignacion entre los prisioneros; y los demás oficiales franceses me enviaron para el Emperador la siguiente carta, que prometí mas tarde publicar con sus nombres:

«Varios oficiales franceses prisioneros, á Su Majestad Maximiliano, Emperador de México. [1]

«Señor:

Hemos sabido que varios oficiales franceses prisioneros como vos, han solicitado del general Escobedo el *favor* de servir en su ejército.

El partido liberal ha apreciado debidamente este acto, tachándolo de infamia, y el general Escobedo ha hecho bien de no aceptar á hombres que no tienen vergüenza de hacer semejante solicitud bajo circunstancias como estas.

Como que estos oficiales, (que durante todo el sitio no han asistido á ningun ataque) son franceses, y Vuestra Majestad podría creer que son intérpretes de nuestros sentimientos, nos apresuramos, Señor, á rechazar todo participio

1 Esta carta está escrita en francés, pero la he traducido para hacer mas facil su lectura.—(N. D. T.)

en ese acto incalificable y que ha provocado nuestra indignación.

Nos aprovechamos de esta circunstancia, Señor, para protestar á Vuestra Majestad las seguridades de nuestra entera adhesión y venga lo que viniere jamás lo aprovecharemos.

Somos con el mas profundo respeto, Señor, de Vuestra Mejestad, los mas humildes y mas fieles súbditos.—*A. Page, capitán, Eugène Chardin, Adolphe Marie, Jean Marc, Jean Baptiste Gobin, Jéronimo Gitard, Charles Bomet, Adolphe Charton, Charles Eloy, Antoine Vignoli, Charles Desprez, Gustave van Haecht, Gaspard Wery, Henzy Voignier, Eugene Laroche, Frederick Filliatre, Leopold Dreyssé, Adolphe Chigon, Adolphe Bouzeran, Chrétien Ludivig, Charles Schupbach, Jean Lugeon, Adolphe Sibernaler, Zacharie Deplace, Albert Hans, Henzy Ehrmann, Louis Depain, Jean Baptiste Parison, Ernest Coudray, Jean Nicolas Girardin, Léopold de Pottes, subtenientes.*»

Casi ningun cuidado tenían los liberales de nuestros soldados prisioneros como se verá por la siguiente carta que recibí:

«Alteza: A nombre de todos sus camaradas presos, el infrascrito le suplica por amor de Dios haga presente á Su Majestad el Emperador, nuestra miserable posición, para que á nosotros, como fieles criados de Su Majestad no se nos haga morir de hambre. Desde que nos cogieron prisioneros el día 15, hasta ahora, la mayor parte de nosotros apenas hemos probado un bocado, de suerte que cada uno de nosotros, ya desea la muerte de cualesquiera otra manera.

Por lo tanto, suplicamos á Vuesta Alteza, nueva á Su Majestad á favorecernos bondadosamente con una limosna caritativa.

IBAN BUDSKY,

Húsar preso, firma á nombre de sus camaradas.»

Cuando por la tarde vino á verme mi esposa habia olvidado el pase, y el oficial de guardia le rehusó la entrada de la manera mas grosera. Me puse furioso con esto y me pasee por la pieza lleno de cólera. El Emperador, que á la sazón se hallaba con nosotros presencié la escena, sonriéndose y señalándome, dijo á los demás señores que estaban allí: «Mirad al leon en su jaula.»

Al regresar mi esposa con el salvoconducto, trajo para el Emperador y para mí la tan deseada ropa blanca.

El 22 de Mayo se nos informó que el Emperador, algunos de su séquito y los generales debian ser trasladados, no á mejores alojamientos como habiamos esperado, sino al convento de Capuchinas. La razon que habia para esta separacion solo llegó á nuestro conocimiento mas tarde.

Escobedo habia recibido órden del «Supremo Gobierno» para sin demora fusilarnos á todos; protestó contra esto, y dijo que no podia hacerse sin prévio juicio, y que podia envolver al gobierno en dificultades con los Estados- Unidos, que ya oficialmente se habian espresado con respecto á los procedimientos en San Jacinto, desaprobándolos fuertemente.

El Emperador fué alojado en el panteon ó bóveda provisional de los muertos en el convento; los generales en un gran salon, y nosotros en un lugar contiguo al panteon. Como que el Emperador no se sentia bien, se mandó bus-

car al Dr. Basch acorde con su deseo; cuando el doctor me preguntó adónde se hallaba el Emperador, le asusté de una manera horrible, sin intentarlo, diciendo simplemente: «En la tumba.»

En este convento encontramos á Miramon, con la cabeza vendada aun. El Emperador le abrazó. El general fué visitado ese dia por el Vice-cónsul de Hamburgo en San Luis Potosí, Mr. Balmssen.

No se nos queria tener por largo tiempo en ese horrible lugar, y el 23 de Mayo nos trasladaron á otro patio, adonde teniamos alguna comodidad mas, pues tres y cuatro personas fueron alojadas en una misma celda. Mi esposa no abandonó sus esfuerzos para obtener una casa por separado para el Emperador, pero la entretuvieron con promesas.

Cuando el 24 de Mayo estaba sentado con el Emperador en el patio, en el centro del cual hay un gran limonero, el coronel Palacios, que bajo las órdenes de Gonzalez, tenia la vigilancia especial de los prisioneros, me llamó á un lado y me suplicó dijera al Emperador se preparase á ser traslado á un cuarto por separado, pues estaba para comenzar su juicio, tenia que estar solo é incomunicado con los demas prisioneros. Cuando hube cumplido con ese deber desagradable, el Emperador dió orden á su mayordomo Mr. Grill para que empacase sus cosas: mientras tanto me paseaba con él de arriba abajo en el patio, hizo esta observacion: «Ya lo ve vd., progresan despacio, pero con seguridad. Pronto se terminará todo.»

Eché de ver en el suelo una corona de espinas que se habia caido de la cabeza de una imágen de palo, era un Cristo que habian convertido en leña los soldados; alcé la corona. El Emperador me la tomó de la mano y dijo, «Dé-

mela vd., conviene bien á mi posicion.» Dió la corona de espinas á Mr. Gril y le mandó la colgara en su cuarto.

La celda en que se hallaba preso el Emperador, estaba en un piso alto del convento, lo mismo que las de Miramon y Mejía. Frente á cada una de estas celdas colocaron á un centinela. Como que el Emperador suplicó le dejasen tener cerca de él al Dr. Basch; éste, Mr. Grill y su *valet-de-chambre*, Severo, fueron colocados en celdas cerca de las del Emperador.

De una conversacion que tuve con el coronel Palacios, el que habia estado prisionero en Francia, y habla francés bastante bien, supe que habia poca esperanza para el Emperador. En el curso de la conversacion observé que el gobierno mexicano haria bien en seguir el ejemplo del gobierno Norte-americano con respecto al tratamiento de los rebeldes del Sur, á lo que contestó Palacios: «Los norte-americanos son enemigos hereditarios nuestros desde que nacen. Ni queremos tener nada que hacer con ellos, ni con ustedes; podemos subsistir sin ninguno de los dos.»

Ridiculicé la idea de vivir por sí, enteramente solos sin union con otras naciones y sin comercio alguno, siguiendo el ejemplo dado una vez por la China y el Japon, mas él sostuvo su opinion y dijo que México tenia todo lo necesario para su subsistencia y que no necesitaba de relaciones extranjeras. Me esforcé en persuadir al coronel Palacios para que me permitiera comunicarme con el Emperador, puesto que antes de su muerte tendria que hacer muchos arreglos. Sin embargo, no es posible obtener de un mexicano una contestacion terminante, y nada conseguí, salvo algunas promesas vanas.

Cuando vino mi mujer el 25 de Mayo, se hallaba en un

estado de escitacion grande, pues habia oido decir con certeza, que el Emperador y yo seriamos fusilados, y que el juicio del primero ese mismo dia habia comenzado. Se aplicaria la ley de 25 de Enero de 1862, la que ordena que todo el que sea tomado con las armas en la mano, será fusilado. Todos los trámites legales, inclusa la ejecucion, se terminaria en el curso de tres dias. A la vez debian ser juzgados con el Emperador, Miramon y Mejía, y despues de ellos, tres mas, acorde con el rango que tuvieran. De este modo se me facilitó hacer el interesante cálculo de cuán pronto llegaria mi turno.

Con alguna dificultad fuéme permitido por Palacios ver al Emperador, pero solo en presencia del oficial de guardia. Sucedió que este oficial fuera mi barbero suizo, el cual mediante una friolera se mantuvo parado en la puerta, pendiente para que nadie interrumpiera nuestra conversacion.

Informé al Emperador de lo que habia oido por mi mujer, y convenimos en que se fuera ella á San Luis Potosí para probar suerte con Juarez y obtener, si no otra cosa, por lo menos una demora, pues el ganar tiempo es una gran cosa en semejantes circunstancias.

En ese día mi mujer estuvo muy ocupada. Vino varias veces á la prision, y por última vez á las once de la noche; cuando indujo á un oficial á conducirnos á los dos con el Emperador, de quien recibió sus instrucciones. Del Emperador fué á ver á Escobedo, para decirle que iba á ver á Juarez, suplicándole suspendiera la ejecucion hasta su regreso, el que apresuraria tanto como fuera posible. Escobedo prometió, acorde con la costumbre mexicana. Partió ella á su destino esa misma noche.

El 26 de Mayo tuve una conversacion con el coronel Villanueva, el cual era hombre de educacion y no tan sanguinario como la mayor parte de sus compañeros de armas. El *resúmen* de su conversacion fué: «Que Maximiliano era hombre perdido,» y contra esto no habia remedio.

Me esforcé para ver al Emperador y al fin lo logré. Como que nada impide mas la accion vigorosa, como la débil esperanza, creí de mi deber hacer presente al Emperador el verdadero estado de las cosas. Hice esto principalmente para hacerlo convenir con una idea que me habia pasado por la cabeza varios dias; *viz; escape*, lo que solo prometia ayuda.

Un oficial (europeo) de las tropas que ocupaban el convento me visitaba con frecuencia, y conmigo fumaba un puro. Como no era del todo desagradable, y siempre de él adquiria noticias, toleraba su compañía, le daba dinero siempre que me lo pedia. Este oficial debia ayudarme en la fuga del Emperador, y casi estaba seguro que no se habia de negar á hacer este servicio.

El Emperador al principio se horrorizó con la idea de «fugarse,» pero yo atacué esta preocupacion con todas las razones y argumentos que pude reunir. Le probé que habia hecho mas de lo necesario para su «honor militar,» y que era un deber que al mundo debia él de conservar su vida; que solo tenia treinta y cinco años y ante sí un porvenir brillante y que todavía podia servir de gran provecho á la humanidad.

Al fin se persuadió el Emperador, pero me hizo considerar que me esponia á perder la vida dado el caso en que semejante plan se descubriera. Le supliqué no se molestara por causa mia, pues en el peor de los casos me era

bastante indiferente el que me fusilaran con diferencia de unos días. Cuando volví á mi cuarto me preparé para recibir un oficial liberal con algunas botellas de vino y otras cosas, y pronto se hizo presente.

Llegué desdeluego al grano, diciéndole: «le hablaré á vd. con franqueza. Aquí no es vd. mas que un teniente, y hace meses que no le han pagado. Ya vé vd. á la mayor parte de los mexicanos, sean liberales, sean imperialistas son iguales, y por lo tanto tiene vd. poca esperanza de medrar aquí. Propondré á vd. una cosa, con la que pueda hacer fortuna. Ayúdeme vd. á salvar al Emperador. Tan pronto como hayamos pasado por la puerta del convento, daré á vd. tres mil pesos (le puse el rollo de onzas en su cara) y á nuestro arribo en la Habana le pagaré á vd. mil onzas mas; ademas de esto se tendrá cuidado del porvenir de vd. en Europa.»

El oficial no puso obstáculo alguno, y admitió la propuesta desde luego. Despues de esto le dí un papelito para un personaje de Querétaro, á quien informaba de mi plan, y suplicaba me ayudara.

Como que era conveniente para mí el comunicar libremente con el Emperador, supliqué á esta misma persona escribiera sobre esto al Fiscal. Así lo hizo, y el 27 de Mayo me envió el Fiscal la siguiente nota:

«Fiscal.—Puede el preso Salm hablar con Maximiliano en español y delante del comandante de la guardia.

«Querétaro, Mayo 27 de 1867.

AZPIROZ.»

Desde aquella vez me estaba casi todo el dia en el cuarto del Emperador, á donde me acompañaba un oficial, el

que me volvía á buscar á la vuelta. Aunque solo debiamos haber hablado en español, bastaba de vez en cuando interponer una palabra en castellano en la conversacion. Como que el cuarto del oficial se hallaba cerca del Emperador, con la puerta abierta, este oficial estaba supuesto de estar presente. Con placer le dispensamos su ausencia.

La primera cosa que hice fué informar al Emperador de mi éxito con el oficial de que he hecho mencion. El Emperador en una ocasion suplicó midiera su celda, «para tiempos venideros;» por lo tanto haré una descripcion de esta como tambien de lo que le rodeaba.

La parte del convento en la que estábamos presos era un edificio que contenia un patio cuadrangular: por los tres costados de ese patio hay en los dos pisos corredores ó pasadizos con arcos que dan al patio, y los que antiguamente habian estado cubiertos por un enrejado de alambre, pero este se habia ya destruido quedando solo el de arriba. El cuarto costado del patio está separado por medio de una pared del adjunto é igual costado.

El Emperador estaba en el piso alto. Las puertas de las celdas dan y se abren por los corredores de los arcos, lo mismo que las ventanas. La escalera que conduce al piso alto está situada en uno de los rincones. Despues de subir esta hay á mano derecha una celda en la que estaban el capitan y el teniente de la guardia; y en la otra los soldados: frente á esta estaba á mano izquierda la celda del Emperador; junto á esta seguia la de Miramon, y en el rincon á la derecha cerca de la pared divisoria, estaba la celda de Mejía.

A la izquierda de la escalera habia solo dos celdas; la primera estaba ocupada por el mayordomo del Emperador,

Grill, y su camarista mexicano Severo; y la segunda por el Dr. Basch. La prolongada pared de la celda del Dr. Basch, estaba separada de la celda del Emperador por el pasadizo que en esta disposición formaba una especie de nicho. Ante cada una de las puertas del Emperador y los generales, las que siempre estaban abiertas, había un centinela.

La celda del Emperador media seis piés de largo por cuatro de ancho. Frente á la ventana abierta había un catre de campaña; al pié de este una silla, y á la cabecera una mesa. En el diagonal de esta mesa cuadrada había cuatro candeleros de plata con velas de cera, único artículo de lujo que no podía hacer á un lado el Emperador: además de esto había allí otras chácharas, las que siempre estaban arregladas en un orden conveniente. Una descompostura accidental de este arreglo ofendía la vista del Emperador, y al momento ponía aquello en su lugar. Siempre se encontraba en esa mesa un vaso con agua de azúcar, tapado con una tarjeta, como preservativo contra las muchas moscas que allí había.

En el otro rincón frente á la puerta estaba una mesa, en la que generalmente escribía. A la derecha de esta y contra la pared angosta había una caja del Emperador, la que se había sacado del cuarto de López. En el rincón frente á la cama, y cerca de la ventana, había un aguamanil. Como el Emperador no se sentía bien, generalmente se quedaba en cama hasta medio día, y solo se levantaba por unas cuantas horas.

El 28 de Mayo, el proceso del Emperador fué otra vez prorogado, y tuvo lugar un canje tenaz de telégramas entre Escobedo y Juarez. Cuando estaba sentado al lado de

la cama del Emperador, trajo á la memoria que aunque me habia nombrado general y prometídomé una condecoracion, no habia recibido todavía mis diplomas. Aunque su gobierno habia terminado, dijo que tal vez necesitaria esos documentos, y por lo tanto ordenó á Blasio los estendiera con fecha del nombramiento verbal, *viz*, el 14 de Mayo me nombró gran oficial de la Orden de Guadalupe. Tambien á mi esposa le dió la Orden de San Carlos la que habia sido instituida por la muy escelente Emperatriz Carlota. Dijo que la hubiera nombrado «dama de palacio» de la Emperatriz, pero que esto no era posible, puesto que ese documento tenia que firmarse por la Emperatriz misma. El general Castillo, el coronel Pradillo, el Dr. Basch, y otros tambien fueron condecorados.

Como que esto estaba ya muy incierto, é inesperadamente podiamos separarnos, el Emperador me dijo confiara en su camarista Severo, el que era hombre bueno y de fiar. Como llevaba el almaerzo á mi cuarto, siempre podia ver si habia algun papelito oculto en el pan; pero como que podia ser peligroso si semejante nota cayera en manos del enemigo, me dictó los siguientes números como claves para diferentes personas y cosas.

1, Emperador; 2, Miramon; 3, Mejía; 4, Salm; 5, el oficial del enemigo á quien habia ganado; 6, mi esposa; 7, otro oficial de los liberales; 8, México; 9, Veracruz; 10, Tampico; 11, Matamoros; 12, Tuxpan; 13, Caballos; 14,....; 15, Austria; 16, buque de guerra; 17,....; 18, pequeños botes; 19, mulas; 20, médico; 21, gefes del enemigo; 22, Habana; 23, Nueva Orleans; 24, Washington; 25, gobierno liberal; (26, en blanco); 27, Márquez.

El 29 montó la guardia un oficial al que hasta entonces

no habia visto, y el que era mas severo que los demas. Por lo tanto no podia hablar mucho con el Emperador, pero por otro lado tenia lo bastante que arreglar tocante á nuestra fuga, la que en extremo se dificultó, con la declaracion terminante del Emperador de que no se evadia sin Miramon y Mejía. Por lo tanto tuvieron que darse pasos acorde con esto.

Cuando el oficial de infantería, mi confidente, vino ese dia á visitarme me dijo que nada podia efectuarse sin el oficial de caballería que mandaba la guardia que estaba cerca del cuarto del Emperador, que ya habia hablado á uno, á quien le habia pedido permiso para venir á verme. Aunque me parecia era bastante peligroso el confiar nuestro secreto á tantas personas, el negocio estaba ya hecho, y me alegré de que este oficial de caballería era uno de aquellos con quien ya me habia entendido en cosas de dinero.

A esto envié instrucciones á mi confidente en la ciudad para que me comprara las siguientes é indispensables cosas: seis caballos, seis revolvers y seis sables. Para uso del Emperador mandé comprar de nuevo mi caballo pinto pues era mas grande que los caballos mexicanos y excelente saltador. Estos caballos y armas debian ocultarse en casas de unas señoras amigas. El oficial de caballería, mi antiguo conocido, estaba bien dispuesto á salvar al Emperador y á mí, mas se dificultó bastante el hacerlo convenir en la fuga de Miramon y de Mejía.

El 30 de Mayo cuando estaba almorzando, encontré en el pan escrita con lápiz la siguiente nota del Emperador «Necesito indispensablemente hilo negro para amarrar, cera para pegar, y si fuere posible un par de anteojos. Es necesario que en el caballo se coloquen dos zarapes, dos

revolvers y un sable. Que no se olvide el pan ó bizcochos, vino blanco y chocolate. Tambien un látigo de montar es necesario.»

El Emperador no queria cortarse su hermosa barba, sino amarrársela por detrás del pescuezo, y ponerse unos anteojos. Dijo que haria un papel muy ridículo sin su barba dado el caso de que de nuevo fuese preso, pues mucho se habia reido al ver al general Casanova, el que se habia quitado sus enormes bigotes para mejor disfrazarse, y á quien apenas habian reconocido sus mas íntimos amigos.

Fuí á ver al Emperador, pero no pude hablarle gran cosa, hasta que el severo oficial fué relevado á medio dia por otro á quien ya conociamos. Como que mi celda estaba en el piso bajo y las del Emperador y los dos generales en el de arriba, tenia que pasar por entre centinelas que habia por ambos lados, y por lo tanto el Emperador suplicó á Escobedo el que se me trasladase al cuarto del doctor Basch, pues necesitaba de mi ayuda para escribir su último testamento.

El Emperador me dijo que López habia tenido el descaro de ofrecerle sus servicios, pero que por supuesto los habia rehusado. El traidor no estaba satisfecho con los liberales, los que solo le habian pagado una pequeña parte de la suma estipulada. El Emperador hablaba de López el traidor, solo con desprecio, pero de Márquez, el calculista y traidor á sangre fria, con indignacion.

Muchas personas obtuvieron de Escobedo el permiso de hablar al Emperador; y cuando regresó mi esposa de San Luis Potosí, por la noche muy triste y fatigada, algunos americanos se encontraban allí. Una de estas visitas describió la escena en un papel y daré su descripcion, puesto

que la de un testigo ocular é indiferente con frecuencia dá una idea mas exacta de una situacion, de lo que es posible dé una de las personas interesadas:

«Se dejó oír un ruido por afuera; la pesada puerta se abrió, y un soldado dijo en voz alta: «¡la señora!» Al momento el príncipe Salm Salm estrechó en sus brazos á la recién venida. Era la mensajera voluntaria, su esposa, la que acababa de llegar de San Luis Potosí de ver á Juárez. Tenia la cara tostada del sol y sucia, los zapatos rotos, todo su cuerpo temblaba con una afeccion nerviosa, cansada por la fatiga al poner las manos sobre los hombros de su esposo. El archiduque con ahinco se adelantó esperando su turno. Se oyó decir al príncipe en voz baja. «Has tenido algun éxito? Qué dice Juárez?»

«Harán lo que han dicho en los despachos. Han concedido la próroga. Y volviéndose á Maximiliano, dijo: Oh! Vuestra Majestad, me alegro tanto!»

«Maximiliano tomó la mano de la princesa y se la besó diciendo: «Dios la bendiga á vd., señora!» y agregó: «ha sido vd. demasiado bondadosa con uno que teme jamás podrá servir á vd.»

La princesa hizo por sonreirse.—No esté V. M. tan seguro de ello. Todavía tendré que solicitar un favor para el príncipe.

—Jamás necesitará vd. pedírmelo, señora, contestó el archiduque conduciendo á un asiento á la princesa.— Parece vd. fatigada: poco podemos ofrecerle. Príncipe, debe, vd. cuidar á su—*I*—

«Haciendo la cara á un lado Maximiliano se dirigió precipitadamente á la ventana. Fácil era ver el por qué. Contuvo su dolor, pero este casi se podia oír. El príncipe—

con una mano apoyada en el respaldo de la silla de su esposa y con la otra levantada apuntando hacia el archiduque—apenas podía contrarestar su emoción.»

Tiempo era de que cesase la presencia de los intrusos. La visita que ya estaba en la puerta, hizo un saludo desapercibido y se retiró.

El 31 de mayo por la mañana estaba sentado al lado de la cama del Emperador, cuando el perrito «Jimmy» (acordándose tal vez de Tulancingo) se precipitó por la puerta, saltó precisamente sobre la cama del Emperador, y estaba en extremo contento de verme. Una sonrisa alegre bañó el semblante del Emperador, cuando dijo:—Ea, allí viene nuestro ángel de guarda! pues por de contado al incorregible «Jimmy» le seguía su ama.

En el almuerzo había yo recibido por el correo del pan la siguiente nota del Emperador escrita por el Dr. Basch:

«Es preciso que haga vd. que el Cónsul de Hamburgo Bahmssen telegrafe á las Legaciones Inglesa, Italiana, Prusiana, Belga, Española y Austriaca, informándoles de que ha comenzado ya el proceso del Emperador, y que requiere tiempo para arreglar negocios particulares urgentes é importantes, lo mismo que negocios internacionales importantes entre Austria y Bélgica, concernientes á la persona de la Emperatriz.»

A esto se resolvió que la princesa fuera á México, y de allí regresara en compañía del ministro Prusiano, Baron von Magnus, y de un abogado. Para el primero de estos me dictó el Emperador la carta siguiente:

Querétaro, Mayo 31 de 1867.

“Mi querido Baron von Magnus:—Deseo ver á vd. mu-

chísimo, y le suplico se venga vd. aquí tan pronto como le sea posible; consigo traiga á los representantes de Austria y Bélgica, pues tengo que arreglar con estos señores negocios de familia importantes y de carácter internacional. También necesito al coronel Schaffer y al conde Kevenhüeller; tal vez se podrá arreglar enviar á estos señores con el carácter de correos prusianos ó ingleses. Me aguardarán en la Habana Khevenhüeller y Schaffer. Tal vez sería bueno traer al representante inglés.

Suplico á vd. envíe mis cosas á los Srs. Wiel y Ca, Consules de Prusia en la Habana.

Vuestro, afectísimo

(*Firmado*) MAXIMILIANO.»

Cuando habia acabado de escribir esta carta eché de ver la ausencia del «Jimmy.» Adonde estaria? Despues de mucho llamarle condescendió en sacar de la cama del Emperador sus negras narices, á donde á gran horror de mi esposa, estaba durmiendo siesta. El Emperador se rió cuando el libre y sencillo americano que no le importan ni reyes ni Emperadores, se resistia á que se le quitara de allí. El Emperador en esa vez habló de nuestra fuga; y dijo:—“La bandera blanca estaba ya enarbolada, y nosotros rendidos como prisioneros de guerra y como tales reconocidos por Escobedo en el cerro do las Campanas..... Juarez no ha aceptado mis condiciones, y en vez de considerarnos como prisioneros de guerra, se nos trata como traidores; por consiguiente, no tenemos compromiso alguno.»

Se habia arreglado el que primero nos dirijiéramos á la Sierra Gorda, de allí á Tuxpan, un lugar en la costa

de cuyo punto podía llegar el Emperador á Veracruz, el que todavía estaba ocupado por nuestras tropas. Allí se esperaba lograr mejores condiciones de los liberales, especialmente para sus súbditos, que se habian mantenido adictos.

Me dictó el Emperador las siguientes instrucciones, las que ahora copio de mis apuntes.

«A los buques austriacos en Veracruz debe instruírseles con precaucion, con respecto por qué puntos deben andar en corso (esto subrayado!) Durante la noche se harán señales y de dia con banderas. Ademas de esto, mandarán con frecuencia pequeños botes á tierra. Seria bueno ponerse en comunicacion con buques ingleses y españoles.»

Para el Ministro Aguirre que estaba abajo en el mismo cuarto que yo, el Emperador me dió las siguientes instrucciones:

«Carta al Ministro austriaco y belga para que vengan al momento á Querétaro, para tratar con ellos asuntos de familia de un carácter internacional. El Ministro Aguirre tiene que firmar.»

Despues de que habia dejado al Emperador, recibí una visita de mi oficial liberal, quien me dijo que su compañero el oficial de caballería haria la guardia cerca de la escalera el 2 de Junio, y que él mismo mandaria la guardia de infanteria á la entrada del convento. El escape por lo tanto tenia que hacerse durante la noche del 2 al 3 de Junio, pero el oficial de caballería lo habia declarado enteramente imposible si al capitan que con él estaba en el mismo cuarto no se le conquistaba igualmente para la empresa. No habia que detenerse á medio camino. Tuve que hablar al capitan y encontré que era el hombre mas

enérgico de los tres. Aceptó mis condiciones, y ofreció llevar consigo una escolta de veinticinco hombres, lo que nos venia muy bien. Dado el caso en que perdiera la vida en la empresa debian pagarse cinco mil pesos al instante á su familia. Que si nos alcanzasen nos harian pedazos, estaba él bien seguro.

Al dia siguiente el Emperador escribió la siguiente letra de cambio, la que todavía existe en mi poder:

«Querétaro Junio 1º de 1867.

La casa de banco.....en.....tiene que pagar al momento á la familia del capitán....., dado el caso en que este muera, la suma de cinco mil pesos (\$5,000.)

(Firmado) MAXIMILIANO.»

Después de esto me dijo el Emperador que escribiera lo siguiente:

«Obtener un buen guía para ir á la Sierra Gorda; comprar unas linternas secretas; envenenar á los caballos de la caballería, ó inutilizarlos; no olvidar utensilios para escribir.»

Como que la guarnición que se habia quedado en Querétaro no era numerosa, no era necesario inutilizar muchos caballos, ó matarlos con el objeto de imposibilitar el que se nos persiguiera.

Cuando el 1º de Junio pasé á ver al Emperador á cosa de mediodía, y hablamos largo tocante á la fuga, se trató sobre si se deberia imponer al Dr. Basch del proyecto. El Emperador estaba en contra, y dijo:—«El Dr. Basch es una alma fiel, pero temo que nos entregaria á consecuencia de su manera nerviosa. Mas como sin embargo podia llegar á saber que algo se preparaba, seria mejor decirle que yo me

estaba disponiendo pues probablemente me iria á San Luis Potosí, y que á vd. solo le permitirian fuera conmigo. Para hacer aparecer esto mas probable, que le dé á vd. algunas receta para mí que bajo cualesquier circunstancia siempre he de necesitar.»

Igualmente observó que cuando estaba de buenas tenia en su derredor muchas personas que se esforzaban en hacer lo mejor para tenerlo contento, y dijo: Siento, Salm, que vd. solo tiene que participar de lo amargo conmigo, pero espero en Dios que vendrán mejores tiempos.»

Al discutir la dificultad ocasionada por la posicion de nuestras celdas en diversos pisos, y la posibilidad de nuestra separacion, convenimos en lo que en ese caso haríamos, é igualmente, si solo lo lográsemos uno de nosotros. Yo dije: —Que ciertamente me entregaria de nuevo dado el caso que el Emperador fuese aprehendido ó impedido de escaparse; mas él me contestó:—«No, de ningun modo quiero que haga vd. eso, mando á vd. terminantemente se vaya.» Al interrogarle que en semejante caso adónde querria que me fuera, me ordenó me dirijiera abordo del buque austriaco “Elizabeth,” que estaba en el puerto de Veracruz, y me dió para su capitan la carta siguiente:

«Querétaro, Junio 1º de 1867.

Querido capitan von Groellev.—Con la presente mando á vd. á mi general y ayudante de campo el Príncipe Salm, ahora gefe de mi casa; recomendádoselo encarecidamente. Llévelo vd. á bordo de su buque con el objeto de que allí me espere, ó mis instrucciones.

Vuestro afectísimo,

[Firmado] MAXIMILIANO.»

La salida de mi esposa para México se había retardado, pues no había medio de transporte; y de ello me alegraba pues mi confidente el oficial me dijo que todo estaba ya dispuesto para la fuga. El y sus dos socios montaron la guardia el 2 de Junio al medio día para quedarse allí por cuarenta y ocho horas. A la una ví al Emperador y se resolvió efectuar definitivamente la fuga esa misma noche.

Todo iba tan bien como podía desearse. La única persona que había que temer era el coronel Palacios. A consecuencia de su apariencia feroz, la que se aumentaba mas por la razón de estar bizco, el Emperador que le gustaba poner sobrenombres á la gente, le llamaba la «hiena.» Sin embargo, no era tan feroz como parecia, y estaba ausente pues tenia su alojamiento en uno de los patios del convento, que estaba muy lejos del nuestro. La guardia mandada por nuestros tres oficiales eran las únicas personas que había en el convento, y el soldado mexicano no piensa, sino solo hace lo que se le manda. En la ciudad había pocos soldados, y cortas patrullas andaban por las calles y eso solo hasta las once de la noche. Como que todos estábamos armados, y con nosotros llevábamos veinticinco hombres, un encuentro casual no era peligroso. No había avanzadas fuera de la ciudad, y ningunas tropas entre esta y la Sierra Gorda.

Cuando me estaba paseando por el corredor fumando un puro, me hizo una seña Miramon. Buscando una oportunidad dejé caer mi puro cuando había aproximádole. Con política me ofreció su caja de cerillos, y al abrirla entre los pocos fósforos que allí había descubrí un papelito. Encendí el puro y despues le devolví la caja, pero segun política mexicana rehusó recibirla, y al instante me la eché en la

bolsa delante del centinela, el que se encontraba á una vara de distancia de nosotros. Cuando la oportunidad se me presentó, leí el siguiente apunte:

«Mis caballos han sido tomados ayer, de consiguiente no tengo, en cuanto á las pistolas están conmigo. Quisiera saber la manera como N. tiene arreglado esto, porque temo mucho si no una traicion, sí una mala direccion, que pueda costarme la vida aminado! (sic), escribámelo N. al momento.—Vuestro amigo.

M. M.»

Ese mismo dia tuvo Miramon el melancólico placer de ver á su mujer, la que habia llegado de México con su chiquito de dos meses.

A la una de la tarde llegó un despacho telegráfico anunciando que el Baron Magnus y los mejores abogados de México, Martinez de la Torre y Riva Palacio, el padre del general, habian salido para Querétaro.

A cosa de las cinco me mandó buscar el Emperador y me dijo que por el momento no era necesario el viaje de mi esposa y que no se fugaria esa noche.

Si á mis piés hubiera caido un rayo no podia haberme quedado mas espantado, pues oportunidad mas favorable que esta para la fuga jamas podia presentarse de nuevo. Imploré al Emperador casi de rodillas no pospusiera el escape, especialmente cuando las razones que para ello esponia eran de tan poca cuenta.—“Qué dirian de mí los ministros á quienes he invitado á venir acá” exclamó S. M.—“si llegaran y no me encontraran!” De corazon se alegrarian de ver á vd. en cualquiera otro lugar” contesté. Mas el Emperador se mantuvo firme y trató de calmar mis

temores por su vida, diciéndome: «No han de estar tan de prisa, y unos dias mas ó menos no harán diferencia.» Era casi la misma contestacion que la noche del 14 de Mayo me dió. Sin embargo no es él el único príncipe que ha tenido que lamentarse de un «ya es muy tarde!»

Cuando habia comunicado á los oficiales de la guardia la resolucion del Emperador, tuve el mayor trabajo en calmar los, pues no solo temian perder la prometida recompensa, sino igualmente el ser descubiertos. Demasiadas personas sabian del plan, y si no se llevaba á cabo esa misma noche, indudablemente se revelaria; hasta ese momento nada se sabia, y el éxito era casi seguro.

De nuevo ví al Emperador, pero todavía insistia en que se difiriera la fuga hasta la llegada del Baron Magnus, en quien tenia gran confianza, puesto que él mismo le habia asistido en todo tan enérgicamente y con tanta fidelidad, mientras que esos representantes, de quien podia haber esperado ayuda con mayor derecho, se habian manejado miserablemente y casi de una manera hostil. Si estos no hubieran trabajado tanto para inducir á las tropas extranjeras á que abandonasen el país, podian haberse quedado y prestado muy buenos servicios.

Se lamentaba muchísimo de que el ministro inglés, Mr. Scarlett se habia ido de México, pues bien sabia que este hubiera secundado los esfuerzos del Baron von Magnus.

El dia 3 de Junio me hallaba con la princesa en el cuarto del Emperador. Cuando estaba solo conmigo me llamaba generalmenete por mi nombre cristiano, pero siempre, por el que no era, diciéndome Felipe, en vez de Félix. Jamás me atreví á corregirlo, pero mi esposa sí. Hago mencion de esta circunstancia, puesto que el Emperador usó de este

nombre (Felipe) en un documento oficial, y me costó algun trabajo probar que yo era la persona en cuestion y no otra. El Emperador nos regaló á cada uno de nosotros su fotografía, y abajo escribió su nombre.

El 4 de Junio se levantó el Emperador mas temprano de lo de costumbre, pues esperaba á los ministros extranjeros, que sin embargo le chasquearon ese dia. Para matar el tiempo arregló un partido de dominó en el nicho que formaba un pasadizo que daba frente á su celda, y Mejía, Miramon y yo tomamos parte en él. En ese dia el Emperador se hallaba de muy buen humor, le esplicó el juego á Mejía, el que parecia cansar á Miramon, quien me miraba con sonrisa de resignacion. A cosa de medio dia llegó el por tanto tiempo deseado permiso de Escobedo, para que me trasladara á la celda que hasta entonces solo habia estado ocupada por el doctor Basch.

En la noche, por largo tiempo estuve sentado al lado de la cama del Emperador, el que entonces estaba sumamente triste y melancólico. Puso su mano sobre la mia, y me hizo el confidente de sus penas tocante á su persona y familia. No me es dado publicar lo que me contó, y me limitaré á decir que habló de la Emperatriz su consorte, con el mas grande amor, de la Archiduquesa Sofía su madre, y de su hermano el Archiduque Cárlos Luis. Se espresó con algun rencor tocante al acto de renuncia de familia que se le indujo á firmar al aceptar la corona Imperial de México.

El 5 de Junio por la mañana temprano recibí una visita de mi confidente el oficial de infantería, el que me dijo temia que sus gefes superiores hubieran oido algo referente á su plan. Si este era el caso, nadie mas que él era culpable. El y sus camaradas no podian abstenerse de enseñar el oro que

habían recibido de mí, dando de esta manera lugar al celo y la sospecha entre sus compañeros de armas que eran más pobres que ellos. El general Escobar que estaba en la celda contigua á la mía, ya me había prevenido una vez para que tuviera más cuidado al dar dinero á los oficiales liberales, pues había oído el chasquido del dinero en mi celda.

Presumo que los oficiales al ver que se sospechaba de ellos y para evitar peores consecuencias, divulgaron todo el negocio á sus jefes superiores, presentando el caso solo como un medio para hacerse de dinero, y para averiguar las intenciones de los prisioneros.

Igualmente oí decir que se acusaba á la señora Miramon de haber originado sospechas á causa de su charla, aunque no sé hasta qué punto había fundamento en ello. Sin embargo no tuve que aguardar por mucho tiempo los resultados.

Cuando regresé á mi celda dejando al Emperador solo con su médico, un general liberal, creo que su nombre era Paz, entró, y hablándome de una manera brutal dijo: “Ha tratado vd. de efectuar la fuga de Maximiliano. Si acaso repite vd. esto se le fusilará en el acto.”

Desde que el Emperador había rehusado el aprovechar los medios que yo había preparado para su escape, poco me importaba ninguna cosa, y mucho menos las consecuencias que el descubrimiento del plan podrían ser con respecto á mí. Incómodo con el tono del general, le contesté de la misma manera: “Y si me hubiera manejado como vd. dice, acaso hubiera hecho más de lo que era mi deber? Vd., presumo, hubiera hecho otro tanto si tuviera sentimientos de honor y amor á su jefe. No es esta la primera vez que he

espuesto mi vida por mi Emperador, y estoy dispuesto á es-
ponerla otra vez para salvarle.”

—Ya lo sabemos, me contestó el general.—Escobedo me
ha dicho ya que vd. es el hombre á propósito para llevarlo
á cabo. Por lo tanto se le llevará á un lugar adonde esto no
sea posible; y echándome miradas amenazadoras salió de
la celda.

—No puede vd. hacer otra cosa mas que fusilarme, le
grité al salirse; pero hoy nos toca á nosotros nuestro tur-
no; mañana será el de ustedes; esa es la costumbre mexi-
cana.

Cuando el general me libertó de su compañía, me aver-
goncé de haberme dejado llevar de mi cólera, y me fuí á
visitar al Emperador, para tomar de él un ejemplo de la
serena dignidad con que cargaba su cruz.

Pronto se me presentó un oficial con órden para que me
fuera con él.

No tenia éste inconveniente en que me despidiera del
Emperador. Al verle no podia yo articular palabra. Me
tendió su mano la que llené de besos. Sentia como que tal
vez no me seria dado ver, mas ese rostro tan querido. En el
umbral de la puerta de nuevo me volví á verle. Dos lágri-
mas silenciosas corrian por las mejillas del augusto mártir.
Eso era demasiado. Mi corazon se hacia pedazos. Eché á
correr á mi cuarto, y allí dí libre curso á mi dolor; con
fuertes sollozos.

Sin embargo, pronto me recuperé, y me puse á las órde-
nes del oficial, indiferente aun si me conducia al lugar de
la ejecucion. Me llevó no obstante, abajo, á la celda de los
demas generales, los que con gran sorpresa mia, encontré
listos para salir. Temeroso Escobedo de que se hicieran mas

esfuerzos para escaparse, habia dado órdenes de que todos los prisioneros, con excepcion del Emperador, Miramon y Mejía, se removieran del convento.

Rodeados por una escolta en extremo numerosa, mandada por el coronel Palacios, tuvimos que andar por las calles despacio con un sol ardiente, hasta el Casino, lugar adonde se hallaban confinados todos los oficiales de campaña: mientras que los oficiales subalternos se habian quedado en el convento de santa Teresita. Se nos condujo á un enorme salon: el mismo donde el Emperador habia tenido una recepcion inmediatamente despues de su llegada. Un guardia nos separó del resto de los prisioneros. El arriba mencionado general se adelantó, y nos favoreció con un discurso, en el que dijo sentia verse obligado á usar de mas rigor del que hasta entonces habia observado á causa de eventos que habian ocurrido en esos últimos dias; y al decir esto me miró de un modo significativo.

Con gran disgusto suyo, el doctor Basch se habia visto obligado á hacer esta marcha forzada con nosotros. Se paseaba por el gran salon, en silenciosa cólera, mas al fin se acostó sobre de una mesa para poder olvidar durmiendo. Sin embargo, despues de una siesta que duró una hora, fué despertado y de nuevo enviado al Emperador.

Las medidas severas que nos anunció el general, pronto se manifestaron. Las guardias se triplicaron; á nuestros criados no se les permitia la entrada; el vino fué prohibido, y hasta los tenedores y cuchillos nos quitaron. Probablemente temia el general que atacásemos á su valiente guardia con los tenedores, y de esa manera evadirnos.

Me causó bastante diversion ver á catorce generales y otros tantos coroneles comer la carne con los dedos en vez

de cuchillos; pero estos señores no veían el chiste del negocio, se incomodaron conmigo, y me suplicaron renunciara á todos los designios de fuga; los que solo servían para hacer su posición mas desagradable.

El general Escobar, que lo mismo que Castillo, llegó á ser mas tarde mi mejor amigo, se espresó en términos los mas suertes. Yo igualmente me incomodé, y el resultado fué que habia de tener lugar un desafio con pistolas, el que se efectuaría el primer dia despues de que se nos libertara.

Se me olvidó hacer mencion de que el Baron Magnus acompañado de su canciller, Mr. Eduardo Scholler; los dos abogados y el secretario de la Legacion de Bélgica, habian llegado á cosa de medio dia. Tuve mucho gusto de ver al Baron algunos momentos con el Emperador. Me habia hecho muchos servicios y habia estado bastante en su compañía. Me reanimé en sumo grado al considerar que estaba cerca del Emperador, el que ahora no me echaría tanto de menos.

El Emperador reconoció mis esfueszos para servirle de la manera mas lisongera, diciendo en mi presencia al Baron Magnus: «El príncipe se ha batido como un leon, y ha probado ser el mejor amigo en la desgracia.» No debia yo hacer mencion de esto; mas como que estas palabras de mi Emperador las tomo como la mas querida recompensa por mi adhesión á su persona, correré el riesgo de que se me tenga por vanidoso.

El 6 de Junio, al fin llegó el encargado de negocios de Austria, Baron von Lago en compañía de su secretario, el caballero Schmidt de Tavera, y el ministro de Italia, Curtopassi.

Para economizar tropa, y no por causa de la humanidad,

en ese día nos quitaron la guardia que nos tenía separados del resto de los oficiales de campaña. Por lo tanto tuve el placer de ver á mis amigos los tenientes coroneles Pitner y Conde Patcha, al comandante Malburg, é igualmente al mayor von Goerbitz. Estos cuatro caballeros vivían en el mismo cuarto, y celebramos nuestro encuentro con una gran jarra de ponche de cognac, que conseguimos mediante dinero que dimos á las mugeres de los soldados, é igualmente jugamos una partida de whist.

El 7 de Junio se nos echó otro discurso por un coronel del estado mayor de Escobedo, previniéndonos que nos abstuviéramos de toda intriga para evadirnos, y amenazándonos con que al instante que se nos descubriese, seríamos fusilados. Estas buenas gentes siempre nos temían, y no sin justísima razón, pues teníamos las simpatías de la mayor parte de los habitantes de Querétaro.

PROCESO DE MAXIMILIANO.

El 8 de Junio vino la orden de San Luis Potosí para que se juzgase ante una corte marcial al Emperador y á todos los generales, bajo la ley de 2 de Enero de 1862. Semejante corte marcial y la muerte eran sinónimos. Se mandó nombrar la corte por orden del supremo gobierno. Los cargos contra los acusados eran examinados por el asesor del comandante general, y si se les encontraba correctos, la sentencia debia ejecutarse por orden de ese general. Contra semejante sentencia no habia apelacion ni tampoco se concedia gracia alguna.

A todos los demas oficiales se les castigó de la manera mas arbitraria sin previo juicio. Todos los coroneles condenados á seis años de prision criminal, los tenientes coroneles á cinco años, los comandantes á cuatro y los capitanes y tenientes extranjeros á dos. Todos los tenientes mexicanos fueron puestos en libertad; pero tenian que volverse á sus casas, adonde estarian sujetos á la vijilancia militar por un año.

Ademas de esto recibió órdenes el general Escobedo para

escoger de todas las graduaciones de oficiales contra quienes se hacian cargos particulares é igualmente sometidos á juicio ante una corte marcial.

De acuerdo con esta órden cómo yo coronel, temia ser condenado á seis años de prision criminal y debia comen-
zarla en el acto segun igualmente estaba ordenado. La idea de verme separado aun mas del lado del Emperador bajo las presentes circunstancias, me era insoportable y para evitarlo presenté mi despacho de general. El coronel liberal del estado mayor tuvo la suficiente rectitud para llamarme la atencion á la insignificante circunstancia de que la ley de 2 de Enero 1862 equivalia á la muerte para todos aquellos que fueren tomados con las armas en la mano y que no debia esperarse gracia alguna. Me ofreció guardar silencio con respecto á que era yo general, pero rehusé.

El dia 9 de Junio el encargado de negocios de Austria, Baron von Lago vino á ver á los oficiales austriacos que estaban presos, es decir, á Pitner, Pachta y Malburg. Con el Baron vino su secretario y presumo que en honor de su apellido americano Schmidt, llevaba el traje mexicano.

Aunque el Baron Lago me conocia muy bien, como que con frecuencia me habia visto en la casa del Baron Magnus en México, y el Emperador espresamente le habia informado de las relaciones que habia entre él y yo, el gran diplomático no tuvo por conveniente hacer el mas mínimo caso de mi persona, y su Sancho Panza el amexicanado caballero Schmidt, le imitó. Estando con esto sumamente divertido le dí un encontron al baron y de esa manera le obligué á hacerle presente mi persona, haciéndome él un saludo precipitado.

Habian ya sacado fuera de la ciudad á los capitanes á medio dia y solo esperaban á los demas oficiales de campaña. Estos últimos se reunieron en el patio del Casino, y solo se quedaron aquellos que habian sido apartados á un lado para favorecerles con la corte marcial. . . . Eran estos los coroneles Monterde, Reyes, Othon, Redonet, Diaz, y Rodriguez; y los tenientes coroneles Pitner y Almanza: ademas, un gran numero de comandantes y de oficiales subalternos. Entre esos se hallaba el Mayor von Goervitz; el que debia esta distincion al Dr. Licea, á quien este insultó como se lo merecia cuando ese benemérito entregó á Miramon.

Entre los que se habian reservado para la corte marcial se hallaban ademas del Emperador, Miramon, y Mejía, los siguientes generales Castillo, Casanova, Herrera y Lozada, Ramirez, Moret, Valdés, Escobar, Liceaga Calvo, Saml Salm y Magaña. Este último era un hombre de mas de ochenta años, el que no habia estado en campaña por mas de veinte años, y á quien ninguno de nosotros conocia.

De los empleados civiles reservados para la corte marcial eran el Ministro García Aguirre, el Prefecto Dominguez el comisario D. Tomás Prieto, y el secretario del Emperador D. Luis Blasio.

El fiscal del gobierno republicano era el teniente coronel Azpiroz, jóven bien parecido de veintiocho años de edad á quien Juarez habia escojido especialmente para este designio. El asesor de Escobedo era Escoto, jóven de veinte años, el que tenia una espresion mala y feroz en las facciones, pero que á la vez era un instrumento enteramente sumiso en las manos de Escobedo.

Cincuenta oficiales de campaña, que estaban parados

en el patio del Casino, debían ser trasportados á Morelia; entre ellos estaban Pradillo y Ormaechea. Me era sumamente penoso el separarme de estos mis fieles compañeros de armas, y mucho mas puesto que todos teníamos delante un porvenir muy oscuro. La manera con que el gobierno republicano trató á estos oficiales, era repugnante, pero era característico del espíritu de este gobierno. Estos oficiales, entre los cuales habia muchos ancianos, y otros que estaban imposibilitados ó debilitados por sus heridas, tuvieron que marchar á pié por diez y seis dias hasta Morelia en medio del calor de un verano mexicano, escoltados por un destacamento de caballería.

Como que estos oficiales habian estado á caballo, no estaban acostumbrados á marchar á pié en los rayos del sol y en caminos arenosos, siendo el resultado que muchos de entre ellos sufrieron de piés lastimados y otros achaques de la marcha. Despues del segundo dia por lo tanto declararon que no podian ya andar mas, y que preferian ser fusilados.

Los habitantes de Celaya recibieron con gran bondad á estos desgraciados hombres. No solo les ofrecieron toda clases de alimentos y refrescos, sino aun mulas, y les suplicaron y dieron el permiso para que á su llegada las vendieran, y con el dinero de esta venta, comprasen algunas cosas para su comodidad. ¡Parecida á esta fué la recepcion que en otras partes les dieron.

Cincuenta de los capitanes fueron enviados á Guanajuato, cincuenta á Zacatecas y setenta y dos á San Luis Potosí. Entre estos últimos se encontraban tambien los tenientes extranjeros. Todos estos no fueron tratados como prisioneros de guerra, pero sino que baldon de Escobedo, que quebrantó

su palabra, se les puso en compañía de pícaros y ladrones.

En la noche del 9 de Junio mi fiel sombra el teniente Montecón se vino á despedir de mí. El valiente jóven lloró como un niño. Me dijo que él encontraría medios de entrar á México y de nuevo pelear contra los liberales. Desde aquella vez no he vuelto á saber mas de él.

El 10 de Junio la Princesa logró obtener el permiso para que viera yo al Emperador. Acompañado por el comandante Longoria del estado mayor de Escobedo fuí con ella por la ciudad. El Emperador estaba malo, pero habia conservado su serenidad y compostura varonil, aunque así mismo y á otros debia el hacer todo lo que estaba en los límites de lo posible para conservar la vida. Examinamos todas las probabilidades que de ella tenia, pero no quedaba ninguna mas que la fuga, y nosotros de ninguna manera desesperábamos del éxito, aunque se habian tomado todas las precauciones para hacer la fuga mas difícil. Dos oficiales de campaña, provistos de revolvers, constantemente vigilaban la puerta del Emperador durante la noche; quiere decir, uno de ellos dormia en el ya mencionado nicho, mientras el otro se paseaba de arriba abajo en el pasadizo.

Si podia efectuarse la fuga debiamos irnos directamente á la Sierra Gorda, de allí á Rio Grande y despues á Veracruz. En ese puerto esperaba encontrar el Emperador en caja mas de un millon de pesos, y como que los mexicanos no tenian flota para evitar su ida allí, podiamos conseguir provisiones de la Habana y tropas del Estado de Yucatan, que estaba aun en favor del Emperador. De esta manera podiamos mantenernos á lo menos un año, y mientras que Miramón y Mejía trabajaban en el país. Un año es término

largo en México, y la causa del Emperador de nuevo podía tomar un aspecto favorable.

Para la ejecución de nuestros proyectos era necesario que otra vez se me alojara cerca del Emperador. Por lo tanto, le supliqué á Escobedo concediera esto, pero se rehusaron; sin embargo, se me permitió que le visitara, acompañado de un oficial del estado mayor.

En la mañana del 11 de Junio, de nuevo nos trasladaron al convento de Santa Teresita, el que ofrecía mayores facilidades para asegurarnos que el Casino, el cual se había dejado vacío con la partida de los oficiales subalternos. Aquí estábamos vigilados por el batallón de Supremos Poderes, escolta particular del Presidente Juárez; y por lo tanto presumo, un cuerpo *selecto*. Sin embargo de esto, era un cuerpo de lo mas miserable, compuesto de la canalla mas soez y despreciable. Esto no era tanto la culpa de los soldados, cuanto de los gefes. Los oficiales superiores ostentaban espléndidos y brillantes uniformes, llevaban guantes de los colores mas delicados y se adornaban con grandes cadenas de oro, mientras tanto los oficiales subalternos pedían limosna á los prisioneros y con gusto aceptaban una peseta!

Los soldados siempre nos molestaban, pidiéndonos tlaco, y aun los centinelas, en una mano tenían el mosquete, mientras que tendían la otra para que se les diera la limosna. Cuando comíamos, cual perros hambrientos rodeaban nuestra mesa, y he visto nada menos, á uno de ellos pelearse con un perro por un pedazo pequeño de pan que se le había tirado á este último.

Como que había refundidos en los Supremos Poderes varios de mis cazadores, de ellos supe muchos pormenores:

Recibían solo dos veces por semana media paga, y sus alimentos consistían en un café bastante delgado con muchísima azúcar por la mañana, pues la azúcar no cuesta mucho; para la comida, frijoles con tortillas, lo mismo que para la cena. Carne, solo conseguían una onza ó dos de vez en cuando.

Como que temían los oficiales que se fugaran los soldados, siempre se les tenía encerrados, y aquellos que de esto se quejaban ó de haberles acertado la paga por sus superiores, eran azotados y recibían hasta trescientos palos. Para este objeto, formaba el batallón un cuadro y se acostaba en el suelo en medio de este, al delincuente. Los cabos uno tras otro, aplicaban el castigo, mientras tanto tocaba la música ó hacían gran ruido los cornetas y tambores para que no se oyeran los gritos.

El 12 de Junio tenía permiso para ver al Emperador. El Barón Magnus había salido para San Luis Potosí para de nuevo empeñarse esforzándose hasta lo último con Juárez, pues había él enviado órdenes para que se prosiguiese con la corte marcial contra el Emperador, y los generales Miramón y Mejía. El proceso debía comenzar á la mañana siguiente en el Teatro de Iturbide; aunque en Querétaro había bastantes lugares mas adecuados que este, se escogió el Teatro; presumo para mortificar á los prisioneros, sino es que era para mostrar que todo el procedimiento judicial era una farsa cruel.

Desesperada como era la posición del Emperador, jamás perdió su serenidad y su dignidad. Cuando fuí á verle me dió la mano y me dijo: «Ya, Salm, pronto se acabará todo.» Acababa de hacer á un lado un libro que estaba leyendo. Miré el título de este y apercibí que era la «Historia de

Cárlos I de Inglaterra.» Cuando le hablé sobre esto á Miramon, dijo, «que era lectura adecuada á la situación.» Antes de esto habia leído el Emperador la «Historia de Federico el Grande.» Siempre leia obras históricas ó científicas y tenia gran aversion á la novela.

En esta ocasion me quedé mucho tiempo con el Emperador y hablé con él con variedad sobre diferentes cosas.

Como el Emperador sabia que yo conocia á varios oficiales del Estado Mayor de Escobedo, y que aun ciertas negociaciones se versaban entre ellos y yo, de las que hablaré luego, me dió algunas instrucciones, las que solo podian cumplirse con ayuda de ellos, hizo tres peticiones; las que tuve que escribir en mi cartera:—1ª Que se le escojieran buenos tiradores para su ejecucion;—2ª Que estos apuntasen al pecho;—3ª Que se le fusilara á un tiempo y al mismo momento con sus dos generales Miramon y Mejía. Además de esto, me dictó el Emperador que se hiciera la siguiente distribucion de condecoraciones. Para el Baron Magnus, la cruz de comendador de la órden del Aguila Mexicana; á su canciller, Mr. Scholler la cruz de la órden de Guadalupe; para el Dr. Basch la de oficial de la misma; al capitan Pawlowski, y al teniente Koehlich, de los húsares, la cruz de Guadalupe, y al general Príncipe Salm Salm la cruz de comendador del Aguila Mexicana. Al mismo tiempo me dijo que intentaba condecorar al ministro de Italia Curtopassi, pero no sabia todavía qué órden conferirle, y me repitió que me la diria el dia 14 cuando esperaba verme otra vez. El Emperador igualmente me dijo que habia escrito á su madre, la Archiduquesa Sofia, y que al irme yo á Europa me llevaria la carta y en persona la entregaria. No sé lo que ha sucedido con esa carta, pero me cons-

Quetzalero 13 de Junio de 1867

Las dos libranzas a diez mil pesos
que firman hoy para los Coronales
Palacios y Villanueva y que deben ser
pagadas por la Casa y familia Imperial
de Austria en Viena, no son validas
que el dia de su completa salvacion
devida a los submencionados Coronales.

Mano milionario

ta que hasta Febrero, 1863 no la habia recibido la Archiduquesa.

Aunque el Emperador estaba enteramente preparado á morir, esto no quiere decir que habia hecho á un lado la esperanza de escaparse, lo que principalmente debia arreglarse por la princesa, la que calculaba esforzarse á *cohechar* á dos coroneles liberales con la suma de \$ 100,000 para cada uno, y para quienes firmaria libranzas el Emperador giradas contra su familia.

El Emperador habló largo tocante á sus planes para el porvenir, si es que este lo habia para él. La primer cosa que haria seria hacerse á la vela en su yate con direccion á Cádiz, y allí colocar y establecer á sus mas adictos partidarios entre los cuales mencionó especialmente á Miramon, Mejia, Castillo, y el Ministro Aguirre; de allí visitaria Lacroix, y encontraria en algun lugar á la Emperatriz, y á su madre; el invierno lo pasaria en Nápoles, ó en Oriente, ó en el Brasil. Yo debia acompañarle á todas partes. Con ahinco esperaba el momento, cuando de nuevo podria respirar el aire de la libertad á bordo de su buque; despertando en mí igual vehemente deseo, "Vuestra Majestad," le dije, "adelantado imploro su perdon dado, el caso en que me emborrache algo en ese bendito dia," lo que riéndose me prometió el Emperador.

El Emperador me encargó con frecuencia, y en esa misma noche me lo repitió, que escribiera la historia de su corto reinado, para que el mundo se impusiera de la verdad y se "hiciera justicia á su memoria." Habia de hacer todo lo que cabia en mi poder para tomar posesion de los documentos que se necesitaran al efecto, aun con revolver en mano. Expresó este deseo, aun en el codicilo de su último

testamento, como le consta al Dr Basch, el que firmó dicho codicilo como testigo.

Cuando dí las buenas noches al Emperador, no creí que veía yo esa cara tan noble y reverenciada por última vez.

Al regresar á Santa Teresita me encontré con la Princesa y largo tuvimos que hablar tocante á nuestros planes. Nada hasta entonces se habia decidido, y por lo tanto estaba en extremo escitada. Se separó de mí, sin embargo, llena de confianza en que la ayuda del cielo asistiria á tan buena causa, y á la vez fiándose en su valor personal.

El dia 13 de Junio era el citado para dar principio á la corte marcial. El presidente de esta era un teniente coronel, llamado Platon Sanchez y los jueces eran, unos jóvenes capitanes, de entre los cuales habia algunos, que no podian leer ni escribir. Este Sanchez fué despues muerto por manos de su propia jente.

A las seis de la mañana habia ya apostados frente al convento de Capuchinas, cincuenta Cazadores de Galeana, y cincuenta del batallon de Supremos Poderes; la corte debia abrirse á las ocho. Como el Emperador estaba enfermo, y sin voluntad de presentarse ante ese consejo falso, los generales Miramon y Mejia fueron solos, metidos en un coche cerrado y rodeados de una escolta numerosa, se dirigieron al Teatro de Iturbide, adonde debia representarse esta farsa judicial.

El Teatro estaba adornado con banderas y emblemas republicanas, y brillantemente iluminado como en cualesquiera otra representacion. Todos los oficiales que se hallaban en Querétaro habian recibido orden de presentarse, y se habian repartido boletos á los habitantes. Las señoras de Querétaro no aprovecharon esta oportunidad, habiendo

solo ido las mujeres de los oficiales liberales. Los jueces, vestidos de gran uniforme y con la cabeza cubierta en compañía de los demas actores, se hallaban sentados en el foro.

El proceso se ha relatado ya, no solo en los periódicos sino tambien en obras que han tratado del asunto, de suerte que no es necesario entre en pormenores, y mucho menos cuando segun mi opinion, podian los abogados haber ahorrado su saber. Inútilmente habia agotado este ante semejante consejo de guerra, y todo lo que dijeron no podia tener la mas mínima influencia en los jueces. Aun me abstendré de hablar del estado bajo de su educacion, que no les permitia comprender las magníficas definiciones y argumentos de los escelentes discursos de la defensa, y solo me limitaré á asentar que estos discursos no podian hacer á un lado el hecho de que el Emperador habia sido tomado con las armas en la mano, y por consiguiente, acorde con la ley de veinticinco de Enero de 1862, que tenia que aplicarse á toda persona tomada prisionera y debia sufrir la pena capital, y por lo tanto los jueces no podian pronunciar otra sentencia mas que culpable.

Igual sentencia tendria que pronunciarse contra todo oficial y soldado capturado en Querétaro, si el gobierno hubiera juzgado conveniente llevarles ante una corte marcial. Que el gobierno hizo escepciones, solo prueba que en su poder estaba hacerlas; y el no haber hecho semejante escepcion en el caso del Emperador, el que se recomendaba mas á la induljencia que cualesquiera otro, por un conjunto de circunstancias, era prueba que al ordenar el gobierno se instalara un consejo de guerra para el Emperador, de antemano se habia ya resuelto la muerte de este. Las prolongadas luchas civiles desmoralizan á todo pueblo, aun

al mejor, y en obsequio de la verdad, no están adecuadas á mejorar los sentimientos morales de un pueblo como el mexicano, que siempre se le ha considerado entre los mas infelices en la faz de la tierra. Por lo tanto no es de sorprenderse, sino al contrario, es muy natural, que las promesas mas sagradas, sean de poco ó de ningun valor para ellos, aun si estas están garantizadas por todos los monarcas de Europa. El Emperador tenia todavía en el país un partido sumamente fuerte, y desde la salida de los franceses habia mostrado una energía, que era cuestion de vida ó muerte para el gobierno de Juarez el no guardar promesas bajo las cuales podia este salir libre. La muerte ponía fin á todos estos temores, y la seguridad que con esta se lograba sobrepujaba mas á los temores de una venganza posible de los reyes europeos. Y lo que es mas, sabian con mediana seguridad, que este peligro no era tan grande, y que ninguna potencia declararia la guerra á México solo para vengar la muerte de Maximilianos, y especialmente con la advertencia del poderosísimo, Emperador de los franceses que tenian ante su vista, el que nada habia ganado, sino deshonra de semejante guerra.

Igualmente habia muchísima gente en el ejército que pedía recayera la venganza sobre el Emperador, y de cuyos votos necesitaba el Presidente para su reeleccion, pues su término gubernativo habia espirado ya de mucho tiempo atrás. Un tercer motivo que tambien precipitó al gobierno á decidirse á la sentencia de muerte, fué, segun se me informó por personas íntimamente ligadas al gobierno, el de no dejar pasar la rarísima oportunidad de vengar el principio republicano, en el de la monarquía, quo les proporcionaba la captura de una testa coronada.

Al hacer un resúmen de las razones que tenia Juarez para desear la muerte del Emperador; encontramos que son: Temor de que se reasumiera la contienda civil, no obstante todas las promesas hechas, y el deseo de satisfacer la sed de venganza del ejército y de los ultra-republicanos. Sin estas razones debemos colocar una disposicion vengativa y ruel, esto no lo podemos averiguar; pero podia uno justificarse al presumir tales motivos, al considerar los asesinatos de San Jacinto, y otras crueldades semejantes ordenadas por Juarez.

No es mi intencion dar una cuenta del proceso del Emperador Maximiliano; pero refiero á todo el que esté interesado en esta farsa singular de un procedimiento judicial, al excelente folleto publicado por los dos eminentes abogados mexicanos que le defendieron. Al momento echaron de ver bajo un punto de vista legal, que estaban de todo punto impotentes contra la ley esplicita de 25 de Enero de 1862, la que ordena se aplique la pena capital contra cualesquiera extranjero ó mexicano capturado con las armas en la mano en contra de la república, ó que de cualesquiera manera ayude á los enemigos de esta.

En su folleto los defensores del Emperador, por lo tanto dicen: «Para confiar en algun favorable éxito, era necesario apoyar con tiempo la defensa en las súplicas, en las consideraciones de conveniencia, de la paz, del porvenir, del engrandecimiento de nuestra patria. Era necesario combatir esa fuerza del destino adverso dividiéndola, procurar una defensa justa y enérgica ante el consejo de guerra, y presentar al Supremo Gobierno los extremos por donde el país pudiera caminar, marcándole los peligros del rigor y

los bienes incalculables de la templanza en el uso de su poder, vengador para unos, justiciero para otros.»

Esta era la única manera practicable de probar al gobierno que era mas provechoso salvarle la vida al Emperador, que quitársela. Pero era difícil, ó por mejor decir, imposible, y de esto pronto se cercioraron los abogados defensores; pues las ventajas estaban inciertas y remotadas, mientras que la gratificacion de la venganza de la gente, evaporaba temores mas urgentes, y consigo traia ventajas bastante intelijibles con respecto á la reeleccion de Juarez.

Mientras que los defensores, de esta manera se esforzaron en poner las acciones del Emperador en su mejor luz, el consejo, por parte de la República se empeñó, por supuesto, en probar que no solo fracasaban contra la arriba mencionada ley, sino igualmente trataron de dar los colores mas negros á las acciones de Maximiliano, para justificar al gobierno de Juarez ante los menos sangrientos republicanos en el país y en el extranjero.

Una sola narracion de las circunstancias bajo las cuales Maximiliano aceptó la corona era su mejor defensa. Despues de haberla varias veces rehusado, al fin la aceptó cuando se hubo convencido de que era el deseo de los mexicanos, y despues de que habia quedado satisfecha su conciencia con la aprobacion de sabios jurisconsultos ingleses, á quienes podia suponer él imparciales. Creia en la buena fé y en lo verídico de la eleccion; pues las gentes de Alemania no están muy espertas en eso de estratagemas para elecciones, yaun no tenia una idea de que iguales artificios se habian empleado en México, á aquellos que hicieron á un Napoleon III, Emperador de Francia.

En esta creencia de que era el elegido del pueblo, solo

podía confirmarse con la brillante y entusiasta recepción que se le dió en México, su país adoptivo, y la felicidad del cual realmente deseaba promover de todo corazón.

La idea de tratarle como filibustero, que solo se sacó á luz para probarle que merecía se le castigara con la muerte, bajo otro título, no merece la pena hablar de ello. Lo mismo puede decirse con respecto á eso de haber sido un instrumento de los franceses. Este no era tanto el caso como se presume, pues canceló el tratado que habia hecho por uno de sus ministros con el Ministerio francés, tocante á la cesion del estado de Sonora, y quitó del puesto á su ministro. Solo me detendré en esa acusacion que vá mas que todo en su contra, y por la que se culpa muchísimo, aun por aquellas gentes de buena fé. Quiero decir la ley de 3 de Octubre de 1865, la que se publicó por consejo del Mariscal Bazaine en oposicion á la de Juarez de 25 de Enero de 1862, y á la que aun sobrepasaba en crueldad.

. El borrador de esta ley fué escrito por el mismo Mariscal Bazaine, segun me dijo el Emperador. Se le representó como absolutamente necesario para la restauracion del órden, y especialmente en contra de las numerosas bandas de ladrones, los que so pretesto de servir al gobierno liberal, devastaban los pueblos, robaban el país, y hacian peligrosos los caminos reales. No podia suponerse fuera contra un ejército liberal, pues semejante ejército era entonces una ficcion, lo mismo que lo era un gobierno liberal. Juarez habia huido á Paso del Norte, cerca de la frontera de los Estados-Unidos, y aun se decia y creia en México, que habia abandonado el territorio de ese Imperio. El borrador no estaba suficientemente fuerte para el Mariscal Bazaine, y le habia agregado algunas cosas con su propia mano

El Emperador firmó esta ley bajo la condicion de que solo se aplicaria contra asesinos y bandidos, y aun entonces solo despues de su confirmacion para cada caso. Y aun mas dió órdenes para que á la llegada de semejante noticia, de la que dependia la vida ó la muerte, se le despertase aun á media noche, ó se le interrumpiera en cualesquier negocio importante en el que se encontrase ocupado. El hecho es que bajo la confirmacion del Emperador, selo fueron ejecutados unos cuantos ladrones, los que ya habian sido indultados varias veces, y que la ley que es poco mas ó menos igual á la de Juarez de 25 de Enero de 1862, fué discutida en el consejo de su gabinete, y firmada por todos los ministros.

De qué manera llevó á cabo el Mariscal Basaine las intenciones del Emperador, esa es otra cuestion aparte, y es muy probable que hizo uso de la ley, que convenia con su gusto y fines, siempre que se le puso, y sin preguntar al Emperador. Sin embargo seria injusto el hacer á este último responsable de las trasgresiones de Bazaine, ó de los franceses, pues no tenia medio alguno en su poder para castigarlos. Bazaine diferenciando una vez de opinion con el Emperador sobre algun punto, le escribió una carta impertinente, y fueron necesarios los esfuerzos mas tenaces del Emperador por mediacion del ministro francés, para inducir al Mariscal á hacer una apología. Las quejas que se hicieron á Paris fueron en vano, el Emperador de los franceses no queria escucharlas; pues imposible seria creer que no podia influir sobre el Mariscal. Los franceses insultaban á los mexicanos de su mismo partido, y trataban á los del opuesto con una crueldad vengadora. Se robaban todo lo de que podian echar mano, y de los empréstitos, solo diez y nueve millones entraron en las arcas del Estado, mientras

que la guerra, según cálculos de los franceses, costó más de sesenta millones.

El Emperador Maximiliano tenía que sobrellevar todo el ódio de este mal manejo francés; mas el Emperador de Francia no tuvo escrúpulos en romper los tratados que se habían hecho, puesto que estaba descontento con Maximiliano, el que había tomado á pecho los alejados planes filantrópicos de Napoleón como seriamente intentados, y se esforzó en llevarlos adelante de la mejor buena fé para provecho de los mexicanos. Napoleón se enfureció al encontrarse con que Maximiliano no le quería secundar en su robo, evitando la cesión de Sonora, la que los franceses creyeron ser ya de ellos; en una palabra, que no entraba en sus miras tocante á México, la que solo consideraba como fácil presa, como medio para reclutar las rentas francesas, y al que intentaba dejar á su ventura después de haberse atestado de oro suficientemente. Y si no, porqué no sostuvo á los Estados Confederados? El sable de la Francia puesto en la balanza podía haber cambiado el resultado sobremanera; y que Napoleón III no vió la necesidad de ayudar á los Estados Confederados para obtener un éxito duradero en México, nadie lo creerá, aun si él mismo lo dijera. Que le importaba lo que llegaría á ser del Emperador Maximiliano? Para un Napoleón, países, naciones y pueblos, solo son cuál otras tantas piezas en un tablero de ajedrez; y cualesquier cosa que en la vida es respetada, es para él una cifra en un cálculo. En la alta política que un Napoleón considera ser como provincia suya, su propia persona es su objeto y fin principal, y después de él, Francia, porque la necesita como su instrumento.

El afortunado aventurero Napoleón había colocado para

sus propios fines á un excelente Archiduque austriaco—cuya vasta inteligencia anhelaba un terreno propio de accion— en camino adonde pudiera hacer fortuna, y satisfacer sus proyectos filantrópicos á sus anchas y con un pueblo que ofrecia campo mas vasto que cualesquiera otro para mejora. Si el plan no tuviese éxito, Napoleon se supuso que á lo menos siempre podria zafarse sin perjuicio; y ahora en cuanto á lo que sobreviniera á un Archiduque con ideas liberales, eso le era en extremo indiferente.

Cuando el plan, á causa de los enérgicos despachos de los Estados-Unidos tomó un aspecto inesperado, los franceses creyeron haber hecho bastante con ofrecer al Emperador el viaje á sus lares bajo su proteccion; y se pusieron curiosos con haber él descompuesto ese arreglo con su resolucion de quedarse en México, solo porque no creia reconciliable con su honor colarse de su puesto como un ladron. El honor! Sí, por supuesto eso es una idea infantil que puede hacerse á un lado con un encojimiento de hombros.

Con esta negativa de Maximiliano de cometer una accion deshonrosa, Napoleon se consideraba libre de toda obligacion y tratados.

El Emperador de México fué sacrificado no tanto por sus propias faltas, como por las atrocidades cometidas por los franceses bajo la autorizacion de su Emperador, y por lo que removieron hasta lo sumo el ódio implacable de algunos sanguinarios mexicanos. Cierta es que Juarez fué el hacha que mató á Maximiliano, pero la culpa moral recae sobre Napoleon.

El 13 de Junio temprano por la mañana me vino á ver la princesa á hablarme sobre la fuga del Emperador, que debia efetuarse la noche siguiente. El Emperador habia

escrito dos libranzas por valor de cien mil pesos cada una ; el Baron von Lago igualmente las habia firmado á su pedido, y se las habia llevado consigo para que las firmasen los demas ministros. La princesa por consiguiente las esperaba con impaciencia, pues tenia que arreglar el negocio con los dos coroneles, por la tarde. Las firmas de los ministros fueron pedidas por los dos coroneles como una seguridad adicional. Uno de los coroneles fué especialmente diligente, y dijo que entraba en este negocio solo por amor á su único hijo para quien deseaba asegurar una fortuna.

El Emperador habia prestado á mi esposa su anillo con su sello y se convino que le seria devuelto por aquella persona en quien podia tener él confianza.

En esa vez escribí una carta larga al Emperador, en la que espliqué el plan de su fuga, y se la dí á la princesa, pues probablemente no tendria ella tiempo y oportunidad para una conversacion larga. Esta carta fué entregada por el Emperador al Baron Lago, y segun dijo, para probar despues de su muerte, á su familia y otras personas, cuáles habian sido las relaciones entre nosotros y lo que por él habia arriesgado. Estaba patente la intencion del Emperador al hacerlo así, era prepararme una recepcion amistosa en Viena y Bruselas, á mi regreso á Europa; pero esta carta jamas la ha sacado el Baron Lago, y el *encargado de negocios* de Bélgica M. Hooricks me dijo hace solo unas semanas, cuando le ví en Munich, que el Baron Lago habia destruido esa carta al dia siguiente, temeroso que me costara la vida; como si fuera probable que se examinasen las bolsas de los ministros. Pero el Baron Lago es hombre sumamente precavido, especialmente si hay vidas en peligro, de lo que dió otra prueba ese mismo dia.

El Emperador envió al Doctor Basch á ver al digno representante de Austria, para las dos libranzas firmadas por los dos ministros. Cuando el Doctor entró al aposanto y dijo cuál era su negocio, el Baron Lago, encargado de negocios de su Magestad Imperial y Real de Austria, etc. en México, se puso á correr locamente por el cuarto, arrancándose los cabellos y gritando lastimosamente: «No podemos firmarlas! si lo hacemos nos colgarán á todos!»

Los demas ministros estaban menos escitados. Suplicaron al Doctor representara al Emperador, que los dos coroneles, si realmente se hallaban dispuestos á salvarle, ciertamente quedarian sastisfechos solo con su firma.

El Baron Lago, que ya habia firmado en presencia del Emperador, cortó el pedazo donde estaba su firma, y el Doctor volvió á ver á su amo con las libranzas mutiladas, y la contestacion de los ministros, describiendo por de contado, la desesperacion del Baron Lago, y su temor de ser colgado.

«Qué importaria,» dijo el Emperador Maximiliano, «si lo colgaran! El mundo no perderia gran cosa con él.»

El 14 de Junio lleno de ansiedad aguardé toda la mañana noticias de la princesa y se aumentó cuando llegó el medio dia sin haber oido nada absolutamente de ella. Al fin una india me trajo una cartita de ella abierta diciéndome «que tenia que salir al instante para San Luis Potosí; que estaba sumamente afligida con no poderme ver, pero que no estaba en libertad de poderme dar una explicacion.»

Perdiéndome aun en conjeturas con respecto al contenido de esta carta misteriosa, recibí una visita que me dió la clave para este problema. Era un oficial de guardia el que me su-

plicó le siguiera. Me pasó por entre la guardia y á su llamamiento fuimos seguidos por un cabo y tres hombres. Se me condujo dentro de una pequeña capilla situada en el mismo piso y el oficial dijo; «Tengo órden de separar á vd. del resto de los prisioneros. Ya una vez ha puesto vd. planes para la fuga de Maximiliano, y recordará vd. lo que entonces se le dijo. De nuevo ha tratado vd., aunque en vano, *cohechar* á los oficiales y soldados, y tendrá vd. que sufrir las consecuencias.» Al salir de allí dió instrucciones al centinela que estaba en mi puerta, «de que á nadie se le dejara hablar ó comunicar con el prisionero; ni ha de escribir ni recibir cartas, y el cabo cuarto le traerá sus alimentos.»

La razon del viaje de mi esposa estaba ahora bastante claro. El plan de escape habia de nuevo fracasado, pero por qué no se me debia informar ese dia? La capilla adonde se me habia puesto estaba contigua á un salon donde estaban otros prisioneros de los nuestros. De las puertas que existian y antiguamente separaban estos dos aposentos, solo quedaba la abertura, y cerca de ella estaba el centinela. Frente á la puerta estaba el altar, y á su derecha en un rincon sobre el piso de piedra estaba mi cama, quiero decir una frazada. En la pared á la derecha de entrada una ventana sin armazon que daba á un pequeño patio, el que estaba rodeado por una muralla de quince piés de alto que se comunicaba por medio de una puerta con un pasadizo que daba vuelta alrededor del patio mas grande del convento. Cerca de esa puerta, que casi siempre estaba entreabierta, habia otro centinela al pié de una escalera. La capilla estaba adornada con horribles pinturas al óleo representando algunas de las escenas mas sangrientas de los mártires.

En la mañana del 15 de Junio recibí una visita de uno de los dos coroneles á quien mejor conocia. Mi primer pregunta fué decirle qué tal le iba al Emperador. Y me dijo: «Etá perdido, fuera de toda esperanza.» Tocante al mal éxito de la fuga, supe de él la siguiente cuenta:

«Ni él ni su amigo querian aceptar las libranzas firmadas solo por el Emperador, pues el haberse rehusado los ministros á firmarlas, probaba claramente que el pago era sumamente dudoso. Ambos coroneles tenian familia y si lograban salvar al Emperador tendrian que huirse de su país y vivir en el extranjero. Bajo estas circunstancias requerian precisamente una seguridad incuestionable para poder vivir cómodamente con sus familias en país extranjero antes de embarcarse en tan peligrosa empresa.

El otro coronel, que solo habia sido seducido con la esperanza de asegurar una fortuna para su hijo, recobró sus virtudes republicanas á la faz de una libranza dudosa, y á pesar de haber dado su palabra de honor de que no divulgaria el proyecto á nadie, informó de este á Escobedo, mas sin traicionar á su camarada.

Tal vez parecerá extraño que Escobedo no me tratara con mas severidad despues del descubrimiento de la primera tentativa para la fuga, y que ni aun cumpliera sus siniestras promesas cuando se repitieron mis esfuerzos para de nuevo salvar al Emperador, y lo que ciertamente se hubiera hecho en países mas civilizados. Pero con frecuencia ha ocurrido en estas guerras civiles que generales caen prisioneros en manos de los otros generales, los que tal vez llegaban pronto á ser prisioneros de estos. Tentativas de escape ocurrían frecuentemente, y se les consideraba como muy naturales y perdonables, y no eran castigadas con dema-

siada severidad, para no dar lugar á un precedente que podia tal vez ir en su contra.

El mismo Escobedo en una ocasion habia sido prisionero de Mejía y condenado á ser fusilado por un consejo de guerra: pero no solo le habia ayudado Mejía en su fuga, sino aun le habia proporcionado dinero para ella. Lo que Escobedo esperaba hicieran sus propios amigos en su obsequio, no podia pagar castigando con tanta severidad á los amigos del Emperador, y se limitaba con hacer impracticables esas tentativas.

Cuando el doctor Basch en la mañana anterior venia de visitar á la princesa, á quien habia visto de parte del Emperador, fué arrestado en los momentos que salia de su casa. Momentos despues entró un oficial al cuarto de la princesa la que estaba entonces nada sospechosa, y con política le suplicó que lo siguiera á ver al general Escobedo. El gefe liberal le dijo con tono sarcástico: «Señora, los aire de Querétaro son muy mal sanos; el tifus prevalece ahora. Ademas, hay aquí una atmósfera sumamente peligrosa; y si estuviera tan libre para irme como lo está vd. y no imposibilitado por mis deberes, me marcharia. De todos modos seria mejor para vd. y mucho deseo que salga vd. en el término de dos horas.»

La princesa contestó: «Entiendo á vd. perfectamente, señor general, y veo que todo lo sabe vd., si considera vd. ser un crimen el que tratase de salvar á mi Emperador, y bienhechor de mi esposo, puede vd. castigarme.»

El general salió del cuarto sin decir palabra, y la princesa se volvió á su cuarto.

Poco despues entró sin llamar á la puerta un oficial con el kepí puesto y la espada fajada, y dijo: «Señora, dentro

de diez minutos tiene vd. que ponerse en camino. El coche está á la puerta; alístese vd.» En efecto así era; y cerca del coche habia una escolta de caballería: mi mujer estaba presa. Rogó al oficial le permitiera verme por un momento, pues tal vez seria por última vez en esta vida, pero el oficial contestó: «Que esto era precisamente lo que ne se le permitia hacer.» Al fin, gracias á la intercesion del coronel que á la sozon se hallaba presente y que él despues me refirió todo esto como testigo ocular; el oficial dió el permiso á mi esposa para que me mandara la cartita que recibí por conducto de la india.

Hacia ya tiempo que habian trascurrido los «diez minutos» cuando subió la princesa al coche, seguida de su criada; pero al oir al gefe encomendado dar la órden de dirigirse al cuartel general, de nuevo saltó fuera del coche, y declaró terminantemente que no habia de ver á Escobedo. El oficial insistia en llevar adelante su órden, pero mi mujer insistia en su resolucion.

—Señora, dijo el oficial: estoy de guardia, y por lo tanto tengo que conducir á vd. al cuartel general.

—Lléveme vd. á la prision ó adonde vd. quiera; contestó ella:—Pero lo que es yo no he de ir á ver á Escobedo.

—Señoral contestó el oficial turbado: —repito que estoy de guardia, me obligará vd. á tomar medidas violentas para llevarla á vd. allí.

—De ningun otro modo me podrá vd. llevar á ver á Escobedo, contestó ella.

Como que la escena que pasaba se acercaba á una catástrofe, que no podia menos de originarse á consecuencia del conflicto entre la perseverancia femenina y el deber militar, el coronel en extremo divertido, de nuevo intercedió y

suplicó al oficial se aguardara hasta que hubiera él hablado al general, á quien en seguida fué á ver.

El general se rió y dijo que preferiria mas bien pararse ante un batallon Imperial, que hacer frente á la cólera de la princesa Salm, y ordenó se la llevaran al momento al lugar convenido.

Acompañada por una escolta de caballería, se dirigió á santa Rosa, pueblo al pié de la Sierra Gorda, y adonde se le puso en libertad; pero se le previno no regresara á Querétaro sopena de que se le pondria presa. En este pueblito escribió una carta, la que me fué trasmitida por el coronel, y siguió su camino á San Luis Potosí, adonde se apeó en casa del coronel Bahmssen, el que la recibió con gran bondad.

Al mismo tiempo que fué removida de Querétaro la princesa, recibian órden de salirse de allí los ministros extranjeros en el término de dos horas. Estos eran los encargados de negocios de Austria, Bélgica é Italia; el ministro francés Mr. Danó, que lo mismo que Bazaine se habia casado con una señora liberal, no habia venido á Querétaro, y el Baron Magnus no habia vuelto de San Luis.

El encargado de negocios de Austria tenia tanto miedo que se marchó con la mayor precipitacion llevándose consigo el codicilo al último testamento del Emperador, sin ser este firmado. Sin embargo, como que el testamento fué firmado por tres testigos, el Baron Lago, Mr. Hooricks y el doctor Basch, el Emperador declaró ser válido.

Como que los diplomáticos tenian permiso de conferenciar con el Emperador, de una autoridad mas alta, del ministro D. Sebastian Lerdo de Tejada, podian haber rechazado la órden para salirse que les mandaba Escobedo, y de

esta manera haber quitado á esta órden perentoria el carácter humillante que tenía, que no dejó de ser algo mortificante para las grandes potencias á quienes representaban.

El Baron Magnus, que no era tan medroso, volvió de San Luis, y fué á ver al Emperador como de costumbre sin que se lo impidiera Escobedo. Si el Baron hubiera estado en Querétaro no habria acontecido todo el negocio, pues aunque él, como ministro prusiano no tenia las mismas obligaciones que los representantes de Austria y Bélgica, hubiera firmado las libranzas, y á no haber sido aceptadas en Viena, Prusia hubiera pagado esa friolera, y salvado al hermano del Emperador de Austria.

El 16 de Junio se me vigiló rigurosamente en la capilla, pero algunos de mis compañeros de prision que de vez en cuando entraban al pequeño patio, lograron cuchuchear-me algunas noticias sueltas. De esta manera supe que se habia condenado á muerte al Emperador. Tres de los jueces estaban por el destierro, y tres por la muerte, pero el voto del presidente era decisivo.

A cosa de las diez de la mañana vino á verme el coronel, el que á causa de su posicion tenia libre acceso, y me dijo que la sentencia habia sido ya confirmada por Escobedo, y que el Emperador, Miramon y Mejía, serian fusilados entre las dos y las tres.

Habia conseguido pluma y tinta del cabo cuarto, y escrito al Emperador suplicándole me dejara acompañarle en sus últimos momentos, y á cuya súplica no se negaria Escobedo. El coronel se encargó de llevar mi carta al Emperador. A cosa de la una volvió y me trajo el siguiente mensaje de mi desgraciado soberano: «Me enviaba su último abrazo y me daba las gracias por todo lo que habia hecho

por él. Conocía mi afecto y aunque mucho deseaba tenerme consigo, temía que me dejara llevar por mi ánimo perturbado, y esponerme de una manera que podia costarme la vida. Que ya se habia despedido del mundo, y que le afectaria demasiado hacer otro tanto de una persona que le era tan cara.»

Pregunté al coronel si no quedaba alguna esperanza; pero me contestó:—«Absolutamente ninguna; á las tres todo habrá terminado.»

El coronel estaba muy triste, pues si solo de él hubiera dependido, habria salvado la vida del Emperador.

—Oh! dijo él; ojalá y jamas hubiera conocido á Maximiliano!

Era yo su mas acérrimo enemigo, pero me ha ganado completamente con su porte sereno, sublime, y con su amabilidad. Al verle hace un momento, se me despedazaba el corazon, y no me avergüenzo de decir que me fuí á un lado y lloré.

Despues de que me habia dejado el coronel, dí rienda suelta á mi dolor. Me eché en mi lecho y escondí la cara ante la estúpida mirada del centinela. A poco rato fuí sobrecojido por el ruido de tambores y música militar. Salté á la ventana con el corazon palpitándome. Aunque la elevada pared impedia la vista, podia oír distintamente las órdenes de los oficiales que estaban colocando á sus tropas en la alameda, y la que solo se hallaba á trescientos pasos de distancia de donde estaba yo; y como que Méndez habia sido fusilado allí, me imaginaba que igualmente lo seria el Emperador en ese lugar.

Eran mas de las dos. Escuchaba con agonía mortal, y puesto que me era dado oír hasta la última palabra de las

órdenes que daban, no podían menos que llegar á mis oídos los fatales tiros. Mas en lugar de ellos oí alegre música, y á las tres todo estaba de nuevo en silencio.

Mi escitacion en esos momentos era indescribible, y solo puede comprenderse por el que se haya encontrado en una situacion semejante. Esperanzas las mas descabelladas, y la mas terrible desesperacion se apoderaban una tras otra de mi corazon; era una agonía horrible que no podia sentir aun mas si yo mismo fuera conducido á la muerte. Este silencio de minuto en minuto llegó á ser mas opresivo, y de esta manera trascurrieron dos horas horribles.

Al fin cosa de las cinco, entró precipitadamente el coronel á la capilla y dijo:—«Por órden del Presidente se ha pospuesto la ejecucion hasta el dia 19 del corriente!» No pude abstenerme de abrazar al enemigo amistoso y preguntarle. «Lo cree vd. salvado?»—No quiero despertar falsas esperanzas en vd.; me dijo, pero segun mi opinion, se ha salvado.

Del coronel supe lo que habia ocurrido. El dia anterior habian llegado noticias de que la Emperatriz habia muerto. Miramon y Mejía estaban en duda de si se le debia comunicar ó no esta noticia al Emperador, pero al fin Mejía decidió que seria mejor hacerlo, y se encargó de dar esta triste noticia á su soberano. Hizo bien de dársela, pues aunque la primera impresion fué muy dolorosa, esta nueva le hizo la muerte menos sensible. La idea de la Emperatriz le atormentaba mas que cualesquiera otra cosa. Pronto se recuperó de la primera emocion, y le dijo al Dr. Basch:—«Esto es una cosa que hace tener menos apego á la vida.»

EJECUCION DEL EMPERADOR.



En la mañana del 16 de Junio á las once, vino el coronel Miguel Palacios, acompañado del general Refugio Gonzalez con un destacamento de soldados, y el último de estos dos leyó la sentencia de muerte al Emperador y los dos generales. S. M. la oyó con una sonrisa tranquila, y mirando su reloj, le dijo al Dr. Basch:—«Las tres es la hora citada; tenemos aun mas de dos horas, y fácilmente podemos terminar todo lo que hay que hacer.»

Llegó la hora fatal, y los tres sentenciados esperaban en el pazadizo al oficial encargado de la ejecucion. Se aguardaron una hora entera, y el Emperador como siempre conversaba con su confesor y dos de sus defensores. Al fin á las cuatro vino el coronel Palacios con un telégrama de San Luis Potosí, mandando se difiriera la ejecucion hasta el 19 de Junio. Esta noticia produjo en el Emperador la impresion mas desfavorable, pues habia ya acabado su mision en este mundo, y consideraba esta demora mas bien como una crueldad, conociendo demasiado á los mexicanos para creer en el perdon. Las tropas que estaban apostadas

cerca de la Alameda, para de allí hacerlas marchar al cerro de las Campanas, lugar donde debia tener efecto la ejecucion, igualmente se mostraron descontentas, temiendo que tal vez se les privaria de su víctima. Habian llegado con alegre música, mas ahora volvian á sus cuarteles tristes y de mal humor.

Cuando se retiró el coronel me entregué á un regocijo ilimitado. Mandé comprar una botella de vino para beber á la salud y buen suceso del Emperador, y fumando mi puro y cantando una cancion me pasee por la capilla, y aun las horribles caras de los mártires que estaban colgados en la pared parecian sonreirse. El centinela me clavó la vista con la boca abierta, probabemetecreyendo que estaba loco. Para darle mejor idea de mi buen juicio, le regalé cuatro reales, mas como que no podia ver él mas motivo en mi regalo que mi buen humor, me temo que solo le confirmé en su mala opinion, con respecto al estado de mi cerebro.

El 17 de Junio desperté de muy buen humor. Habia dormido divinamente en mi duro lecho, y á través de mi sueño habia oido continuamente la alegre noticia, «El Emperador se ha salvado!» Removido este pesar demi corazon, comencé á pensar en mi propia posicion. Estaba yo prisionero y queria estar libre. Cuando el dia anterior me habia estado sentado cerca de la ventana oí el rodar de un coche junto de mí, y por tanto deduje que el pequeño patio solo estaba separado de la calle por una pared. Esta pared solo tenia quince piés de elevacion del patio; pero como que el patio tenia un piso de alto, la pared por el otro lado se levantaba desde la calle á la altura de treinta y cinco piés. Para escaparme, tenia que subirme por esa pared. Por la ventana sin reja fácilmente me podia descolgar al patio, pe-

ro cómo subirme arriba de la pared, y bajarme á la calle; era cosa que no sabia yo.

Mientras reflexionaba yo, eché de ver algunas alcayatas muy gruesas en el colateral del altar, las que probablemente habian servido para colgar algunas cortinas. Estas serian muy bien para mi proyecto. Si solo tuviera dos ó tres de estas, podia clavarlas entre las piedras de la pared y de este modo subirme. Mas cómo hacerme de estas? Por supuesto, el centinela me tenia que ayudar.

«Amigo, le dije, le daré dos reales si me saca vd. esas alcayatas que necesito para colgar mi ropa.»

El republicano se sonrió; puso el mosquete en un rincon, y de buena gana comenzó su tarea.

Sin embargo, solo pudo estraer tres alcayatas, la cuarta no se pudo sacar, y tuve que quedar satisfecho con estas. Cojí mis tres alcayatas, y el indio su mosquete y sus dos reales con los que de vez en cuando jugaba, paseándose con una imaginacion hambrienta entre altos de tortillas, y con ahinco deseando el cambio de guardia. Para no crear sospechas, clavé ligeramente mis alcayatas en la pared y me dí la molestia de cubrirlas con mi escasa ropa.

Mas cómo hacerme de una reata que necesitaba para descolgarme de la pared á la calle? Pensaba en mi esposa, Ella podia haberme procurado una, pero se hallaba ausente en San Luis, y Escobedo la habia amenazado con ponerla presa si se atrevia á regresar. No podia menos que reirme al pensar que Escobedo no evitaria esto por ese medio. Pues sabia que sus amenazas eran la mejor escusa para hacerla regresar al instante. Podia esperarme hasta su regreso.

Me habia prometido un colchon y adentro podia conte-

ner un mecate con nudos. Aun los centinelas podían ayudarme á subir por la pared. Estaba seguro que así lo harían, puesno hay indi o con ó sin fusil que pueda resistir al brillo halagador de una ó dos onzas de oro. En la calle por supuesto habia caballos ya dispuestos, y afuera, y de escape á unirse con el Emperador! Me pasee de arriba abajo de la capilla mirando con gusto mis alcayatas, que me parecían ser una adquisicion muy importante. La capilla, el mundo entero se me figuraba en ese dia, *color de rosa*.

El coronel Villanueva habia prometido venir á verme á la una, pero en vano le aguardé todo el dia y de nuevo se apoderaron de mí las dudas. Qué ha ocurrido? Si el sanguinario indio Juarez ó su Mefistófeles Lerdo, el ministro de la boca falsa y sarcástica, se atreverían aun á cometer la refinada crueldad de asesinar á mi Emperador, despues de haberle hecho pasar por todas las amarguras de la muerte? Tal vez podrá ser que ha ofendido sus almas bajas con la nobleza de su porte. Seria una infame crueldad; pero qué no se podia esperar de algunos mexicanos!

En la mañana del dia 18 de Junio se apareció en el pequeño patio por unos instantes el coronel Pitner y me dijo en voz baja que las cosas marchaban sumamente mal para el Emperador; momentos despues de esto vino el coronel Villanueva. Estaba en extremo escitado y me dijo que se hallaba cruelmente chasqueado; Maximiliano estaba perdido y sin nunguna esperanza; la ejecucion tendria lugar á las ocho de la mañana siguiente.—«Estoy avergonzado, dijo, de ver que tantos y tan malos elementos existen entre nosotros. Esperaba aún que triunfaria el partido moderado y que se salvaria la vida del Emperador. Me

causa dolor ver á mi pobre país despreciado y odiado ya por el mundo entero y que ahora tiene que mancharse de nuevo de esta manera.»

El Emperador habia ya despedídose el dia 17 de sus oficiales en Querétaro, con la carta siguiente:

Querétaro, prision de las Capuchinas,
Junio 17 de 1867.

A los generales y oficiales superiores, prisioneros en esta ciudad:

En este momento solemne os dirijo las presentes líneas, con el fin tanto de reconocer la lealtad con que me habeis servido, como para daros una prueba de la verdadera estimacion que para vosotros sienta

Vuestro afectísimo,

MAXIMILIANO.»

Como que estaba separado del resto de los prisioneros, solo ví mas tarde esta carta, y por lo tanto mi nombre, lo mismo que el de otros generales, faltan en la contestacion que se dió.

El Baron Magnus regresó de San Luis el dia 18, y á cosa de medio dia visitó al Emperador. En la noche repitió la visita y se quedó largo rato con el Emperador, el que hizo recuerdo de mí en la conversacion, y dijo que nunca hubiera permitido lo dejara, á haberse él salvado.

El Emperador mandó al Dr. Basch que hiciera una lista de las personas á quienes él deseaba dejar algun pequeño recuerdo. A mí me dejó su querido antejo de larga vista, el que casi siempre tenia en la mano durante todo el sitio de

Querétaro, y á la Princesa el abanico que habia usado en a prision en sus últimos dias. El Emperador se fué á acostar á las ocho y media y estaba ya dormido cuando fué despertado con la visita de Escobedo á las once de la noche.

El capitán Enking, que acompañó al general á esta visita desusada, debe haber notado que el Emperador miró la entrada del general con una espresion de intensa espelacion, como si aguardara oír noticias de su perdon. Si el capitán hubiera observado correctamente la mirada del Emperador, le hubiera sido muy esplicable y natural. En verdad, no podia esperar de Escobedo una visita de amistosa simpatía, ó por otro lado creer que solo iba allí con el objeto de recrear la vista en su enemigo conquistado solo por la vil traicion. Una visita del general en gefe bajo semejantes circunstancias, solo era justificable si al interrumpir el último sueño de su prisionero, venia á anunciarle que contara con la vida.

Del Emperador, se dirigió Escobedo á ver á Mejía, el que lo habia salvado una ocasion que estaba condenado á ser fusilado! Mejía le encomendó á sus hijos y Escobedo le prometió cuidarlos. Mas tarde envió á la viuda del general un ayudante, y le ofreció su ayuda para sus hijos, pero la noble mujer rechazó con desprecio la asistencia del asesino de su esposo, y dijo que era jóven y fuerte y podia trabajar para sus hijos.

No sé como cosa cierta si Escobedo vió tambien á Miramon. Este general se echó en cara bastante en sus últimos dias. Le dijo á Mejía que sentia que la bala que habia atravesado la mejilla no le hubiera entrado por la cabeza, pues á él principalmente se le debia que el Emperador se

hallara en la presente posición. Mejía le dijo esto al Emperador y este me lo comunicó á mí.

En la tarde del 18 el Emperador telegrafió á Juarez, lo siguiente:

—«Desearia se concediera conservar la vida á D. Miguel Miramon y á D. Tomás Mejía que anteayer sufrieron todas las torturas y amarguras de la muerte, y que como manifesté al ser hecho prisionero, yo fuera la única víctima.»

Esta súplica fué rehusada, y la misma suerte corrió el pedido de igual fecha del Baron Magnus, dirigido al ministro Lerdo de Tejada, que así concluía:

—«Imploro á vd., á nombre de la humanidad y del cielo, no haga vd. mas tentativas contra su vida, y repito cuán cierto estoy de que mi Soberano Su Majestad el Rey de Prusia y todos los monarcas de Europa que están emparentados con el príncipe prisionero, su hermano el Emperador de Austria, su prima la Reina de la Gran Bretaña, su hermano político el Rey de Bélgica y su prima la Reina de España, como igualmente los Reyes de Italia y Suecia, al momento convendrán en dar toda garantía posible, para que ninguno de los prisioneros jamás ponga el pié en el territorio mexicano.»

El Emperador dirigió cartas de gratitud á sus cuatro defensores, y escribió á Juarez la carta siguiente, que está fechada el 19 de Junio, puesto que debia ser entregada ese mismo dia.

«Sr. D. Benito Juarez.—Querétaro, Junio 19 de 1867.
—Próximo á recibir la muerte á consecuencia de haber querido hacer la prueba de si nuevas instituciones políticas lograban poner término á la sangrienta guerra civil

que ha destrozado desde hace tantos años este desgraciado país, perderé con gusto mi vida si este sacrificio puede contribuir á la paz y prosperidad de mi nueva patria.

Intimamente persuadido de que nada sólido puede fundarse sobre un terreno empapado de sangre y agitado por violentas conmociones, yo conjuro á vd. de la manera mas solemne y con la sinceridad propia de los momentos en que me hallo, para que mi sangre sea la última que se derrame, y para que la misma perseverancia, que me complacia en reconocer y estimar en medio de la prosperidad con que ha defendido vd. la causa que acaba de triunfar, la consagre á la mas noble tarea de reconciliar los ánimos y de fundar de una manera estable y duradera la paz y tranquilidad de este país infortunado.

[*Firmado*] MAXIMILIANO.»

En la mañana del 19 á las cuatro todos estaban ya levantados en nuestro convento, pues la parte disponible del batallon de Supremos Poderes marchó afuera á las cuatro y media. Poco despues de las seis entró al cuarto contiguo á la capilla el teniente coronel Pitner, y dijo en voz alta: «Ya se lo llevaron.»

Escuchábamos esto con palpitante ansiedad, pero nada revelaba lo que ya habia sucedido, cuando repentinamente empezaron á repicar todas las campanas de la ciudad, despues de las siete. Pitner gritó: «Ha muerto ya!» y no importándole el centinela de mi puerta, se precipitó dentro de la capilla, y con abrazo silencioso corrian nuestras lágrimas en memoria del muy amado y noble muerto. A cosa de las ocho regresaron las tropas de la ejecucion.

Frecuentemente se han descrito los últimos momentos del

Emperador; pero todas estas descripciones diferencian las unas de las otras. Aunque no tuve la suerte de asistir á mi Emperador en sus últimos momentos, transcribiré lo que ocho ó diez oficiales liberales, entre los cuales se hallaba el coronel Villanueva, convinieron en representar.

El Emperador se levantó tan temprano que solo eran las tres y media de la mañana, se vistió esmeradamente. Llevaba un saco corto (azul ó negro) pantalon y chaleco negros y un sombrero pequeño de fieltro. A las cuatro vino el padre Soria, de quien el Emperador habia ya recibido los Sacramentos. A las cinco se celebró una misa para cuyo objeto se habia colocado un altar en el nicho que tan frecuentemente he mencionado.

El Emperador le dió al Dr. Basch varias comisiones y recuerdos para sus amigos, entre los cuales no olvidó hacer mencion de mí. Despues de esto almorzó á los tres cuartos para las seis. La poblacion estaba en extremo escitada y esta escitacion se notaba aun entre algunas de las tropas. Escobedo estaba temeroso de que se hicieran demostraciones y aun de una sublevacion, y con el fin de frustrar esos tentativas, se mandó tuviera lugar la ejecucion una hora antes.

Dando la campanada de las seis, el oficial liberal encargado de llevar al Emperador se presentó. Antes que este hubiera hablado, el Emperador dijo: «Estoy listo,» y salió de su celda, adonde estaba rodeado por unos cuantos de sus criados, los que lloraban y le besaban las manos. Les dijo: «Cálmense vdes.; ya ven que yo lo estoy. Es la voluntad de Dios que muera yo y contra ella no nos podemos oponer.»

Despues de esto se dirigió el Emperador á las celdas de

sus dos generales, y dijo: «Están vdes. listos, señores? Yo ya lo estoy.» Miramon y Mejía se adelantaron, y entonces abrazó S. M. á sus compañeros de infortunio. Mejía, el valiente, el hombre arrojado, que cien veces habia visto ronriéndose la faz horrenda de la muerte, estaba debilitado á causa de su enfermedad y sumamente cabizbajo.

Los tres bajaron la escalera, el Emperador iba por delante y con paso firme. Al llegar á la calle que daba al convento, miró en derredor y exhalando un profundo suspiro, dijo: «Ah que dia tan espléndido! siempre he deseado morir en un dia como este.»

Despues de esto subió con el padre Soria al coche mas próximo que le esperaba, siendo este del sitio, el núm. 10, pues el Gobierno republicano probablemente pensó que no convenia á su dignidad el proporcionar un coche adecuado para un Emperador caido. Miramon subió al núm. 16 y Mejía al núm. 13, y comenzó á moverse la melancólica procesion. A la cabeza iban los Supremos Poderes. Los coches estaban rodeados por los cazadores de Galeana, y la retaguardia la cubria el batallon de Nuevo Leon, que fué escojido para la ejecucion.

Aunque se habia anticipado la hora, las calles estaban del todo llenas. Todo el mundo saludó al Emperador respetuosamente, y las mujeres lloraban á gritos. El Emperador contestaba á los saludos con esa sonrisa que ganaba los corazones y tal vez comparaba su presente marcha con su entrada y recepcion en Querétaro de hacia cuatro meses. Qué contraste! Sin embargo, la gente se mantuvo sosegada y no podia llamar en su ayuda el valor para hacer una demostracion; solo de las azoteas favorecieron á los soldados con nombres odiosos y algunas pedradas.

Al llegar al cerro de las Campanas no podía abrirse la portezuela del coche en que iba el Emperador. Sin aguardar mas tentativas para efectuar esto, el Emperador saltó al suelo. A su lado estaba su criado húngaro Tudos. Mirando en su derredor le pregunto: «Nadie mas ha venido aquí.» En sus dias de prosperidad todo el mundo se disputaba estar á su lado, pero ahora en camino á su tumba prematura, una persona solo le acompañaba! Sin embargo, el Baron Magnus y el cónsul Bahnssen se hallaban presentes, aunque no le era posible verlos.

El padre Soria se desmontó como pudo. Sin embargo, el consolador necesitaba del consuelo de los sentenciados. Se sintió malo y desvanecido, y el Emperador con mirada compasiva sacó de la bolsa una botella de sales que mi esposa le habia regalado y que se dice está ahora en poder de la viuda Emperatriz del Brasil, y se la dió á oler al padre Soria. (1)

El Emperador, seguido de Miramon y Mejía, á este último teniendo que llevarle de los brazos, se dirigió hácia el cuadro de soldados que estaba abierto por el lado del cerro. Las tropas para la ejecucion estaban las bajo órdenes del general D. Jesus Diaz de Leon. Adonde estaba el cuadro abierto, se habia fabricado una especie de pared formada con adobes. En el centro, donde debia pararse el Emperador, que era mas alto de cuerpo que sus dos compañeros, la pared estaba un tanto mas alta. En los momentos de colocarse en sus posiciones respectivas, el Emperador dijo á Miramon: «Un soldado valiente debe ser honrado

1 Esto me lo dijo la señora del ministro Aguirre, la que lo supo de su amigo el padre Soria.—(N. D. A.)

por su monarca aun en su última hora; por lo tanto permítame vd. le dé el lugar de honor,» y Miramon tuvo que ponerse en el centro.

En esto, un oficial y siete hombres avanzaron de frente y á unas cuantas varas de cada uno de los tres sentenciados. El Emperador se adelantó hácia aquellos que estaban enfrente de él, á cada uno de los soldados le tendió la mano y le dió un Maximiliano de oro [moneda de á veinte pesos] diciéndoles: «Muchachos, apunten bien, apunten precisamente aquí,» señalándoles con su mano el corazon. Despues de esto se volvió á su puesto, se quitó el sombrero y se limpió la frente con el pañuelo. Este y el sombrero se los dió á Tudos, con la órden de que se los llevase á su madre, la archiduquesa Sofía. Despues, con voz sonora y firme habló las palabras siguientes:

«¡Mexicanos! Las personas de mi clase y origen son nombradas por Dios, ó para la felicidad de los pueblos ó para ser mártires. Llamado por parte de vosotros, vine para bien del país: no vine por ambicion; vine animado de los mejores deseos por el porvenir de mi patria adoptiva, por el de los valientes á quienes antes de morir agradezco sus sacrificios.

¡Mexicanos! que mi sangre sea la última que se derrame, y que ella regenere este desgraciado país; y si fuere necesario que sus hijos todavía viertan la suya, que corra para su bien, pero que nunca sea por la traicion. Viva la independenciam! Viva México!»

Mirando en su derredor el Emperador, notó no lejos de él un grupo de hombres y de mujeres que lloraban á gritos. Los miró con sonrisa amistosa y dulce; despues puso ambas manos en el pecho y vió de frente. Cinco tiros se dis-

pararon y el Emperador cayó del lado derecho articulando despacio la palabra «hombre.» Todas las balas le habian atravesado el cuerpo y cada una de ellas eran mortales, pero el Emperador aun se movia lijeramente. El oficial le acostó boca arriba y apuntó al corazon del Emperador con la espada. Entonces un soldado se adelantó y disparó otra bala en el lugar indicado.

Ni el Emperador, ni Miramon, ni Mejía, tuvieron los ojos vendados. Miramon, dirigiéndose no á los soldados sino á la gente allí reunida, dijo: «Mexicanos! mis jueces me han condenado á muerte como traidor á mi patria. Jamás he sido traidor; y os suplico no toleren que esta mancha se añada á mi memoria y mucho menos á mis hijos. Viva México! Viva el Emperador!» Los tiros fueron ciertos y murió en el acto. Mejía solo dijo: «Viva México! Viva el Emperador.» Sobrevivió despues de la descarga y necesitó dos balas mas para acabar de morir. Los tres sentenciados fueron fusilados á la vez.

Despues de que la muerte de los tres habia sido confirmada por dos cirujanos, se envolvieron los cuerpos en sábanas corrientes y fueron colocados en cajones de palo muy comun, de á veinte reales cada uno, tales cuales los usan las clases mas bajas. El cajon del Emperador estaba demasiado corto y le sobresalian los piés. Los cuerpos de los generales fueron entregados á sus respectivas familias, pero el del Emperador lo guardó el Gobierno republicano para una especulacion baja, y fué confiado al cuidado del coronel D. Miguel Palacios, la feroz hiena de la vista ojizaina. Condujo el cuerpo entre dos destacamentos de infantería á través de la ciudad, adonde el aspecto de éste causó por todas partes grandes lamentaciones. Un oficial con revol-

ver en mano se dirigió á una mujer y con tono grosero la preguntó: "Por qué lloras?" Y ella le contestó: "Lloro por tmi Emperador." El oficial la cogió del brazo con el fin de arrestarla, pero ella entonces le dió una puñalada y se escapó. El luto era general en la ciudad, y muchas personas, y especialmente las mujeres, fueros arrestadas por haberlo demostrado de una manera en extremo marcada y apasionada.

El comportamiento de los habitantes de Querétaro, no puede en obsequio de la verdad ensalzarse y admirarse suficientemente. Por espacio de cuatro meses habian sufrido los horrores de un sitio. Las balas enemigas habian destruido sus casas y matado á muchos de sus parientes y amigos. Habian sufrido temores, pesares y hambre, teniendo que pagar considerables contribuciones. Pero todo esto no bastó para disminuir su adhesion y amor al Emperador, á quien realmente amaban con entusiasmo. Y aunque esto fácilmente se esplica, no quiere decir que les hace menos honor.

Los mexicanos no están acostumbrados á un tratamiento bondadoso de sus generales; algunos de ellos, semejantes á ladrones, mientras que allí veian á un descendiente del Emperador de los conquistadores de México, que diariamente se paseaba entre ellos, mostrando simpatía y compasion para sus sufrimientos, y una amabilidad que formaba un contraste notable con el comportamiento brutal de algunos de sus generales; un príncipe que participaba de todos los peligros y privaciones de sus súbditos y soldados, que tenia para cada doliente una palabra bondadosa y de consuelo, y que era un ejemplo edificante para cada uno. Ahora se habia muerto! Murió con esa grandeza y

serenidad tranquila de alma que tanto admiramos en casos raros de la historia y cuya narracion edificará y conmoverá el corazon de las generaciones venideras. La manera con que murió el noble Emperador puede justamente colocarse al lado de Sócrates. Las buenas gentes de Querétaro le veneran como santo mártir. Muchos mojaron sus pañuelos en su sangre; otros se hicieron de otras reliquias, á gran cólera y disgusto de sus asesinos republicanos. Aun en la hicna Palacios la grandeza del hombre hizo impresion y no pudo abstenerse de decir, "Que era de una alma grande." El cuerpo fué colocado sobre una mesa en la capilla del convento de Capuchinas, y el coronel llamó adentro al Dr. Basch, los criados y un número de oficiales convalecientes prisioneros, en su mayor parte franceses que estaban en el convento y dijo: "Mirad, esa es la obra de la Francia!" Estos oficiales franceses hacian uso de un pasadizo como paseo y por las ventanas del cual podian ver la capilla y observar todo lo que ocurría cerca del cadáver del Emperador, y á ellos debo los detalles siguientes:

Poco despues de colocado allí el cadáver de S. M., se presentó el médico superior del ejército liberal Dr. Rivadeneira, acompañado por el Dr. Licea el que traicionó á Miramon, y tambien se presentaron otras personas allí. Tambien se permitió la entrada al Dr. Basch. Se desvistió al cuerpo y le se preparó para embalsamarlo. Las escenas que allí tuvieron lugar, están de acuerdo con la bajeza de alma de los presentes, y algunos pormenores son tan repugnantes y atroces que no puedo hablar de ellos.

Que los doctores hubieran ido á su tarea haciendo ruido, riéndose y fumando, puede perdonarse, puesto que están acostumbrados á semejante clase de trabajo y no tienen la

veneracion que nosotros á los muertos; pero nadie puede perdonar al Dr. Licea que dijo al enterrar su cuchillo en el cuerpo del príncipe muerto; "Que gusto es para mí el poder lavarme las manos con la sangre de un Emperador."

El coronel Palacios tocó con la mano la cabeza del Emperador y dijo: "Oh, quisiste ponerte coronas en la cabeza? Ahora ya estarás satisfecho, ya tienes tu corona;" y apuntando á dos vasijas adonde estaban puestos los intestinos del Emperador, dijo: "Esos se los debian dar á los perros."

El embalsamamiento duró una semana entera, y dejaron el corazon del Emperador todo un dia en una de las bancas de la capilla. Después de esto se colocó al cuerpo embalsamado en un cajon mejor y se quedó depositado en la capilla.

El coronel Palacios se habia apropiado el catre de campaña del Emperador. Cuando tenia visitas acostumbraba acostarse en él y decir. "Ahora yo soy Emperador! Qué tal parezco de Emperador?"

Cuando un oficial liberal se espresó de una manera menos brutal que el resto de ellos, el coronel Doria, secretario de Escobedo dijo: «Puf! qué importa un perro mas ó menos?»

El general Mirafuentes, el que mas tarde fué mi fiscal sentia dijo, la muerte de los mexicanos, pero lo que es el extranjero no le importaba nada.

Durante los últimos dias antes de la ejecucion del Emperador, la cuestion de si debia fusilarse ó no, fué por supuesto frecuentemente discutida entre los oficiales liberales. Uno de ellos dijo que no tenian derecho de fusilar al Emperador, puesto que no se habia tomado á la ciudad por asalto, sino que se habia comprado con el Emperador.

«Que importa!» dijo uno de entre ellos riéndose, “tambien á los pollos se compran y se matan.”

El periódico de Querétaro, “La Sombra de Arteaga,” del 20 de Junio, estaba impreso en papel colorado y solo contenia una corta representacion de los hechos, sin comentario alguno.

Si no hubiera deseado Escobedo la muerte del Emperador, fácilmente la podia haber evitado, pues Juárez no se hubiera atrevido á proceder contra el general á quien tanto debia. Pero Escobedo no solo es sanguinario y cobarde, sino que igualmente tenia interés en que se removiera á un rival que le parecia mas peligroso que Juárez, Ortega ó Santa-Anna. Se ha creido generalmente que no se hubiera fusilado al Emperador si este hubiera caido en manos de Porfirio Diaz, en vez de Escobedo.

El Emperador tenia seis piés de estatura, y de figura delgada; sus movimientos, su porte, y especialmente su salutacion, eran elegantes y airosas. Tenia el pelo claro, no muy espeso, el que usaba partido por enmedio con cuidado. Su barba era igualmente clara, la que fomentaba con gran esmero. La usaba partida en el centro; y su mano frecuentemente estaba ocupada con el arreglo de esta. La tez del Emperador era pura y clara, y sus ojos azules; su boca tenia la marca inequívoca de la casa Imperial de Austria, y el labio inferior histórico, pero no tan pronunciado que lo desfigurara.

El Emperador estaba generalmente vestido de paisano, pero en Querétaro, adonde estaba á la cabeza de sus tropas, usaba el uniforme de general de division.

Quando se paseaba llevaba las manos atrás, como un capitán de buque andando sobre cubierta. Otra de sus cos

tumbres naturales era la de llevar siempre en la mano su antejo de larga vista.

La espresion de su cara siempre era muy bondadosa y amistosa: no podia uno mirarlo sin amarlo. Su amistad jamás se mostraba de una manera familiar; aun con sus mas íntimos amigos siempre conservaba su digmidad. Sin embargo de esto, se entregaba sin restriccion á su buen humor; cuando se hallaba en compañía general y podia ser muy agudo y aun sarcástico.

Tenia mucha paciencia para escuchar, y era afecto á oir las aventuras pasadas de las personas que le rodeaban, y cuyos defectos. juzgaba con clemencia, pues nunca se imaginaba que habia motivos malos. Aunque mucho habia visto y observado en sus viajes, y era hombre de muy buen criterio, su corazon era demasiado noble y demasiado puro para tener un conocimiento ventajoso del mundo. Tenia un concepto tan insignificante de la maldad y la mentira en los demas que nunca podia creer que existian en hombre alguno. Era muy dedicado y fiel con sus amigos, y mas pensaba en ellos que en sí mismo. Fácilmente perdonaba, y eso no solo con los labios, sino con el corazon. De todos los hombres que en la vida me he encontrado, el Emperador Maximiliano era el mas noble, el mejor, el mas amable. Aun sus mismas faltas eran casi virtudes; por ejemplo, su bondad que muchas veces rayaba en debilidad. No podia tolerar que se mortificara á un hombre, ó que se le hiciera mal de ninguna manera, especialmente si algo habia hecho contra él. Por ejemplo, no tenia concepto del Baron Lago, el encargado de negocios de Austria, y culpó el indiferentismo y la egoista cobardía de ese señor; sin embargo antes

de morir le escribió unas cuantas y bondadosas líneas, para que á su regreso á Viena las pudiera enseñar.

Era amante en extremo, y conocedor de las bellas artes, y á tal grado llegaba su refinamiento por las formas perfectas de la naturaleza que le era penoso mirar cualesquiera cosa donde no habia simetría. Presumo] que esa era la razón por la que fácilmente se prendaba de las personas bien parecidas, con maneras refinadas y agradables, pues siempre suponía que una hermosa figura humana debía estar animada por una alma bella. Este sentimiento para la armonía y el orden que tenia el Emperador se extendía aun para las cosas insignificantes, y esto le hacia parecer á veces casi pedántico.

Le gustaba terminar todo negocio casi en el acto, y contestaba con gran paciencia á todas las preguntas, pero le era desagradable si despues se le recordaban las cosas. Por lo tanto insistía en que todas sus órdenes, aun las mas insignificantes, se anotaran al momento que las daba.

Aquellos que quisieren juzgar la alma elevada del Emperador, deben leer sus viajes, que se han publicado en Inglaterra y en diversos idiomas. Fueron segun entiendo publicados por deseo de su augusta madre la Archiduquesa Sofía, la que no podia erigir mejor monumento á su glorioso hijo. Aunque escritos estos por el Archiduque cuando era muy jóven, en sus pájinas se revela el hombre que es, y todo el que las lea convendrá conmigo en que es una desgracia que este príncipe dotado de tan elevados dones se le haya hecho desaparecer del mundo donde podia haber hecho grandes bienes.

Trabajar para el adelanto de la humanidad y el progre-

so del mundo era la mas grande ambicion del Emperador Maximiliano.

Sus ideas, sin embargo, diferenciaban á tal grado de las tradiciones de la corte de Austria, que le era imposible encontrar un trabajo adecuado en su propio país, el que ardentemente amaba. El tentador estaba en Paris, le ofreció un campo vasto para sus aspiraciones, y la ambicion del descendiente de Carlos V de ninguna manera se mostró indiferente al esplendor de una corona imperial. El Emperador de los franceses tuvo facilidad para conquistar á un carácter abierto y caballerezo como el del jóven Archiduque. Las inclinaciones favoritas y los deseos del príncipe de la mente elevada fueron diestramente explotados, y Napoleon III no tuvo gran trabajo en cautivarlo con su propuesta, la que debia haberse examinado con mayor cuidado, puesto que se hacia por un miembro de la familia napoleónica á uno de la familia de Austria. Pero en la noble y despreocupada alma del Archiduque las tradiciones de antipatía dieron lugar á una admiracion inconveniente para el grande hombre de Estado, y la que espresó en varias ocasiones y á quien ensalzó demasiado. Cualesquiera escrúpulos que podia haber abrigado se sobrepusieron con el porvenir de una esfera grande y gloriosa adonde podia hacer el bien. Aquel que desea hacer bien á la humanidad frecuentemente tiene que desechar sentimientos é inclinaciones personales de antagonismo.

Los artificios filantrópicos de Napoleon fueron las trampas en que cayó el Archiduque, quien anhelaba una oportunidad para desplegar su noble accion, y con mas facilidad se le cojió, puesto que su capacidad era mas bien causa de envidia que de admiracion en Viena. Su posicion

allí en obsequio de la verdad, no era nada agradable, y en él ocasionó un vehemente deseo de salirse tan pronto como fuera posible.

Cuando el infortunio le sobrevino, el espíritu del Emperador de México se desplegó en toda su fuerza, y dignidad moral; y sus últimos días y muerte son un ejemplo edificante para todas las edades.

El episodio del Imperio Mexicano bajo el reinado de Maximiliano fué de corta duracion y no dejó huellas duraderas en ese desgraciado país [donde las revoluciones son su estado normal] para por sí mismo ocupar un lugar prominente en la historia. Pero este episodio ejercerá una influencia en la historia de Napoleon III que le dá importancia, pues forma el punto de tropiezo en la carrera política del Emperador de los franceses, sobre quien ciertamente se vengará la sangre de la noble víctima á quien permitió sacrificasen. Aunque las exigencias de la política obligaron al hermano de Maximiliano á unir su mano á la de Napoleon, sin embargo arriba de nosotros hay un Sér Supremo que no olvidará que por esta mano se vertió la sangre de un hombre noble y bueno en el lejano cerro de las Campanas!

Frecuentemente oí llamar al Emperador una persona fanática y un aventurero; y no puedo abstenerme de decir unas cuantas palabras relativas á este modo de juzgarle.

En toda la historia apenas hay una sola persona que no haya efectuado grandes cosas que no se le llamase fanático ó aventurero por sus contemporáneos de mezquina capacidad. Para un espíritu que siempre se limita á retraerse en la estrecha atmósfera de sí mismo, y para un hombre para el cual el cuidado de sí mismo parece ser la quinta

esencia de la sabiduría filosófica, para jente tan pequeña y comun, todo el mundo que así mismo se sacrifica para el bien general de la humanidad, olvidándose de su interés personal, debe aparecer como persona de espíritu pobre, como aspirante para un asilo de dementes. Para el «Filisteo,» aun todos los filósofos y hombres especulativos de ciencias de las que el resultado y bien material se hallan ocultos ante sus débiles ojos, son candidatos para el hospital de dementes de Bedlam.

Con el epíteto de «aventurero,» aun son mas francos estos «Filisteos» «quedaos en vuestros hogares y ganad vuestra vida honradamente,» es de ellos frase favorita. Aquel que se vé impelido mas allá de los límites de su hogar en busca de un campo adecuado á su espíritu activo, se le tiene por aventurero, y solo es perdonado, aunque siempre algo se le sospecha, si á sus lares trae pruebas patentes de su buen éxito.

«Cuando llegue el tiempo, en que los poetas traigan los eventos de nuestros dias á la vista de las generaciones venideras, no faltará entre sus mas espléndidas figuras la del Príncipe aleman, que se dejó llevar por su noble y elevado deseo allende el Océano, y que encontró su fin trágico en una contienda infructuosa para conferir los beneficios del órden legal y verdadera cultura á un pueblo despreciado.»

LA BATALLA DE S. LORENZO
Y
EL SITIO DE MEXICO
POR UN TESTIGO OCULAR.

LA BATALLA DE SAN LORENZO.

La posición respectiva de los partidos imperial y liberal en México, después de la partida del ejército francés, era la siguiente:

El ejército liberal, siguiendo las huellas del ejército francés, había ocupado casi todo el país.

El general Porfirio Díaz estaba en Oajaca y sus tropas recorrían el país, desde Córdoba hasta las puertas de México, con excepción de Puebla.

El general Régules ocupaba todo el Estado de Michoacán, con excepción de Morelia.

El general Corona era dueño de Guadalajara y todo Jalisco.

El general Riva Palacio ocupaba á Toluca.

El general Escobedo se hallaba en San Luis Potosí y cubría todos los Estados del Norte.

El ejército de todos estos generales consistía en su totalidad en treinta mil hombres; mas como que el reclutamiento se efectúa en México con gran facilidad, se podía doblar este ejército en corto tiempo y con mas facilidad,

puesto que el ánimo de este ejército era estremadamente bueno. Se les había hecho creer que ante su vista habían dado caza al ejército francés! Y por consiguiente si de esa manera podían conquistar á los soldados franceses, que tenían la reputacion de ser los mejores soldados del mundo, era natural se imaginasen que fácilmente podían aniquilar al pequeño ejército imperial. Esta confianza en el ejército liberal fué perjudicial á la causa del Emperador.

El ejército imperial estaba en posesion de Veracruz; con quinientos hombres; Puebla con dos mil y quinientos; México con cinco mil; Morelia tenía tres mil, y Querétaro dos mil hombres; total, solo trece mil hombres, desde el mar hasta la Sierra Gorda.

Mientras que el ejército liberal estaba lleno de entusiasmo, el partido del Emperador de desconfianza. Maximiliano había anticipado esto y antes de que el ejército francés hubiera salido de México, preparó una expedicion con objeto de comenzar las hostilidades, y sorprender al enemigo, el que nada menos esperaba esto. Por medio del éxito, el ánimo del ejército imperial solo podía restaurarse y el general Miramon era el único hombre á quien podía encomendársele semejante aventura, con alguna probabilidad de éxito.

Miramon había sido Presidente de la República mexicana á una edad cuando otros jóvenes comienzan la vida; había dejado atónitos á sus paisanos con sus hechos, los que eran sorprendentes aun en un país como México, adonde lo imposible parece lograrse. Por lo tanto, se le consideraba ser la piedra angular del partido conservador.

Don Miguel Miramon salió de México solo con una escolta, llegó á Querétaro con una compañía, y marchó sobre Zacatecas con un rejimiento, sorprendiendo esa ciudad

perfectamente, y de donde tuvo Juárez que escaparse con su acostumbrada velocidad.

Miramón, el que había dejado á México sin ejército ni cañones y aun sin dinero, marchó ciento sesenta leguas, salió victorioso en diez combates, había ocupado Guanajuato, León y Zacatecas, y obligado al renombrado Presidente de la República, Juárez, á echar á correr en su cara. Todo esto se hizo cuando el ejército francés se hallaba aun en el suelo mexicano, y cuando acorde con ciertas publicaciones, toda la nación estaba en contra de la monarquía.

El efecto producido por este brillante negocio fué muy benéfico, y la posibilidad de su éxito dió confianza al partido imperial, el que no se había amedrentado con el desastre de San Jacinto, donde Miramón perdió la parte mas grande de las ventajas que había ganado, á causa de haberse hallado demasiado lejos de los generales Mejía, Méndez y Márquez, que debían seguirle.

Cierto era que el Emperador había perdido la ayuda de la Francia, que sus arcas se hallaban cerradas á Maximiliano; pero por otro lado habían ídose también los agentes franceses y sus exigencias. Cierto era, que tres cuartas partes del Imperio estaban perdidas, pero el triunfo de Miramón había probado que podía recobrase la pérdida. Cierto era que el ejército del Imperio había perdido veinte mil franceses, pero estos estaban ya cansados, y desmoralizados; y aun restaban al Emperador mil hombres de tropas europeas, leales, y valientes, y de ninguna manera desalentadas. Veracruz estaba todavía en manos de los imperialistas; y las riquezas que de allí dimanaban costearían la guerra; Puebla con su superabundancia, estaba igualmente en su poder, lo mismo que México, la Ca-

pital del Imperio, que daba al gobierno residente allí el sello de la legitimidad. Pues bien, por qué razon no habia de triunfar el Imperio? En Europa esto podia haber sido un imposible, en México no lo era.

Sin embargo, no habia un momento que perder. Tenia que evitarse el que el enemigo concentrara sus fuerzas y marchara sobre México; y el Emperador bien impuesto de la responsabilidad de su posicion, y demasiado caballeresco para permitir á otros que solos derramasen su sangre por su causa, resolvió obrar por sí mismo. El 13 de Febrero de 1867, la nacion oyó con entusiasmo que Maximiliano se habia puesto á la cabeza de dos mil hombres, y llevándose consigo al general Márquez como gefe del Estado Mayor, habia partido para Querétaro.

Habia dejado en México á todas las tropas europeas, y al haberlo hecho así, probó ser tanto un buen político como un buen general.

Puede ser que fuera un albur peligroso el haberse rodeado solo de tropas mexicanas, pero su posicion era excepcional, y exijia medidas atrevidas. Al confiar su persona y destino solo á mexicanos, aduló la vanidad de su pueblo y conquistó el amor de este.

No fué sin pesar que el Emperador dejó á sus mejores tropas y á las mas de fiar en México; pero estas tenian que asegurar su retirada en el caso de desastre, y componian bajo cualesqueir circunstancia una reserva en la que podia en lo sumo confiar.

Querétaro, lugar adonde marchaba el Emperador, no era de ninguna manera un punto fortificado, y muy mal situado para la defensa, pues está dominado por los cerros que lo rodean á tiro de cañon; pero en otro sentido, era

de grande importancia. Es la llave para el valle de México, y un ejército avanzando contra esa ciudad viniendo del Norte no podia dejar Querétaro á su retaguardia. Esta última ciudad está cerca de la Sierra Gorda, adonde estaba Mejía, idolatrado por la poblacion india; se halla solo á unos cuantos dias de camimo de Morelia, de donde se esperaba al general Méndez, pues este habia recibido órdenes de unirse con sus veteranas tropas al ejército del Emperador, é igualmente Miramon estaba en Querétaro, á cuyo lugar se retiró despues del desastre de San Jacinto.

Querétaro siempre habia sido muy adicto á la causa del Emperador, el que esperaba reunir en ese lugar un ejército de ocho mil hombres, que debia aumentarse con cuatro mil indios de la Sierra Gorda.

No es nuestra intencion dar los detalles del sitio de Querétaro, sino solo tratar la posicion respectiva de imperialistas y liberales, y mostrar que el Imperio no estaba tan enteramente falto de recursos.

Trascurió el mes de Febrero sin que ocurriera ningun suceso importante. Las tropas liberales avanzaron sobre Querétaro, adonde tenian su *rendez-vous*. Porfirio Diaz habia salido de Oajaca, y avanzó haciendo cortas jornadas diarias sobre Puebla; algunas partidas de guerrilleros infestaban el Valle de México, mas sin acercarse demasiado á la ciudad, sin duda contrarrestadas por la caballería austriaca que habia allí.

Esta pobre caballería austriaca, lo mismo que la infantería, sentia muchísimo el tener que quedarse en México, no obstante lo importante de su mision allí. Ansiaban por el servicio activo, y todos sus deseos se tornaban hácia Que-

réтары, y esperaban que el Emperador pronto los mandaría llamar.

Porfirio Diaz habia llegado al Valle de México; y la ciudad estaba circumbalada por numerosas tropas. Se efectuaban salidas, pero estas no causaban gran placer á la caballería austriaca, pues el enemigo no hacia resistencia, y tan pronto como estos se aparecian huía.

Todas las noticias que llegaban de Querétaro se escuchaban con gran ahinco, pero por algun tiempo ninguna cosa de importancia trascurió. Al fin vino la noticia de que el ejército imperial habia obtenido el 14 de Marzo un triunfo completo cerca de Querétaro, y el regocijo se aumentó con la llegada de los brillantes detalles, y noticia de que el Emperador venia de regreso con parte de su ejército.

Se circulaban los rumores mas estravagantes. Se decia que los generales imperiales estaban persiguiendo en todas direcciones los restos del desbandado ejército liberal, y que Maximiliano, llevándose consigo á sus tropas europeas, intentaba limpiar el camino de Veracruz. Estos rumores parecian confirmarse por la circunstancia de haber desaparecido las tropas que infestaban el Valle de México, y generalmente se creia que Porfirio Diaz, no atreviéndose á esperar al Emperador, se habia retirado á Oajaca.

Al fin, el 24 de Marzo llegó á saberse que no era el Emperador el que en persona se acercaba, sino el general Márquez, y al dia siguiente, 25 de Marzo, entró á México á la cabeza de la brigada de caballería del coronel Quiroga, cosa de novecientos hombres resueltos.

Su llegada robusteció la creencia del triunfo de las armas imperiales en Querétaro. Si todo no marchara bien allí,

el Emperador no hubiera enviado de su lado uno de sus mas distinguidos generales con una fuerza, y esta pequeña fuerza no hubiera podido marcharse de Querétaro á México, si existia aun un ejército liberal suficientemente fuerte para oponérsele.

Toda duda se dejó que se la llevara el viento, y los amigos del Imperio estaban exuberantes; el trono de México parecia haberse asegurado, y si hubiera habido Bolsa en México, los fondos habrian subido considerablemente.

El general Márquez vino investido con título de lugarteniente del Imperio y tenia los mas amplos poderes; el gabinete fué en un tanto cambiado, dos hombres enérgicos entraron al ministerio: Iribarren, como ministro de gobernacion, y el general Vidaurri como ministro de guerra y hacienda, con la presidencia del consejo.

Parecia que se daba nueva vida á todos los negocios. Se impuso una contribucion de uno por ciento sobre capitales, se vistieron y armaron á los tropas, que bien lo necesitaban, y el 30 de Marzo salió Márquez de México á la cabeza de un ejército de cuatro mil hombres.

Cuando evacuó Porfirio Diaz el Valle de México, nos equivocamos con respecto á sus razones para ello. No era el miedo lo que le alejaba: sitió á Puebla. Por lo tanto, como que nada se sabia de cierto con respecto á los planes del lugarteniente, se presumió que marchaba en socorro de aquella ciudad.

El pequeño ejército que salió de México era admirable. La infantería se componia de dos brigadas, en su total dos mil hombres, entre los que se notaban el 18 regimiento, del cual las dos terceras partes eran austriacos y el resto mexicanos, mandados por el teniente coronel Hammerstein.

La caballería se componía de la brigada Quiroga, excelente tropa, sumamente adicita á su jefe; del regimiento de húsares mandado por el coronel Khevenhüeller, de los gendarmes á las órdenes del coronel Wickenburg y de un regimiento de cazadores á caballo.

La artillería consistía en diez y ocho piezas.

Mejores tropas que estas no las había en México, y nadie dudaba del éxito.

Hay dos caminos que conducen de México á Puebla. Uno de ellos tiene veintinueve leguas; este es el mas corto, pero atraviesa por las montañas de Rio-frio, á donde los liberales podían haber tomado una posición fácil de defender, y adonde la caballería, el brazo derecho de los imperiales, no hubiera servido de nada.

El segundo camino es mas largo; pero pasa al través de los llanos de Apam, adonde se podía hacer uso de la caballería con las mejores ventajas. Por lo tanto, se resolvió marchar en dirección á los llanos de Apam.

El ejército pasó la noche del 30 en San Cristobal; los impedimentos que había puesto el enemigo en el paso, fácilmente se vencieron.

El 31 de Marzo el ejército estaba ya en Otumba, y el 1º de Abril se hizo alto en San Lorenzo.

La marcha fué muy lenta; pero se presumía que Márquez obraba de acuerdo con las tropas en Puebla, y debía saber lo que traía entre manos. Podía ser que la marcha sobre Puebla fuera solo fingida para cubrir un movimiento repentino en dirección á Querétaro.

El 2 de Abril estaba el ejército en Soltepec, y en marcha allí se encontraron varias partidas de los liberales, las que se hicieron á un lado probablemente por no esponerse

á ser destruidas. El 3 llegaron los imperialistas á Guadalupe, quedándose allí hasta el 4, y el día 5 se encontraron en la hacienda de San Diego el Notario.

El 6 de Abril habia ya casi llegado el ejército á Huamantla y los húsares que formaban, la vanguardia, habian ya entrado á ese lugar, adonde debia hacerse parada, cuando el cuerpo de la columna fué atacado por la vanguardia del ejército de Porfirio Diaz. Se les recibió con un fuego bien dirigido de nuestra artillería é infantería y fueron rechazados en desórden. Los húsares, que al instante regresaron, llegaron muy tarde para tomar parte en el ataque. El ejército se detuvo en Atochapuc.

Cosa de las tres de la tarde se presentó toda la caballería de los liberales, cerca de seis mil hombres. Los húsares mandados por el coronel Kodolich, el que al fin obtuvo permiso de Márquez para conducirlos, efectuó una brillante carga, destrozó la primera línea del enemigo, y les rechazó dentro de una barranca, adonde se les hizo pedazos. Desgraciadamente Márquez no sostuvo este movimiento, y de esta manera la caballería liberal escapó de una derrota completa.

Pero este triunfo fué mas que contrapesado con las malas nuevas de Puebla, la que habia sucumbido el 2 de Abril, y los fuertes inmediatos á la ciudad cayeron el día 4.

Mucho tiempo precioso se habia perdido. Si el ejército hubiera avanzado con mas rapidez, por lo menos los fuertes de Guadalupe y de Loreto, si no Puebla, se hubieran salvado, pues los fuertes dominaban aquella ciudad.

A esto, todo el ejército de Porfirio Diaz, embriagado con el éxito, estaba sobre nosotros, y las partidas que nos rodea-

ban y que hasta entonces se habían mantenido á una distancia respetable, llegaron á ser mas y mas audaces.

Márquez, cuyo único designio ahora era llegar á México antes que Porfirio Diaz, mandó tocar retirada por el mismo camino adonde habíamos marchado.

El dia 7 llegamos á Guadalupe sin haber encontrado al enemigo, el que probablemente tenia que trasladar á sus numerosos heridos á Puebla, y requería tiempo para rehacerse del severo castigo que habia recibido el dia anterior.

En marcha hácia San Lorenzo, el dia 8 encontramos á cosa de mediodia á los liberales bajo las órdenes del general Lalanne, el que habia reunido algunas partidas, y trató con su ataque de frente de detener nuestras columnas hasta que Porfirio Diaz pudiera alcanzarnos y atacar nuestra retaguardia. Lalanne tenia cosa de mil hombres entre caballería é infantería; pero el coronel Kodolich á la cabeza de los gendarmes y los cazadores á caballo, los derrotó é hizo trescientos prisioneros, despues de lo cual siguió la columna su marcha y llegó á San Lorenzo á cosa de las dos. Podia haberse continuado la marcha, pero el general Márquez prefirió tomar una buena posicion.

La hacienda de San Lorenzo está situada al fin de un estenso llano adonde se encuentran dos caminos, ambos conducen á México; el que está á la izquierda, pasando por San Cristóbal, era el por el que habíamos ya marchado, y el de la derecha sobre Texcoco, que era en extremo malo, y que conducia por un terreno muy escabroso.

Frente á la hacienda se estiende un llano muy favorable á las evoluciones de caballería, y tras de la hacienda y á distancia de tiro de cañon, pasa una cadena de cerros bastantes bajo.

El general Márquez había dado el mando de toda la caballería al coronel Kodolich, el que propuso ocupar los ya mencionados cerros con infantería, colocar en los llanos á la caballería, atacar al enemigo y rechazarlo sobre su ala izquierda en las montañas.

El enemigo se presentó á cosa de las cuatro y comenzó con una escaramuza bastante avivada y sostenida por artillería, la que se continuó hasta oscurecerse, sin seguirse ningún encuentro sério.

La mañana siguiente al amanecer, se descubrió que se había colocado todo el ejército liberal en línea de batalla, pero con el deseo de cortar la retirada á México por ambos caminos, Porfirio Diaz había estendido esta línea demasiado, y con esto su centro se hallaba debilitado á tal grado que un solo ataque hubiera dividido en dos mitades á su ejército.

Sin embargo, Márquez no quería se hiciera semejante ataque, y aun había olvidado seguir el consejo dado por el coronel Kodolich de ocupar los cerros trás de la hacienda. El enemigo ganó con esta negligencia; dos de sus piezas fueron colocadas allí, y aunque no hicieron un positivo daño, hicieron lo suficiente para causar cierta inquietud entre nuestras tropas.

Al fin, hácia al anochecer, se resolvió Márquez á continuar su marcha para México. A cosa de legua y media de San Lorenzo, en el camino que pasa por San Cristóbal hay una barranca muy profunda. Como que era de temerse que el enemigo podía destruir el puente que por ella atraviesa, el jeneral envió á los húsares y gendarmes bajo el mando del coronel de Wickenburg, para asegurar las aproximaciones al puente, si aun existía este.

La noche estaba oscura. Llegando á la barranca, el coronel Wickenburg se precipitó dentro, y con él la primera compañía de húsares al mando del capitán Kulmer. El puente estaba tirado, y el camino ocupado por el enemigo. Por lo tanto, no podia llenarse el objeto de la expedición, y el resto de la caballería ó á las órdenes del coronel Khevenhüeller, torció á la derecha, é impelido por la necesidad, abandonó al coronel Wickenburg y á su puñado de hombres que estaban rodeados por mas de mil y quinientos liberales.

Esta pequeña cuadrilla no perdió el valor; logró subir el declive opuesto de la barranca y cubierto con la oscuridad de la noche, se abrió paso por entre el enemigo, y al fin llegó á México, despues de haber pasado la mayor parte del lago de Texcoco á nado.

Márquez no tenia otra disyuntiva; tuvo que tomar el camino que pasa por Texcoco, y así lo hizo á las tres de la mañana siguiente.

Como que el enemigo se habia figurado que marchariamos por San Cristóbal, habia dispuesto sus planes y fuerzas en conformidad, y por lo tanto no fuimos molestados al principio de nuestra marcha, pero á las cinco, á la entrada de la sierra, se presentó ante nuestra columna la vanguardia de los liberales.

El órden en que marchábamos era como sigue:—A la cabeza iba la primera brigada de infantería, incluso el regimiento Hammerstein, en el centro estaba toda la caballería, seguida de la segunda brigada de infantería, mientras que cien caballos de Quiroga cubrian la retaguardia.

A cosa de las seis, la columna que iba marchando por terribles desfiladeros, llegó á una barranca muy estrecha

de cuatrocientos piés de profundidad. El puente que comunmente la atravesaba habia sido destruido por una de esas partidas que no se habian atrevido á acercársenos durante nuestra marcha sobre Puebla, pero que rondaban ahora en derredor á nuestro ejército en retirada.

De las vigas del puente solo quedaban tres: sobre la que estaba á la izquierda cruzó la barranca la infantería; de las otras dos hizo uso la caballería, la que condujo por la brida á los caballos por esta peligrosa vía, pero los trenes y la artillería no pudieron pasarse. No habia tiempo para inventar medios; estábamos en una verdadera cueva de asesinos, y el enemigo se apareció en todos los cerros que nos rodeaban. No nos quedaba otra cosa mas que echar los cañones y el parque en el abismo.

La brigada de avanzada habia ya cruzado é igualmente los gendarmes y cazadores á caballo, cuando se dejó oír una esplosion terrible, que arrojó los restos del puente. Los caballos se asustaron, dieron la vuelta y echaron á correr causando el desórden en la brigada que seguía.

Una granada, probablemente haciendo esplosion al caer contra una roca, habia de algun modo hecho incendiar fuego en los cajones grandes del parque. Afortunadamente la barranca estaba muy profunda, y no podia ocasionarse ningun mal, pero la infantería mexicana que formaba la segunda brigada, fué poseída de un terror pánico, tiraron las armas y echaron á correr con toda la presteza posible. El 10º batallon desapareció completamente.

A consecuencia de esto la caballería se encontró á retaguardia de la columna. Entretanto los húsares habian pasado el peligroso puente en el mejor órden, y nos dieron bastante tiempo para formarnos, pues el enemigo se habia

detenido igualmente por el mismo impedimento. Al fin, también lo vencieron, se formaron de nuevo y nos siguieron con gran precipitación, imaginándose que estaban persiguiendo á una tropa desalentada y en ciega fuga, y nos atacaron. Sin embargo el coronel Khevenhüeller no esperó el choque; dió la vuelta tan pronto como se cercioró de las intenciones del enemigo, y sus húsares se lanzaron sobre ellos, pusieron en desórden sus columnas, y les hicieron sufrir perdidas considerables.

En este brillante ataque, los tiradores de Quiroga se portaron admirablemente, y mucho contribuyeron al éxito. El capitán austriaco Jhom recibió una herida sobre la cabeza y un balazo en las caderas, pero no obstante estas dos heridas se quedó en el caballo todo el día, y á la cabeza de su compañía.

El coronel Kodolich se puso entonces á la cabeza de la columna, y suplicó al general Márquez le diera el 18 regimiento de infantería para que prosiguiera la marcha de la caballería que á cada paso se encontraba entorpecida por lo escabroso del camino. Marquéz consintió y por lo tanto todas las tropas extranjeras iban á retaguardia de la columna, y tuvieron que sufrir todos los ataques del enemigo, mientras que Marquéz no abandonó por un momento su mas seguro lugar á la cabeza de las tropas.

El coronel Kodolich le mandó suplicar se parase en el lugar mas favorable para que descansaran los soldados, tomaran alimento los caballos, y se contrarestara al enemigo en su persecucion. Este descanso se necesitaba muchísimo, pues todo el día se habia pasado peleando, aunque el enemigo prevenido por la esperiencia pasada, no se atrevía á hacer un ataque decisivo. Se satisfacian con hacernos

fuego desde las alturas, con lo que ocasionaron grandes perjuicios. Con tanta frecuencia como lo permitía el terreno los atacaba y perseguía el coronel Kodolich, y cada vez á una distancia considerable. Ocurrieron nada menos diez ataques semejantes, todos brillantes y de éxito.

En vano nos aguardamos á que hiciera Márquez alto y tomase una posición, aunque solo hubiera sido por cinco minutos. El coronel Kodolich repitió su súplica varias veces, pues la retaguardia estaba completamente exhausta; todo fué en vano! Márquez seguía adelante, y cambió una retirada admirable en fuga, con su precipitación personal. Al fin, á cosa de las dos, hizo á un lado todo sentimiento de vergüenza, y abandonó á su ejército, partiendo al galope por el camino de México, seguido de su Estado Mayor.

La retaguardia llegó á Texcoco á cosa de las seis de la tarde. Habían estado batiéndose desde las cinco de la mañana. Texcoco ofrecía una posición excelente, y todos esperaban encontrar allí á la vanguardia con su general. Pero no! Texcoco estaba vacío, y la marcha tuvo que continuarse: apenas había tiempo para dar agua á los caballos.

Este corto descanso dió tiempo al enemigo para alcanzar á la retaguardia. Las cabezas de sus columnas se aparecieron por las calles y algunos de los habitantes hicieron fuego desde las ventanas y las azoteas sobre los imperiales.

A las ocho de la noche cruzamos un arroyo bastante hondo. La orilla opuesta estaba en extremo crecida de breñales, y un batallón á las órdenes del capitán Buksay, y dos compañías de caballería fueron dejados allí en emboscada. Estas tropas permitieron al enemigo acercarse bas-

tante y cuando estaba ya bien envuelto se arrojaron inesperadamente sobre sus ambos flancos y les causaron grandes pérdidas. Parte á consecuencia de este ataque, parte á causa de la oscuridad de la noche, se abandonó entonces la persecucion.

Estábamos aun á diez leguas de México. Las tropas á esto habian marchado ya diez y siete horas, y batídose quince, y estaban enteramente exhaustas, pero no pensaban en sí; solo una idea animaba á estos héroes. El Emperador les habia confiado la guarda de México, y allí tenian que estar antes que el enemigo pudiera llegar. Se continuó la marcha. No describiremos los sufrimientos de esa terrible noche. Al fin, á la mañana siguiente, á las ocho llegaron las tropas á la garita de México: Márquez habia llegado la noche anterior á las once esparciendo el rumor de la destruccion total de su ejército. Circuló lo mismo que un fuego que se estiende por todas partes y causó gran consternacion. Pero cuán grande fué la sorpresa de los habitantes cuando vieron las tropas europeas formarse con el mejor órden en la Plaza de Armas; sus filas disminuidas, es cierto, sus cabezas erguidas y sus buenas hojas teñidas con la sangre de sus enemigos. Los húsares desfilaron pasando por palacio á su cuartel, y entraron á este dando vivas al Emperador.

EL SITIO DE MEXICO.

Las esperanzas brillantes del Imperio habian cambiado muchísimo en pocos dias. Miles de rumores fatales se circulaban por la ciudad. Se decia que Puebla habia sido vendido por el general Noriega, aun la suma que se le habia pagado se nombraba. Por todas partes se sospechaba la traicion.

Márquez, aunque era conocido como un tirano sanguiento, habia siempre gozado la reputacion de ser hombre apto, y de un valor á toda prueba; pero la piel del leon le habia sido arrancada, y el mundo llegó á saber que era un inhábil, y peor que un cobarde.

Se esperaba que en ese mismo dia se apareceria el ejército liberal, pero no se hicieron ningunos preparativos series para resistirlo. La infantería mexicana estaba destruida, y lo poco que de ella quedaba no valia gran cosa: eran tropas tomadas de leva, apenas armadas y no de fiar. México estaba á la ventura del enemigo, y con él tenian que sucumbir Querétaro y el Imperio! El desaliento era general.

Se decía que las tropas europeas se rehusaban á servir mas bajo el mando de generales mexicanos, y el rumor estaba bien fundado. Estos valientes soldados estaban disgustados con los jefes que cobardemente los habian abandonado. Ellos solos habian contrarrestado la marcha de todo el ejército de Porfirio Diaz que incluyendo á todas las partidas que rondaban por el Valle de México, llegaban á diez y ocho mil hombres. Sin su heróico comportamiento en esa admirable retirada, el enemigo hubiera avanzado hasta el mismo centro de la capital. Habian tomado parte en veinte combates y fueron igualmente victoriosos; sí, tuvieron que llegar á México fugitivos, y se encontraron en medio de esas tropas, y generales mexicanos, [los que corrieron al primer tiro] abandonados y sacrificados. No era por lo tanto de sorprenderse que habian llegado á ser desconfiados.

Afortunadamente estaban mandados por hombres valientes, cuyo honor no les permitia cuestionar con el deber. Los coroneles Kodolich, Bertrand, Wickenburg, Khevenhüeller, y Hammerstein, lo mismo que el resto de los oficiales, dieron á entender á sus tropas que al fin no era de importancia que tal ó cual general se habia mostrado valiente ó débil; y aun mas á tal grado se estendieron que escusaron á Márquez; representaron á sus soldados que habia hecho bien de regresar primero que ellos; era lugarteniente del Imperio, y tenia que apretar el paso á México, para reponer sus pérdidas. Además, el Emperador habia encargado de la defensa de su capital á sus tropas europeas; tenia que defenderse esta; el Emperador estaba en Querétaro combatiendo, ellos tenian que pelear en México para resguardar esa ciudad, como último recurso en caso de accidente.

El lenguaje del honor pronto encuentra eco en el corazón de hombres valientes; las tropas extranjeras resumieron sus deberes ó por mejor decir, los continuaron, pues nunca los habían abandonado.

Los miembros del gabinete se reunieron en consejo, pero no podían convenir, y Vidaurri dió su dimisión. Márquez quedó invencible, como parecía ser su costumbre en situaciones difíciles.

El comportamiento de las tropas europeas inspiró alguna confianza á los generales. El general Tavera dió una proclama en la que se contradijo el rumor de que intentaba abandonar la capital; esta cuestión, sin embargo, había sido discutida en el consejo de ministros.

El 13 de Abril se abandonó á Guadalupe y Chapultepec. Este fué un gran error, pues al hacerlo así, el ejército se encerró en México, y dió al enemigo puntos excelentes para sostener el bloqueo; lugares culminantes que fácilmente se podían haber defendido. El temor fué el motivo para haberlo hecho así.

Porfirio Díaz llegó frente á la capital el día 14 é instaló su cuartel general en Chapultepec. Se había visto obligado á detenerse en su marcha para reparar las pérdidas inmensas sufridas en la persecución, pero los generales imperialistas perdieron cuatro días preciosos que podían haberse aprovechado con gran ventaja. Porfirio Díaz por lo tanto se lisongé con la esperanza de tomar la ciudad, aunque defendida como lo estaba por europeos.

Estos cuatro días hubieran sido suficientes para abastecer la capital con provisiones, pues en Tacucaya y sus alrededores había acopiadas cantidades inmensas de semillas, y en los alrededores de México había numerosas manadas

de ganado. Nada de esto se hizo, pues los últimos eventos habian llenado de consternacion á todos los ánimos.

Gracias á esta falta de energía el enemigo continuó pacíficamente á completar el bloqueo, y circumbaló la ciudad con una línea de fortificaciones que de dia en dia llegaban á ser mas formidables. Los caminos fueron interceptados y el ferro-carril de Puebla, sin cesar conducia gran cantidad de material de guerra para el sitio. Los sitiados veian todo esto, pero no se movian, y Porfirio Diaz podia haber creido que estaban sitiando el castillo de la *Beldad-dormida*.

Los coroneles austriacos hicieron representaciones á Márquez, y le dijeron que era de úsanza convocar un consejo para la defensa, á quien todos los planes y recursos debian comunicarse. Le suplicaron instituyera semejante consejo. Márquez se rehusó; dijo que tenia un poder ilimitado del Emperador; que solo él era responsable de la defensa de México, y estaba seguro de que terminaria dicha defensa de una manera honrosa.

Rodeados por la ineptitud, tal vez por la traicion, á estos valientes hombres, se les negó el derecho de tener voto en la causa por la cual derramaban su sangre. Tuvieron que someterse, y esperar que una bala pusiera fin á su vida; pues habian jurado obediencia al Emperador, y este habia nombrado á Márquez su lugarteniente! Rechazados de este modo, el coronel Kodolich hizo un último esfuerzo. Habia hecho un reconocimiento desde la torre de catedral de la posicion del enemigo, y formando un plan para una salida, la que se declaró ser admirable por todos los oficiales que de ello tenian conocimimiento. A consecuencia de este plan hubiera sido conducida la caballería á la madrugada preci-

samente en medio del ejército liberal y haberles tomado á retaguardia las fortificaciones, y tal vez hubieran logrado destruir las locomotoras y wagones que estaban en Guadalupe; pero Márquez no podia decidirse, y no se llevó á cabo el plan.

La circumbalacion de la capital hacia progresos mientras que llegaban al enemigo refuerzos de todas partes, y adelantaba en el atrincheramiento, los trenes del ferro-carril traian todos los dias de Puebla bastantes cañones. Porfirio Diaz reflexionaba en su posicion y en el mejor modo de proceder. Parecia ser el favorito de la fortuna y él se consideraba como el personaje principal de su partido. Habia tomado á Oaxaca y Puebla; habia derrotado al formidable Márquez y á su brillante ejército; y se hallaba despues sitiando á México. Si lograrse conquistarlo antes de la caida de Querétaro su gloria echaria en la sombra á la de cualquier otro hombre en México.

Zaragoza habia rechazado á los franceses el 5 de Mayo de 1862; pero habia sido vencido en Orizava y el lance del Borrego habia robado sus mejores hojas á su corona de laureles; además, Zaragoza habia muerto ya.

Ortega habia defendido á Puebla en 1863 de una manera brillante, pero habia sido derrotado ignominiosamente en Majoma.

Corona y Régules nunca podian olvidar que habian tenido que echar á correr en paños menores ante las bayonetas francesas.

En cuanto á Escobedo hacia ya seis semanas que estaba frente á Querétaro, que mas se asemejaba á una ratonera que á un fuerte. Habia sufrido ya varias derrotas, y no habia señales de que pronto conquistaria una plaza que

estaba defendida por el Emperador y los mejores generales mexicanos. Solo él, Porfirio Díaz, marchaba de triunfo en triunfo de una ciudad traicionada á otra.

Pero á esto se encontraba frente á México; no había allí garita que comprase como en Puebla, y en cada pequeña puerta estaba un valiente oficial austriaco, y los Noriegas no se propagan ni en las orillas del Danubio ni en las llanuras de Flándes ni en los campos de Francia. Numerosos destacamentos de caballería ocupaban toda la noche las calles principales de México, y Porfirio Díaz no podía menos de decirse así mismo que le era imposible tomar á México por la fuerza puesto que estaba defendido por mil extranjeros.

Este impedimento tenia que zanjarse por todos los medios. Por lo tanto probó fortuna con los coroneles austriacos. Se les dijo que toda resistencia era infructuosa; que el Imperio estaba decididamente vencido; que la humanidad dictaba que no se espusiera á México á la terrible suerte que corre una ciudad tomada por asalto; que la República, magnánima en la victoria, ofrecia á las tropas extranjeras toda clase de ventajas, bajo la condicion de que depusieran las armas y se declararan neutrales; que Porfirio Díaz se constituirá personalmente responsable de todos los gastos del viaje á Veracruz, y el pasaje á Europa, etc.

Los coroneles austriacos no dieron ninguna contestacion: sus artilleros é infantes continuaron de guardia dia y noche en las trincheras, y la caballería á rondar todas las noches por las largas calles de la capital, aunque los oficiales llevaban las botas hechas pedazos, y por comida tomaban una taza de chocolate, despues de haber tomado por almuerzo una de café, mientras que los generales mexica-

nos imponían fuertes contribuciones, las que convertían en oro. Nada se hizo sin embargo además de esto, exceptuando en la tesorería.

Se había circulado el rumor de que la ciudad estaba abastecida de maíz suficiente para diez y ocho meses: un periódico francés había publicado este agradable hecho estadístico, cuando se contradujo de una manera sorprendente con otra noticia de que los panaderos habían cerrado sus panaderías, pues no había con qué amasar. Al principio se tomó como una chuscada, como una noticia esparcida por los liberales para provocar una demostración por parte de los habitantes, pero desgraciadamente era esto muy cierto, y la gente tuvo que contentarse con comer tortillas.

Hasta entonces todos habían corrido su suerte con bastante resignación, pues al fin nada se perdía; buenas nuevas habían llegado de Querétaro; se supo que el ejército imperial estaba lleno de entusiasmo por su joven soberano, cuyo comportamiento causaba la admiración general. Siempre peleando á la cabeza, dormía por la noche cubriéndolo solo la estrellada cúpula del cielo en medio de sus soldados, visitando los hospitales, si no inspeccionando las fortificaciones y tratando á cada soldado con la mayor bondad. Así Maximiliano dió ejemplo á los mexicanos de un corazón noble sosteniendo con la abnegación mas sublime de sí mismo una causa que era ya perdida.

La esperanza estaba avivada todavía en el corazón de los imperiales en los primeros días de Mayo. La desgraciada expedición de Márquez después de algun tiempo se juzgaba de una manera menos desfavorable; parecía ser uno de esos contratiempos que son muy frecuentes en México, y después de todo se había mostrado que un puñado de

Europeos era superior á un tropel de liberales. Presentándose una oportunidad adecuada, este puñado de intrépidos soldados podia dar una leccion terrible á los sitiadores.

Desgraciadamente la hambre aumentó. A la falta de harina se agregó la de la carne. Las tropas europeas, poco acostumbradas á los alimentos usuales del país, estaban muriéndose de hambre. Mal comidos aun en tiempos de abundancia, porque estaban mal pagados, ahora nada comian, puesto que el valor del sueldo se rebajaba en proporcion al aumento del precio de las provisiones. Los soldados no tenían casi que comer pero este no era el peor de los males, pues despues de todo un estómago lleno á veces es bastante molesto al soldado, pero los caballos no razonan, y sin pasturas, clavan la cabeza y se debilitan. La caballería era realmente la única tropa efectiva que habia en México, y por supuesto sin caballos no hay caballería. No habia maiz pero habia zacate; pero este crecia fuera y para obtenerlo, de allí tenia que traerlo la caballería. La necesidad les obligó á hacer salidas, aunque á Márquez no le agradaban nada, tuvo que someterse á ello.

A esto salieron ciertos los pronósticos del coronel Kodolich, pues á plena luz era necesario efectuar, (y cuando el enemigo estaba perfectamente bien fortificado,) lo que se habia descuidado hacer cuando era posible y bajo circunstancias favorables.

La primer salida tuvo lugar el 18 de Mayo. La infantería imperial mexicana echó á correr al primer tiro. La caballería se desmontó y tomó por asalto las trincheras del enemigo, mientras tanto el coronel Kodolich forrageó por los terrenos adyacentes. Cargado de un botin campesino

regresó la caballería á la ciudad, pero cada puñado de yerba costó una gota de sangre.

El 19 de Mayo hubo gran regocijo en el campamento de los liberales. Repicaban las campanas de Guadalupe, la artillería hacia estruendos, y en la noche hubo una gran iluminación.

Varios rumores se circularon tocantes al motivo de esto. Unos decian que se habia tomado Querétaro, y el Emperador capturado. Otros aseguraban que Escobedo habia llegado frente á México, y otros que Porfirio Diaz habia sido proclamado presidente por su ejército; y habia otros que creian aun que los sitiadores celebraban el triunfo de la salida del dia anterior.

Nadie creia el primer rumor, pero desde aquel momento cada hora traia mas noticias; se decia que el Emperador estaba enteramente victorioso; ya que se habia escapado con Mejía á la Sierra Gorda. Por la mañana se dijo que el Emperador triunfante venia marchando sobre México, y en la noche que estaba prisionero.

Al fin llegaron noticias que parecian ser de un carácter en el que se podia confiar. El Emperador habia escrito al Baron Magnus, ministro de Prusia, y al padre del general Riva Palacio, suplicándoles fueran á Querétaro para con sus consejos ayudarle y defenderle ante el consejo que debia juzgarle. Algunos creyeron esto; otros no. Los gefes austriacos sospecharon que era una treta y consideraron que nada arriesgaba el Baron Magnus al dejarse llevar tal vez por una invitacion fraguada, pero que no debian creerse fácilmente de noticias que habian sido transmitidas por el telégrafo.

Por consiguiente suplicaron al ministro de Prusia, en el

caso que realmente estuviera prisionero el Emperador, á incitarlo é mandar una carta autógrafa declarando en ella si era su deseo el que no se continuaran las hostilidades.

La hambre aumentaba y llegó á ser insoportable y la situacion era cada hora mas apremiante. Los coroneles austriacos acabando con sus recursos, mandaron un correo tras otro á Querétaro; pero ninguno de ellos regresó, y noticia alguna vino del Baron Magnus. Si Márquez tuvo algunas noticias las debe haber guardado en secreto, pues nada oficial se publicó.

Las noticias siguieron su comercio á sus anchas. Darémos algunas pruebas de ello:

A las nueve de la mañana. —Puebla se ha pronunciado por el Imperio.

Diez de la mañana. —Porfirio Diaz se ha ido repentinamente por el ferro-carri!

Once de la mañana. —La mitad del ejército sitiador se ha ido con Porfirio Diaz. Puebla está á punto de ser tomada de nuevo.

Doce de la mañana. —Vicario ha ocupado á Cuernavaca y está nombrando autoridades imperiales.

El general Leyva está marchando contra él.

A la una de la tarde. —Riva Palacio ha entrado á Toluca con los restos de su division derrotado frente á Querétaro.

No continuaremos con esta enumeracion. El peor efecto de estos embustes era que ocasionaban la duda con respecto á noticias verídicas, y que nadie sabia qué esperar en lo de adelante.

A esto Porfirio Diaz reasumió sus esfuerzos con los europeos. Insistia en que depusieran las armas, y que dejaran

á los mexicanos el que arreglasen sus propias contiendas. Imperiales contra republicanos, conservadores contra liberales, mochos contra chinacos.

Comenzábamos ya á creer realmente que Querétaro habia sucumbido en manos de los liberales, pero al mismo tiempo se suponía que Maximiliano habia salídose de allí con todo su ejército en marcha sobre México. Por lo tanto mas que nunca era necesario defender la capital hasta que el último grano se hubiera consumido. Si el Emperador estuviera prisionero, el Baron Magnus ciertamente hubiera escrito, y Porfirio Diaz inconcusamente no habria detenido semejante carta.

Los comerciantes de México enviaron una comision al coronel Kodolich. Estos señores le aseguraron que Querétaro estaba tomado, y habia estado en posesion de los liberales desde el 15 de Mayo, que el Emperador con sus generales y ejército estaban prisioneros, y que por lo tanto seria una locura hacer mas resistencia, pues se desprenderia toda el ejército liberal contra México; que la humanidad exigia de nosotros librásemos á la ciudad de los horrores de un asalto; que solo el comportamiento de las tropas extranjeras mantenía á la ciudad en los límites del deber y á los sitiados á una distancia respetable, pero que si las tropas extranjeras quisieran deponer las armas, los generales imperiales se verian obligados á capitular, Porfirio Diaz evitaria todo abuso por parte de sus soldados, y la corporacion de los comerciantes mostraria su gratitud proporcionando los medios para el regreso de las tropas extranjeras, á sus paises respectivos.

El coronel Kodolich contesto que el Emperador habia dejado á sus pasainos en México, porque contaba con su

honor y delicadeza se habia privado de sus mejores tropas y de sus mas adictos y queridos oficiales, para reservarse á sí mismo una base sobre la que pudiera asegurar sus operaciones. Entregar á México cuando todavía no se tenia certeza de que estaba el Emperador prisionero, seria una falta, mas que una falta, una cobardía, aun mas una traicion; pero como que una obstinacion ciega podia traer fatales consecuencias á la gente inocente, estaba dispuesto á deponer las armas si tenia una seguridad positiva tocante á lo que pasaba con el Emperador; pero que en circunstancias tan apremiantes, una sola carta de una persona particular á otra, no podia considerársele como una prueba segura; un documento de indudable autenticidad debia presentarse á los últimos defensores del Emperador, para librarse de toda calumnia. El mundo entero juzgaria con severidad su comportamiento, y por lo tanto no podian capitular sin prévia órden autógrafa de su soberano.

El coronel Kodolich agregó que sinceramente sentia la posicion en que se encontraba la poblacion de México, pero que continuaria la defensa á pesar de todas las cosas y de cada uno. En cuanto á que se tomase la ciudad por asalto, no habiamos llegado todavía á eso, y en cuanto al hambre, dijo que estabamos decididos á sostener la capital aun en el caso de que cada rata costase un peso.

No habia cuestion en cuanto á dejar ileso su honor militar, pues ninguno de ellos dudaba que bajo cualesquiera circunstancia se conservaria este sin mancha. Ni tampoco era cuestion de si debian morir como soldados, pero sí era de importancia morir fieles á su palabra empeñada.

Cubiertos de andrajos, el hambre retratada en la cara, y exhaustos de fatiga; con enemigos dentro y fuera de la

ciudad, con aliados sin ánimo, y con generales desleales; tal era la posición de esos mil héroes, que tenían que taparse los oídos para no oír los quejidos de una población diezmada por el hambre, y las palabras tentadoras de sus enemigos, los que al ver esta adhesión heroica se pusieron furiosos, y maldijeron lo que no podían apreciar.

La gente práctica y que se vá á las vías de hecho, alzará los hombros y dirá:—«Vaya una locura fantástica!» Pero no era locura, sino un heroísmo el más puro y más sublime. No ese heroísmo público de que hace alarde un Curtius, sino el modesto heroísmo del sacrificio personal del centinela que muere en su puesto.

El hambre había llegado ya á su colmo; los cadáveres de esas gentes desgraciadas que habían sucumbido por hallarse sus fuerzas agotadas podían verse en las calles; los caballos se caían para no volverse á levantar jamás, y una turba voráz se arrojaba sobre la carne corrompida, y se peleaba por las partes hechas pedazos. Era evidente que las cosas pronto tenían que llegar á algún desenlace. Los partidarios de los liberales seducían al pueblo para que se revelara; indicaron ciertos lugares, adonde se tenía guardado el maíz, y trataron de atraerse la multitud, pero ah! con un botín ficticio.

Al fin, á las siete de la mañana del 8 de Junio un gran tumulto del pueblo se lanzó sobre el teatro de Iturbide; circulaba el rumor entre la turba que una gran cantidad de semillas estaba depositada allí. Los mexicanos son demasiado indiferentes y apáticos para enfurecerse; pero había algunos cabecillas como en todas partes, que sabían lo que traían entre manos. En un momento rompieron las puertas, y la turba hambrienta invadió el edificio.

Algunos espertos habian metido ocultamente algunas cargas llenas de semillas, las que fueron robadas.

Cuando el alboroto amenazaba llegar á ser sério y la poblacion de los suburbios en tropel se amontonó en la plaza del mercado, y se supo su intencion de marchar sobre una de las garitas para desarmar á los defensores de estas y entregar la ciudad en manos del enemigo, tuvo que dispersarse el tumulto, y fué una tarea dolorosa para la caballería europea tener que atacar á esa gente hambrienta. Pero no se hizo uso del sable. Al contrario, el prefecto les habia dado permiso para que buscasen en aquellas casas adonde se decia habia abastos secretos, y los húsares y gendarmes andaban corriendo por la ciudad, distribuyendo lo que habian confiscado.

El pueblo habia tratado de levantarse; era necesario que se evitase que repitiesen de nuevo esa tentativa. Se circulaba el rumor de que los liberales intentaban promover otro levantamiento, y con mas método que en el primero habian observado. Tan pronto como estuviera ya puesto en planta, se intentaba tomar posesion de algunas iglesias, y tocar las campanas de alarma, á cuya señal debia dirigirse la multitud hácia las garitas, mientras que el ejército sitiador avanzaba hácia la ciudad. De esta manera la guarnicion atacada de frente y á retaguardia, fácilmente seria subyugada, y aun era probable que se rindiera á discrecion.

El dia 9 de Junio se intentó una salida, en la que tomaron parte todas las tropas europeas; pero fueron rechazadas: no se habian provisto de los medios necesarios para pasar los fosos de las fortificaciones enemigas. Por la noche corrió la voz de que esta salida habia tenido lugar con

el fin de ayudar la aproximación del Emperador á la ciudad. A esto se decía también que S. M. había derrotado á una división compuesta de cinco mil liberales que había intentado interceptarle el paso, y que en el término de pocos días no podía menos que estar á las puertas de México.

Estas noticias aumentaban en consistencia cada hora, los días 10 y 11 de Junio. El ejército imperial avanzaba, pero se movía despacio, á causa de los muchos heridos que traía. Se había arrestado á un espía con una carta de Porfirio Díaz. El general sitiador imploraba en ella á sus aliados hicieran que el pueblo se sublevara pronto, ó que de lo contrario tendría que levantar el sitio.

Al fin, el día 14 de Junio se circuló una noticia brillantísima. El general de artillería D. Manuel Ramirez Arellano se hallaba en la capital, á la que había entrado disfrazado de carbonero. Había dejado en Maravatío al Emperador; el ejército estaba victorioso. Se había abandonado Querétaro por falta de provisiones, pero Escobedo había sido derrotado, Maximiliano no había querido abandonar á sus heridos, y á causa de esto la marcha se había dilatado. Por lo tanto, mandaba anunciar su próxima llegada con uno de sus generales para tranquilizar la capital. Esta vez no era falso el rumor, pues muchas personas habían visto al mensajero. El regocijo era excesivo. Se repicaron en grande las campanas, hubo salvas de artillería, iluminaciones etc. El enemigo creyó que había estallado el levantamiento del pueblo, y destacó varias columnas para atacar las garitas de S. Cosme y de Belén. Se le dejó aproximarse, pero cuando llegaron á cosa de ciento cincuenta metros del punto, fueron destrozados por el fuego de las baterías que había allí colocadas. Los sitiadores hu-

veron dejando á cientos los muertos. El imperio no habia caido aun; el Emperador no estaha prisionero; el enemigo habia recibido un castigo justo y severo. El cielo solo sabia si el próximo sol les encontraria aun frente á las murallas de México. Al dia siguiente todo estaba tranquilo.

El dia 17 recibió el coronel Khevenhüeller una carta del encargado de negocios de Austria, Baron Lago, el que habia salido de Querétaro el dia 2 de Junio y vuelto á Tacubaya el 6. El contenido de la carta es el siguiente:

«He visto á S. M. varias veces en su prision en el convento de las Capuchinas. El general Márquez sin duda ha retenido una carta autógrafa que escribió y envió S. M. á vd. por conducto del baron Magnus. En esa carta ordenaba S. M. á vd. y á todos los demás oficiales de nacionalidad austriaca abstenerse de mas derramamiento de sangre. Tengo que informar á vd. de esto por mi carácter como encargado de negocios de Austria, haciendo á vd. y demás oficiales de nacionalidad austriaca responsables por la sangre que de cada austriaco se derrame, y esto á nombre de Su Magestad Imperial y Real Apostólica.

«Recibid, conde, las seguridades de mi distinguido aprecio.

«El encargado de negocios de Austria,

«BARON LAGO.

«Tacubaya, Junio 16 de 1867.

«Al Coronel Conde Ch. de Khevenhüeller.

«México.»

Esta carta petrificó á los coroneles austriacos, se reunieron en junta y despues de haber deliberado, le escribieron al general Márquez, informándole que obedeciendo la

Orden del Emperador, habian resuelto deponer las armas.

Márquez no dió á esto ninguna contestacion.

Al mismo tiempo escribieron estos señores al Baron Lago dándole pleno poder de ellos para que informase á Porfirio Diaz de sus condiciones. Estaban prontos á deponer las armas y no tomar mas parte en la defensa de la capital, aun dado que sucediera el caso nada probable, que los generales imperiales tuviesen la intencion de continuarla sin su ayuda. Sin embargo, pedian una retirada sin molestárseles y con todos los honores militares, que se observara la neutralidad durante su retirada, y proteccion de esta por una escolta si fuere necesaria durante la marcha; finalmente, mantencion para la tropa hasta que llegase á Veracruz.

El 19 contestó el Baron Lago que estas condiciones habian sido admitidas, y mandó copia del convenio segun proponia el general sitiador. Su contenido es el siguiente:

«Art. 1º La base del presente convenio es que los soldados austriacos se abstendrán desde el presente momento de participio alguno en cualquier hostilidad contra el ejército republicano.

Art. 2º Si dejasen la capital el 20 del corriente, y se presentasen en el cuartel general de dicho ejército, el general Porfirio Diaz les garantiza á todos una retirada libre á Veracruz sin mas escolta, y á espensas del gobierno republicano: igualmente les garantiza su bagage. Los oficiales quedarán en posesion de sus armas y caballos; todas las demás armas y caballos serán entregados al general en gefe.

Art. 3º En caso de que el arriba mencionado tiempo transcurriese sin que se hubiere hecho uso alguno de estas promesas, sin embargo, observando el principio espresado en la seccion 1ª, si los soldados en caso de combate se reuniesen

en palacio y enarbolasen bandera blanca, el general Porfirio Diaz garantiza en el caso de tomar á México, las vidas solo de los soldados austriacos, dejándoles de otra manera á disposicion del gobierno republicano.

Art. 4º Aquellas personas que en uno de los arriba mencionados casos deseara quedarse en el país, recibirá del general la seguridad necesaria para su persona y bagage.

Art. 5º En referencia á aquellos que estén en puestos lejanos y no puedan saber á tiempo estas circunstancias, se les tomará en consideracion solo hasta la mañana del 21 del corriente, pues mas tarde solo tendrian derecho á reclamar las promesas que en la seccion 3ª se hacen á aquellos que se retirasen á Palacio.

Art. 6º En todas estas condiciones concedidas á los austriacos están comprendidos todos aquellos que sin pertenecer á la nacion mexicana se hallan bajo el mismo mando. En cuanto á los mexicanos, el general Porfirio Diaz no puede anticipar la resolucion del gobierno republicano, concediéndoles condiciones que podian ser perjudiciales á sus determinaciones.

Art. 7º El general Porfirio Diaz desea se le informe á tiempo de la marcha de México, para que le sea dado ayudar ésta con todos los medios que tiene á su disposicion.»

El Baron Lago agregó á esto:

«Al comunicar á vdes. este arreglo espero la determinacion final de vdes. que me traerá el mensajero que lleva este documento oficial, y creo de mi deber sostener la sustancia de mi carta oficial del 16 del corriente; agregando que S. M. el Emperador Maximiliano me declaró repetidas veces que Márquez era el traidor mas grande.»

El mismo día contestaron los coroneles al Baron Lago que de conformidad con el art. 2º estarían en Tacubaya á mas tardar á las diez de la noche del 21.

Márquez habia desaparecido durante estas negociaciones, y Tavera habia resumido el mando. Envió comisionados á Porfirio Diaz. Uno de estos regresó del campamento liberal á las seis de la tarde, y se convino en una tregua de veinticuatro horas.

El día 20 los coroneles Kodolich y Khevenhüeller escribieron á Tavera pidiéndole permiso para ir á Tacubaya con el fin de ratificar los convenios que habian hecho con el comandante del ejército sitiador. No recibieron ninguna contestacion. Escribieron otra vez con el mismo objeto y al mismo tiempo suplicando al general Tavera espidiera la órden para la relevacion á tiempo de las avanzadas austriacas. Esta segunda carta fué contestada en sentido favorable para ambas cosas: pero era ya muy tarde. Mientras que ocurrieron estos episodios la tregua feneci6.

El gobierno republicano á quien Porfirio Diaz habia telegrafiado las condiciones propuestas por el general Tavera, le habia mandado órden para que aceptase la rendicion sin condiciones. Las hostilidades habian comenzado de nuevo por todas partes, y no era ya posible hacer uso del permiso para ir á Tacubaya.

Sin embargo, las tropas europeas se reunieron en Palacio. La reasuncion de las hostilidades y el comportamiento vacilante de los generales sitiados, no permiti6 el que salieran de la ciudad. El general Porfirio Diaz envi6 por conducto del c6nsul americano la comunicacion de que consideraria como ejecutado el artículo 2º si se reuniesen las tropas europeas en Palacio y enarbolasen la bandera blan-

ca. Esto se había hecho ya. En la noche capituló Tavera.

El 21 de Junio al amanecer, entró á la ciudad en silencio y buen órden la vanguardia enemiga.

Así espiró el Imperio Mexicano!

No podemos abstenernos de aprovechar la oportunidad que aquí se nos presenta para dar un testimonio brillante de nuestras consideraciones y gratitud al general Porfirio Diaz, cuyo comportamiento en todo triste evento fué verdaderamente caballeresco.

Gracias á su carácter honrado, y al del coronel Kodolich, todos los puntos difíciles que había se arreglaron con la mayor delicadeza.

Es de sentirse que igual delicadeza no prevaleciera en las acciones de aquellos que debían haber dado el ejemplo. Los ministros de Austria, Francia y Bélgica mostraron una avaricia y pobreza de espíritu que es difícil de comprenderse.

Mientras que aquellos que el día anterior eran solo enemigos nuestros trataron á los prisioneros europeos con consideración, encontraron en los representantes de sus diversos países solo egoismo y pusilanimidad. Los medios para regresar á sus hogares fueron rehusados, y muchos de estos pobres desgraciados, anhelando de todo corazón volver á sus familias, se vieron obligados á quedarse desterrados en

este país que tan recientemente habia sido empapado con la sangre de su soberano; y un gran número de ellos obligados por el hambre tuvieron que alistarse en el ejército mexicano.

No exajeramos cuando decimos que sin el noble comportamiento del Señor Davidson, el banquero de México y corresponsal de la casa de Rothschild, quien generosamente abrió sus arcas, las tropas europeas no hubieran podido llegar á Veracruz.

En los momentos que escribimos esto solo tienen seguridad de ser embarcados los austriacos. Los franceses y belgas tal vez se verán obligados á quedarse en Veracruz y esperar hasta que el vómito ponga término á sus sufrimientos. No tienen mas esperanza que los inconsolables esfuerzos del coronel Kodolich, el que no obstante las aflicciones de estos, se ha quedado entre ellos, consolándoles y alentándoles con su ejemplo, y ayudándoles con sus recursos propios.

Puebla, Julio 25 de 1867.



CARTA
DEL
PRINCIPE DE SALM SALM

DIRIGIDA
A MIGUEL LÓPEZ.

A D. Miguel López, antiguo coronel imperial mexicano, y autor de un folleto titulado: "La toma de Querétaro.— Miguel López, á sus compatriotas y al mundo.

En este folleto que habeis dirigido á vuestros compatriotas, á la Francia y al mundo, me mencionais como uno de vuestros principales testigos, para probar que Querétaro no sucumbió por la traicion, é insistís en que vuestro folleto tiene todo el carácter de verdad posible.

Aunque como sabeis me hallo prisionero de guerra hace cinco meses, mis sentimientos no me permiten guardar silencio por mas tiempo, y contestando á vuestra intimacion, os probaré que vuestro folleto lleva el carácter de la falsedad mas completa.

En primer lugar, me refiero á la contestacion de mis valientes compañeros de armas en Morelia, titulada: «Refutacion del folleto publicado por Miguel López, con motivo de la ocupacion de la plaza de Querétaro, en 15 de Mayo

de 1867, por los gefes del ejército imperial prisioneros en Morelia,» y declaro que la misma está enteramente conforme con la verdad, y concuerda con mis propias creencias.

Declarais ante el mundo que Querétaro fué tomado por la fuerza de las armas, que el Emperador os comisionó en aquella noche memorable del 14 al 15 de Mayo para tratar con el enemigo; que el ejército estaba completamente desmoralizado, y finalmente desafiáis ante vuestros compatriotas y ante el mundo entero, á aquellos hombres que puedan probar que Querétaro haya sucumbido por la traicion y á quienes se aventuraren á disputar vuestro aserto.

Yo os declaro ante el mundo que Querétaro solo ha caido por la traicion; mas, que vos sois el traidor, y por consiguiente, que vuestras manos están manchadas con la sangre de vuestro soberano y bienhechor.

No es verdad que el Emperador os haya comisionado para tratar con el enemigo. En la noche indicada, despues que dejásteis al Emperador, á las doce y media, tuve yo la honra de hablar con S. M.; y el Emperador ni entonces ni nunca tuvo la mas remota intencion de entrar en tratados con el enemigo, porque el pequeño, pero fiel ejército que defendia la ciudad, tenia bastante atrevimiento y valor para romper en union de su amado monarca las líneas del enemigo. A mas de esto el carácter mismo del finado Emperador, le habria impedido daros las órdenes que suponeis para tratar con el enemigo, de lo cual vos mismo debeis estar perfectamente convencido. Tal vez me permitireis haceros algunas preguntas ante el mundo.

Si en aquella memorable noche del 14 de Mayo hubiéseis tenido la orden para penetrar en las líneas del enemigo, ¿cómo es que volvísteis á las dos de la mañana, acompaña-

do de un oficial superior de este, á quien conocíais muy bien, y que fué conducido por vos á la Cruz, el cuartel general del Emperador, y dentro de nuestras propias fortificaciones?

Contra la espresa voluntad del Emperador, y sin que yo lo supiese, ¿por qué dísteis órdenes á la guardia de corps y al escuadron húngaro para que desensillaran sus caballos, cuando yo habia mandado por orden especial del Emperador, que permanecieran listos toda la noche?

¿Por qué vos de vuestra propia cuenta y en una situacion tan peligrosa, mandásteis retirar la guardia del aposento del Emperador, y la compañía de infantería, que juntamente con medio escuadron del regimiento de la Emperatriz, hacian el servicio de seguridad á la entrada de la Cruz?

¿Por qué por vuestras órdenes espresas, fueron dejados sin tropas, con pocas escepciones, todos los pasos de la Cruz?

¿Por qué fueron volteadas las ocho piezas situadas en la plaza de la Cruz, con sus bocas contra la ciudad?

¿Por qué cuando el enemigo avanzaba, no habia ningunos soldados que sirvieran la pieza de á 36 que estaba colocada á la izquierda de la Cruz? ¿y por qué se hallaba tirada?

¿Por qué despues de las dos de la mañana, condujisteis dentro de nuestras fortificaciones al mismo general del enemigo, quien estaba vestido de paisano y llevaba una pequeña pistola giratoria, para que él mismo se informara de cómo se hallaba todo?

¿Por qué un poco antes de las dos de la mañana, y acompañado del mismo general del enemigo, dejásteis

vuestra línea y volvísteis un cuarto de hora despues, á la cabeza de dos batallones del enemigo, guiándolos personalmente al patio interior de la Cruz á donde fuísteis recibido y saludado por vuestro ayudante el subteniente Yablowiski?

¿Cómo podia ser, que vos fuísteis equivocadamente cojido prisionero, cuando mandásteis al mencionado Yablowiski que fué acompañado por su cuñado, Legorreta, quien al mismo tiempo tenia que ocupar su propia línea en el rio de donde se llega á la Cruz en cosa de tres cuartos de hora, para que avisaran al Emperador que el enemigo habia entrado á la Cruz? ¿Cómo se puede esplicar, que vos como prisionero despues de esto tambien, fuísteis á anunciar al Emperador el mismo suceso, y sin que ninguno del enemigo os acompañara, entrásteis á su aposento, exclamando: «pronto, salvad la vida al Emperador, el enemigo está ya en la Cruz?» ¿Cómo podeis justificar, que cuando S. M., acompañado de su leal general Castillo, y de seis, dejó la Cruz, ya estaba cercado del enemigo, y que vos dijísteis algo en voz baja á un oficial superior del enemigo, cuyo nombre no quiero mencionar, porque al menos se habia portado con mas generosidad y gratitud que vos, y quien dió órdenes á sus soldados para que nos dejaran pasar porque éramos paisanos, aunque aquel no ignoraba que fuéramos el Emperador, el general Castillo y yo, quienes estábamos de todo uniforme, y ademas, yo llevaba en mis manos las pistolas de S. M?

¿Cómo podeis esplicar, que á la cabeza del batallon enemigo “Nuevo Leon,” desarmásteis los húsares, bajo el mando del oficial Pusolocosky y del jefe teniente Hachlig, y mandásteis que echaran pié á tierra?

¿Cómo podeis, prisionero López; justificar que vos hicísteis prisioneros á varios oficiales de nuestro ejército; entre otros al mayor Mastowicki, al oficial Antonio Gonzalez de la escolta de corps y al teniente Gossman, y que muchos otros oficiales fueron denunciados por vos el dia siguiente? ¿Cómo es que despues que caimos prisioneros muchos oficiales liberales mencionaron vuestro nombre como de triador?

Uno de ellos en la misma presencia del Emperador y en la mia os indicó como tal. ¿Cómo fué, que vos, prisionero López, siempre habeis estado en libertad?

Finalmente, ¿cómo fuísteis á apropiaros los archivos imperiales, y otros artículos, como por ejemplo, el tocador de plata, y que de paso diré, nunca han aparecido?

A todos estos cargos, señor López, no podreis contestar con honor y franqueza; es cierto, y yo sostengo ante el mundo entero, que vos habeis sido el traidor del Emperador y por consiguiente sois un asesino y el origen de toda la sangre que se haya derramado.

No queda mas que otra pregunta que os tengo que hacer.

¿Por qué habeis obrado como traidor á vuestro soberano y bienhechor? Yo mismo os contestaré. En primer lugar, quisísteis ejercer una venganza contra el Emperador por que no quiso ratificar vuestro despacho de general que ya habia firmado. En caso de que no sepais los motivos que tuvo el finado monarca para no hacerlo, ahora os lo hago saber.

Un hombre valiente cuya sangre tambien pesa sobre vuestra conciencia, y cuyo nombre no quiero mencionar, por temor de que os vengueis en sus parientes, enseñó á S. M

un documento especial por el cual aparece que en el tiempo que Santa-Anna fué presidente, fuísteis dado de baja en el ejército con ignominia, privado de todo derecho para servir al Estado, por haber obrado traidoramente con vuestra patria. Esto tuvo lugar durante la guerra americana en 1847.—Y entonces, Miguel López, el miedo os habia trastornado, vísteis que iba á suceder al decisivo en los pocos dias próximos, y por consiguiente temíais una salida de nuestras tropas, y mirando vuestros antecedentes para vuestro porvenir ¡para vuestra vida! y por medio de esta segunda traicion atroz, quisísteis aseguraros y justificaros en el partido liberal, y en verdad habeis logrado salvar vuestra libertad y vuestra vida.

Vuestro tercer atentado no se logró, porque un poco despues de que el Emperador cayera prisionero, y que probablemente os vísteis engañado en vuestras esperanzas, enviásteis á S. M. á una persona que ambos conocemos, y tuvísteis la intencion de traicionar al partido liberal.

En mi presencia aquella persona dijo que habia sido comisionado por vos, y que queria persuadir al Emperador que os permitiera una audiencia.

Tal proposicion por supuesto fué rechazada con desprecio. No es necesario ofreceros como recompensa la casa que el finado monarca os regaló para probaros vuestra traicion, que se le quede á vuestro infortunado é inocente hijo, porque lo habeis privado de la mas cara de todas las herencias, del nombre sin mancha, de un padre honrado.

Cada hombre está en libertad para adoptar el credo político que quiera, para seguir los principios que mas le acomoden, pero es necesario adherirse estrictamente á esos principios. No solo habeis sido infiel á vuestros amigos, sino

que tambien habeis cometido el mas infame de todos los crímenes, el crimen de la traicion, y habeis quebrantado el juramento que habeis pronunciado de servir al estandarte imperial. Es verdad que el nombre de Miguel López se ha hecho histórico é inmortal; pero la historia nacional de México, y la historia del mundo, siempre mencionarán aquel nombre con el mas grande horror y con el mas alto desprecio.

Desafiáis ante el mundo á quien os acusare de traicion.... Bien: yo os acuso de ella, y ante el mundo entero acepto vuestro desafio. Tengo bastante confianza en el gobierno que no ponga obstáculo alguno en mi camino; dentro de muy breve tiempo, parto con algunos otros prisioneros de guerra para Oaxaca, nuestro nuevo destino. Allí, despues de la publicacion de esta carta, me encontrareis listo para daros cuenta de todo lo que he dicho, con las armas en la mano. Al mismo tiempo os declaro que no entraré con vos en una guerra de pluma.

En la prision de Capuchinas, Octubre 4 de 1867—*Félix*, Príncipe de Salm Salm, General de Brigada y Primer Ayudante de Campo de S. M.





INDICE

<i>Prólogo</i>	5
<i>Marcha á Querétaro</i>	15
<i>Ocupacion de Querétaro</i>	42
<i>Sitio de Querétaro</i>	59
<i>Esfuerzos para escaparse</i>	110
<i>Toma de la ciudad por traicion</i>	157
<i>Prision del Emperador</i>	184
<i>Proceso de Maximiliano</i>	225
<i>Ejecucion del Emperador</i>	254
<i>La Batalla de San Lorenzo</i>	277
<i>El Sitio de México</i>	293
<i>Carta del Príncipe de Salm á D. Miguel López</i> ..	315

FE DE ERRATAS

PAJ.	LIN.	DONDE DICE.	LEASE.
7	5	Consejo Rumpin Bocholt	Consejero Rumpin Bocholt.
15	18	Rey de Rusia	Rey de Prusia.
16	1	Fuer Japferkeit	Fuer Tapferkeit:
16	21	Jhun	Thun.
34	16	anchomexicano	ancho mexicano-
35	12	siguan	siguen.
36	10	anos	años.
47	10	resrauracion	restauracion.
174	3	apriximarse	aproximarse.
179	17	Esting	Enking.
237	7	ruel	cruel.
238	7	remotadas	remotas.
242	13	curiosos	furiosos.
248	6	ne	no.
249	13	coronel	cónsul.
270	8	general	congenial.
271	13	pedántico	pedante.
